UN ARMA ETERNA

EL HEREDERO DEL CIELO IX

ANTONIO MON MORALES

UN ARMA ETERNA

EL HEREDERO DEL CIELO IX

ANTONIO MON MORALES

Contents

Title Page
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

COPYRIGTH

© Antonio Mon Morales 2023

Corrección: Alicia Morales & Pilar Marín

Portada: @CorenPhotoArt

Primera edición Diciembre 2023

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y escrita del titular del COPYRIGTH, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Sigue siempre adelante.

CAPÍTULO 1

UNA MENTE OCUPADA

Cerón siguió a la hechicera sin hablar, ni siquiera emitió queja alguna cuando ataron sus manos en su espalda sin la más mínima delicadeza. Estaba claro que no confiaban en él, algo por lo que él no podía culparlos. Sabía perfectamente que jugaba con fuego dejándose atrapar por ellos. Se había lanzado de cabeza en una partida a una sola carta en la que ni siquiera conocía las reglas. Por suerte, tenía muchos comodines bajo su manga de mago.

"Y ellos —se dijo, sabedor solo en parte de los prodigios que podían llegar a hacer con su magia aquellos humanos. Cerón ni siquiera había oído hablar de los hechizos que habían realizado ante sus propios ojos—. *Debo ir con mucho cuidado con ellos".*

Con las manos atadas y la voz vigilada, sus únicos recursos eran el tiempo y sus ojos. Una palabra extraña o una magia sencilla y estaría muerto. Sabía que no perdían detalle de él y muchos de los magos que le rodeaban no dudarían en matarlo a la mínima necesidad. Los alumnos de la Escuela de Magia estaban muy mal vistos por los de su Orden y los creían débiles e inútiles, lo cual hasta él comenzaba a pensarlo al conocer los hechizos que poseían fuera de la formación del continente.

Porque Cerón ya había asumido que ninguno de ellos provenía de él, o al menos sus líderes. Tal vez hubiesen reclutado a jóvenes del continente con su promesa de una magia poderosa e indomable, pero la mayoría estaba claro que venían de muy lejos. Su acento era extraño, sus ropas más ligeras de lo habitual y su piel más oscura y dura. Saltaba a la vista que el sol se había cebado con ellos, a diferencia de Cerón o del propio Sonthorn. El continente, con más razón el norte del mismo, tenían un clima mucho más frío y menos luminoso, lo que les proporcionaba una piel más delicada y blanca.

El recuerdo del guerrero impactó al mago que, por un momento, sintió la necesidad de mirar hacia atrás para buscarlo. Conociendo a

su amigo le estaría siguiendo entre la maleza, esperando una oportunidad nocturna para liberarlo, lo cual no debía hacer. La misión del drugano era mucho más importante que la del mago. Retrasarla para tratar de salvarle era una estupidez.

"Muy propia de él —sonrió ligeramente—. *Aunque ha cambiado en este tiempo y Tristán y Ónice son muy buenos guías en ese aspecto. Tal vez lo hayan logrado convencer de tratar de salvarme. Será una decisión difícil para él, estoy seguro, pero también lo estoy de que confía en mí y en mi criterio. Si acaso el que más duda de mí ahora mismo soy yo".*

Era una locura. Lo sabía, lo sabía tan bien como el guerrero. Un disparate que podía ser terrible para el devenir del mundo. Si Ónice lo hubiese sabido, le habría arrancado la idea a golpes, lo cual tampoco le parecía una mala opción. Rodeado de fanáticos de su misma habilidad, se sentía solo y abandonado, a pesar de ser él quién había renunciado a seguir al guerrero.

"Pero ¿cómo decirle que mi camino me llevará hasta Tarnicis? No soportaría el desenlace que mi destino traerá, mucho menos ahora que su relación con Ónice se ha vuelto tan... personal —pensó recordando su experiencia con Tarnicis, el pueblo en llamas y sus ojos carentes de cordura alguna—. *Debo averiguar qué ha sido de ella y no podré hacerlo mientras él esté cerca. Debo evitar que se cumpla mi visión. En realidad, ninguna de las dos visiones* —pensó al recordar el pozo y su sacrificio".

Miró a su alrededor tratando de distraer su mente de Tarnicis. Encontró mucha información en sus captores, lo cual le agradó. Eso mantendría su mente ocupada a la vez que aprendía sobre ellos. Eran un grupo muy hermético que casi no había dejado salir información alguna sobre ellos. Este secretismo llegaba tan lejos que nadie había sabido que buscaban las espadas de los druganos caídos. Todo lo que pudiera aprender sobre ellos podría ser extremadamente útil.

El grupo avanzaba caminando sobre la nieve, con dos magos jóvenes y fuertes en paralelo en primer lugar. Estos portaban sendas enormes mochilas, abriendo camino sobre el manto blanco. Tras ellos, el grupo se dividía en dos filas en las que seguían sus huellas sin sufrir el esfuerzo de luchar con la nieve. Contó veintisiete magos, sin contarle a él, por supuesto, de ambos sexos sin distinción alguna. Creyó distinguir varios escalones dentro de su grupo, siendo los más sencillos de identificar a los que abrían camino, que debían ser poco más que aprendices. El otro pertenecía a la maga que había formulado la cadena de runas.

Este detalle lo llevó a replantearse cómo funcionaba la magia desde cero cuando sus esquemas colapsaron ante la obviedad de su error. Era verdad que la Escuela de Magia no enseñaba a usar las runas de ningún tipo, pues ni siquiera se hacía mención alguna a ellas. Aún así, él había logrado aprender por su cuenta varios detalles importantes. Había runas de al menos dos tipos de druganos, las runas negras y las blancas. Estas representaban a los druganos de ambas facciones. Ninguno podía usar las runas de los otros, al menos hasta dónde él sabía, aunque comenzaba a pensar que quizá debiera replantearse todo lo que ocurría con sus símbolos.

La magia de los humanos estaba limitada a palabras mágicas y la voluntad del hechicero. Era torpe, brusca y podía llegar a herir al que la usaba. La de los elfos era una sutil forma de controlar la naturaleza, entregándole voluntad y destino con los hechizos. Y la de los enanos... bueno, esa era desconocida para él, lo cual sería una espina en su mente durante toda su vida. Deseaba conocer a aquella raza, descubrir sus secretos, su historia y su carácter. Sin embargo, había tenido que abandonar la idea en busca de algo mejor para el mundo entero.

"Cuando todo esto acabe —Porque Cerón sabía que acabaría, lo que desconocía era el cómo—, *recorreré su territorio, conociéndolos y aprendiendo de ellos. Estoy seguro que veré que sí que tienen su propia magia, igual que el resto de razas. No creo que haya una más fuerte o menos que otra. Solo hay que ver a los druganos blancos. Sonthorn es increíblemente poderoso, pero los humanos también. No solo es Kell...* —Cerón evitó la palabra, bastante tenía en qué pensar como para añadir más a su mente. Quería distraerse mientras confiaban en él, pero no volverse loco con teorías extrañas—. *Hay humanos muy poderosos. Sin ir más lejos, esta mujer de delante acaba de devolver a la vida a una docena de humanos que estaban consumidos por las llamas. Ni siquiera Sonthorn no puede hacer eso. Pero ¿quiere decir esto que su raza sea la más fuerte? No lo creo. Solo son diferentes, con sus ventajas y problemas. Creo que los que realmente son los más fuertes son los que están determinados a cumplir con su tarea. Como Sonthorn o ella misma y eso la hace peligrosa. Alguien que sabe lo que quiere es un peligro, pues no se detendrá hasta conseguirlo. Es como el escritor que se enfrenta cada día a la página en blanco para contar su historia y lo consigue a base de constancia y sacrificio".*

«Pero una magia no puede servirse de las habilidades de otra. Eso implicaría una fuerza arrolladora, devastadora por completo. Y, aún así, Sonthorn es capaz de usar la magia de los humanos e incluso ha podido utilizar la de los elfos, al menos unas simples palabras mágicas. Que los humanos hayan conseguido utilizar las runas negras, incluso encadenarlas

para cumplir objetivos específicos, es algo factible entonces. Si son capaces de hacer algo así, ¿de qué no lo serán?».

Cerón cada vez estaba más seguro de que su decisión era la correcta, aunque le supusiera un riesgo o un sacrificio. Merecía la pena el riesgo, no solo por comprender sobre la magia y sus nuevas oportunidades, sino porque esta era manejada por un grupo de magos crueles y, sobre todo, decididos a acabar con los druganos.

Si bien era verdad que la hechicera había hablado de los druganos negros como sus captores, Cerón dudaba de que su rencor se detuviera en ellos. Al fin y al cabo, los druganos blancos también formaban parte de su raza, aunque fueran enemigos desde la antigüedad. Además, eran un rival para sus objetivos de controlar el continente. Los druganos blancos, aunque sería más adecuado decir simplemente Sonthorn dado que era el único con vida, no permitirían que doblegaran al resto de humanos bajo su yugo.

La misión de Cerón pasaba entonces por conocer de qué eran capaces y de cómo vencerlos. Y para eso debía conocer sus secretos, ya fuera de la magia o de su Orden. Hasta el momento solo sabía que vivían en una isla al sureste del continente, una de la que jamás había oído hablar. Encontrarla a ella y adentrarse en sus secretos era su primera parada de un viaje lleno de escalones que ascender sabiendo que cada uno de ellos estaba en peor estado que el anterior.

Cerón observó la escalera en su mente y atribuyó una misión al primer peldaño. Era sencilla, casi un juego de niños, aunque también era la más difícil.

"Conseguir que confíen en mí —se dijo".

Y para conseguirlo solo debía esperar. Cuando se acostumbrasen a su presencia dejarían de hablar en susurros y permitirían escapar a los secretos reservados a los de su Orden. Sabía que muchos de los magos que le rodeaban no eran los más inteligentes. Desde luego no serían iletrados o estúpidos, pues esos morirían consumidos por sus propios hechizos durante los entrenamientos, de lo cual no le cabía duda. Había visto a demasiados buenos magos resultar terriblemente heridos por magias descontroladas. Simplemente, no estarían a la altura de comprender las consecuencias de sus palabras.

Ya habían sido dos los grupos de magos que habían hablado de su isla por error, por lo que Cerón no creyó que fuera casualidad. Por supuesto, estos magos habían sigo acallados por sus superiores de

inmediato. Y estos sí que creía que eran un problema. Eran inteligentes, rápidos de pensamiento y decididos hasta el punto de la crueldad, lo cual le recordó la muerte del inocente posadero a sus manos. Volvió a sentir cómo la rabia llegaba hasta él y la apartó de su mente buscando sentimientos más útiles como la curiosidad.

Miró tras de sí y vio la misma fila de magos que tenía delante. Lo habían situado en el medio de la comitiva, bien vigilado por un mago que no le quitaba ojo de encima. Portaba una daba afilada que apuntaba siempre hacia él, sin descanso. Jamás apartaba la mirada de sus labios, concentrado sin descanso. Cerón se hizo una idea de cómo sería el entrenamiento de aquellos magos si tal era su nivel de concentración.

Esto le hizo darse cuenta de que no todos tenían el mismo adiestramiento. Los hechiceros de la posada habían sido más torpes, más ingenuos y mucho menos cuidadosos con sus palabras. Habían sido rápidos con su magia y fuerza, pero su concentración distaba mucho de la de aquel hombre. Por supuesto, a excepción de la mujer que los dirigía.

"Sabrina —recordó Cerón con una mueca de disgusto".

Ella sí había resultado ser inteligente y muy habilidosa, realizando una magia asombrosa y completamente desconocida para él. Sin embargo, también había sido lo suficientemente torpe como para entregarle más secretos de los que pretendía otorgar. Aún quedaba margen para la esperanza, aunque este era escaso, si bien ya no había vuelta atrás.

Se planteó durante las primeras horas de viaje la posibilidad de enfrentarse a ellos llegado el caso. Sabía que su cuerpo nuevo entregado por el pozo era poderoso, pero estaba al corriente también de que no sabía controlarlo. Tristán le había contado lo ocurrido en la ciudad de los elfos en la que Raven se vio obligada a dejarlo inconsciente. Lo mismo ocurrió durante la batalla con los Ashgar cuando perdieron a Tarnicis.

Había logrado magias asombrosas que supo reconocer, al fin y al cabo no eran hechizos desconocidos para él. Sin embargo, la energía necesaria para llevarlos a cabo era ingente, incalculable. Ningún mago humano hubiese sido capaz de hacerlo.

"Salvo uno —se dijo, incómodo. Torció el gesto ante el recuerdo, que volvió a apartar de él. Algún día tendría que regresar a su mente y

lo sabía—. *Pero hoy no”.*

Dejó el día avanzar y llegó la noche, momento en el cual su líder les permitió descansar. Sin una sola orden cada uno de los presentes se encargó de una actividad. Se alzaron las tiendas de cuero, se inició un fuego apartando la nieve y varios se alejaron dispuestos a cazar para el grupo. Por supuesto con la magia. Si bien portaban armas como espadas o dagas, ninguno de ellos llevaba arcos para protegerse, mucho menos para cazar. Cerón tomó nota de que confiaban por completo en sus habilidades mágicas, relegando las armas cortas para los posibles momentos en los que no tuvieran tiempo a formular hechizos. La respuesta era obvia, pues si tenían tiempo para un arco lo tenían para un hechizo.

Cerón se quedó de pie, quieto y sin decir palabra, esperando recibir instrucciones o permanecer en la misma posición. Él no sería el que abriese la boca en primer lugar, no estaba dispuesto a arriesgar la vida, más aún respecto a la locura de entregarse, por una palabra precipitada. Aguardó sintiendo cómo su vigilante permanecía atento a él sin el más mínimo descanso.

Las horas siguieron su curso sin que nadie le diese orden alguna, lo cual aprovechó para seguir aprendiendo de ellos y divagando teorías que algún día deberían ser respondidas. A decir verdad, disfrutaba del tiempo encerrado en sí mismo. Hacía demasiado que no permanecía en aquel lugar confortable y conocido, lleno de pensamientos y sueños. Encontró sus recuerdos olvidados en su mente y disfrutó de las imágenes de un Cerón joven y enfermo, pero mucho más feliz, disfrutando de la cena junto a su madre Sudne en su vivienda.

Eran muy pocas las veces que acudía a aquel recuerdo, pues este era doloroso para él. Recordar a su propia madre asesinada por...

“¿Cómo se llamaba? —se preguntó, atando cabos para su sorpresa —. *¿Formaría parte de este grupo? Era un mago, pero manejaba las armas con habilidad, incluso logró defenderse con ellas de Sonthorn, a pesar de estar muy bien entrenado. ¿Serían ellos los que asesinaron al pueblo entero de Shuko?”*

Un sentimiento de rabia lo envolvió, tan efusivo como innecesario. No era el momento de enfrentarse, sino de comprender y conocer. De nada le serviría la ira, pues sabía que a nadie le resultaría útil jamás. La furia era un animal herido que se arrancaba una pata tratando de escapar. Al final, este siempre moría desangrado. Aún así

se esforzó por recordar su nombre. Quizá pudiese serle de utilidad algún día.

"Brix... decía estar al servicio del verdadero señor de esas tierras Kelldom —recordó Cerón haber escuchado decir a su amigo—. *Pero no tiene sentido. ¿Acaso buscan hacer que regrese?* —Una idea atravesó su mente y sus piernas vacilaron. Sus ojos se abrieron de par en par ante la terrible obviedad de su descubrimiento—. *Buscan que vuelva a la vida, igual que Kem. Ahora todo encaja. La isla, Kem llevándose a Tarnicis, sus magos, Kelldom... pero quieren acabar con todos los druganos negros, ¿por qué ayudar a Kem?"*

La única explicación que se le ocurría era que fuera una trampa. Cuando Kelldom estuviese vivo se levantarían contra los druganos negros usando su propio poder. Tal vez hubiese llegado ya el momento en que no les necesitasen siquiera. Al fin y al cabo, ya conocían las runas negras hasta tal punto que habían llegado a dominarlas y a entrelazarlas.

Aun así, ese tipo de magia requiere mucha energía que un cuerpo humano no posee y ahí entraba la búsqueda de las espadas de los druganos.

Cerón había leído sobre ellas en el libro que le había dejado la herrera de Sonnen. Este era un compendio de información sobre sus armas, sus habilidades, sus utilidades y cómo estaban relacionadas con sus creadores. Cada palabra escrita en aquel tomo era una pieza más de un puzzle que encajaba ante sus ojos.

Durante su lectura había descubierto que parte del alma de los druganos se comparte con su espada en el momento en que se forja. El libro no dejaba claro si era un acto voluntario y por eso había permanecido la costumbre de su forja, o era al revés. Tal vez en un principio, tras la forja de un arma, esta hubiese adquirido el resultado de forma inesperada. No quedaba claro en sus páginas, relatando muchas conjeturas y teorías diferentes a lo largo del libro.

Sin embargo, el resultado era el mismo. El arma de un drugano, fuera de la raza que fuera, albergaba parte de su alma. La impronta que dejaba sobre ella no se limitaba al momento en que se hacía, sino que mantenía una unión permanente durante toda su vida. Esto quedaba claro cuando otro ser sujetaba el arma. Aunque fuera alguien que el dueño conociera con posterioridad, el arma era capaz de reconocer si era amigo o no, impidiendo que la usase. Si este vínculo hubiese quedado determinado en el momento de la forja, esta no

habría herido a Rénal en la batalla con Sonthorn.

Lo que ahora descubría y que el libro no decía claramente, era que el arma continuaba unida de alguna manera al alma del drugano fallecido. Si la líder de aquel grupo había logrado traer de vuelta a Nefrén de entre los muertos, cuando no directamente de ante la Diosa, era porque debía de existir un vínculo que iba más allá de la muerte.

Por supuesto, Cerón no tardó en relacionarlo con el renacer de Kelldom. Al fin y al cabo, ambas magias debían provenir del mismo patrón rúnico. La esencia era la misma, traer de nuevo a alguien del más allá, aunque la maga se limitaba a traer su fuerza y encerrarla en un arma que ella pudiera usar. Con Kelldom era diferente. Con él no querrían usar su fuerza, sino que él mismo fuera el que regresara.

"Cambia fuerza por esencia y arma por cuerpo —se dijo, negando con la cabeza, confirmando sus más terribles pesadillas— *y encontrarás el recipiente que contendrá al Mago Negro".*

Suspiró al recordar al recipiente con forma de mujer morena y cómo este mismo incendiaba el mundo a su paso. Jamás olvidaría sus ojos llenos de locura, sus ojeras, su odio y su belleza cruel. Apartó el resultado de la magia se centró de nuevo en el propio hechizo, mucho menos doloroso y mucho más interesante. Cerón amaba la magia y lo que era capaz de hacer pues sabía que esta era un medio para obtener un fin, no un fin en sí misma.

Tal vez con ella lograse resucitar el enemigo de todo ser libre, pero un hechizo en sí mismo no es bueno o malo. Estaba seguro de que esa misma magia se podría usar de una manera más apropiada y pura. La cuestión era ¿cómo usarla y para qué? ¿En qué les serviría revivir a alguien? Por no hablar de que no sabía cómo, pero eso lo apartó de su mente.

Frunció el ceño, pues solo una criatura vino a su mente, una de la que solo había leído el nombre una sola vez en una biblioteca oscura. El único ser que se había enfrenado a Kelldom y lo había vencido.

"Coren —pensó para sí mismo, sonriendo ante la relación con propio nombre—. *Seguro que Sudne me puso mi nombre para honrarle. Pero ¿conocía ella quién había sido? Si era así, debía de saber la historia de Kelldom...* —Cerón torció el gesto al recordar que su madre conocía perfectamente quién era Kelldom, quizá mejor que nadie en el mundo —. *¿Qué ocurrió, mamá?* —se preguntó tristemente".

En aquel momento deseó conocer el hechizo para traer a los

muertos de vuelta y preguntarle por ello. Tal vez sus conocimientos pudieran enterrar La Guerra en el olvido. Pero no sería capaz, a no ser que lograra que le aceptaran sin reservas en la Orden de magos. Y para eso aún faltaba mucho tiempo. Se irguió de nuevo y miró al frente sin ver nada, manteniendo la postura más firme y decidida que fue capaz de forzar.

No sentía dolor alguno tras las largas semanas de viaje, de eso se encargaba su cuerpo nuevo. Solo sentía el tedio de la espera y la frustración de las horas sin resultado. La noche se alzó y el fuego comenzó a brillar con intensidad, irradiando el pequeño campamento y devorando la carne de las criaturas cazadas con la magia. Fue entonces cuando se le ordenó situarse delante de la tienda de la líder de aquel grupo.

Era la más espaciosa de todas y en la que fácilmente podrían haber dormido más de diez personas. La puerta estaba abierta y pudo observar solo una sencilla cama al fondo que no era más que una manta y una esterilla simple. Ante el lecho, la espada de Nefrén descasaba en el suelo de la tienda. No había nadie dentro, pero Cerón siguió esperando sin moverse en absoluto.

Tras varios minutos de divagar en su propia mente, la voz de la hechicera lo apartó de su ensimismamiento.

—Entra —fue su sencilla orden. Se volvió hacia su vigilante—. Permanece en la puerta y entra si se mueve lo más mínimo. Tanto si lo hace como si yo te lo indico, acaba con él y entrégaselo a los animales salvajes en pedazos. Algo deberán comer ahora que les hemos arrebatado sus presas.

—Sí, mi señora.

Cerón caminó lentamente hasta adentrarse en la tienda de cuero. La mujer señaló un lugar donde situarse, a poco más de un metro de la entrada, y él ocupó el lugar sin rechistar. La mejor actitud que podía tener era de sumisión.

La mujer asintió y realizó un sencillo hechizo humano que Cerón reconoció al instante. Tuvo que admitir que disfrutó al ver la magia formarse, pues echaba de menos sentirla a su alrededor. Al momento el aire vibró sutilmente y las palabras de la tienda desde entonces fueron ligeramente amortiguadas y distorsionadas por la magia. Quien estuviera fuera del hechizo no comprendería lo que se hablaba allí dentro.

La hechicera jefa quería hablar con él a solas, pero ¿por qué? Cerón no se preocupó, pronto lo averiguaría o estaría muerto antes. Esperó a que ella tomara la palabra mirando a la tienda que tenía ante sí y evitando contemplarla a ella. Hacerlo sería una muestra de hostilidad sutil, pero que no pasaría por alto ni a su vigilante ni a ella. Simplemente esperó tal y como llevaba haciendo el día entero.

—No eres muy hablador —dijo irónica, a lo que Cerón no respondió. Levantó una mano hacia su vigilante indicándole que no se preocupara y volvió hacia él—. Puedes hablar. Es más, ahora sí debes hablar.

—Gracias, gran maga —respondió recordando los modales de la Escuela de Magia.

—Te permito usar las costumbres de tu escuela solo mientras estemos a solas, pero ve eliminado todo rastro de ellas cuanto antes. A donde vamos pueden ser peligrosas —dijo tentando a la suerte a Cerón, buscando que demostrara su curiosidad y no su determinación. Cuando el mago permaneció en silencio e impasible, continuó—. No has emitido palabra alguna en todo el día. ¿Por qué?

—He venido a aprender. Uno aprende con los ojos y los oídos, no con los labios —respondió seguro de que era la respuesta correcta. Quien busca conocimiento permanece atento a él, no distraído de él. La hechicera aprobó su respuesta asintiendo.

—¿Qué sabes de nosotros?

—Que sois capaces de hacer proezas mágicas que en las Escuelas de Magia no llegamos ni a comprender. —La hechicera frunció el ceño y Cerón comprendió que no le gustaban los halagos sumisos. Ella buscaba más, mucho más. Tal vez no soportase la crítica abierta, pero los hombres y mujeres bajo su mando no debían ser corderos, sino lobos. El mago se humedeció los labios y comenzó a caminar sobre arenas movedizas mientras hablaba—. También sé que sois firmes, aunque muchos dirán que cruzáis la línea de la crueldad. Gobernáis con mano de hierro, se podría decir.

—¿Y tú qué dices?

—Que para poder comer carne, antes hay que matar al animal —reflexionó. Si bien los actos que había visto en ellos eran crueles y despiadados, también a los ojos de los ciervos lo eran los de los lobos. Ellos tenían un objetivo y lo perseguían, costase lo que costase. A su manera de ver, solo iban en la dirección correcta. Si debían apartar

algún muro, pues lo harían—. Sois estrictos, lo cual es necesario cuando se maneja la magia. Respecto a vuestros planes y la determinación que tenéis por cumplirlos, no los conozco. Debo admitir, sin embargo, que no es lo que me interesa de vosotros.

—Debería. Si quieres unirte a nosotros y aprender nuestros conocimientos, al menos. ¿Esperas que te instruyamos a cambio de nada? —preguntó sin esperar respuesta alguna—. Lo que me recuerda, ¿qué tienes tú para aportar? Ayer revelaste secretos casi imposibles de saber, pues alguno de ellos ni siquiera estaban a mi alcance. ¿Cómo sabías a quién pertenecía la espada de este drugano?

La hechicera señaló a la espada del suelo. Inerte, fría, sencilla, parecía no ser nada más que un simple objeto inanimado. Cuan lejos quedaba de la realidad. Algo sencillo puede esconder una historia increíble, nunca debemos juzgar algo solo por lo que aparenta. A menudo, los más aptos, sabios, valientes o decididos esconden su voluntad bajo una fachada de calma y sobriedad. Se muestran como seres sencillos y solo cuando son llamados a la acción muestran todo su potencial.

Cerón ya había pensado la respuesta a aquella y a otras muchas preguntas, lo que le permitió responder rápidamente, otorgando a su respuesta un punto mayor de veracidad. Barajó varias de las líneas argumentales de su relato juzgando las intenciones de la mujer y decidió tratar de averiguar todo lo que pudiera. O le permitiera, antes de desconfiar de él. La línea que separaba la confianza de su muerte era sutil y muy fácil de borrar.

—El norte aún recuerda a los druganos. A las dos clases de druganos —aclaró ocultando su conocimiento de los druganos neutras—. Se nos educa en su conocimiento. Ese al que has doblegado su alma se llamaba Nefrén.

La mujer asintió sin mostrar gesto alguno. Su rostro era firme y serio, frío, casi tan inerte como la propia espada. Si Cerón esperaba extraer conclusiones de sus gestos, podía ir pensado otro plan.

—Eso no explica que conocieras a ese espécimen en particular.

—Me temo que no me he expresado bien. No conocía al drugano muerto, pero sí a su espada. Estoy seguro de que sabes que cada una de las armas es de un color y formas especiales. La de Nefrén era muy característica, como puedes observar —indicó señalando su empuñadura con forma de cuello y cabeza de dragón, valiente

alegoría de lo que sería su muerte—. Respecto a cómo fue su muerte, vi su cadáver en el sur hace semanas. Había sido transformado en dragón negro hace años, por lo que, dado que estos seres están extintos. Debía asumir que era su cuerpo el que se descomponía frente a una ciudad en llamas.

La hechicera dejó escapar un sencillo, simple y rápido sonido similar a una risa al escuchar sus palabras. Cerón frunció el ceño, pero no logró atribuirle un motivo. Su rostro volvió a su estatus pétreo al instante lo que le hizo pensar que tal vez hubiesen sido imaginaciones suyas. Aun así, tomó nota de informarse más sobre dragones negros y ciudades en llamas al sur.

—¿Cómo sabes que fue transformado en dragón?

—Una de las secuaces de Kem lo traicionó. Ha revelado todo lo que sabe a los líderes de la ciudad de Darmid, la asaltada hace semanas por la primera batalla de La Guerra. —Cerón esperó respuesta alguna en su rostro, pero esta no se produjo tampoco ahora. A diferencia de su compañera de la ciudad del sur, ella era mucho más inelegante y calmada, lo que le daba más valor a su pequeña risa anterior—. Yo soy un mago de alto nivel, como puedes ver por mis ropas, por lo que tuve acceso a la información.

—Entiendo... —respondió con tono neutro. Tal vez le hubiese creído, o tal vez no. Cerón tuvo la impresión de que decidía cambiar de tema. Ya tenía bastante en lo que pensar sobre ese, tanto para bien como para mal—. ¿Sabes cómo se llamaba la traidora?

—No —mintió tan descaradamente que solo se atrevió a hacerlo con un monosílabo.

—¿Cómo era?

—He escuchado que morena y con los ojos negros. Fuerte, rápida y cruel —respondió Cerón, sabiendo que aquella descripción encajaba con todas las druganas negras del continente. La hechicera torció el gesto. Estaba tan al corriente como él de ello.

—Para ser un mago tan inteligente, aceptas muchos hechos sin conocer la fuente o sin confirmarla.

—Los druganos llevan siglos desaparecidos. Han vuelto a aparecer hace bien poco, desencadenando una guerra, matanzas, batallas, secretos y traiciones. No sé el motivo de que se hayan vuelto a manifestar en el continente, pero apartar esta información solo por no

estar contrastada puede ser peligroso. Es lo único que tenemos de ellos en siglos, más nos vale aprovechar cada gota de información.

—¿Aprovecharla para qué?

Una alarma en la mente de Cerón se activó al instante. Esta rugía como el cuerno de guerra de los enanos, o al menos como él imaginaba que sería. La hechicera ponía arenas movedizas ante él y camuflaba el camino con su indiferencia esperando que cayera en su trampa. Por suerte, Cerón no caería en ella tan torpemente. Ya se había sumergido en un pozo, no lo haría en arena.

—Para proteger a los humanos. Debemos prepararnos para evitar ser doblegados por los druganos negros —dijo convencido, lo cual no tuvo que esforzarse por hacer. Solo era una parte de los enemigos del mundo libre, cierto, pero eso no hacía su afirmación menos cierta. Quizá menos fiel, pero no errónea—. Los humanos deben unirse y defenderse. No debemos volver a ser dirigidos por nadie que no sea de nuestra raza.

La hechicero miró a Cerón a los ojos, rebuscando en su mente y en su corazón. Sondeó cada pequeño movimiento de su piel en busca de mentiras, de falta de determinación o de debilidad. Tras casi treinta segundos de escrutinio directo, intenso y hasta cruel, aceptó que Cerón no mentía. Tal vez no dijese toda la verdad, lo cual ya esperaba. Un mago hábil, inteligente y fuerte como aquel, que se había lanzado de cabeza a los brazos de quien podía acabar con él, debía guardar secretos que él sabría cuando revelar.

Simplemente, ella estaría allí para escucharlos cuando llegara el momento. Finalmente asintió conforme y Cerón pudo volver a respirar sin miedo de que fuera la última vez.

—Me llamo Sadie —se presentó finalmente—. Soy la encargada de encontrar las armas que van ha hacer que los humanos dominen este mundo de nuevo. Déjame que te ponga un poco al día de a qué te vas a enfrentar, al menos hasta que sospeche que me hayas mentido. Si llega ese momento y aún has sobrevivido al viaje que te espera, te mataré yo misma.

CAPÍTULO 2

UN SIMPLE GUSANO

Sadie se asomó a la entrada de la tienda y pidió al vigilante de Cerón que fuera a por dos sillas para ellos y a por algo de comer. La hechicen sabía que el mago no había ingerido bocado en todo el día, pues ella misma lo había prohibido. La mente es mucho más débil cuando le falta alimento, lo cual sabía demasiado bien. Los meses de hambre habían sido frecuentes durante su entrenamiento. Lo que al principio fueron pesadillas atroces debidas a la falta de comida, se acabó convirtiendo en una sensación de victoria que agradecía y buscaba.

Cada vez que vencía el hambre, cada vez que se sobreponía al dolor, cada vez que daba un nuevo paso al frente cuando todos a su alrededor habían cedido, estaba un poco más cerca de su objetivo. Sadie sabía muy bien que este no siempre iba en la misma dirección que su Orden de Magos, pero no se podía culpar a ella y mucho menos a ellos. Ella tenía un culpable en la mente, uno que recordaba cada día de su vida, uno que desde el día anterior estaría esclavizado a ella para siempre.

Porque Sadie sabía que el rencor destruía países, dividía familias o segaba vidas, pero también era la fuerza más poderosa con la que conseguir que el mundo siguiese girando hasta que pudiese alcanzar su objetivo. Y ella estaba decidida a que siguiera su camino, costase lo que costase.

El vigilante se adentró en la tienda con dos sillas sencillas. Las depositó y se marchó mirando a Cerón de reojo. Este comprendió que Sadie le estaba colocando en un lugar especial si tenía aquella deferencia con él. Y los lugares especiales suelen ser anhelados. La hechicera lo estaba colocando en una posición peligrosa para él.

Sadie recogió la espada de Nefrén y se sentó, instando a Cerón a hacer lo mismo frente a ella, a menos de un metro de distancia. Este obedeció al instante, encantado de poder descansar las piernas tras

tantas horas de trabajo. Aun así no permitió a su cuerpo aceptar del descanso, pues este podía ser corto y su siguiente viaje largo.

"Debo estar preparado. De ahora en adelante siempre tengo que estar alerta —pensó el mago, sintiendo el peso de la responsabilidad de su propio bienestar. Sonthorn no estaría para protegerlo—. *Tal vez nunca más* —se engañó a sí mismo. Le volvería a ver, exactamente cuando llegara volando hacia él, desgarrando un cielo ardiente con su rayo de luz".

—Hubo una vez una niña que solo quería ser fuerte —comenzó a decir la hechicera con una voz sensiblemente más emocionada. Cerón recogió el detalle y lo guardó en su archivador de "posibles mentiras o posibles debilidades" que había creado para ella. Todo lo que ella dijera debía ser valorado como un engaño hasta que se demostrase lo contrario—. Hubo una vez una niña que solo quería escapar del dolor. Ingenua, tonta y arrogante, no comprendió el mundo en el que se estaba sumergiendo.

«Esa niña se presentó ante los muros de Praedesi. Había oído hablar de ellos. ¿Quién no lo había hecho en la isla? No hay mucho porvenir en un lugar tan pequeño y dominado por ellos. O estás dentro, o estás fuera, y fuera no hay más que muerte y fuego».

Cerón frunció el ceño. *"¿Fuego?* —se preguntó?*"*

»Pronto descubrió que la muerte también habitaba en sus muros, impregnaba sus paredes hasta tal punto que se olía en el aire. Era el aroma del fracaso, le decían sus instructores. Quien fracasa, muere, repetían hasta la saciedad, tanto que ella llegó a creerlo. Veía morir a sus amigos, compañeros, hermanos... todos fracasando en su intento de ser poderosos. Tantos cadáveres tuvo que esquivar durante aquellos años que se volvió inmune al dolor por la pérdida, a la sangre y a la muerte».

»Hubo una niña que sabía que cada día podía morir y que cada noche no daba las gracias por seguir viva, porque ella había sido la responsable de sobrevivir. Aprendía rápido o moría, y ella aprendió. Debía ser rápida o moría, y ella fue veloz. Pero también debía ser inteligente y ella fue la que más. Cuando conoció al primer drugano negro de su vida, supo reconocerlo al instante».

»Unos ojos tan negros no pasan desaparecidos ante nadie, mucho menos si este alguien es inteligente y avispado. Era una mujer de la que jamás supo el nombre. No hablaba jamás con nadie, tanto que la

joven niña la creyó muda, como otros muchos niños que buscan su lugar en Praedesi. —Sadie amagó una sonrisa triste antes de seguir—. ¿De qué le sirve a Praedesi un mago mudo? Para recibir hechizos solamente, lo cual consume su cuerpo en poco tiempo. Ya no quedan telépatas en el mundo y, por supuesto, ninguno de ellos demostró lo contrario».

»Aquella mujer trajo regalos para la Orden, runas decía que eran. Un presente para los líderes humanos. No pidió nada a cambio, no exigió pago alguno en contraposición. Solo pidió poder enseñar a usar las runas a todos los magos. Y eso hizo, ¿dónde estaba el truco? No lo había, ¿no?»

»Hubo una niña que creyó en ella y se volcó con sus enseñanzas. Esa niña aprendió a usar las armas, pero también conoció las runas. Todas las que pudo aprender, todas las que pudo formular y muchas más. Eran símbolos complejos, pero su mano era firme y su determinación grande. Ya no había hambre en su cuerpo, solo deseo de saber, de conocer, de crecer. Pero un cuerpo pequeño está limitado y el suyo era muy pequeño».

»Hubo una niña que fue trasladada al continente para cumplir con su primera misión. Los druganos negros habían corrompido Praedesi con su garras oscuras, arañándolo, doblegándolo, arrancando su determinación gracias a las runas negras. Los corazones de los magos se mancillaron, sus mentes se nublaron y muchos murieron incapaces de controlarse. En Praedesi lo llamaban caer en el pozo sombrío, de donde nadie regresaba en su sano juicio».

»Hubo una niña que vio morir a muchos hermanos en la oscuridad de su pozo rúnico. Pero eran débiles, no como ella, que soportaba el dolor de los símbolos, tal vez porque toda su vida había sido dolor. Hasta que llegó el día en que la traición ocupó la mente de los magos y apartó las sombras de sus almas. Cuando el señor de los druganos negros decidió eliminar la amenaza de una estirpe capaz de plantarle cara. Décadas a su servicio, docenas de misiones para él, cientos de vidas perdidas por él. Y aún así los traicionó y acabó con casi todos los testigos, pero hubo una niña que sobrevivió».

»Herida cuando su grupo hubo muerto, abandonada medio desnuda ante la fauna salvaje ansiosa de comida. Sin fuerzas, helada, en la noche, temerosa y sin entender nada. Y quien la abandonó ahora no es más que su siervo tantos años después —dijo sonriendo, acariciando la espada de Nefrén con una avaricia que rayaba la locura—. Pero sobrevivió. A pesar de su pierna rota, de su cuerpo agotado,

del frío, de la incomprensión; ella vivió dónde todos cayeron».

»Hubo una niña que se obligó a sobrevivir para vengarse de la criatura cruel que la había abandonado para morir. No pudo encontrarlo, pero estuvo segura de que no estaría muy lejos, mirándola, esperando a ver cómo acababan con ella los lobos hambrientos. Se sintió morir, pero no se lo permitió».

»Porque hubo una niña que caminó eternas millas con una sola pierna hasta encontrar quien la ayudara. Se curó y regresó a su mundo, donde decidió vengarse de él y de toda su raza de traidores alados. Pero como ya te he dicho, era inteligente y sabía que no podía enfrentarse a algo que llamaban dioses, aunque ella los llamase demonios. Tenía que crecer y, sobre todo, tenía que aprender. Y hubo una niña que supo aprender».

—Entonces resurgió una niña que aprendió los secretos de las runas negras, y no solo los obvios. Ella comprendió las runas. Descifró su forma, su alfabeto, su función, sus trazos, sus grosores, sus palabras y al final descubrió cómo conjugarlas. Hubo una niña que aprendió de su enemigo y se decidió a acabar con él. ¿Puedes adivinar quién esa niña? —preguntó Sadie mirando a Cerón, que le devolvió el gesto con la boca abierta.

Aquella mujer decía haber descifrado las runas negras, lo cual el mago tuvo que creer. Al fin y al cabo, la había visto realizar una cadena rúnica ante él. Esta había sido capaz de una proeza imposible de imaginar hasta para él. Cerón recogió la historia y la guardó en el mismo lugar entre la posibilidad y la mentira. Era una pista, pero podía ser falsa. De momento la creería, pues encajaba.

Sabía que los miembros de su grupo... ¿cómo los llamaba? Ah, sí, Praedesi. Comprendía que se les instruía desde bien jóvenes, mucho más que en la Escuela de Magia del continente. Controlar una magia poderosa como la suya a aquella edad sería muy difícil, por lo que aceptó la idea de que muchos falleciesen durante su formación. No era algo extraño, pero no dejaba de parecerle un sacrificio innecesario. No todos los alumnos progresan a la vez ni son capaces de lo mismo. Forzarles a pasar niveles a costa de sus vidas le parecía aterrador.

"¿Qué podía ofrecerles aquella Orden a los hijos de la isla? —se preguntó, deseoso de conocer el lugar con sus propios ojos—. *El hambre no puede ser tan fuerte para hacerlo. Asumen fácilmente la muerte bajo su mano, eso implica que saben lo que ocurre allí. Aun así van voluntariamente sabiendo a lo que se enfrentan..."*

—Tú eras esa niña —dijo en cuanto vio que Sadie buscaba respuestas con un sencillo movimiento de la cabeza—. Nefrén te dejó herida de muerte y aún así sobreviviste. Cambiaste tu odio por determinación y no has dejado de buscarlo para que esté a tu servicio. Debo reconocer que no sabía nada de tu encuentro con él. Tenía entendido que no interactuaban con simples humanos.

—Salvo que les interese, y por aquel entonces estaban más que interesados. Antes no éramos más que una Orden de asesinos, no muy diferente de la que reina en el continente. O reinaba. Nos utilizaron para encontrar a los druganos blancos y después trataron de asesinarnos a todos —dijo con rabia. El recuerdo era doloroso, pero le daba fuerzas. Jamás lo enterraría en el fondo de su alma. Lo traería de vuelta cada día, era su fuente de determinación.

—Entonces los druganos blancos son vuestros compañeros en este viaje —dejó caer Cerón, aunque algo le decía que no sería así. Su forma de dominar a los humanos distaba mucho de cómo habrían de gobernar los Grandes Señores. Al menos si no estuviesen muertos todos salvo uno.

Tal como esperaba, Sadie negó con la cabeza y una ligera sonrisa emergió de sus labios.

—No. Ellos tienen que caer tanto o más que sus primos oscuros. Los únicos que deben gobernar a los humanos son los propios humanos. Nuestro mundo nos pertenece a nosotros. Nadie decidirá nuestro destino, ni ellos ni su Diosa —aseguró decidida.

—He oído hablar de esa Diosa, pero no sé qué creer. Si no fuera que tanta gente cree en ella, pensaría que es una locura. —En parte su afirmación era cierta. No era capaz de ver la posibilidad de un ser superior que guiara todos sus actos, pero la visita al Pozo de Enam le había mostrado seres tan antiguos como el mundo, con capacidades mágicas imposibles. Su propio cuerpo era testigo de su verdad—. Una Diosa gobernando todas las razas y sus destinos...

—¿Una sola? —preguntó con burla. Cerón frunció el ceño, desconcertado—. Los dioses deben caer, somos los seres libres los que tenemos que alzarnos.

—¿*Los* dioses? —preguntó incrédulo el mago.

Sadie se humedeció los labios, pero no respondió a su pregunta, dejando al mago tan incrédulo como sorprendido. La hechicera se puso en pie y se volvió hacia el fondo de la tienda, dándole la espalda

al mago.

—Ve a descansar, aprendiz. Ambos tenemos mucho en lo que pensar, estoy segura. Que los magos del continente tengan tanta información sobre los druganos me sorprende. Y no me gustan las sorpresas que no organizo yo misma.

Cerón enarcó una ceja ante la palabra “aprendiz”. Añoraba tanto como odiaba aquella palabra. Sadie levantó la mano haciéndole un gesto para que abandonara la estancia. El guardián de Cerón entró de inmediato y se situó a su lado.

—Si, maestra. Eso haré —contestó a modo de despedida, utilizando la misma fórmula en sentido contrario.

Se volvió hacia la puerta y dio un paso muy lento, esperando que su captor no creyese que escapaba. Este se situó tras él y esperó a que siguiera avanzando. Sin embargo, cuando estuvo fuera de la tienda se detuvo sin saber a dónde ir. Decidió esperar instrucciones que él desconocía, pero que ella había entregado a la fuerza. Desconocer algo no lo hace menos real, por eso cuando su captor se dirigió a él, traía las repuestas.

—Ven por aquí, aprendiz extranjero —ordenó iniciando la marcha. Llevó a Cerón a través del improvisado campamento hasta un pequeño grupo de hombres y mujeres que trabajaban sin descanso.

Despellejaban animales, cocinaban, talaban árboles cercanos o cavaban letrinas fuera del radio de luz del fuego. Cerón no tardó en reconocerlos como los que habían ido a la cabeza de la expedición durante todo el día. Sus rostros eran cansados aunque firmes. Había determinación en sus ojos, confianza ciega en sus líderes.

Sus ropas eran sencillas, austeras y de poco abrigo, al contrario que la de muchos de los magos. Pronto aceptó que ellos formaban parte del último escalafón del grupo, tal vez fueran los aprendices. Cerón tuvo la certeza de que serían los encargados de enseñarle lo más básico.

“Es normal, hace unas horas estaban muertos y Sadie los devolvió a la vida. ¿Quién no confiaría su vida a alguien que se la había traído de vuelta? —se preguntó Cerón, que se detuvo en cuanto su guardián hizo una seña”.

—La guardiana Sadie ha decidido que el extranjero se forme como aprendiz —indicó, consiguiendo que todas las miradas de los

aprendices se volvieran hacia Cerón—. Está a prueba de lealtad. Si tenéis la más mínima duda de él, matadlo. Mientras tanto, enseñarle lo básico de cómo funcionamos. Formará parte de vuestro grupo hasta que ascienda o muera, lo que ocurra antes.

Miró a cada uno de ellos, que fueron bajando la vista al recibir su atención. Asintió conforme y se marchó, dejando a Cerón por primera vez sin su férrea mirada. El mago casi se sintió solo sin ella, pero se reconstruyó rápidamente. Dio un paso hacia el resto de aprendices. Eran siete, cuatro hombres y tres mujeres, que lo miraban curiosos. Sus ojos se detuvieron en sus ropas rebosantes de bordados que indicaban su graduación en la Escuela de Magia.

Dio un paso hacia ellos tratando de ser amable, tal cómo había hecho hacía años en Shuko con sus compañeros. Tal vez pareciese que había pasado siglos desde entonces, pero aquellas costumbres grabadas a fuego en su mente seguían frescas.

—Mi nombre es Cerón. Gracias por ayudarme a...

Un poderoso puñetazo llegó desde su izquierda. Este impactó contra su rostro cortando toda actitud amistosa. Su cabeza se movió por el impacto y se vio obligado a dar un paso al lado para evitar caer. Se llevó la mano a la zona golpeada y encontró al culpable. Era un hombre fuerte, moreno y de pelo tan corto que casi parecía que no tuviera. Se frotaba la mano dolorida.

Una pequeña parte de Cerón se alegró de verlo sufrir por el impacto. Mantuvo la posición vertical y lo miró de forma inexpresiva. No sabía si aquello era una iniciación, una prueba desconocida y cruel, o en verdad su actitud debía ser aquella a lo largo del tiempo. Su mente trabajó rápido, como siempre que se veía obligada, y se planteó ambas cuestiones.

Cerón se había hecho una idea del tipo de estructura que llevaría aquella sociedad: vertical, rígida y estricta. Cambiar de escalafón debía ser extremadamente complicado, lo que implicaba que la jerarquía era férrea, casi militar. Tal vez no hubiese ido a la Escuela Militar como Sonthorn, pero conocía a Morsh y cómo se vanagloriaba de lo que era la lealtad, el honor y el respeto reflejado en aquellos niveles.

No creía que fueran aquellos adjetivos los que movieran a aquel grupo, pero sí estuvo seguro de que las órdenes serían respetadas por encima de sus propias vidas. Si la instrucción había venido de la más

alta graduación, de una Guardiana, representara lo que representara, esta sería acogida y aplicada sin la más mínima dispersión. Todos querrían agradar a Sadie, pero además ninguno querría desobedecerlo. Solo le quedaba entonces la respuesta que menos le gustaba.

Aquello era una prueba y debía pasarla.

Así pues, agachó la mirada tal y como habían hecho ellos ante su captor. Asumió el lugar más inferior del grupo, el de quien ni siquiera es un novicio, y esperó a que todo terminara.

—Levanta la vista, gusano —ordenó una mujer ante él, a la que Cerón solo lograba ver hasta la altura de las rodillas—. ¿No me has oído? —Un soberano bofetón proveniente de una mano dentro de un guante de cuero impactó en su mejilla. El sonido le recordó a Ónice y a su forma de recuperar a Huz solo unas horas antes—. ¿Eres sordo? Ahora nos traen un idiota sordo que no puede escuchar.

Lo siguiente que sintió Cerón fue una patada en su espalda que lo lanzó hacia delante. Trató mantener la verticalidad, pero la misma mujer del bofetón interpuso su pierna ante él y provocó su caída. Quedó tendido en el suelo de pies y manos, pero mantuvo la posición. Una patada en el costado le arrebató el aliento momentáneamente, pero la soportó.

—¡Idiota! ¡Vas a morir en esta secta! —le espetó otro hombre.

—No vales nada, escoria. —Esa era otra mujer, al menos su voz era diferente.

Cerón cerró los puños controlando su temperamento que amenazaba con sublevarse. Respiro hondo mientras llovían escupitajos e insultos sobre él. Escuchó todo tipo de amenazas que se negó a dejar entrar en su corazón. Si lo hacía, bien podía correr el riesgo de enfrentarse a ellos. Por algún motivo no dudaba de poder matarlos, pero debía seguir su juego y encontrar aquel mundo ajeno al continente.

Frunció el ceño cuando pensó en sí mismo acabando con todos ellos, lanzando hechizos mortales que mutilasen sus miembros, que les arrancasen la vida de forma dolorosa y terrible. La tierra tembló bajo sus manos y rodillas, recogiendo la energía que él desprendía sin poder evitarlo.

Por fortuna, los insultos, golpes y desprecios terminaron de pronto.

—Levántate —ordenó un hombre con voz más grave—. Esta sí es una petición que debes escuchar, mago.

Cerón obedeció. En la voz de aquel hombre había determinación y conocimiento, incluso aceptación. Se puso en pie y siguió mirando hacia el suelo en el mismo sitio donde había caído. No osó moverse hasta que le fuera indicado. Los pies de sus agresores se apartaron lentamente.

—Vuélvete y mírame a los ojos —continuó ordenando el hombre.

Siguió sus instrucciones y localizó a quien las emitía. Era un hombre de hombros anchos, de una piel tan oscura como el mismo carbón, pelo extremadamente corto y bastante más alto que él. En Shuko no le hubiese costado pasar por un guerrero. Sus ojos eran inteligente y rápidos; en pocos segundos se hicieron una idea aproximada de qué tenían entre manos. Comenzó a girar a su alrededor terminando su escrutinio.

Se situó ante él de nuevo y lo miró a los ojos en todo momento.

—¿Quién eres y por qué estás aquí?

—Me llamo Cerón —respondió a la primera pregunta.

—No me hagas repetir la segunda pregunta, extranjero.

—No lo hagas —respondió Cerón encogiéndose de hombros.

—Mátalo —pidió una mujer a su derecha. Era rubia y de rostro hostil. Acarició el hombro de su compañero que, a aquellas alturas, Cerón ya había catalogado como su líder. *“El líder de los aprendices”,* pensó con una sonrisa.

El hombre sacó una daga de su espalda con una notable agilidad, más aún para su gran tamaño. Sin embargo, no la volvió contra Cerón. Giró sobre sí mismo y atravesó el cuello de la mujer, que se apartó tambaleante, incrédula de su acción. Su vida se escapó a través del agujero de su cuello. Balbuceó pero solo salió sangre de su boca. No tardó en caer al suelo donde comenzó a perder la vida latido a latido.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó de nuevo, limpiando la sangre con un trozo de tela—. No te lo repetiré de nuevo, extranjero.

—No lo hagas. Mis motivos son míos y de quién me ha permitido

venir. No traicionaré mi palabra para con la Guardiana Sadie —respondió sin dejar de mirar al asesino. Tras él, la mujer sufría los espasmos de un cuerpo en decadencia.

El hombre dio un paso hacia la mujer en el suelo y trazó una runa negra. La impulsó contra el cuerpo de la mujer y esta comenzó a recuperarse. Su herida se cerró, su piel adquirió un color más sano y volvió a respirar, aunque aceleradamente.

—No vuelvas a darme órdenes o no habrá próxima vez —le espetó. La mujer abrió los ojos de par en par, desorientada. No tardó en asentir al darse cuenta de qué había ocurrido—. Llevarla a descansar, que se recupere esta noche. Por la mañana nos seguirá o la dejaremos aquí, eso sí, muerta.

Dos hombres la izaron por los hombros y se la llevaron a una tienda enclenque y con más agujeros que tela. Cerón los vio depositar su cuerpo en su interior sin miramiento alguno, casi podría decirse que con crueldad. Sin embargo, algo le decía que la crueldad era la moneda de cambio en aquel mundo en el que se sumergía.

—La misma Sadie te ha permitido entrar —dijo volviéndose hacia él con el ceño fruncido. La daga aún permanecía en su mano—. Debes ser un hombre muy especial si cree que puedes serle útil.

—Soy un mago habilidoso —respondió Cerón. Debía ceder ante quien era su líder, pero también mantenerse firme cuando lo creyese necesario. Era una fina línea que podía difuminarse muy rápidamente. Un error podría costarle su coartada, cuando no la vida—. En la Escuela de Magia hay muy pocos por encima de mí.

—Lo que te coloca a la altura de los niños de la Orden —le espetó, dejando claro cuánto valoraba su Escuela de Magia—. Para eso estás aquí, ¿verdad? Para aprender lo que ya ni siquiera recordáis en el continente.

Cerón asintió.

—Solo Sadie sabe qué le darás a cambio y debo decir que no me importa. Lo único que me interesa es que no traiciones a Praedesi, que tu lengua sea rápida en la magia y estricta en los porqués. Ven conmigo, deja que te ponga un poco al día de cómo funcionamos —ordenó señalando el camino. Ni por un instante Cerón se planteó rechazar su oferta.

—Te lo agradezco —respondió Cerón buscando al resto con la

mirada. Todos habían vuelto al trabajo de nuevo. No le pasó por alto su búsqueda al hombre de tez oscura.

—Es una costumbre que nadie trata de erradicar —dijo señalando su rostro enrojecido—. La determinación de un hombre puede fallar cuando se pone a prueba, lo cual antes ocurría a menudo. Ahora que ha corrido la voz de que este paso acaba pasando, mucha gente es capaz de superarlo. Lo cual no es bueno, como espero que entiendas.

—Si su determinación falla durante la magia, mueren. Es mejor que abandonen antes —dijo Cerón, comprendiéndolo. En la Escuela de Magia no llegaban tan lejos, pero la determinación de los alumnos se ponía a prueba cada poco tiempo.

El hombre asintió ante su comentario acertado.

—Tal vez Sadie te haya elegido por algo, por lo que veo. Buen, me llamo Helmut —se presentó al fin, pero no le tendió la mano como era costumbre en el continente. En lugar de eso, siguió caminando—. Soy el líder de los aprendices. Mi tarea consiste en que nadie desobedezca y que, a ser posible, nadie fallezca. Como te habrás dado cuenta, mis prioridades van en ese orden. Los rangos en Praedesi son muy estrictos y nadie puede subir si no ha sido elegido. Si te digo salta, saltas, si te digo corres, corres. Si te digo mueres...

—Mueres —terminó Cerón, obteniendo una sonrisa a cambio de Helmut. El mago no se dejó conquistar por ella. Había comprendido que las arenas movedizas de su formación empezaban con él. Tal vez no estuviera en su contra, al fin y al cabo no podía, pero desde luego no estaba a su favor. Algo le decía que ese hombre saltaría de nivel pronto y con él su cordialidad fingida. Si Praedesi dependía de arrancarle la piel a mordiscos a un oso pardo, se lanzaría a por él con los ojos cerrados.

—Es sencillo, ¿a qué sí? Eres el último en llegar, eres el último que comerá, el que menos dormirá, el que más peso cargue y el que más insultos reciba. Asúmelo ahora o ve a hablar con Sadie ahora mismo para que te libere de la vida de mierda que vas a llevar desde ahora —dijo deteniéndose ante la puerta de la tienda de su líder. Cerón pudo ver cómo esta escribía en un pergamino, concentrada sin siquiera reparar en ellos.

—Estoy decidido a continuar.

—A saber por qué —respondió Helmut volviendo a caminar seguido del mago—. Te encargarás de hacer lo que te digan el resto de

aprendices, siempre bajo mi supervisión. A la mínima duda que tenga de ti, te mataré. Ya habrás comprendido que Praedesi no se anda con rodeos. A la menor sospecha sobre tu actitud, no habrá segundas oportunidades. Espero que lo hayas entendido.

—Lo he entendido —contestó Cerón, que ya había asumido que su vida estaría en juego cuando se presentó ante Sadie el día anterior—. ¿Por dónde empiezo?

—Aún no. Antes quiero que comprendas algunas cosas.

Helmut guio a Cerón a través de las tiendas de campaña, mostrándole detalles mientras hablaba.

—Praedesi tiene muchos rangos en su jerarquía. En el continente hay pocos y no son los más altos, pues estos permanecen en la fortaleza —dijo esperando que Cerón tratase de colmar su curiosidad. El mago contuvo su lengua, pues interesarse de más por algo que en aquel momento no sería útil, podría ser un paso en falso. Helmut asintió conforme ante su silencio—. La Guardiana Sadie tiene el mayor rango de todos nosotros. A su lado eres un gusano, como bien te han explicado antes. No sé ni por qué ha hablado contigo ni me importa. Pero vuelve a dirigirte a ella sin ser reclamado y estarás muerto. ¿Comprendido?

—Agachar la cabeza y trabajar hasta que se me requiera —dijo Cerón, explicando su papel. En realidad era sencillo, lo que le permitiría tener los ojos y oídos abiertos en todo momento. Los sirvientes siempre eran los que más sabían de la corte, pues pasaban desapercibidos dada su presencia constante. En los palacios llegaban a ni siquiera verlos.

—Eres un tipo listo, señor mago. Recuerda que eso no pasa desapercibido, ni para bien, ni para mal.

Cerón asintió tomando nota de controlar su lengua. Debía mostrarse necesario y con conocimientos, pero tener demasiados era tan malo como carecer de ellos. A los hombres inteligente hay que vigilarlos de cerca, y eso era lo que no quería.

—Debajo de Sadie hay tres Protectores, dos hombres y un mujer. Como irás descubriendo, no hay diferencia entre sexos en Praedesi. La magia solo bebe de la determinación y olvida los genitales que la invocan. Te recomiendo que hagas lo mismo. —Helmut señaló tres tiendas juntas con un símbolo dibujado en ellas. Hasta donde él sabia, no era una runa, pero debía de indicar el escalafón de aquellos tres. La

tienda de Sadie no tenía ninguno, lo que le extrañó.

Siguieron avanzando hasta unos pequeños carros tirados por caballos del norte. Eran pequeños y de patas anchas y recias. Su pelo era más largo que el de sus congéneres del sur. Cerón no los había visto en mucho tiempo, ya que nadie los usaba más al sur. Estaban adaptados a la nieve y en zonas más templadas no podían trabajar correctamente. Tener aquellos animales ante él le indicó que aquel viaje al norte había sido programado a conciencia, lo que no trajo más que preguntas para él.

"¿Cómo sabían que estaría aquí la espada de Nefrén? —se preguntó. Que supieran del arma del drugano, pero no así del mundo de los enanos o del valle de Valán, era esperanzador. En Praedesi, como ellos lo llamaran aunque él no hubiese decidido si era un lugar, una Orden o qué exactamente, no debían de tener todas las respuestas—. *Aún"*.

—Ayudarás a cargar los carros por la mañana. Tras ello, caminarás en la segunda fila de aprendices abriendo camino en la nieve para el resto. Si te llaman, acudirás, sea quien sea estará por encima de ti. Ahora mismo, hasta estos caballos están por encima de ti —le espetó y Cerón agachó la cabeza conforme.

—Algún día confiaréis en mí. Mi única motivación es que ese día llegue cuanto antes.

—Me temo que para ese momento aún falta mucho tiempo. Por ahora, obedece, agacha la cabeza y aprende lo que puedas del resto. Si eres la mitad de inteligente de lo que aparentas, no tardarás en aprender todo lo que buscas y mucho más. Ahora vuelve con el resto de aprendices y sigue sus instrucciones. A nosotros aún nos queda una larga noche por delante y la tuya va a ser la peor de todas.

CAPÍTULO 3

HACIENDO AMIGOS

Tal como dijo Helmut, la noche de Cerón fue la peor de entre todos los aprendices. No durmió un solo minuto, ni siquiera tuvo tiempo para comer. Cada vez que terminaba una tarea, había otra después. Detrás de esa, una nueva. Pronto supo que no acabaría jamás y se adaptó a ello. En vez de tratar de terminar cuanto antes para poder descansar, redujo su ritmo de trabajo y descansó durante el mismo. Se movió en una fina línea entre dar lo mejor de sí y no entregarlo todo, difusa en demasiados momentos.

Cuando llegó la mañana, el sueño pesaba ya sobre su mente, lo que reducía su capacidad de concentración. Por suerte, tenía remedios para eso. Se acercó a sus compañeros buscando a Helmut.

—Disculpadme, mis señores —se dirigió al resto de aprendices que preparaban los carros para partir en cuanto Sadie diera la orden. Cerón encontró a la mujer asesinada, al menos temporalmente, entre ellos. Tal como había dicho Helmut; o partía en la mañana o moría. Aquella gente no se andaba con juegos, estaba claro—. Deseo encontrar a Helmut.

Solo dos ojos se volvieron hacia él. Era una mujer aprendiz de la que Cerón desconocía el nombre. No había preguntado siquiera sintiendo que no tenía derecho a conocerlo. Era rubia, de pelo liso sobre los hombros y ojos verdes. Era casi tan alta como él, que con su nuevo cuerpo estaría cerca del metro ochenta, aunque no se había tomado la molestia de averiguarlo.

"¿Para qué? ¿Qué utilidad tendría saberlo? —se preguntó en alguna ocasión, aunque hasta a él mismo le sorprendió su propia falta de interés. Conocía detalles nimios, absurdos y recónditos de la magia o las leyendas y, sin embargo, en lo que refería a él mismo no tenía interés por saber—. *Es curioso, sí".*

La joven vestía con la misma sotana cuarteada por el tiempo y azotada por las llamas cuando Ónice dejó caer el infierno sobre ellos.

A través de los agujeros de la misma podía ver sencillas protecciones de cuero ceñidas a su piel. Una sensación extraña recorrió su nuca cuando pensó en ello.

Tragó saliva y apartó de su mente el sinuoso detalle de su cuerpo. Era hermosa, tanto como peligrosa, si no más, y Cerón recordaba demasiado bien los peligros que la belleza sinuosa podía esconder. La imagen de Azahara volvió a su memoria.

Trató de apartar su recuerdo, pero no pudo. Se fijó en que eran bellezas diferentes, tuvo que admitir, cautivado. Azahara era fría, dura, aséptica y terrible. Sus ojos eran inteligentes, rápidos, mortales. Habían perdido la sencillez de la juventud, si es que había tenido alguna vez.

"Tal vez alguien deba relatar su historia algún día —pensó Cerón pensando en la crudeza de su infancia y el devenir de su existencia—. *Sería, cuanto menos, interesante".*

Pero la asesina había ido al infierno y regresado, había caído y se había levantado. Sabía lo que quería, estaba decidida, era ella quien movía el mundo y quien lo detendría si quisiera. En cambio, la joven que tenía ante él, que no debía de tener más de dieciocho años, era su antagonista, al menos en lo que representaba exteriormente.

El mago pudo ver en ella la inocencia, la candidez y las dudas. Sus movimientos eran improvisados, torpes incluso muchas veces. Recibía instrucciones de todo el resto de aprendices, salvo él, por supuesto. Ya le había quedado claro cuando se refirieron a él por gusano durante toda la noche. El reclamo para ella había sido "estúpida", mucho menos hiriente, por supuesto.

"Uno puede demostrar que no es estúpido, pero ¿cómo demuestras que no eres un gusano cuando te ves obligado a arrastrarte a cada instante? —se preguntó durante el lapso que sostuvo la mirada de la joven".

Aun así Cerón no se dejó llevar por su belleza, o lo intentó al menos. En aquella Orden de magos crueles y despiadados no debía existir la candidez. La inocencia se quedaría en las puertas de Praedesi, fuera lo que fuera eso. Lo que solo dejaba ante él la posibilidad de que fuera un espejismo o una tapadera. Podía ser la inocencia hecha mujer rubia y de ojos verdes y curiosos, o ser la fachada de un ser que conoce sus virtudes y las aprovecha para sí mismo.

No era la primera mujer que se aprovechaba de su imagen y, por

la Diosa, que estaba seguro de que no sería la última. Sin poder usar la magia no podría saberlo, y eso era precisamente lo que venía a buscar. Sostuvo la mirada de la joven durante un segundo con incomodidad. Tras ello, volvió a mirar al suelo, tal como le habían enseñado por las malas la noche anterior. Esperó pacientemente a que respondieran. Él había enviado su mensaje, faltaba que quisieran devolvérselo.

—Por la mañana está ocupado *en* Sadie —respondió la joven, lo que el mago no comprendió. No sabía qué podía significar estar ocupado *en* alguien—. ¿Qué deseas de él?

Dudó si responder. ¿Sería una trampa? ¿Le estaría ofreciendo su ayuda? ¿Tenía derecho a preguntar siquiera? Demasiadas dudas, la solución era seguir adelante y desear salir airoso.

—Quiero usar un hechizo sencillo para eliminar el sueño —dijo directamente, reconociendo la pesadez de su mente.

La joven abrió los ojos de par en par. Sus compañeros volvieron la vista hacia Cerón. Para sorpresa de este, la joven comenzó a gritarle.

—¡Estúpido gusano! ¿Quién te crees que eres? ¿Cómo te atreves a decir una barbaridad así? —le espetó. Las miradas del resto de los aprendices volvieron a sus respectivos quehaceres. La joven se aproximó a él, furiosa. Una bofetada impactó contra su rostro sin cohibirse—. ¡Eres una vergüenza para Praedesi! ¡Quien no sea capaz de soportar las noches largas y los días duros será asesinado! ¿Quieres tú eso, gusano? Aquí no aceptamos a los débiles como tú. Lárgate de mi vista si no quieres que sea yo misma quien te destripe.

Acto seguido y antes de que Cerón pudiera comprender qué estaba ocurriendo, un generoso escupitajo impactó contra su mejilla. Tras la mujer comenzaron a elevarse las risas debido al sonido del impacto.

—Sí... sí, mi señora, mis disculpas —dijo Cerón bajando la vista.

Ni siquiera se limpió la afrenta de la cara. Sin embargo, antes de volver su vista al suelo, la joven agarró su mandíbula con fuerza, clavando las uñas en ella. Movió su rostro de lado a lado, observando sus ojos.

—Piérdete —le ordenó. Sacó un pequeño saco de entre sus ceñidas ropas de cuero bajo el enorme abrigo y se lo lanzó a Cerón contra el pecho. Una ligera sonrisa, tan sutil como hermosa, apareció en una comisura de sus labios. El leve tintineo de un ojo guiñándose le

confirmó su apreciación—. Hierve agua y trae para mí un té con esto, tengo sueño.

Y se volvió, dejando a Cerón incrédulo, solo ante el resto de aprendices que trabajaban incansables. Se dio la vuelta y se marchó hasta el fuego, donde calentó agua y preparó dos cuencos, uno para ella y otro para él. Depositó las hierbas dentro y las reconoció de inmediato por su aroma. Era una planta que apartaba el sueño y aceleraba el corazón, el cual de por sí ya iba bastante rápido.

Bebió el brebaje aún demasiado caliente y regresó junto al resto de aprendices. Helmut había regresado ya y repartía instrucciones para partir. Cerón le entregó el cuenco a la mujer y se inclinó ante el hombre de piel oscura. No había muchos como él en el continente y, sin embargo, allí había visto al menos media docena de ellos. Debían de ser mucho más comunes en el sur, de donde ellos provenían, lo que llamó su curiosidad. Cuando hubiese ascendido lo suficiente para poder levantar los ojos del suelo, se interesaría por ello.

—Partimos en diez minutos. Id a recoger la tienda de Sadie —ordenó señalando a varios aprendices. Cerón y la joven permanecieron allí—. Vosotros dos sois demasiado inútiles para una tarea tan importante como doblar una tienda. Haréis el mismo trabajo que los caballos, pues no sois más que mulas de carga hasta que me demostréis que servís para algo. Os quiero uno a cada lado al inicio de la comitiva. Abriréis camino para que los animales no se cansen durante el viaje. La nieve no nos gusta en el sur.

—Sí, maestro —dijo la joven.

—Sí, maestro —repitió Cerón.

Helmut los miró a ambos y, tras arrugar la nariz, asintió y comenzó a comprobar los carros y las fijaciones de los animales. Antes de que hubiese terminado, el resto de los aprendices regresaba con la tienda de Sadie, depositándola en uno de los carruajes. Sujetaron la carga a los carros, cargaron sus propias mochilas en la espalda y esperaron en silencio. Helmut le dio una mochila a Cerón. Esta pesaba como si estuviera llena de piedras. Dio un salto para ajustársela y escuchó el sonido. En efecto, debía estar llena de piedras.

—¿Algún problema, gusano? —preguntó directamente.

—No, maestro. Es un honor llevar sus piedras.

Helmut asintió y se volvió. Sadie llegaba seguida de sus segundos

al mando.

—Partimos al sudeste. No habrá descanso hasta la costa. Estoy harta de nieve y un barco nos espera —dijo Sadie, logrando arrancar expresiones de júbilo en todos y cada uno de ellos. Cerón siguió mirando al suelo guardando fuerzas. Por fortuna, su cuerpo estaba preparado para aquel viaje y muchos más. Para lo que no estaba preparado era para la falta de comida y un rugido abandonó su abdomen—. Quiero llegar cuanto antes a la Isla, tenemos que prepararlo todo. Me temo que nuestro plan se ha acelerado.

Murmullos enfadados, algún pie se removió incómodo bajo la atenta mirada de Cerón, que no podía ver nada más.

—En marcha —dijo Helmut, señalando el camino adecuado. La joven rubia y Cerón iniciaron la marcha seguidos por los carros de transporte, intercalados con más parejas de aprendices. Sadie iba tras los transportes a pie, cargando su propia mochila. Tras ella, varios líderes más a caballo.

El mago se preguntó por qué no iba ella a caballo también, pero guardó su curiosidad para más adelante. En su cintura se balanceaba la espada de Nefrén y eso sí que pudo verlo.

Si la noche fue mala, el día fue peor. El cielo se mantuvo gris en todo momento y fue empeorando con las horas. A mediodía la nieve volvió a caer sobre ellos dificultando su paso. Los días de respiro habían cesado y pronto Cerón recordó cómo el frío y la nieve habían torturado su camino hacia el norte. Por desgracia, esta vez no tendría magia alguna que le ayudase a continuar de forma menos cruel.

La temperatura descendió rápidamente y el sol terminó de desaparecer a media tarde, llevándose con él las últimas esperanzas de un camino sencillo. Cerón calculó que les quedarían al menos cuatro días de marcha hasta salir de la nieve, lo que le hizo torcer el gesto. Miró a la joven que avanzaba a su lado y descubrió que ella tenía la mirada fija en el camino. Nada la distraía y caminaba decidida sin bajar el ritmo.

Cerón no se quedó atrás, pero sí que trató de escuchar las conversaciones que se sucedían tras él, en la distancia. Su oído no era tan fino como le gustaría y solo pudo captar palabras sueltas tras el ruido de los carros y caballos.

Casi todas hablaban del regreso a su hogar, a la isla maravillosa en la que habían crecido. Decían echarla de menos, aunque la abandonaban por un bien mucho mayor y más importante. Este, por supuesto, no salió en la conversación en momento alguno.

Había comentarios sobre el terrible clima del continente y lo apacible del intenso calor de su isla. Hablaron de las playas, los acantilados y de las montañas, lo que le sorprendió al mago. No esperaba que hubiera montañas en una isla, al menos no lo bastante altas como para ser llamadas propiamente montañas. Sin embargo, aquellos hombres y mujeres hablaban de ellas con reverencia y una sutil mezcla de miedo y duda.

Esto sorprendió al mago. ¿Cómo podían temer nada ellos? Su magia era arrolladora, sus hechizos podían cambiar el mundo. ¿Qué podían temer? Los únicos que podían hacerles frente eran los druganos negros y estos solo habitaban el continente.

—¿Qué hay en esas montañas que tanto teméis? —se preguntó Cerón en voz alta, lo que no pasó por alto a su compañera. Esta volvió la mirada un segundo hacia él antes de volver a fijarla en el camino a seguir. El mago observó su movimiento por el rabillo del ojo. Era la primera vez que mostraba interés por algo que no fuera su siguiente paso.

Volvió a guardar silencio y permitió que las horas continuasen. En ninguna de todas ellas la mujer de ojos verdes volvió a mirarlo siquiera, lo que permitió que la mente del mago descansara de ella, de su imagen y de su particular interés. Dejó que las conversaciones continuaran tras él, pero en cansancio del viaje fue acumulándose y pronto las lenguas se secaron.

Cuando cayó la noche y el viento helado fue lo suficientemente fuerte como para que los animales rehusaran avanzar, Cerón escuchó un grito que ordenaba detenerse. O eso creyó escuchar, con el viento helado azotando sus oídos le fue imposible asegurarlo.

Buscó a la mujer a su lado que se había detenido y miraba al frente. Su rostro estaba cubierto por una capucha llena de nieve. El mago sintió cómo temblaba bajo el frío y se apiadó torpemente de ella. Pensó en ayudarla, pero no sabía cómo hacerlo. La magia estaba claro que no podía usarla. Lo único que podía hacer era darle parte de su abrigo de piel conseguido en las ciudades del sur.

Se quitó un jubón y se lo tendió.

—¡Toma! —gritó bajo la tormenta—. ¡Yo tengo de sobra!

Alargó la mano con la prenda y la mujer lo miró a él y a su mano intermitentemente. Cerón pudo ver la duda en sus ojos, la del animal cautivo que teme confiar en quien le ha dado demasiados golpes. Alargó torpemente la mano hacia él y la apartó mirando de nuevo al frente con determinación. Ni siquiera respondió a su ofrecimiento y Cerón volvió a ponerse la prenda de nuevo.

—¡Vosotros dos! —gritó Helmut llegando hasta ellos luchando contra la nieve—. Controlad estos animales, Sadie va a usar la magia del paraíso.

Cerón frunció el ceño e iba a preguntar qué era aquello cuando Helmut desapareció a través de la tormenta. Lo único que podía hacer era esperar y obedecer, y eso hizo. Se acercó al pequeño y grueso caballo que tenía tras él y sujetó sus riendas. La última vez que lo había hecho fue durante su llegada al pueblo de Shuko cuando conoció a Sonthorn. El recuerdo lo asaltó con rabia y nostalgia.

Suspiró y acarició la frente del animal. No sabía lo que tramaba Sadie, pero tenía realmente curiosidad por verlo. Debía de ser un hechizo largo y complicado si requería tal preparación. Y si era largo y complicado, sus requisitos energéticos debían de ser terribles. Recordó entonces la espada de Nefrén y la energía acumulada en esta, la cual Sadie había aprendido a utilizar.

Con ella podría realizar cualquier prodigio.

"Como lanzar un meteorito sobre la ciudad —meditó tratando de recordar si la mujer de la taberna llevaría una espada drugana con ella. No fue capaz de hacerlo, pero algo le decía que, de ser así, Ónice se hubiese dado cuenta de ello—. *O tal vez no si estaba ocupada en la batalla. Debería preguntárselo cuando la vuelva a ver".*

La expresión *"cuando la vuelva a ver"* se atascó en sus cuerdas vocales mentales, pues ni siquiera sabía si la volvería a ver. En su visión del futuro no había visto a Ónice cuando Sonthorn llegó a ayudarle, pero no podía pensar que donde estuviera él no lo hiciera ella. ¿Qué motivo podría haber para que no estuvieran juntos? Aquella posibilidad se le escapaba.

Y así, entre pensamientos ingenuos, geniales o infantiles, pasaron los minutos en los que solo el viento se movió a su alrededor. Todos estaban en sus posiciones, removiéndose incómodos y expectantes, incluso él. Detenerse no era la mejor idea cuando hacerlo podría

congelar tu sangre. Su cuerpo comenzó a tiritar cuando vio tras de sí un rayo naranja que ascendía hacia el cielo. Era grueso, firme y brillante, tanto que lograba verse a través del viento repleto de nieve, a pesar de que casi era un muro blanco de más de treinta metros hasta Sadie.

Ascendió cincuenta metros en el cielo y se abrió en todas direcciones, desplegándose como una carpa sobre todos ellos. Cerón vio cómo una cortina naranja iba desplegándose desde las alturas ante él, más adelante de los caballos. Siguió la cascada de magia con la mirada hasta que se detuvo a más de diez metros de él. Volvió la vista atrás y descubrió el mismo resultado en todas direcciones.

Pronto se elevaron gritos de júbilo de todos los presentes e incluso la mujer de su lado esbozó una ligera sonrisa mientras dejaba de temblar. Pero no fueron sus gritos lo que llamó su atención, sino el cambio que se produjo dentro de aquella semiesfera mágica.

El frío desapareció, al igual que el viento o la nieve arrastrada por él. La temperatura ascendió de golpe por lo menos treinta grados y mirase donde mirase, vio a los miembros de Praedesi quitándose las ropas de abrigo. A su lado, la joven rubia hizo lo mismo, dejando ver una ceñida ropa de cuero. Esta tenía gran cantidad de bolsillos, accesorios y fundas para armas.

Elevó la vista desde su cuerpo esbelto y firme y descubrió una sonrisa genuina en su rostro. Era un gesto sincero, cierto y orgulloso el que presidía sus labios. Cuando reparó en los ojos de Cerón sobre ella, su rostro cambió de nuevo a la frialdad que mantenía con él.

“Al menos no me ha llamado gusano”.

—¿Qué miras, gusano? —preguntó airada.

“Ahí está”.

—Mis disculpas. Solo aprecio tu ropa y su utilidad. No pretendía ser grosero —se excusó.

—Podrías apreciar el hechizo. A eso has venido, ¿no? —le espetó.

Cerón apartó la mirada de ella y volvió su vista hacia las consecuencias de la magia. Estas fueron más que claras, tanto como el día en que habían transformado el espacio bajo su protección. El mago contempló anonadado la hierba en el suelo, sin rastro alguno de nieve. El agua corría fresca por sus botas de cuero, mucho menos fría que

durante todo el día. El hechizo había borrado las huellas del invierno a base de energía.

—Increíble. Hace falta una energía inmensa para lograr esto —dijo realmente impresionado, tanto por la magia como por los enemigos a los que se habría de enfrentar algún día. ¿Cómo podían luchar contra una magia semejante?

—¡Avanzad! —gritaron tras ellos y esta vez la voz llegó nítida y clara. Eso sí, sobre las risas y los comentarios orgullosos del resto del convoy.

—Oh, es una lástima —dejó escapar Cerón mientras reemprendía el camino al lado de la mujer.

—¿Lástima por qué?

—Habrá que volver a la nieve ahí fuera.

La mujer miró a Cerón con una mezcla de ternura y asco.

—¿En el continente sois así de estúpidos? —preguntó directamente.

—Me temo que mucho más que yo aún —respondió sin acritud. Estaba seguro que de que no estaba tratando de atacarlo, sino de que aprendiera. Había comenzado a darse cuenta de cómo funcionaban en Praedesi y las indirectas y los modales exquisitos no tenían lugar.

—Deja que avancemos un poco y lo entenderás.

Y así lo hizo. Siguió caminando hacia la barrera viendo cómo el viento la azotaba en el exterior. El tono anaranjado de la misma dibujaba colores caprichosos al encontrarse con las ráfagas de hielo. Sin embargo, las absorbía todas y cada una de ellas, no dejando entra nada dentro. Cuando estuvo a poco más de dos metros de ella, observó para su sorpresa cómo esta avanzaba al mismo ritmo que él.

Miró sorprendido a la mujer a su lado, que sonreía mientras enarcaba una ceja.

—La magia avanza con nosotros —dijo Cerón, incrédulo. Solo había visto hacer algo así a Sonthorn y, desde luego, la esfera que él había creado era mucho menor.

—Pues no te quedes atrás —dijo la mujer instándolo a continuar

—. Gusano.

El viaje se volvió mucho más sencillo entonces. Las horas pasaron rápidas, trayendo la noche tras ellas. Solo por la mañana permitían un poco de descanso, no más allá de tres o cuatro horas. Por supuesto, solo los líderes y los caballos descansaban. Los aprendices debían continuar con sus tareas, lo que les quitaba tiempo de descanso.

Por fortuna, los líderes no necesitaron usar las tiendas de campaña para protegerse del temporal, pues el hechizo continuaba entregando su energía a la esfera protectora. Esta era emitida por la espada de Nefrén, tal como había pensado Cerón. Sadie permanecía sentada a su lado con los ojos cerrados, concentrada en el hechizo en todo momento. Cada vez que podía pasar cerca de ella aprovechaba a contemplarla sutilmente, incrédulo ante su determinación.

La Escuela de Magia era un lugar de voluntades recias, de personalidades fuertes y frías. Sin embargo, la concentración que uno de ellos podía encauzar para realizar un hechizo tenía un límite. Cerón tuvo que reconocer que jamás había visto la capacidad que mostraba Sadie. Nada la apartaba de su magia en ningún momento. Ni siquiera el hambre, el sueño, el dolor por la postura mantenida... nada. La determinación que mostraba le dejaba genuinamente impresionado.

El entrenamiento para llegar a concentrarse así debía de ser terrible, pero algo le decía que no era solo el entrenamiento lo que lograba resultados así.

"Tiene que haber algo más —se dijo contemplándola mientras acudía a la parte posterior a cavar otra letrina. Había perdido la cuenta del número de ellas que se había visto obligado a crear—. *Y no creo que solo sea el odio o la venganza. La venganza te da voluntad, pero te resta energías. ¿Qué escondéis en vuestra isla extraña?"*

Sentada en el suelo con la espada clavada ante ella, la mujer mantenía el rostro frío y pálido. El esfuerzo debía de ser terrible, pero ella aguantaba. Moriría antes de ceder.

Cerón se apartó de ella y volvió a su tarea. Cuando terminó regresó junto a los aprendices, donde su líder repartía instrucciones.

—Quedan dos días para llegar —explicaba Helmut—. No quiero a nadie en baja forma, sabéis de sobra lo que implica volver a la isla. —Expresiones serias, tal vez debidas al conocimiento, el mismo que Cerón no tenía. Cuando Helmut lo vio llegar no trató de explicarle

anda. El mago se situó tras los aprendices y bajó la mirada—. Comed y descansar lo que podáis. Tal vez mañana no haya oportunidad. Sadie ha permitido relajar las normas hasta el alba, haced lo que necesitéis. En cuanto a ti, gusano.

—Sí, mi señor —dijo Cerón irguiéndose pero sin mirarlo a los ojos.

—Puedes usar la magia de la escuela del continente, si es que es útil para algo. Como habrás visto ya, es un juego de niños. Sin embargo, si tu juego de niños crea la más mínima sospecha de sus intenciones, todo el campamento tiene orden de acabar contigo. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, mi señor —respondió Cerón mientras se le aceleraba el corazón. Volver a hacer uso de su magia, de su amada magia, era la mejor recompensa para aquellos días tan duros. Sabía antes de terminar la respuesta lo que haría primero. *"Calmar esta mente convulsa"*.

Helmut los miró a todos uno por uno y asintió antes de irse. En cuanto se perdió en la oscuridad recortada solo por el fuego y la magia de Sadie, los aprendices estallaron en exclamaciones de júbilo y alegría.

—¡Una noche libre! —dijo una mujer desconocida. A decir verdad, Cerón los desconocía a todos. Nadie se había presentado y él no tenía permitido preguntar.

—Para descansar. Buenas noches —dijo otro joven. Era un poco más alto que Cerón, pero su cuerpo era más delgado y débil. Sus ojos eran inteligentes y ávidos de conocimiento. Le recordó a sí mismo dentro de su cuerpo anterior, lo que le hizo sonreír.

Se alejó de ellos y se llevó su mochila de piedras. Cruzó al lado de los caballos y decidió tumbarse junto al carro. Era un lugar tan bueno como cualquier otro y, al menos allí, los animales no se pasarían el resto de noche hablando.

Cerón dudó en si acompañarlo. El descanso le atraía sobremanera. Negó con la cabeza, sabía que no lograría dormir a pesar del cansancio que sentía. Decidió cuidar un poco su cuerpo y se puso en pie.

—¿A dónde te crees que vas, gusano? —preguntó la mujer que el primer día fue apuñalada por Helmut. No había rastro alguno de sus

heridas, pero su temperamento iracundo parecía seguir presente. Cerón había logrado esquivarla solo porque estaba a tres carros de distancia, lo que le hizo suponer que al menos a dos niveles de él.

El mago se detuvo e hizo un rápido cálculo entre lo que significaba noche libre, los escalafones de Praedesi y las órdenes directas. Se volvió para responderla cuando otro de los hombres intercedió por él. Tenía el pelo largo y castaño, recogido en una coleta sencilla. Sin barba, ojos marrones y una belleza extraña. No se podía decir que fuera atractivo, pero tampoco lo contrario. Pasaba desapercibido, lo que Cerón entendió que era su mayor virtud, pues ni siquiera estaba seguro de haberlo visto antes.

—Sabes las normas, Greta. No trates de aprovecharte de su desconocimiento —dijo sin mirarla siquiera, lo que estuvo seguro de que la sacaría de sus casillas.

—Es un gusano del continente. No tiene derecho a ver la luz del sol siquiera —le espetó mirando a Cerón directamente. Acababa de abrir una guerra entre ellos y ni siquiera sabía por qué.

—Eso no lo decido yo, al igual que tampoco eliges tú quiénes son los reclutas. Puedes plantearle tus dudas a Sadie, si así lo deseas —dejó caer el joven. El rostro de Greta se congeló.

—Tiene trabajo —dijo dando una patada a una montaña de cajas que esparcieron su contenido por el suelo—. Recógelo, gusano del continente.

Cerón se puso en pie dispuesto a obedecer y se acercó a los restos esparcidos. La sonrisa de victoria de Greta era aterradoramente atroz. Por un momento creyó distinguir la locura en sus ojos. Por desgracia para ella, le duró poco. El joven agarró la manga de Cerón y le impidió continuar.

—También puedes plantear tus dudas a Helmut. Creo que no te quedó claro el otro día su opinión.

Greta se llevó instintivamente la mano al cuello por donde se le había escapado la vida solo dos días antes. El recuerdo de su muerte aún seguía vivo en su mente. Su rostro se contorsionó por el miedo, la rabia y el odio. Miró al joven que aún no se había dignado en contemplarla siquiera, dio una nueva patada a los restos y escupió sobre ellos antes de marcharse de allí.

El brazo que sujetaba a Cerón se liberó.

—Muchas gracias. No sé muy bien cómo funciona todo esto —le agradeció, disculpándose por su incapacidad para tomar parte alguna, al menos de momento.

—Todo a su tiempo. Greta es una déspota. Habilidosa, pero déspota —reconoció levantando la mirada hacia Cerón—. Ahora recojamos todo esto o nuestro descanso terminará antes de tiempo.

—Deja que yo lo haga —dijo Cerón. El joven se encogió de hombros y permitió que Cerón recogiese el desorden provocado por Greta.

Cuando terminó la tarea regresó quedando ya solo dos aprendices en el lugar. El resto se habían ido a descansar. Debía reconocer que la vida de aprendiz se parece mucho a la de esclavo.

—La vida de aprendiz se parece mucho a la de esclavo —dijo a los dos jóvenes.

—Y tiene los mismos destinos. Triunfar o morir. ¿Cuál vas a escoger tú?

—Debo decir que no tengo intención de morir —reconoció Cerón, aunque tampoco de triunfar en Praedesi.

—Pues entonces para sobrevivir deberás triunfar. ¿Qué trae a alguien del continente hasta nosotros? —preguntó directamente con amabilidad. Cerón dudó en contestar y él levantó las manos en señal de paz—. Mi nombre es Aidan. Estoy un rango por encima de ti, se podría decir. Sin embargo, en los descansos como el que Helmut nos ha permitido, no hay niveles o escalafones. Puedes hablar con sinceridad o callar con la misma sinceridad.

El mago dudó unos instantes sobre cuánta información aportar para demostrar confianza pero sin revelar demasiado.

—Me llamó Cerón. —Era un buen primer paso.

—Es un placer conocerte, Cerón.

—Mi vida es la magia. Desde que era niño todo ha estado relacionado con ella. Late dentro de mí y mi corazón late por ella. Cuando vi lo que erais capaces de hacer, de los prodigios que podíais convocar, decidí tratar de aprender de vosotros. —Un buen segundo paso, además de verdadero. Su intención era esa, su motivación era otra.

—Y ¿para qué quieres esa magia? —preguntó la joven de ojos verdes.

Por primera vez en días no añadió la palabra gusano al final de la frase. Cerón decidió no acostumbrarse, la mañana la traería de vuelta. Abrió la boca para contestar. Sin embargo, ninguna razón llegó hasta su lengua. No podía decirles que para acabar con todos ellos, eso estaba claro, pero tampoco podía mentir. Guardó silencio sin más, esperando que no responder fuera un gesto debido a la privacidad y no a la desconfianza.

—Lo que suponía —dijo poniéndose en pie y alejándose con su mochila—. Otro mago que solo quiere dominar la magia sin saber el porqué. Al final, esta le dominará a él, como al resto de los gusanos a los que les salen alas.

Y desapareció dejando a los dos jóvenes solos. Cerón suspiró y trató de solventar el asunto.

—No quiero ser descortés, pero no puedo decir...

—No lo hagas. Ella no dirá sus motivos, igual que yo no diré los míos. ¿Compartirlos nos hace mejores? ¿Nos acerca más a nuestro objetivo, sea cual sea? —Aidan se encogió de hombros—. Entonces mantenlos a tu lado donde puedas recurrir a ellos cuando los necesites. Y te aseguro, Cerón, mago del continente, que tus motivos serán los únicos que te mantendrán con vida.

—Gracias, eso haré.

Aidan asintió y se tumbó en el suelo allí mismo. Ni siquiera extrajo su saco de la mochila. Cerró los ojos con confianza o arrogancia, Cerón no lo supo diferenciar, y trató de dormir. Cerón permaneció a su lado sentado mirando la hoguera que tenía ante él a pocos metros. Esta ardía con fuerza ahora que la nieve no trataba de asfixiarla.

Cerón recogió un cuenco que algún aprendiz había dejado y lo llenó de agua gracias a la magia. Lo acercó a la hoguera y lo puso a calentar, vertiendo en él varias hojas escondidas en bolsitas bajo sus ropas. Cuando el agua hirvió, lo retiró del fuego y volvió al mismo lugar junto a Aidan. Bebió con tranquilidad, deleitándose con los sabores que le recordaban a cuando era joven y solo se preocupaba por mantener vivo su cuerpo enfermo o por la siguiente jornada de magia agotadora.

Suspiró tristemente al darse cuenta de que su vida no había cambiado tanto, solo había aumentado sus preocupaciones con el tiempo. Ahora su vida estaba en peligro y la magia a su alrededor podía ser mortal.

Guardó un último pensamiento para Sonthorn, su lucha y el destino que le tocaba vivir junto a él y dejó que el brebaje calmara su mente y descansara su cuerpo.

CAPÍTULO 4

LA SOLEDAD DE LA OSCURIDAD

Sonthorn vio alejarse a Ónice incrédulo, incapaz de asumir que le estaba abandonando y que no podía hacer nada por retenerla. La joven le dio la espalda con la misma indiferencia que se ignora lo que no existe, pues para ella ahora solo existía su Diosa.

Ágata sonreía viendo acercarse a su nuevo juguete, uno que llevaba milenios esperando. Su sonrisa fría y prepotente congeló los corazones de todos los presentes.

—¡Detente! —exclamó el guerrero corriendo hacia Ónice—. ¡Lucha contra ella!

Pero Ágata no estaba dispuesta a permitir que nadie se interpusiera en su camino. El fugaz destello de un látigo de oscuridad emergió de su pecho e impactó contra el guerrero. Este tuvo el tiempo justo para protegerse con los brazos cruzados ante sí. Plantó los pies firmemente en el suelo y aún así salió repelido varios metros tras el impacto. El chasquido proveniente del golpe se extendió como una honda a su alrededor, empujando a cuanto enano o Ashgar se encontraba en su camino.

Por un segundo el campo de batalla se mantuvo en silencio, con miles de ojos incrédulos mirando a la Diosa frente a ellos. Esta aguardaba a la drugana saboreando su victoria, anticipándola. Había soñado aquel momento durante miles de años y se deleitaba con él saboreando cada uno de los detalles de su victoria.

—¡Atacad con todo! —ordenó el rey tras la primera fila de enanos —. ¡Que no se la lleve!

Tal vez Audric no supiera la importancia de la relación entre la drugana y Sonthorn, tal vez incluso no comprendiera lo poderosa y útil que era, pero sí que comprendía que si Ágata la quería, no debían dársela. Instó a sus tropas a atacar con todos sus recursos y al instante comenzó a escuchar más artilugios siendo empujados para situarse a

tiro de la supuesta diosa.

Huz corrió hacia Sonthorn y lo ayudó a levantarse. Para su sorpresa, la armadura del guerrero había sido rota en los brazales, que se clavaban en su carne de donde manaba sangre.

—¡Cúrate los brazos!

—Más tarde.

Se puso en pie y volvió a enfrentar a Ágata, que no tenía la más mínima intención de perder el tiempo con él, al menos de momento. Hizo un gesto con la cabeza y las hordas de Ashgar corrieron al ataque en todas direcciones.

El guerrero agarró con fuerza su espada y corrió hacia la batalla, pero esta vez ignoró a los Ashgar que le hacían frente. La rabia le recorría y sintió que aquella era la última batalla que libraría. No estaba dispuesto a seguir sin Ónice. O la recuperaba o caía, pero fuera como fuera, no estaba dispuesto a perderla. Juntó toda la energía de la que fue capaz en tan corto período en su mano libre y saltó con todas sus fuerzas hacia el enjambre de monstruos que tenía ante él, cayendo en el centro de ellos.

En cuanto sus pies golpearon al primer engendro, hizo estallar la energía en todas direcciones, tal como había hecho su madre contra Kem tantos años atrás. Por un segundo se preguntó si la historia se repetía por su cuenta o eran ellos los que copiaban las acciones pasadas, pero se guardó la idea para cuando estuviera muerto o con Ónice.

La honda de destrucción se extendió más de cincuenta metros a su alrededor, destruyendo cada engendro que encontró a su paso, borrando sus cuerpos y hasta calcinando la roca a su alrededor. Por fortuna su magia obvió a los enanos, que gritaron orgullosos y esperanzados de nuevo.

“No hay esperanza sin ella —se dijo”.

Volvió a correr hacia delante pero sus pies trastabillaron. Su vista se nubló y se vio obligado a apoyar una rodilla en el suelo. Respiró agitadamente mientras su corazón trataba de bombear suficiente sangre a su cuerpo.

—Oh, pequeño sobrino. Veo que tu madre no está aquí para ayudarte —se burló Ágata, que ponía su mano en el hombro de Ónice,

guiándola a situarse tras ella—. Es una lástima, una terrible desdicha. Pero así es ella, ¿sabes? Cobarde y estúpida.

—Déjala libre… —murmuró sin esperanza alguna. Se puso en pie con la ayuda de Huz que llegaba hasta él corriendo. El semielfo creó un nuevo golem delante suya para enfrentarse a los Ashgar que llegaban a su paso. Los enanos se unieron a ellos pocos segundos después.

—¿A quién? ¿A ella? ¡Ha! Tengo grandes planes para ella, al fin y al cabo, yo soy la responsable de mis hijos y por lo que veo aquí —dijo agarrando la frente de la drugana con fuerza— necesitan de alguien que los guíe.

—¡Atacad! —ordenó el rey de nuevo.

Los escorpiones no tardaron en escupir sus lanzas de metal hacia Ágata. Esta sonrió con curiosidad y torció el rostro. Levantó una mano e interpuso un nuevo vórtice de oscuridad, solo que este no se movía en absoluto. No era más que oscuridad completa, la misma que habitaba en su alma. Las lanzas atravesaron el círculo de sombras, pero ninguna de ellas emergió en el lado contrario.

—¡Otra vez! —ordenó el rey sin saber cómo alcanzarla.

Los artefactos volvieron a cargar sus saetas con rapidez, la misma con la que los Ashgar se retiraban de la contienda instados por su líder. Los enanos mantuvieron posiciones, dubitativos. Entonces ocurrió lo que ninguno esperaba, lo que ninguno era capaz de imaginar. Un nuevo vórtice apareció tras ellos, en la retaguardia de la lucha. Al instante, las lanzas enviadas en la primera oleada emergieron de él a toda velocidad.

Hicieron falta más de cinco enanos atravesados para detener cada una de aquellas lanzas mortales. Sonthorn escuchó sus gritos de sorpresa y más tarde de dolor en la distancia. Volvió la vista atrás y su altura privilegiada le entregó la imagen del cruel destino de sus compañeros de batalla.

—¡No! —gritó incrédulo como ellos—. ¡Detened esas cosas! ¡Las está devolviendo!

Pero una nueva oleada de saetas había emergido ya de ellos y volaba directamente hacia Ágata, que solo tuvo que mover de nuevo el círculo de oscuridad para hacerlas desaparecer. El rey Audric comprendió demasiado tarde lo que estaba pasando y se apresuró a

repartir órdenes. Por fortuna, la gran altura del monarca, al menos en comparación con el resto de enanos, le hizo ser de los primeros en saber qué ocurría.

—¡Alto! ¡Alto!

El campo de batalla guardó silencio y todos miraron a su alrededor tratando de localizar nuevos vórtices de los que pudieran salir más lanzas. Sin embargo, estos no se produjeron. Sonthorn miró a Ágata, que sonreía divertida, disfrutando de un juego que solo su mente retorcida era capaz de apreciar.

—Tráeme a mi hermana —sentenció antes de desaparecer en el aire, absorbida por la oscuridad. Junto a ella estaba Ónice, que ni siquiera miró al guerrero antes de evaporarse en las sombras.

—¡No! —gritó el guerrero corriendo de nuevo hacia ellas, pues aunque sabía que sería inútil, su corazón le impulsó a hacerlo. Varias docenas de Ashgar le hicieron frente. Sin su líder para ordenarlos y retenerlos, solo quedaba una idea en sus mentes: acabar con toda vida ante ellos.

El guerrero se adentró entre ellos lanzando golpes sin mirar siquiera a donde. Sus ojos solo estaban puestos en el lugar en que había desaparecido Ónice, lo que le recordó de forma terrible y aún más dolorosa la partida de Tarnicis en los brazos de Kem. Sus ojos colapsaron bajo las lágrimas, que no vieron las estocadas que los engendros le regalaban. Sin embargo, el guerrero había perdido toda sensibilidad, tanto emocional como física, y no reparó en las heridas que se abrían en su cuerpo.

—¡Protegedlo! —gritó el rey a sus enanos, que se volvieron hacia el guerrero.

Por suerte, Huz había sido más rápido y y golem furioso corría hacia Sonthorn a toda velocidad. En pocos segundos logró impedir que estos acabasen con su vida. Tras él llegó el semielfo, que sujetó al guerrero y lo arrastró fuera de la batalla. Los enanos los cubrieron y pudo centrarse en él.

—¿¡Qué te crees que haces!? —le espetó, iracundo y preocupado a partes iguales. Comenzó a quitarle la armadura en busca de heridas que sanar—. ¡Si te matan no la podrás encontrar!

—No hay nada que encontrar, se la ha llevado a donde no puedo ir.

—Vive hoy y lucha mañana —le respondió sin más. Era un dicho de Sonnen, pues solo puede plantar batalla quien está vivo.

—Eso es una cobardía —le espetó el rey Audric que llegó hasta ellos seguido de varios enanos con grandes mochilas. Las abrieron a su lado y comenzaron a sacar todo tipo de ungüentos y vendas—. Haced lo que podáis.

Estos asintieron y ayudaron a Huz a desnudar al guerrero. Pronto descubrieron que las heridas era muy numerosas, aunque ninguna mortal. Sin embargo, todas ellas juntas podían llevarse su vida en minutos.

El semielfo comenzó a entonar las palabras de los hechizos de curación humanos que conocía y los volcó sobre Sonthorn, que miraba al infinito. Su vista estaba puesta en su ojo interior, con el que recorría el mundo en busca de Ónice. Por desgracia, su energía era débil allí abajo y ni la drugana ni Ágata se presentaron ante él. Lo único que percibió fue dos pequeñas sombras circulares que ganaban fuerza cerca de ellos. Frunció el ceño y volvió a la realidad. Se incorporó con dificultad a pesar de los intentos de sus cuidadores por impedirlo y miró en todas direcciones en busca de las sombras.

—¡Cuidado! —gritó señalando dos sombras que se abrían, una sobre ellos y otra en la vanguardia. No le costó asociar las mismas a las saetas de metal enviadas momentos antes y pronto escuchó el siseo de las armas cortando el aire. Pero los enanos no tenían su buen oído y las sombras no eran tan grandes para verlas tan rápido, pues estas aún tenían poco más de quince centímetros de ancho, lo justo para que las saetas las atravesaran. Ágata camuflaba su ataque y lo posponía, en un intento no de plantar batalla, *"Sino de asesinar",* se dijo. Calculó rápidamente la trayectoria y no le quedó duda alguna de que su ataque iba dirigido al rey—. ¡Cuidado, Audric!

El guerrero tiró del monarca hacia el suelo, pero Sonthorn desconocía lo que era un enano firmemente plantado en el suelo. Jamás se movería de su posición, menos aún si se le trataba de obligar. Audric lo miró extrañado y permaneció en su lugar, tozudo como un enano, aunque para eso era el rey de los enanos.

Las saetas emergieron de las sombras a más velocidad aún de la que llevaban al entrar en ellas y se dirigieron directamente hacia el monarca. Este abrió los ojos de par en par al comprender lo que ocurría, asociando el conocido sonido con el aviso del extranjero. Dobló las piernas al instante y su cuerpo comenzó a descender, pero la

gravedad no era tan veloz a pesar del notable peso del rey.

Sonthorn lo supo al instante. Trató de crear una esfera de protección sobre el monarca, pero en cuánto la energía comenzó a acumularse, su vista se nubló y cayó al suelo. Tuvo el tiempo justo de ver cómo las dos saetas atravesaban la armadura y el cuerpo del rey, una en cada dirección. Tras ello, llegó la oscuridad para él también.

El guerrero despertó con el cuerpo terriblemente dolorido, sintiendo cada una de las heridas que amenazaban con abrirse en su carne de nuevo con el menor movimiento. Abrió los ojos y contempló el lugar en el que se encontraba mientras hacía memoria tratando de orientarse. Pronto llegó hasta él el recuerdo de la desaparición de Ónice y un nuevo dolor se sumó a los anteriores. El problema era que este no sanaría con el tiempo, eso lo sabía perfectamente dada su experiencia con Tarnicis.

—Anda, estate quieto —dijo Huz a su lado. El semielfo leía cómodamente a su lado en una butaca que se balanceaba con suavidad y sin emitir un solo ruido. En sus manos había un ejemplar antiguo que el guerrero ignoró. Estaba seguro de que Cerón disfrutaría con aquel volumen en sus manos. Un nuevo dolor se sumó al anterior —. Se te van a abrir las heridas otra vez.

—¿Dónde? ¿Cuánto ha…? —preguntó con la boca seca. Tosió y sintió más dolor en el estómago.

Huz se levantó y se acercó a la puerta. Esta era tan cuidada y elaborada como el resto de la sala, llena de figuras y cuadros de exquisita factura. Pudo reconocer en uno de ellos al rey Audric.

El semielfo regresó con un vaso de agua y se lo tendió al guerrero antes de sentarse. Este se incorporó con dolor y se apoyó en la el cabecero de la cama.

—¿Quieres un resumen o todo lo ocurrido? —preguntó finalmente.

—Resumen, por favor.

Huz sonrió y asintió, estaba de acuerdo.

—El rey ha muerto y la batalla cesó cuando los enanos pudieron dar muerte a todos los Ashgar. El túnel por el que vinieron está siendo explorado y están colocando trampas, pero que la Diosa me lleve si sé

a qué se refieren —resumió rápidamente—. Si te lo estás preguntando, Ónice no ha regresado y no se sabe nada más de Ágata.

Sonthorn asintió, sí se lo estaba preguntando.

—¿Cómo está la situación con ellos?

—Imagínate a Ónice furiosa y multiplícalo por… no sé. ¿Ochenta? Sí, más o menos. Han atacado en su hogar, han acabado con su rey y no tienen ni la menor idea de cómo devolver el golpe —relató el semielfo con una sonrisa triste. A él también le gustaba la drugana, aunque ni de la forma ni con la intensidad del guerrero. Escuchar el nombre de la drugana fue una tortura para él, al semielfo parecía ayudarlo a afrontar su pérdida.

"Cada uno sigue adelante como puede —pensó con dolor, recordando a todos los que había perdido en el camino. Su boca se secó cuando pensó que Ónice podía ser una más. Se aclaró la garganta y bebió un poco de agua".

—Tan mal está, ¿no?

—Sí, toda la ciudad está en pie de guerra. No queda nadie que no se esté preparando para devolver el golpe. Son una raza belicosa, Sonth. Llevan siéndolo miles de años y no van a cambiar, igual que los elfos tampoco lo harán. Tomarán la primera batalla que encuentren aunque sea la última.

—Solo tenemos que encontrarla —dijo una voz grave y dura. Tras ella llegó un gruñido y un resoplido—. Me alegro de que estés despierto. Tenemos que hablar.

—Sonth, te presento a Beals, el hijo del rey Audric —les presentó Huz poniéndose en pie.

Sonthorn miró hacia la puerta y descubrió un enano, si era posible que a eso se le pudiese llamar enano, luchando por entrar por la puerta ladeado. No vestía armadura alguna, solo los pertrechos interiores que protegían la piel del metal. Aún así, el volumen del nuevo rey casi le impedía atravesar la entrada. Beals era una pequeña montaña de músculos tensos y preparados.

Sonthorn trató de ponerse en pie para inclinarse ante él, pero Huz se lo impidió.

—No —protestó el guerrero cortando el movimiento del semielfo.

Se puso en pie con dolor y se acercó al final de la cama, haciendo una dolorosa reverencia ante él—. Siento mucho lo de tu padre. Parecía un gran enano.

—Era un gran enano, bondadoso y recio, incluso algunas veces inteligente. Su pérdida llenará de dolor a todos los enanos —dijo tendiendo la mano para apretar la del guerrero. Este extendió la propia y se irguió. Apenas sacaba una cabeza al supuesto enano, que apretó su mano con la misma firmeza que había en su rostro—. Espero que el tiempo me proporcione una muerte en batalla tan digna como la suya.

—Pues espero que para eso falte mucho —replicó Sonthorn, que no quería más muertes a su alrededor y sabía que estas no dejarían de sucederse.

—Eso depende de dónde se encuentre la siguiente batalla. Vístete y sígueme a un lugar más adecuado —ordenó dándose la vuelta directo a luchar con la puerta de nuevo.

—Sería recomendable que siguiera descansando, mi señor —protestó Huz impulsado por su naturaleza élfica llena de modales.

Beals gruñó dos veces y continuó hacia la puerta. Por suerte, un pequeño enano extremadamente delgado, enclenque en comparación, había abierto la segunda puerta para que la atravesara.

—Dos gruñidos significan no —dijo el escuálido enano, aclarando la situación.

—¡Brannon! —gritó la voz ruda de una enana en la distancia.

En cuanto Beals llegó hasta él apoyó una mano en su hombro y lo levantó, girándolo en dirección contraria. Ambos se alejaron de los extranjeros, que se miraron sorprendidos.

—En fin, al menos no hagas movimientos bruscos —pidió Huz y Sonthorn asintió.

—¿Brannon no era el enano que…? —preguntó el guerrero al recordar su nombre entre las brumas.

—Sí, el del hacha. Se ha hecho muy amigo de Beals. Ese chillido que has escuchado es de Tansy, la enana que estaba buscando. Delwin no estará muy lejos tampoco.

—Por fin algo de información en primera persona. Lástima que sea demasiado tarde —dijo melancólico.

—¿Seguro? Recuerda que ahora tal vez tengamos acceso a ese dios enano llamado Archy —dijo Huz levantando las cejas y retándolo a pensar en ello.

—Pasas demasiado tiempo con Tristán —respondió al darse cuenta de cómo el pelirrojo y su característico humor habían contaminado a todos.

Huz se encogió de hombros y comenzó a recoger las pertenencias de Sonthorn. Lo ayudó a vestirse pero dejó la armadura en su lugar sobre una mesa. El guerrero la miró preocupado. El latigazo de Ágata había hecho mella en ella cuando ninguna otra batalla lo había conseguido. Huz siguió su mirada y descubrió el motivo de su rostro preocupado.

—En Sonnen podremos repararla.

—Si es que regresamos allí.

—Yo pienso hacerlo —respondió con sinceridad encogiéndose de hombros. Cuando terminó de atar los cordajes al guerrero le dio un golpe en el brazo en señal de confianza—. Tú solo mantente… ¿vivo? Sí, con eso servirá.

—¿Te he dicho ya lo de Tristán?

—No, no me suena. Anda, vamos a desenrollar este lío.

Sonthorn asintió y tras suspirar profundamente se dirigió a la puerta.

—¡Espera! —volvió sobre sus pasos y recogió la espada de Ónice de la mesa. La elevó ante él y esta permaneció inerte, por desgracia, como esperaba.

—Volverá a billar, estoy seguro —dijo Huz y Sonthorn volvió a bajar el arma sin responder. La dejó de nuevo en la mesa y fue directo hacia la puerta tratando de no pensar en la drugana.

Ambos abandonaron la habitación y se encontraron con un pasillo de mármol blanco, iluminado por docenas de antorchas que no emitían humo alguno. En cuanto atravesaron la puerta doble varios soldados los rodearon impidiéndoles el paso por uno de los extremos

del pasillo. El camino debía de ser el otro. iniciaron la marcha y pronto Delwin apareció al final del corredor.

—Me alegro de verte —dijo Sonthorn con sinceridad. No le había gustado que lo encerraran, aunque ese mismo gesto podía haberle salvado la vida—. Te has ganado sobradamente la libertad.

—¡Hola! ¿Cómo estás? Siento lo de tu amiga, de verdad —respondió Delwin, lo que provocó una mueca de dolor en el guerrero. Este asintió agradecido por su comentario—. Pero no soy libre.

—No hasta que todo esto esté aclarado —dijo Esmail apareciendo tras la curva del corredor—. Seguidme por aquí.

El grupo obedeció y tras varios minutos de marcha a través de interminables pasillos emergieron en la plaza que daba al palacio de rey. Reconocieron el lugar al instante, solo que ahora estaba mucho más cambiado. Donde antes había unos pocos enanos caminando, al menos hasta que se inició la batalla, ahora había docenas, si no cientos de ellos. Todos, hombres y mujeres, estaban ataviados con sus armaduras de guerra, dispuestos para entrar en combate. Junto a cada uno de ellos, una mochila con todo que pudieran necesitar, de lo cual el guerrero no tenía la menor idea de qué podía ser.

"Casi parece que ansíen el combate —pensó incómodo. Los rostros de los enanos se volvieron hacia él a medida que atravesaba la plaza en dirección al trono. Pronto escuchó los murmullos a su alrededor y tuvo que hacer verdadero esfuerzo para no detenerse a escuchar. En su mente flotaba la sensación de que el rey había muerto por su culpa, pues no pudo salvarlo cuando llegó el momento—. *Si no me hubiese dejado herir de aquella estúpida manera, hubiese tenido fuerzas para salvarlo".*

Una nueva vida sobre sus hombros que cargar.

Sin embargo, los enanos desconocían su capacidad para realizar un hechizo así. No podían culparle por ello, ya que desconocían de qué era capaz. Debía haber otro motivo para que le mirasen así. Siguió caminando bajo sus propios pensamientos hasta el palacio que se abrió ante ellos revelando la misma sala llena de esculturas de reyes pasados. Pronto Audric tendría una para recordarlo y, tras él, su hijo Beals. Solo esperaba que aquella escultura se iniciase dentro de muchos años.

Se adentró y la puerta se cerró tras ellos. Avanzaron hasta la plateada entrada al salón del trono y descubrieron un gran reunión de

desconocidos. En aquel lugar había tanta gente dispar que ni siquiera un dragón desentonaría.

La audiencia guardó silencio en cuanto los vieron llegar. Sonthorn reconoció al Guardián de la Memoria y a sus ayudantes sentados en sillas junto a la pared. Beals sobresalía sobre todos los presentes y a su lado estaba el enano que habían llamado Brannon, una enana fuerte de mirada dura y un anciano cuya barba parecía más firme que sus rodillas. No muy lejos de ellos se encontraba otra enana, más menuda y menos fuerte, pero de mirada inteligente y preocupada, que miraba a Brannon entre orgullosa y furiosa.

En una mesa frente a todos ellos, un hacha de soberbia factura que el guerrero entendió como el arma del que le había hablado el rey antes de la batalla. Vio a Delwin correr hacia Brannon y abrazarse a él. La enana enfadada iba a protestar, pero al final se contuvo y acudió a unirse al abrazo de ambos amigos.

—¿Este es el que nos tiene que salvar a todos? —preguntó la enana más entrenada.

Un gruñido único fue la respuesta.

—Eso es un sí —dijo Brannon liberándose del abrazo por un instante.

—No me lo creo.

El anciano enano se adelantó e hizo una pequeña reverencia ante Sonthorn y Huz que ambos imitaron. Alguien tan longevo debía de ser respetado siempre, en todo momento y lugar. Su corazón albergaba el recuerdo de días perdidos en la memoria que debían preservarse a todo costa.

—Mis disculpas, mis señores —dijo volviendo hacia la enana y corrigiéndola solo con la mirada—. Este grupo de enanos lleva demasiado tiempo en los bastiones exteriores como para recordar los modales adecuados.

—No se preocupe, todos estamos muy alterados en estos momentos —respondió cortés Huz antes de que el guerrero dijese ninguna tontería. Al parecer también se le había pegado algo de personalidad de Ónice—. ¿Sería tan amable de presentarnos a todos?

—Por supuesto. Ella es Ericka, es una de las mejores guerreras del Bastión del Sur.

—Y de muchos otros —añadió ella, orgullosa, hinchando el pecho.

—Y de muchos otros, sin duda. Bien, perdonad su brusquedad y falta de tacto. Son virtudes de las que carece la juventud. Al príncipe Beals, ahora por desgracia rey, ya lo habéis visto —continuó el anciano.

—Durante un breve instante —aclaró el guerrero.

—Sus modales son todavía peores que los de Ericka, pero es un gran líder. Tenéis mi palabra —aseguró dando pequeñas palmadas en el pecho del gigantesco enano. Este emitió un sonoro gruñido—. Eso sí, como veréis, su comunicación falla bastante.

—Solo habla con gruñidos. Yo he aprendido que un gruñido es un sí, dos gruñidos un no —intervino Brannon, logrando dos gruñidos como protesta—. ¿Veis?

—Él es Brannon, el enano que salió de Hollfeld tras encontrar el Hacha del Destierro. Ha demostrado una gran valentía al alcance de pocos enanos de Zimbu´el. —Un fuerte gruñido de Beals lo confirmó —. Ella es Tansy, la enana desterrada de Hollfeld y la pareja de Brannon. Por ella huyó de la ciudad. Se podrá decir que ella es la instigadora de todo esto.

—Es un placer conoceros. Sois muy valientes por todo lo que habéis conseguido.

El rostro de Tansy se relajó y asintió lentamente. Brannon volvió al abrazo múltiple.

—Yo soy Tungesh, el anciano líder del Bastión del sur, aunque debo reconocer que en los últimos meses he ido dejando el puesto poco a poco en favor de enanos más jóvenes y preparados. Ellos son los Guardianes de la Memoria, que no iban a faltar a la reunión. —Tungesh abrió los brazos indicando que toda la verdad estaba sobre la mesa—. Y bien, nosotros ya nos hemos presentado. ¿Quiénes sois vosotros?

—Mi nombre es Sonthorn y soy el último drugano blanco del continente. Él es Huz, el semielfo mejor preparado de las tierras de Firmantalas, al sur del mismo. Tras liberar a su raza de la barrera que mis antepasados forjaron, me acompaña en busca de aliados —explicó el guerrero lo mejor que pudo.

—Para estar buscando aliados no vas muy acompañado —dijo Ericka, lo que provocó una mirada de indignación en Tungesh—. Perdona, no quería…

Sonthorn hizo un gesto con la mano para disculparla.

—No te preocupes, tienes toda la razón. Lamento decir que hemos perdido muchos grandes amigos por el camino y otros muchos han tomado caminos diferentes para cumplir la misma tarea. La amenaza es demasiado grande para no abarcarla desde varios lugares —explicó Sonthorn. Aunque viendo a qué amenaza se enfrentaban ahora, no supo decir cuál sería más grave. Beals debió de pensar lo mismo.

—Venís a pedir ayuda a un mundo amenazado —dijo el rey y ninguno pudo negarlo.

—¿Quiere alguien explicarme qué ocurre en el mundo? —preguntó Brannon, que desconocía la historia de los druganos.

—¿Hay más mundo? —preguntó Tansy ilusionada.

—Será mejor que todos tomemos asiento —dijo Tungesh, a lo que Beals asintió. Él era el rey, al fin y al cabo—. ¿Permites a este anciano que reconduzca todo este lío de mundos? —Un gruñido afirmativo.

—Eso es un sí —apuntó Brannon.

—Basta, Brannon, ya lo hemos comprendido —dijo Tansy tirándole de la mejilla. A falta de barba, a algo tenía que agarrarse.

Tungesh sonrió conociendo la conexión entre los dos enanos. Ambos tenían una relación inquebrantable ahora que ambos habían demostrado un coraje inconcebible. Todos los reunidos tomaron asiento formando un círculo ante el trono que Beals se negó a utilizar. Se sentó entre Tungesh y Brannon como uno más, lo que el guerrero no pasó por alto.

—Creí que estaría Archy —dijo el guerrero tras tomar asiento con dolor.

—Se ha vuelto a ir —dijo Brannon.

—Lástima.

—Sí, es una lástima, porque él tiene las respuestas que todos necesitamos. Y bien, ¿quién quiere empezar a contar su historia? —

preguntó el anciano.

Hicieron falta muchas horas en las que se vieron obligados a detenerse en dos ocasiones a comer. Beals no toleró que ninguno pasara hambre, ni siquiera él mismo. Tal como había dicho, necesitaban estar preparados en cualquier momento.

Tansy y Delwin devoraron la extraña comida, colmados ante la inmensa variedad de sabores que pusieron ante ellos. Al igual que a Brannon, lo que más les gustó fue la cerveza, que degustaron sin saber las consecuencias que esta traía con el tiempo. La enana fue la primera en manifestar los primeros síntomas de su embriaguez.

Cuando Sonthorn terminó de relatar su parte de la historia, se hizo un gélido silencio.

—Pues sí que está *chungo* el mundo —dijo Tansy ahogando un ataque de hipo.

El guerrero asintió, no podía negarlo.

—Habéis viajado mucho y muy lejos —continuó Tungesh—, y habéis perdido a muchos seres queridos por el camino. Lamento el lugar en que el destino os ha situado.

—¿El destino? No ha sido el destino el que lo ha hecho, ha sido mi Diosa. Ella hace uso de cada uno de nosotros en un plan que ni siquiera podemos imaginar.

—Al menos para vosotros tiene un plan —intervino Brannon sin dejar de mirar el hacha—. Nuestro Dios es un chiquillo caprichoso que no sabe qué hacer.

—Yo no estoy de acuerdo contigo —continuó Sonthorn—. He visto a Archy tomar partido y enfrentarse a su hermana. Tal vez sea… un poco infantil, pero yo tengo claro que participará.

—Por cierto, ¿cómo lo has hecho? Los enanos no podemos ver a Archy sin más, solo Brannon es capaz de hacerlo presente —preguntó Tungesh—. Sería de gran ayuda…

—Los druganos blancos tienen un ojo interior con el que adentrarse en el mundo de la magia. Pueden estar en varios planos a la vez —explicó Huz. Sonthorn no sería capaz de explicarlo correctamente. Lo malo de conocer algo demasiado en profundidad

era la dificultad que luego provocaba definirlo.

—Comienzo a pensar que no es el mundo de la magia en sí mismo, pero eso en otro momento.

—¿Puedes encontrarlo? —preguntó Brannon y sobre él se escuchó un gruñido conforme—. Eso es que está de acuerdo.

—¡Brannon! ¡Hip!

—Puedo intentarlo —respondió el guerrero y cerró los ojos mientras el resto de los presentes clavaba sus ojos en él. Llevaba un buen rato deseando buscar en aquel mundo de piedra y sombras el rastro de Ónice. Podía buscar a Archy de paso. Amplió su ser y pronto supo que no sería capaz de hacerlo. Aún estaba débil. En las inmediaciones de Zimbu´el no estaba, fue su única conclusión—. No está cerca, pero no puedo ir más lejos aún. Sigo demasiado cansado.

—Lástima —dijo Tungesh volviendo a su posición. Se había inclinado hacia el guerrero sin darse cuenta.

—Bueno, ¿qué hacemos entonces? —preguntó Ericka estirándose en su silla. No era una mujer dada a las charlas o el ocio. De allí tenían que sacar una solución y solo tenían problemas a la vista. Había que apartar aquellas sombras con un poco de luz.

—Siento deciros que yo tengo muy claro lo que voy a hacer —dijo el guerrero mirándolos a todos uno a uno. No le importó lo que pudieran pensar o hacer en absoluto—. Yo voy a rescatar a Ónice.

CAPÍTULO 5

CUATRO CONTRA DOS

El rostro de Beals fue el más frío de todos ellos. Sus ojos se entrecerraron y su mandíbula se tensó. Dos profundos y amenazantes gruñidos salieron de su garganta. Tungesh le puso una mano en la gigante pierna tratando de calmarlo.

—Lo que mi rey trata de decir, Sonthorn, es que tal vez esa no sea la prioridad de los enanos —dijo el anciano suavizando lo que el gigante podría decir.

—Yo he entendido algo mucho más feo —dijo Brannon—. ¿Se lo digo?

—No es necesario, Brannon.

—No la abandonaré —sentenció Sonthorn—. Si sigue viva, la encontraré.

—No sin nuestra ayuda —dijo Ericka—. Por lo que ya puedes pensar en un plan que nos motive a ayudarte.

—¿Te parece poco el destino del mundo? —preguntó Huz. En Firmantalas se habían hecho aquella misma pregunta semanas antes.

—¡Ha! —exclamó Beals—. ¿Dónde estaba el mundo durante miles de años mientras nosotros peleábamos encarcelados por contener a los Ashgar?

—Luchando en su propia cárcel.

—No debe de ser una cárcel demasiado peligrosa —continuó el monarca extendiendo su brazo y mostrando gran cantidad de cicatrices en él—. No veo el resultado de esos peligros en tu piel.

—Mis cicatrices van por dentro —contestó pensando en Tarnicis o en Roland. Cada uno tenía sus propias heridas y las del guerrero, a

diferencia de las del enano, jamás sanarían—. Tal vez las tuyas sean más fáciles de sanar.

Un nuevo silencio se apoderó de la sala mientras cada uno meditaba cómo convencer al resto de que se unieran a su propio plan. Poner de acuerdo a aquellos grupos tan dispares no sería sencillo. Sin embargo, estaban obligados a entenderse. Delwin levantó la mano tímidamente y Tungesh lo animó a hablar.

—Yo soy el menos indicado para decir nada —dijo Delwin.

—En absoluto, tú nos ayudaste a salir de Hollfeld —lo animó el guerrero—. Has demostrado una valentía y lealtad increíbles.

Delwin sonrió agradecido, pero negó con la cabeza.

—No, me refiero a que soy el que menos sabe de todo lo que está pasando. Lo único que he hecho ha sido atravesar una puerta y… aquí estoy —replicó encogiéndose de hombros.

—¿A dónde quieres llegar, extranjero? —preguntó Ericka.

—A que yo no tengo respuestas, pero tampoco ideas preconcebidas. Dejadme que os haga un resumen de lo que yo veo y tal vez podamos encontrar un camino.

—Muy inteligente —dijo Tungesh—. Adelante.

—Hay un mundo en la superficie amenazado por seres muy poderosos.

Sonthorn asintió.

—Y sectas de magos humanos.

—Humanos malos entonces.

—Algo así.

—Vale, pues el mundo sobre nosotros está en peligro. Tanto que los que eran la raza más poderosa ahora son… ahora eres tú. Vosotros habéis abierto las barreras formadas por tus antepasados para reclutar otras razas para luchar, pero si mueres esas mismas barreras caerán. ¿Voy bien?

—Muy bien, continúa.

—De momento los elfos y semielfos se han unido a ti y ya se están organizando después de que los ayudaras a liberarse de sus propios problemas.

—Sí, todo el territorio debería estar pronto preparado, aunque llevará tiempo organizarlo. Hay que poner a mucha gente de acuerdo y siento decir que los elfos son muy poco dados a los enfrentamientos —apuntó Huz.

—Los neutrales de mi raza también se están preparando, según nos relató Ónice.

—Tras ayudarlos también en sus propios problemas —apuntó Ericka, que ya se había hecho una idea de cómo atacar al guerrero. Enarcó una ceja ante él.

—Sí, es cierto.

—Pero ¿qué hay de nosotros? Nosotros, los enanos quiero decir y quiero decir todos, nos enfrentamos a una Diosa vengativa, poderosa y cruel. La misma que lleva miles de años encarcelada en nuestro mundo creando a los Ashgar desde sus sellos, los mismos sellos que ahora se han abierto gracias a que bajasteis bajo tierra.

—La misma Diosa que se ha llevado a mi… a Ónice.

—Que al parecer es su Diosa y su proximidad le da fuerzas, igual que a ti te resta la distancia a la tuya —continuó Delwin.

—Apuntad, chicos, apuntad —los animó el Guardián de la memoria excitado—. No os dejéis nada.

Sonthorn lo miró y suspiró.

—No es solo eso, sino que creo que Ágata es capaz de saber lo que ella sabe —reconoció con miedo. Aquel detalle podía ser crítico para el devenir de La Guerra.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Tungesh.

—Por lo que dijo cuando tocó a Ónice. “Tengo grandes planes para ella, al fin y al cabo, yo soy la responsable de mis hijos y, por lo que veo aquí, dijo agarrando su frente con fuerza, necesitan de alguien que los guíe” —rememoró.

—Mierda —dijo Ericka, lo que Beals apoyó con un largo y

profundo gruñido. La enana se dejó caer contra el respaldo de su silla —. No podremos sorprenderla nunca. Sigue Delwin, a ver qué más hemos pasado por alto.

—Vale. Esa tal Ágata es muy fuerte.

—Es una Diosa, Delwin. ¿Cómo quieres que sea? —ironizó Tansy levantando otra jarra de cerveza. Brannon la miró preocupado, sabía lo que aquel líquido podía hacer.

—Pero no es invencible, nadie lo es. Él es el ser más poderoso de la superficie —dijo señalando a Sonthorn, que torció el gesto dudando horrores de su afirmación— y aquí abajo es más débil. Quizá ella tenga un punto débil, como él.

—Tengo muchos puntos débiles…

—Más a nuestro favor. Además, tenemos el Hacha del Destierro.

—Ese hacha solo puede blandirla correctamente Brannon —dijo el rey levantándose y recogiendo el arma. En su mano no era tan impresionante, casi parecía un juguete muy bien adornado y cuidado —. Solo su mano puede… ¿hacerla funcionar?

—Pero hay más armas —añadió Delwin.

—Oh, ya veo por dónde vas —dijo Tungesh mesándose la barba con fuerza.

—Pero, aunque las tuviéramos, nadie puede usarlas. Necesitamos a alguien de cada raza para ello —dijo Huz que aún recordaba dónde se había quedado aquella conversación.

—Paso a paso —dijo Tungesh poniéndose de pie y comenzando a caminar en círculos alrededor de las sillas.

—Está pensando —dijo Brannon, que ya le había visto hacer aquel movimiento—. Lo hace cuando piensa.

Tansy trató de dar un codazo a su enano, pero el líquido dorado alteró su percepción y falló por mucho. El movimiento casi le hace caer de la silla. Sonthorn miró a Huz con una ceja levantada y este sonrió ante el espectáculo. El grupo esperó pacientemente a que el anciano terminara de pensar, lo cual Delwin y Brannon aprovecharon para volver a comer, si bien el primero de ellos aún estaba lleno.

—¿Comen siempre así? —preguntó Delwin a su amigo.

—Sí, pero te recomiendo no pasarte con la cerveza. Altera la mente —dijo señalando a Tansy— y el cuerpo.

Cuando Tungesh se detuvo, su rostro se mostraba aún más preocupado. Hizo una seña a los enanos de Hollfeld para que se sentaran de nuevo y él hizo lo propio.

—Tenemos un problema.

—Pues vaya novedad —añadió Tansy, víctima de la cerveza. Ericka se levantó y le arrancó la jarra de las manos, bebiéndosela delante suya—. ¡Eh!

—Ya has tenido bastante por hoy.

Y se volvió a sentar dejando a la enana furiosa y mareada por el brusco movimiento.

—Como decía, tenemos un problema. Necesitamos esas armas, pero no sabemos dónde están y no tenemos quien las use. Por supuesto, además de que Ágata sabe que las buscamos y dónde lo hacemos —continuó.

—Eso es más de un problema —apuntó Brannon.

—Sí, me temo que sí. Si tan solo Ágata no se hiciera con la información, tendríamos tiempo para encontrarlas…

—Quizá exista la posibilidad. Tú conoces a Ónice, Sonth. ¿Crees que aguantará sin revelar lo de las armas? —preguntó Huz mirando al guerrero.

—Ella es fuerte y su voluntad lo es más. Incluso trató de quitarse la vida para no ser arrastrada por ella —dijo con tristeza, sabedor de que podría volver a intentarlo si Ágata le dejaba un momento de libertad. De ser así jamás la volvería a ver. Negó con la cabeza y tragó saliva antes de continuar—. Hará todo lo posible, pero nunca nos hemos enfrentado a algo así. Es su Diosa, la misma que le da fuerzas. ¿Cómo resistirse a ella?

—Quizá con esas mismas fuerzas extra que le da su cercanía. Igual que la distancia a Irena te las quita a ti, tal vez eso sea su peligro y oportunidad —concluyó Huz.

—Es posible, pero es una teoría que no podemos confirmar en absoluto.

—Es lo mejor que tenemos —dijo Huz y Beals lo confirmó gruñendo.

—Vamos a por esas armas —ordenó el rey poniéndose de pie.

—Espera, Beals. No es tan sencillo, aunque estoy de acuerdo. Necesitamos entrar en Hollfeld y recuperar esas armas.

—Si es que están allí —dijo Brannon. al momento se volvió hacia Tansy, que se balanceaba embriagada y sonriente—. ¡Tú!

—¿Cómo? ¿Yo? ¿Yo qué?—respondió la enana arrastrando las palabras.

—Sí, tú. Tú encontraste las armaduras y las armas antes de que yo pudiera ver el hacha. ¿Dónde estaban?

El grupo entero se volvió hacia ellos, sorprendidos por la revelación. De Tansy solo sabían que era la enana de Brannon y que había sido expulsada por portar los objetos, pero no que los hubiese descubierto. Ericka se puso en pie dispuesta a sacar la información, y de paso la borrachera, a Tansy por las malas. Tungesh levantó una mano pidiéndola paciencia.

—Tansy, querida —dijo el anciano—. ¿Es verdad que encontraste en Hollfeld armas y armaduras? Creía que estaban prohibidas.

—¿Yo? ¡Claro! Un montón. ¡Hip!

—¿Dónde las encontraste? ¿Había muchas más? —preguntó Brannon situándose frente a ella y llamando su atención. Los ojos de la enana no terminaban de mantenerse fijos en nada. Movió la mano ante su rostro con extrañeza.

—Pues… tras sus paredes, claro.

—¿Sus paredes? ¿A qué te refieres, pequeña?

—Cuando era joven encontré un pasadizo. Discurre por la parte más antigua de la ciudad, en la zona residencial.

—Cuéntanos un poco más.

—Tengo sueño…

Ericka levantó la mano para darle una dosis de sobriedad y Tungesh volvió a frenarla.

—¿Te recuerda a alguien? —preguntó Huz a Sonthorn, que sonrió con pena. Aquella enana y su forma de repartir sus instrucciones se asemejaba a cierta mujer con alas que conocía.

—Si nos cuentas un poco más podrás ir a dormir. La comida ha sido copiosa y tu viaje largo, es normal que estés cansada. Un pequeño esfuerzo más y tendrás una cama mullida para ti sola —prometió.

—¿Qué significa mullido? —preguntó Tansy que solo había conocido camas duras y ásperas.

—Algo que te encantará, confía en nosotros. Para eso has venido, ¿no?

—No, vine para que salvarais a mi ciudad.

—Pues eso es lo que vamos a hacer. Ánimo, cuéntanos más.

—Espero que ese mullido valga la pena —dijo irguiéndose en la silla y agitando la cabeza, tratando inútilmente de despejarla de las brumas del alcohol—. Era joven, muy joven. Recuerdo que ni siquiera había empezado a trabajar. Era demasiado niña para asumir la responsabilidad del musgo y pasaba mis días, tras la formación que los Líderes Agricultores impartían, recorriendo la ciudad. Tal vez debería decir mejor explorando. A los jóvenes no se les permite acercarse a nada que tenga que ver con el musgo, al menos en la época en la que nacían, porque hace ya unos cuantos años que no nace ninguno.

—El Vello del Cadáver impide la fecundidad —apuntó Huz—. No solo se le dice “del Cadáver” por alimentarse de ellos, sino porque lo que toca se extingue al final.

—No había muchos niños cuando yo era joven, por lo que no tenía mucha gente de mi edad para relacionarme. Pasaba muchas horas caminando, imaginando amigos imposibles y aventuras emocionantes. Todo lo contrario a Hollfeld, claro. Cuando los Líderes Agricultores se percataron me impidieron hacerlo en la ciudad. No podían prohibirme fantasear, pero sí hacerlo donde otros enanos pudieran verme y quizá imitarme. Me dijeron que solo podía caminar por las zonas residenciales exteriores. Estas estaban desiertas, por supuesto. Cuando la ciudad encogió de tamaño, lo primero que se abandonó fueron las casas vacías. Simplemente no había enanos suficientes para ocuparlas.

—¿Y tus padres? ¿No dijeron nada? —preguntó Tungesh.

—Murieron cuando yo era muy joven, como muchos de los enanos de Hollfeld —respondió la enana con pena. Brannon le agarró la mano con cariño. Algún día tendría que decirle lo que realmente ocurría con los adultos de Hollfeld cuando llegaba la hora de defender la ciudad o perpetuarla. Pero aún no. Decidió dejarla un poco de descanso tras tanta acción—. ¿Por dónde iba?

—Ocupabas tus días caminando por la ciudad abandonada —aclaró Ericka con voz menos cortante. Tal vez el destino de los enanos de Zimbu´el fuera peligroso y duro, pero al menos se criaban jugando, con el cariño de sus padres y la alegría en sus corazones. No quería imaginarse viviendo la vida anodina de Tansy. Para ella era mil veces peor que la suya, por mucho que su vida estuviera en riesgo siempre. Prefería tener una vida que arriesgar a carecer de una.

—Sí, gracias —respondió sintiendo cómo la cabeza se le caía hacia delante. Brannon la ayudó a reclinarse de nuevo. Su lengua se volvía más pastosa a cada momento—. Las paredes de Hollfeld guardan secretos. Hay rincones escondidos en ellas. Salas, barracones, casi una ciudad tras los muros de la propia ciudad.

Tansy se balanceó hacia un lado.

—¿Está bien? ¿Qué le ocurre? —preguntó Brannon genuinamente preocupado. Nunca había visto a ningún enano lo bastante bebido para caer derrotado por la cerveza. Sin embargo, para el resto de enanos de Zimbu´el no era ninguna novedad. Era inoportuno, sí, pero nada extraño.

—Ha bebido de más —dijo Ericka que le ayudó a incorporarla—. Solo necesita dormir.

—Tansy, ¿podrías volver a encontrar ese lugar, esos túneles? —preguntó Tungesh—. Solo responde a eso.

—Sí, por supuesto que podría. ¿Por quién me tomas? Pero ¿para qué?

Brannon se puso en pie y recogió su hacha, situándola frente a la enana.

—Necesitamos encontrar unas armas especiales, tal vez estén allí. ¿Viste algún arma así como esta? —preguntó levantando el Hacha del Destierro y mostrándola ante ella. Su finura, delicadez y materiales,

por no hablar de las gemas engarzadas, eran inconfundibles.

—Sí, esos pasillos me suenan —dijo Archy sorprendiéndolos a todos. El grupo por completo se volvió hacia la dorada figura del Archy, que sonreía torpemente saludando con la mano. Con la otra se rascaba la cabeza.

—¡Tú! ¡Maldito inútil dorado! —le espetó Ericka soltando a Tansy, que cayó hacia un lado y fue a golpearse contra el suelo—. ¿Dónde estabas ayer cuando la zorra de tu hermana atacó la ciudad?

—¡Ericka! —la corrigió Tungesh.

—¡Ni Ericka ni Ericko! —respondió furiosa—. ¡Nos ha abandonado!

—Siempre hemos estado solos —dijo Beals poniéndose en pie. Recogió a Tansy del suelo y se la tendió a Esmail—. Encuentra una lugar para que descanse. Que vigilen su sueño y que no sea demasiado lejos por si tenemos que hablar con ella de nuevo.

—Sí, mi rey.

—¿Rey? —Archy cerró los ojos un instante y miró con pena a Beals—. Siento lo de tu padre. Era un gran enano.

El gigante emitió un gruñido afirmativo.

—¿Dónde narices estabas? —continuó Ericka.

—Bueno, yo… yo estaba…

—¡Escondido! ¡Han muerto por tu cobardía!

—No, no, yo estaba…

—Lo mato, te juro que lo mato —dijo Ericka descolgando una pequeña hacha de su cinturón y preparando el arma. A pesar de que no podía herirlo, Archy desapareció en el aire—. ¿Dónde has ido? ¡Vuelve aquí, cobarde!

Sonthorn y Huz se miraron, incrédulos por lo que veían sus ojos. Sin embargo, no era por la aparición de Archy, sino por la forma en que se comportaban todos entre sí. Era su Dios, al fin y al cabo. No se imaginaba a sí mismo persiguiendo a su Diosa con la espada en busca de venganza. Y no le faltaban motivos.

Pero Archy no volvió hasta que Brannon tomó la palabra.

—Vuelve, Archy, no puede hacerte daño.

—No —sonó su voz sin lugar específico. Ericka miró a cada rincón sin encontrar su rastro—. Me odia.

—No te odia —continuó—, solo está un poco enfadada. Hemos perdido a mucha gente, Archy.

—¡Sí le odio!

—No es verdad. Reconócelo si quieres que salgamos de este entuerto —ordenó el anciano. Ericka pateó el suelo y refunfuñó antes de hacerlo.

—Está bien. No te odio, Archy, pero más te vale dar alguna buena razón para no haber venido a defendernos.

El fantasma dorado del niño apareció de nuevo a medio centímetro de la enana. Tenía el ojo pegado a ella, como si la estuviera examinando. Ericka dio un salto alejándose de él, sorprendida. La instante volvió la rabia y trató de atacarlo de nuevo, pero Beals ya la sujetaba por el brazo, levantándola del suelo y alejándola. Dos gruñidos sobre ella la hicieron ver que estaba disconforme.

—Suéltame, montaña de músculos sin cerebro —le espetó, lo que hizo que Beals pusiera los ojos en blanco. Puso su enorme mano sobre su boca y tapó todo su rostro con ella. Bajo la misma siguieron escuchándose todo tipo de improperios.

—Ponnos al día —gruñó Beals al fantasma dorado.

—Por supuesto, señor rey —respondió, tras lo cual miró a su alrededor, por primera vez consciente de la reunión—. ¡Ah, hola! Me llamo Archy, ¿tú qué eres?

Huz se sorprendió al ver que el Dios de los enanos se refería a él. Nunca lo había visto, por lo que se lo imaginaba muy diferente. Sinceramente, lo esperaba más parecido a los enanos de lo que era.

—¿Yo? Soy un semielfo, señor. Me llamo Huz y vengo del sur del continente, de Firmantalas, el territorio de los elfos —aclaró orgulloso de su procedencia.

—¡Me encanta esa zona! Mi hermana fue especialmente cuidadosa con la vida vegetal que incluyó —respondió jovial, recordando tiempos en los que no existía el tiempo—. ¿Sigue igual de… viva?

—Oh, sí, mi señor, más aún incluso.

—¡Fantástico! Qué contenta se va a poner. —Guardó silencio y se rascó la barbilla—. Aunque seguro que ya lo sabe, claro.

—Tengo dudas sobre eso —dijo Sonthorn llamando su atención. Él sí había interactuado con Archy, no necesitaban presentarse. El fantasma dorado se centró en él y su rostro se endureció.

—Bienvenido, hijo de Irena.

—Último hijo de Irena —apuntó. Archy torció el gesto—. Me parece que tenemos mucho de que hablar, ¿no crees?

Archy suspiró y se sentó en el aire, imitando al resto de los presentes.

—Creo que sí que ha llegado el momento —dijo Brannon, apoyándolo—. Es el momento, Archy.

Beals dejó bajar a Ericka y la sujetó contra su costado pasándole una mano por encima del hombro. Esta asintió y guardó silencio, no sin poder evitar mirar furiosa a Archy. El Guardián de la Memoria hizo señas a sus ayudantes para animarlos a escribir hasta la última palabra, aunque no habían dejado de hacerlo en ningún momento.

—Cuatro contra dos… —murmuró Archy con pena, volviendo a guardar silencio.

—¿Cómo dices? —preguntó Tungesh.

—Cuatro hermanos contra dos, y eso solo iba a ser el principio, si es que hay algún principio en todo esto. No sueltes el hacha, Brannon. Deja que dé un poco de luz a todo este mundo de oscuridad.

Archy abrió los brazos y comenzó a brillar, extendiendo su luz como si se tratara de una esfera. Esta creció hasta impactar contra las paredes de la estancia y, cuando lo hizo, no fue luz lo que vieron, sino las imágenes de la memoria del joven dorado. Estaban en un campo abierto frente a un río que corría oscuro, lejos del color de la vida.

Se incorporaron sorprendidos por lo que veían, encontrándose

ante cinco figuras de aspecto humano, dos frente a dos, con un pequeño Archy a un lado, indeciso. La imagen permaneció detenida en su posición y los congregados pudieron moverse libremente entre las imágenes que tenían ante ellos. Pudieron rodear a los supuestos Dioses de la creación y mirarlos a la cara, sentir su dolor, su miedo y su determinación.

—Cuatro hermanos frente a dos, pero en aquel entonces solo dos estaban decididos. No hay presente sin pasado, no hay futuro sin recuerdo, y yo os presento el recuerdo del pasado que puede destruir el futuro si no arreglamos el presente.

Archy cerró los brazos y aplaudió, iniciando el recuerdo para todos ellos.

—Ya verás cuando se entere Tansy de lo que se ha perdido… —murmuró Brannon mientras el mundo volvía a moverse ante él. Pudo sentir el aire fresco, la brisa leve, el aroma a vida, el sonido del río, los rayos del sol en el rostro. Ninguna de todas aquellas sensaciones pertenecía a los enanos, por lo que disfrutaron del momento a pesar de la importancia del mismo.

—Basta, Thierry, ¿qué has hecho? —preguntó una mujer de ojos verdes y figura delgada.

—Esa es Jazmín, mi hermana. Bueno, hermanos son todos, claro. En fin, ella es la naturaleza, la vida —apuntó Archy aprovechando que Thierry miraba desafiante a su hermana. Este dio unos pasos a su alrededor sin dejar de mirarla. Chasqueó los dedos y el río aumentó su caudal de oscuridad—. Él es Thierry, responsable de los humanos. Es… cambiante. En sus manos está lo mejor y lo peor, aunque lo peor es lo que está a su lado.

—Ágata —murmuró Sonthorn al fijarse en ella. La mujer vestía de negro con un vestido largo. El pelo suelto y mirada de suficiencia en el rostro. La rabia lo asaltó de nuevo al pensar en cómo le había arrebatado a Ónice.

—Lo que hay que hacer —respondió sin más.

—Estás mancillando su trabajo —dijo una mujer a su lado. Vestía de blanco, pero más allá de eso, era exactamente igual a Ágata.

—Ella es Irena, es la otra hermana gemela —aclaró Archy lo obvio.

—¿Por qué? ¿Por ser diferente? ¿Por no ser cómo ella quiere exactamente? —dijo burlón—. Daros cuenta de una vez que no solo lo que vosotras creéis bello debe existir en el mundo.

—Es sucio, corrupto y caótico —dijo Jazmín mirando al torrente de agua negra.

—¿Y por eso debe ser eliminado? —atacó de nuevo Thierry—. No hay bien sin un mal, no hay luz sin oscuridad.

Sonthorn abrió los ojos de par en par.

—¡Para! —interrumpió—. Detente un momento. —Archy palmeó de nuevo y congeló el recuerdo—. Luz y oscuridad, bien y mal. Druganos blancos y negros, magos buenos y malos. ¿Ves a dónde quiero ir a parar? —preguntó a Huz, que conocía la historia de todo lo ocurrido mejor que el resto.

—¿Lo dices por Neroc? —preguntó comprendiéndolo al instante.

—Sí. Archy, ¿puedes aclararnos qué ocurre aquí?

—Ágata quiere crear a sus propios hijos, como Irena. Quiere una estirpe, una raza para ella. Thierry tiene a los humanos, yo a los enanos, Jazmín a los elfos. El problema es que Calandra no se lo permite, pues está segura de que provocarán caos, muerte y dolor.

—Pues no está muy desencaminada… —murmuró Ericka.

—Pero tanto Ágata como Thierry están seguros de que se le debe conceder. Opinan que el mundo no es solo luz, tiene que haber una oscuridad. No todo es bueno y siempre existirá el mal. Debe existir un equilibrio entre el bien y el mal. Afirman que todo debe tener su contrapartida contraria. Si hay una raza de buenos, como él, tiene que haber una de malos, por así decirlo.

—Entonces… ¿Neroc es el antagonista de alguien? —preguntó Sonthorn.

—No lo sé. ¿Quién o qué es Neroc? —preguntó Archy.

—Un elfo oscuro, o lo que decía a sí mismo llamarse así, aunque creemos que no existen —apuntó Huz.

—No sé lo que es un elfo oscuro —reconoció el joven rubio tras unos instantes de concentración—, pero sí sé que todo tiene una copia

negativa. Los enanos lo saben bien, pues de cada molde de metal emerge su contrario.

—Entonces, si soy el último drugano blanco, ¿quiere decir que en algún sitio habrá el último… algo?

—No sé si último algo, pero sí que será igual de poderoso que tú. Si hay un tú, habrá un *contratú* .

Sonthorn asoció aquello directamente a Rénal, pues aunque estaba desaparecido, era el que más se le parecía desde el principio.

"Incluso es una parte de mí…"

Viendo que no había más preguntas, Archy volvió a palmear el aire y su recuerdo volvió a la vida.

—La oscuridad debe ser controlada —continuó Irena, cada vez más alterada.

—¿Cómo piensas hacerlo, hermanita? —preguntó irónica Ágata —. ¿Estás dispuesta a todo para ello? Porque yo sí —dijo levantando una mano hacia Archy. Irena miró a su hermano con temor.

—Archy, ven aquí —pidió la futura Diosa de los druganos blancos.

Pero Ágata agarró al joven de un hombro y lo levantó hasta situarlo junto a ella. Sus largas uñas negras se hundieron en su ropa sin llegar a clavarse en su piel, aunque por poco.

—¡Auch! Me haces daño…

—¿Tú qué opinas, hermanito? —preguntó Ágata ignorando su dolor. El joven no respondió y clavó las uñas con más fuerza.

—Déjalo en paz, Ágata. Él decidirá lo que quiera. No puedes obligarlo.

—¿Estás segura?

—Es igual de fuerte que tú, por si no lo recuerdas. No podrás obligarlo.

—Oh, pero yo no voy a obligar a nadie a nada. Archy es capaz de ver con más claridad que tú, que representas la luz. Dile lo que me dijiste ahora mismo —ordenó logrando que Irena lo mirara incrédulo.

Archy agachó la cabeza y solo pudo murmurar sus palabras.

—La luz provoca sombras.

—¿Qué más? —le exigió Ágata.

—Cuando el día es más oscuro es cuando mejor se ve la luz.

—No puedo creerlo —dijo Irena retrocediendo un paso. Jazmín miró a Archy con profunda pena—. Te ha corrompido a ti también.

—Somos tres los que estamos de acuerdo. ¿Cómo pensáis romper este empate? —preguntó Thierry con una sonrisa. Con las cartas boca arriba era mucho más sencillo jugar la partida.

—No hay una partida que jugar —respondió con frialdad Irena—. Solo una que ganar.

Acto seguido desapareció en el aire y Jazmín hizo lo mismo, dejando a Ágata con una sonrisa.

—Debemos prepararnos, Calandra no tardará en llegar.

El recuerdo se cortó de nuevo y la sala volvió a su normalidad. Archy miraba tristemente al lugar que ocupaban sus hermanas ante él. Estaba claro cuánto las echaba de menos.

—Después de esto casi todo fueron discusiones y enfrentamientos. Calandra no iba a permitir que Ágata se saliera con la suya —explicó.

—Quiero ver a Calandra —pidió Sonthorn, a lo que Archy negó con la cabeza, tajante.

—No.

—Archy, es la única que no conocemos. Hasta a mí me causa curiosidad —apoyó Brannon.

—No.

—Deja que lo estrangule, después hablará —dijo Ericka volviendo a agarrar el hacha de mano.

—Hay un buen motivo, ¿verdad Archy? —preguntó Tungesh.

El joven asintió con pena.

—Nada que tenga relación con Calandra debe salir a la luz.

—¿Por qué?

—Tomad nota, chicos, ¡esto es importante! —volvió a decir el Guardián de la Memoria, aunque sus dos ayudantes no habían parado de escribir. Sus rostros sudaban por el esfuerzo continuo de recoger hasta la última palabra o gesto.

—Calandra es la más poderosa de todos los hermanos —explicó el fantasma dorado—. Es terriblemente poderosa, hasta un punto que ni siquiera yo soy capaz de comprender.

—Entonces, ¿por qué no lucha contra Ágata? —preguntó Sonthorn, maldiciéndola por dentro al no haber detenido a quien le había arrebatado a Ónice.

—Calandra es diferente a todo y a todos. El riesgo que asumiría si entra en combate sería inasumible.

—¿Riesgo? —preguntó Tungesh—. ¿A qué tiene que temer?

—A sí misma, me temo.

—Mira, niñato dorado, o nos cuentas de una vez qué ocurre o te juro que cojo el hacha y te la meto por el…

Beals se vio obligado a volver a sujetar a la enana y a tapar su boca. Sin embargo, esta vez no la soltó y la mantuvo firmemente sujeta. Por mucha fuerza que tuviera, le fue imposible luchar contra el gigante.

—Calandra es capaz de lo mejor y lo peor —dijo con tristeza—. No es la oscuridad como Ágata, simplemente es la fuerza, el poder puros. Cuando pierde los papeles puede destruirlo todo y a todos. Se mantiene al margen todo lo que puede, pues tiene miedo a descontrolarse y arrasar el mundo de nuevo.

—¿De nuevo? —preguntó Huz.

—Eso os lo cuento otro día. Por eso todo lo que tiene que ver con ella está oculto. Su imagen, su territorio, su magia… todo debe ser escondido. Nada debe tentarla a entrar en batalla salvo que pretenda que nada salga de ella. Si lucha contra Ágata y la derrota, ¿cómo impedir que sea peor que ella?

—No puedo creerlo —dijo Sonthorn, incapaz de asumir que su mejor baza estuviera escondida en un rincón—. ¿Prefiere dejar que miles de vidas se pierdan antes de actuar?

—Así era antes y dudo que haya cambiado.

—¿Dices que ya destruyó el mundo una vez? —preguntó Tungesh apoyando al semielfo—. ¿De ese mundo provenís los seis?

—Sí.

—Fantástico, apuntad, chicos, apuntad.

El grupo entero guardó silencio de nuevo, incluso Ericka se vio obligada a ello, si bien tampoco tenía elección. Ninguno de ellos era capaz de asumir que antes existiese un mundo diferente. Tragaron saliva incómodos, sintiéndose terriblemente pequeños.

—Pues yo creo que hay que buscar a esa mujer —dijo Delwin rompiendo el silencio. Todos se volvieron hacia él. Un gruñido ronco emergió del pecho de Beals—. Me refiero, esa tal Ágata, ¿qué va a hacer si logra vencer?

—Dominar a cada ser vivo y traer la oscuridad —respondió Archy—. Tal vez antes se hubiese conformado con tener su propia raza y permitir el caos. Ahora, tras su cautiverio, no puedo decir lo mismo. He visto cómo la cordura ha abandonado su mente.

—¿Es eso muy diferente de la destrucción total? —preguntó Delwin y Archy se vio obligado a negar con la cabeza.

—Pero ¿de verdad estamos decidiendo en esta sala sobre el destino del mundo entero? —preguntó Brannon asustado. Su mano templó y Archy parpadeó. Beals soltó a Ericka y acudió hasta él.

—Cada decisión puede ser la que decida el mundo —dijo agarrándolo por los hombros—. Tu decisión de escuchar la piedra, de abandonar Hollfeld, de preguntarte qué hay detrás de la roca… Has cambiado el mundo con cada determinación, ¿qué hace esas decisiones más fáciles que esta?

—Que… que… ¡esta sé que cambiará el mundo!

—Eso no cambia nada. Solo es una más y detrás habrá otra.

—Archy, llegado el momento ¿podrías encontrar a tu hermana?

—preguntó Tungesh.

—No.

—¿No podrías o no querrías?

—Ninguna de las dos. Solo tengo una ligera idea de dónde está, o más bien de dónde encontrar su legado —respondió con sinceridad.

—Está bien. Convencer a Calandra será la última opción —dijo el rey con tono grave—. La primera es derrotarla nosotros y para eso tenemos que encontrar el resto de armas y a alguien que las empuñe. Ya podéis empezar a pensar en cómo, porque el tiempo se acaba y la roca tiembla.

CAPÍTULO 6

UN DISCURSO VISIONARIO

—¿Qué significa que la roca tiembla? —preguntó el guerrero que desconocía la expresión.

—Ocurre cuando hay guerras. Tantos entran en batalla que el suelo tiembla bajo su peso —explicó Tungesh, lo que el guerrero comprendió—. Pero, Beals, hay demasiadas incógnitas. Estoy de acuerdo con que hay que comenzar a tallar la estatua, pero no sin antes dibujar un esbozo. —Esta vez fue Brannon el que no comprendió —. Antes de picar la piedra para tallar la figura hay que visualizarla.

—Necesitamos un plan —acortó Ericka.

—Eso es. ¿Alguna idea?

—Ir a Hollfeld y encontrar las armas —dijo Sonthorn sin duda alguna—. Iremos Huz y yo. Nos llevaremos a Tansy y a Brannon. El recuerdo de ella y la habilidad de él pueden ser muy útiles. Además, Archy tal vez reconozca las armas cuando las vea.

—No te llevarás a Brannon sin mí —gruñó Beals.

—Puedes acompañarnos si lo deseas, para mí será un honor —aceptó el guerrero. Tener a su lado un compañero cómo aquel enano siempre era una ventaja.

—No seré él el único que te acompañe —dijo el rey.

—Cuantos menos vayamos, lo haremos más rápido. Sé que Ónice aguantará, pero no sé cuanto tiempo.

—Ese es el problema, cuánto podrá aguantar. ¿Qué crees que ocurrirá cuando Ágata comprenda lo que vamos a hacer? Tu amiga era inteligente, seguro que llegó a la misma conclusión que nosotros aunque no sepa lo de Calandra —dijo el anciano.

—¡Arrasará Hollfeld! —dijo Delwin asustado.

—Sí. Enviará cada una de sus tropas para arrasarlo. Ya se sabe el camino.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el guerrero.

—Estuvo a punto de atacar la ciudad cuando vosotros estabais allí. Buscaba a Ónice, imagino, pero cuando os traje aquí cambió de rumbo y se replegó —aclaró Archy.

Una obvia solución apareció ante los ojos de Sonthorn.

—Archy, ¿puedes llevarnos hasta allí tal como nos trajiste?

—No, no al menos con mi hermana libre. Si encuentra mi magia me atrapará. Es más fuerte que yo —reconoció.

—Mierda. Yo no tengo fuerzas para transportarme hasta allí tan lejos de mi Diosa.

—Tendremos que ir a pie —dijo Huz.

Beals buscó a Esmail con la mirada. Tal como esperaba, se había vuelto a introducir en la reunión en silencio. El enano se mantenía en la oscuridad esperando las órdenes de su rey. En cuanto vio que le buscaba, se puso en pie.

—Prepara a los ejércitos de Zimbu´el. Solo permanecerá en su puesto la Guardia del Hielo. ¿Han regresado ya los enanos de los bastiones? —preguntó Beals.

—Casi todos, mi señor.

—Que se preparen para partir.

Esmail golpeó su coraza con el puño y se alejó al instante.

—¿La Guardia del Hielo? —preguntó Sonthorn.

—Protegen el cielo de los monstruos del hielo —explicó Tungesh.

—¿Qué monstruos? ¿Los Ashgar? ¿Los Byron? —El guerrero entendió que el cielo era todo lo que había sobre sus cabezas, pero no a qué monstruos se referían.

—¿Por qué crees que los enanos no han salido de este mundo de piedra? Somos muy buenos excavando, pero también se puede cavar hacia arriba.

—Bueno, creí que con la magia de mi raza se impediría que…

—En parte sí, pero hay más. Existe una gruesa capa de hielo sobre todo el territorio, al menos hasta donde hemos explorado y que en los últimos milenios se ha reducido a poco o nada. Enfrentarnos a los Ashgar cada día ha impedido que continuásemos buscando y al final nos dimos por vencidos —dijo el anciano con tristeza. Le hubiese gustado explorar el mundo entero, ver la luz del sol, sentir el viento o el aroma de los árboles. Solo la visión de Archy había logrado entregarle aquellos sentimientos y estaría toda su vida agradecido por ello.

—¿No podéis atravesar una capa de hielo? —preguntó Huz sorprendido.

—No es el hielo el problema, son las criaturas que duermen en él.

—¿Qué criaturas? —preguntó Brannon, que no quería oír hablar de ningún enemigo más. Ya tenía bastante con los Ashgar, los Byron y con Ágata.

—Se llaman Uldenhar —dijo Tungesh—. Llevan dormidos cientos de años. Son extremadamente rápidos, fuertes y creemos que inteligentes. Mientras estén allí no podremos atravesar el hielo.

—Pero ¡alguna forma hay de salir de aquí! —exclamó Sonthorn, sintiéndose asfixiado de pronto—. Tiene que haber una salida, igual que una entrada.

—Ni siquiera sabemos cómo habéis entrado vosotros —continuó el anciano—. Esperábamos que tuvierais las respuestas.

—Con la ayuda de la magia de mis antepasados. Dejaron una puerta para acceder a cada mundo.

—Bueno, Sonth, si dejaron una manera de salir de Firmantalas, debemos pensar que hay otra para salir de aquí —dijo Huz, lo que alivió parcialmente al guerrero.

—Los Uldenhar están dormidos, tal vez sea más fácil de lo que pensamos.

—Ejem —tosió Esmail de nuevo en la sala. Ninguno se había dado cuenta de su reaparición.

Beals miró al enano frunciendo el ceño. Este hizo forzó una

mueca de disculpa.

—Habla —ordenó.

—Me temo que la situación del hielo ha cambiado en los últimos meses, mi rey.

El grupo entero se volvió hacia él.

"¿Qué más puede pasar? ¿Cuántos enemigos más pueden llegar? —se preguntó el guerrero. Al momento cayó en la cuenta de las palabras de Archy—. *Los mismos que aliados".*

Una leve esperanza llegó hasta él.

—No sabía nada —dijo el anciano por todos.

—Ha sido hace muy poco y no se ha avisado a los territorios exteriores. Su padre creyó innecesario hacerlo de momento, pues aún los podemos controlar con un pequeño contingente.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Sonthorn, que no dudó en atribuir el cambio a su propio camino, igual que había modificado el mundo de los enanos o el de los elfos.

—El hielo comenzó a derretirse y siguió así durante meses. Sin embargo, hace unas pocas semanas volvió a congelarse de pronto. Sin más.

—Entonces ¿todo está en calma? —preguntó Beals.

—Hace poco más de dos semanas que no —confesó con dolor—. El hielo ha vuelto a derretirse y esta vez mucho más rápido.

—Por las Vetas Sagradas… —murmuró el Guardián de la Memoria, logrando que volvieran la vista hacia él. Aquello distaba mucho del emocionado "apuntad, chicos, apuntad" que llevaba horas repitiendo.

—Adelante, Guardián, te escuchamos —lo animó Beals.

—El hielo que retiene a los Uldenhar está creado por magia oscura. Sea quien sea el que lo haya dañado, tiene que ver con ella. Me temo que tal vez tenga que ver con Ágata entonces.

Beals se alejó del grupo y la emprendió a golpes con una silla contra la pared. Aunque la madera de la misma era gruesa, no sirvió

de mucho y acabó destrozada en pequeñas astillas. El grupo se protegió de la lluvia de madera como pudo.

—¡Maldita Ágata y su maldito ejército! —exclamó buscando otra nueva silla con la que continuar descargando su rabia.

Sonthorn frunció el ceño mientras el rey se relajaba a su manera.

“Si la magia negra los retiene, ¿por qué se enfrentarían a nosotros? Habrían de estar de nuestro lado. Lo único que tiene sentido es que hayan sido retenidos hasta que se los necesitase, pero ¿por qué?”

Beals necesitó de cuatro sillas antes de calmarse lo suficiente para volver con el resto.

—No vuelvas a acercarte a la Esencia Dorada —dijo Ericka irónica.

—Archy, ¿tú sabes algo de esos seres? —preguntó Huz.

—No, la verdad. Lo que esté fuera de la roca me está oculto. No sé qué son ni de dónde vienen. Pero si veo a mis hermanas… las hermanas buenas, me refiero, les preguntaré.

—Para eso primero hay que salir de aquí —dijo Sonthorn poniéndose en pie—. Iremos a por las armas todos los que creáis necesarios. Tras ello, buscamos a quien las puede empuñar y después pensamos en cómo salir de aquí. Huz, te quiero a mi lado siempre. Tú eres la llave de entrada a este mundo, tal vez lo seas para salir. Los ejércitos de los enanos pueden seguirnos todo lo rápido que puedan, pero iré lo más deprisa que pueda a Hollfeld.

—¿Todos los de tu raza sois así de autoritarios? —preguntó Brannon.

—Solo quedo yo, así que supongo que sí.

—¿Crees que dominaban el mundo solo por sus alas? —preguntó irónico el Guardián de la Memora—. Son los seres más poderosos que existen.

—Por lo que veo, sabiendo los enemigos que tenemos, tal vez ya no lo sea —dijo Ericka, que no comprendía la magia ni lo que esta podía hacer. Para ella no había nada más allá de las armas o artilugios de su raza y no sabía de lo que era capaz. La primera magia que había visto en toda su vida se había producido en la batalla contra Ágata y

aún estaba asustada.

—No te falta razón, pero no es momento para pensar en ello. O tomamos la iniciativa o no llegaremos a tiempo. ¿Cuánto se tarda en llegar a Hollfeld?

—Un par de días sin parar y a buen ritmo, ritmo que no tendrán los ejércitos enanos. Ellos tardarán cinco, y eso como mínimo —dijo Ericka—. Los pasillos son muy estrechos a veces para avanzar.

—Sus túneles —gruñó Beals—. Usémoslos.

—Pueden estar derrumbados o peor aún, pueden seguir en ellos —dijo Tungesh.

—¿Qué túneles? —preguntó el guerrero.

—Los Byron abrieron caminos para regresar hasta aquí. Son mucho más anchos que los excavados por nuestros antepasados. El problema es que pueden seguir ocupados por ellos —explicó Ericka.

—Perfecto —sonrió Beals, poniéndose en pie.

—Si encontramos Ashgar en ellos los combatimos. Siempre serán menos que en batalla abierta, podremos reducir su número —apuntó Huz, a lo que Sonthorn asintió.

—Hay que elegir con cuidado, muchos de ellos conducen a los sellos y no a Hollfeld —dijo Ericka, planificando la marcha en su cabeza.

Beals gruñó de nuevo, pero esta vez Brannon no intervino. El enano contemplaba el hacha sujeta por su mano.

—¿Y si nos arrebatan el hacha? —se preguntó en voz alta, aunque era una sutil manera de plantearse su propia muerte—. ¿Es seguro llevarla?

—Tú conmigo —dijo Beals.

—No te ocurrirá nada ni a ti ni al hacha, Brannon —dijo Sonthorn acercándose a él junto al rey—. Para llegar hasta ti pasarán por encima de mi cadáver.

Un profundo gruñido escapó del rey.

—Y del suyo —respondió por Beals el propio Brannon.

—Yo cuidaré de ti y de tu cuerpo —aseguró Archy—. Yo puedo impedir que la muerte te encuentre, pero solo mientras sigas agarrando ese hacha.

—¿Puedes hacer eso? —Sonthorn no sabía de qué era capaz aquel Dios de los enanos que ni parecía un dios ni un enano.

—Y más cosas raras —dijo Ericka—, pero sí, puede hacer eso. También le he visto curar heridas muy graves. Y, sin embargo, no es capaz de luchar y deja morir a cientos de…

—Ericka… —susurró Tungesh viendo cómo la enana se alteraba. Esta frunció el ceño y dio una patada al suelo.

—Preparadlo todo —ordenó Beals interrumpiendo a todos—. Partimos en cuanto podamos. Vosotros, descansad, ha sido un viaje largo. Esmail —dijo a las sombras, que pronto revelaron al enano—, que descansen todo lo posible. No pueden hacer nada más por ahora.

—A mí me gustaría conocer tu ciudad —dijo Brannon, que sentía fascinación por Zimbu´el, la ciudad de sus antepasados.

—Y a mí. Y a Tansy seguro que también —apuntó Delwin.

Dos gruñidos fuertes y hoscos.

—Eso es un no… —dijo Brannon para sí.

—Cuando regresemos con la victoria la ciudad será toda tuya —dijo el anciano—. Pero Beals tiene razón. Ahora mismo la ciudad está demasiado alterada. Seguro que no faltan voces que culpen a Hollfeld, recuerda lo distanciadas que están ambas ciudades. No sería adecuado que vagaras solo por Zimbu´el, menos aún cuando puedes perderte. Además, ¿quién nos dice que no quedan enemigos escondidos? El ejército apareció de improviso, ¿qué le impide hacerlo de nuevo? Tu seguridad es demasiado importante, al igual que la de Tansy o Delwin. Solo ten paciencia. Llevas muchos años sin conocer Zimbu´el, puedes esperar un poco más.

—No ha dicho eso.

—Pero queda mejor que un gruñido, ¿a qué sí?

—Supongo que sí…

Beals esbozó una sonrisa y apoyó su enorme mano en su hombro.

—Descansad. Os llamaré para cuando le explique a toda la ciudad por qué se juega la vida por una ligera posibilidad de victoria.

Sonthorn descansaba sobre su cama de nuevo, esta vez sentado sobre ella. En sus manos mantenía la espada de Ónice para la cual había solicitado una funda adecuada. Por fortuna, los enanos tenían de todo lo necesario, al menos relacionado con la guerra. El drugano se preguntaba cómo era posible que existiera una raza tan belicosa y luego cayó en la cuenta de que los humanos seguían el mismo camino.

"Por suerte aquí no hay magos que enfrentar. Son solo ellos, con sus barbas, músculos y gruñidos varios —pensó recordando a Beals. No conocía de lo que era capaz, pero solo con su actitud y su fortaleza, supo que arrasaría con todo lo que se encontrara en su camino. Pero el monarca tenía un problema del que adolecían todos los enanos: no tenían magia—. *Estoy seguro de que sin magia me derrotaría por pura fuerza bruta, aunque seguro que también es hábil y rápido. Pero sin magia con la que protegerse o atacarme, ¿cómo me vendería? Un solo hechizo y sería derrotado. Son fuertes y poderosos, pero deben ser protegidos de la magia y esa magia aquí abajo es oscura y letal".*

Sonthorn volvió a sacar la espada de Ónice de la funda y comprobó de nuevo que no había rastro alguno de ella. Seguía tan metálica como siempre, lo que lo hacía suspirar con cada gesto. Se dejó caer sobre la cama y contempló el techo, perfectamente liso y pulido, imaginándose cuántos cientos de metros de tierra tendría sobre él. ¿Serían miles o solo docenas? No podía saberlo, pero intuía que sería mejor para sus nervios no pensarlo. La simple idea de estar bajo aquella montaña de roca era asfixiante.

"Una montaña que me separa de mi Diosa… la misma que es la hermana gemela de Ágata. ¿Qué más enemigos pueden surgir? ¿Es que nunca vamos a poder adelantarnos a ellos? Creíamos estar por delante y ahora Ónice está retenida —El guerrero se negaba a pensar en que estuviera muerta— *y hay un ser eterno y casi todopoderoso en su bando.* —Suspiró y negó con la cabeza, frustrado. Sin embargo, una idea llegó a su cabeza—. *Pero nosotros tenemos a Archy. A ver, no parece gran cosa ahora mismo, pero tampoco lo parecía Cerón en Shuko y mira hasta dónde ha llegado…* —Tampoco sabía a dónde había llegado, pero intuía que lejos. Al menos sí que había visto cuán poderoso se había vuelto en comparación con el joven enfermo—. *Tal vez ese niño dorado y torpe pueda ser una baza de nuestro lado. Al fin y al cabo, es tan fuerte como sus hermanas, o eso dicen. Quizá solo necesite un empujoncito, tal como todos hemos necesitando alguna vez".*

Sonthorn se había preguntado demasiadas veces si el camino que recorría seguía siendo el que su Diosa le había escrito. Ahora, viendo las encrucijadas con las que se encontraba a cada paso, la idea de que tal vez se hubiese equivocado cobraba más fuerza. Desde que había salido de los bosques de los elfos no había hecho más que perder aliados y encontrar enemigos.

"Pero no es así. He perdido muchos aliados, es cierto, o al menos han tomado su propio camino, pero tenemos muchos más de nuestro lado. Los elfos se han unido a nosotros y los enanos siguen el mismo camino, al menos de momento. Además, a pesar de que han aparecido los magos humanos, ahora los druganos neutrales están de nuestro lado. —O lo estarían cuando el rey lograse convencerlos a todos. Era una lástima no poder participar, le hubiese gustado conocer el mundo de los neutrales. Al fin y a cabo, podría decir que eran sus primos—. *Un mundo en el que había una drugana negra, tal como Ónice. ¿Cuántos más habrá dispuestos a ayudarnos? Estaba seguro de que Nefrén no era le único que creía en la paz entre nuestras razas, ahora el tiempo lo ha confirmado. Solo espero que sean los bastantes y lo suficientemente fuertes como para derrotar a los magos humanos. Su dominio de la magia es tan desconocido como aterrador. ¿Cómo han sido capaces de dominar las runas negras? ¿Y las frases rúnicas? Con un conocimiento así pueden dominar el mundo, tal como hacían mis antepasados.* —Hizo una mueca de disgusto al darse cuenta de que eso era precisamente lo que hacían, aunque lo disfrazaran de preocupación o guía—. *Espero que pueda aprender de los magos y nos traiga conocimientos útiles para la guerra, pero sobre todo espero que vuelva. Sin él y sin Ónice me siento tan perdido…"*

Suspiró y agarró con fuerza la espada de la drugana, que seguía sin emitir brillo alguno. En aquel momento no se diferenciaba en absoluto del arma de cualquier humano. Lo único que podía hacer era esperar y seguir adelante, cumplir su parte y rezarle a su Diosa que los ayudase, aunque sabía perfectamente que ella no participaría de forma alguna. Hasta el momento solo Ágata y Archy se habían manifestado físicamente, y el segundo a regañadientes. Aquellos dioses eran ajenos al mundo, aunque sus decisiones lo hacían zozobrar y eran ellos los que tenían que arreglar los problemas creados.

Una parte de él sintió ganas de dejarlo todo y abandonar. ¿Para qué seguir? ¿Para ver cómo más cadáveres se cargaban sobre sus hombros? ¿Para perder a más amigos y… amigas? El guerrero miró a la puerta deseando ver entrar a Ónice, tal como había hecho cuando la había transformado en dragón. Había resistido entonces, lo había soportado todo con tal de volver junto a él. ¿Por qué ahora no? Ónice

era fuerte y decidida, mucho más fuerte allí abajo con su Diosa cerca. Lo que quedaba claro era que tal vez no lo suficiente.

Suspiró y volvió a sacar la espada de la drugana de su funda y la miró confundido. Esbozó una sonrisa mientras su corazón se aceleraba.

—O tal vez sí.

Un pequeño destello rojizo brilló en su filo, leve, sutil y muy breve, pero esperanzador.

Ónice seguía allí, en algún lugar, pero seguía siendo ella. Lo único que hacía falta ahora era encontrarla.

—Y eso haré.

"Verla una vez más".

—¡Eres un estúpido, Brannon! —exclamó Tansy besando con fuerza a su enano. Estaba tan orgullosa de él y a la vez tan enfadada que no sabía muy bien cómo reaccionar. Quizá por eso lo besaba y abofeteaba a partes iguales—. ¡Estás loco! ¡Podían haberte matado!

—Pero… ¡si tú te fuiste antes que yo! ¡A ti también podían haberte matado! —protestó, aunque sabía que daría igual. Tansy encontraría la manera de darle la vuelta a la situación. Y eso hizo.

—Ya, pero… ¡eso era distinto!

Brannon puso los ojos en blanco. Había escuchado demasiadas veces aquella expresión durante sus discusiones. Con ella Tansy siempre echaba por tierra sus argumentos y ensalzaba los suyos propios.

—Para mí es lo mismo. Una puerta, un destierro y muchos enemigos —volvió a protestar tratando de que la enana permitiese a la razón entrar en ella. Era como hablar con una pared.

—Es diferente. Yo lo hice para salvar a Hollfeld, para proteger a nuestra ciudad. Tú lo hiciste egoístamente para estar conmigo.

—Si no lo hubiese hecho el mundo se habría perdido. Gracias a mí tiene una oportunidad —le espetó, en una muy pequeña parte orgulloso y en la mayor parte asustado.

Tansy se puso roja e hinchó los mofletes. Separó las piernas y puso las manos en sus caderas, señal inequívoca de que por ahí no estaba dispuesta a pasar. No le dejaría tener un argumento que ella no pudiera esquivar o ignorar y aquel lo era.

—Eres un… ¡Eres un…! —Tansy miró a su enano y vio el cansancio en su rostro, el dolor por las heridas, el sacrificio por su pueblo, el alivio al encontrarla viva… Tal vez su gesto en un principio hubiese sido egoísta, si es que estar enamorado es algo egoísta, pero ahora se había transformado no solo en un gesto, sino en una sucesión de acciones a cada una más peligrosa. Aquel estúpido enano, *su* estúpido enano, era el más importante de todo Hollfeld. Es más, de todo el territorio bajo tierra de su raza. Él había traído de vuelta a aquel dios, si es que ese niño era un dios, y solo en su mano brillaba el arma con la que derrotar a los monstruos. Definitivamente no tenía derecho a enfadarse con él, aunque sí ganas—. Eres un héroe…

Brannon alzó una ceja, incrédulo. Se apartó de ella más asustado que si hubiese seguido pegándolo y besándolo a intervalos que oscilaban según su humor. La miró de arriba abajo en busca de alguna señal inequívoca de que algo le había pasado.

Y algo muy malo.

—¿Estás bien? ¿Es el mal de Hollfeld? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —Se volvió hacia la puerta dispuesto a pedir ayuda, sin duda Tansy estaba a punto de morir—. ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Tansy lo agarró del brazo y lo retuvo, girándolo a la fuerza hacia ella.

—No, Brannon, estoy bien. Solo he visto que te has convertido en un héroe, en mi héroe. —El enano miró a Tansy de lado, incrédulo. Miró hacia la puerta con dudas y se humedeció los labios—. ¡Que no me pasa nada! Solo estoy orgullosa de ti. Has arriesgado la vida por mí y te lo agradezco.

—Lo haría mil veces más —respondió él cediendo a ilusión de creerla. Tansy le dio un sonoro beso en los labios y Brannon sonrió agradecido.

—¡Ni se te ocurra! —le espetó tras el beso. La Tansy que conocía volvía a estar ante él—. Y ¿de dónde has sacado esa ropa? Yo quiero una. Y necesito una hacha, una grande. Seré tu guardaespaldas cuando partamos. Ya verás la cara que ponen los Líderes Agricultores cuando vuelva a entrar en la ciudad. Les voy a golpear hasta que reconozcan

su error. Y después, otra vez. O dos. No sé, ya veré.

—Me la dio Ericka en el Bastión.

—No me gusta esa enana… —respondió con la palabra celos grabada en su frente.

Brannon luchó tratando de no reír viendo cómo enrojecía ante él a toda velocidad.

—Creo que es algo así como la comandante. Es una gran líder, casi tan buena como tú. Lo único que tiene es algo más de experiencia…

—¿Más que yo? —preguntó alzando la mano para agarrarlo de la pechera. Brannon se apartó de un salto.

—Sí, pero con el mismo genio. Podríais aprender mucho la una de la otra. Tú a dirigir y luchar y ella sobre Hollfeld. Le preguntaré cuando la vea.

—No, yo lo haré —dijo apretando los labios—. Tú… aléjate de ella.

La pareja escuchó unos pequeños golpes en la puerta de su habitación y Tansy acudió a abrir encantada con distraerse de la conversación. Reconocer sus celos sería reconocer su debilidad y no estaba dispuesta. Tras la puerta encontró a Delwin, que se frotaba los nudillos lastimados tras llamar con ellos.

—¡Estás despierta! —exclamó, con una mezcla de miedo y sorpresa.

—Hola, Delwin. Gracias por seguir al alocado este —dijo abrazándolo, para sorpresa suya y de Brannon. Delwin miró interrogativo a Brannon y este abrió los brazos sin saber la respuesta —. Tal vez hayas salvado algo más que Hollfeld.

—No hay de qué, Tansy, pero me temo que no tenemos más tiempo para las gracias ahora.

—¿Qué ocurre?

—Beals va a dar su discurso y partimos tras él. Todos debemos prepararnos de inmediato. Tendremos tiempo de sobra para hablar por el camino a casa.

—Yo no llamaría casa a esa ciudad condenada —replicó la enana.

—Esa ciudad corrupta es nuestra casa queramos o no —dijo Delwin—. Pero podemos tratar de *descondenarla* y así será un hogar de nuevo.

—Me lo pensaré. Oye, ¿de dónde has sacado esa armadura? —Tansy reparó en la ropa de cuero y metal que lo protegía. Parecía muy pesada, al menos para los estándares de Hollfeld.

—Ericka me la ha dado. Dice que es de niños, pero que me servirá. —Eso explicaba que le quedase corta de brazos y piernas.

—¿Otra vez esa enana? —Tansy enrojeció de rabia—. Se va a enterar, ¡la voy a…!

Tansy se subió las mangas y desapareció por la puerta.

—¡Por las Vetas Sagradas! ¿Se puede saber qué le pasa? —preguntó Delwin, sorprendido, apartándose de su camino si no quería resultar herido.

—En día en que la comprenda está tan lejano como el cielo abierto. Anda, vamos tras ella.

Ambos enanos salieron corriendo tras ella y no tardaron en encontrarla retenida por Esmail. El comandante la hacía frente sin temor, lo que generaba en ella más y más rabia.

—Veo que ya no sigues inconsciente —le dijo al verla tan activa.

—Inconsciente te voy a dejar yo a ti como no te apartes de mi camino —respondió airada.

Esmail no se amedrentó y mantuvo la posición sin dignarse en responderla. Por supuesto, esto la enfureció más y si no hubiese sido por Brannon que la sostuvo el puño, este se hubiese descargado contra Esmail.

—¡Tansy! Esta es su casa.

—¿En Hollfeld sois siempre así de irracionales?

—No, mi señor. Tansy es… especial —dijo Brannon.

—¿Cómo que especial? —preguntó la enana.

—En fin, guardar silencio y acompañadme. Tenéis un lugar reservado junto a Ericka tras Beals. No creo que tarde en empezar.

El rostro de Tansy se relajó, pues revelaban ante ella su objetivo. Sonrió como una buena enana y se dejó guiar.

—Algo trama —susurró Delwin a Brannon, que asintió preocupado.

Esmail los acompañó rodeando al público reunido cuyos rostros duros se mostraban ansiosos y preocupados. Todos ellos sentían los nervios previos a la batalla recorriendo cada centímetro de su piel, royendo sus nervios. Necesitaban partir cuanto antes si no querían colapsar.

La guardia del rey se hizo a un lado y los dejó pasar tras el escenario donde Beals ascendía cubierto por una armadura de guerra completa. Al gigante no le gustaba llevar tan pesado pertrecho, pues prefería algo más de libertad de movimiento en la batalla. Sin embargo, el momento lo requería.

Los cuatro enanos se situaron tras el rey, a pocos metros, junto a los otros dos extranjeros. Sonthorn y Huz ya estaban allí y se apresuraron a saludar a Delwin de forma adecuada. Por supuesto tuvieron palabras para los otros dos enanos de Hollfeld, los cuales estaban encantados de conocer.

Ambos estaban de bastante mejor humor que durante la reunión previa de hacia unas horas. No sabían el motivo, pero algo había cambiado en ellos. Sin embargo, el que se notaba más esperanzado era el de los ojos plateados, por lo cual Tansy se atrevió a preguntar.

—¿Qué te pasa en los ojos? ¿Estás ciego?

—¡Tansy! —exclamó Brannon.

—¿Qué? No nos servirá de nada si no puede ver al enemigo —explicó.

Sonthorn sonrió ante la naturalidad de su comentario.

—No, no estoy ciego, Tansy. Mis ojos son plateados, nada más. Puedo ver perfectamente, pero gracias por preocuparte por mí.

—No me preocupaba por ti, es que no quiero cargar con nadie.

—No será necesario, te lo prometo.

—Tansy, ese hombre usa magia y es el ser más poderoso del mundo —le susurró Delwin.

La enana miró a Sonthorn con los ojos entrecerrados. El guerrero se había concentrado en Beals que empezaba a hablar.

—Pues no parece muy…

—Silencio —ordenó Esmail—. El rey toma la palabra.

El público comenzó a guardar silencio mientras Beals levantaba los brazos pidiendo calma. Cuando ni un solo enano se atrevió a hablar fue su turno. Odiaba los discursos, pero no tenía más remedio. Él también había sido empujado a un lugar que no quería ocupar.

—Enanos de Zimbu´el. Guerreros de Zimbu´el. Descendientes de enanos valientes, familiares de guerreros inigualables, vecinos de inteligentes luchadores. A todos vosotros os convoco en este momento para un viaje decisivo y difícil. Hemos sido entrenados para este momento. Hemos sangrado para este momento —pronunció con voz firme y grave, dolida y esperanzada a la vez—. Muchos, muchísimos han muerto sin tener la oportunidad de vivir este día. Mi propio padre fue asesinado ayer, como el padre o la madre de muchos de vosotros. Su sangre nos dio la vida, pero esa misma sangre nos ofrece la oportunidad de dar un sentido a esa vida.

«No os voy a mentir, hermanos míos, pues es posible que esa vida llegue muy pronto a su fin. Nos enfrentamos al enemigo más poderoso al que jamás hayamos hecho frente. Su magia es poderosa, terriblemente poderosa, y tiene el ejército de Ashgar más grande jamás visto. Pero también os digo que para mí eso solo es un aliciente más. Cuántos más enemigos vengan contra mí más fuerte blandiré mi hacha y no tengo la más mínima duda de que mis hermanos actuarán igual».

Los gritos de los enanos animados por el rey se elevaron al instante. La ciudad parecía estar a punto de colapsar bajo el estruendo de sus voces. Sonthorn era incapaz de calcular cuántos enanos habría, pero solo los que tenía a la vista serían más de cinco mil, aunque era difíciles de contar. Sus formas se mezclaban entre ellas.

«Partiremos hacia Hollfeld ahora mismo, buscando en esa ciudad desterrada las armas que los dioses dieron a nuestros antepasados para proteger al mundo. Los enanos éramos responsables de su custodia y

hemos fallado en nuestra tarea. Pero esta vez será diferente, esta vez será muy diferente. Arrasaremos con todo y con todos los que encontremos en nuestro camino y os prometo que serán muchos. La nuestra será una victoria gloriosa y os aseguro que lo será. Muchos moriremos en el camino y lo haremos orgullosos, pues no hay más gloria que caer para que la siguiente generación de enanos camine sobre nuestros cadáveres».

»No nos detendremos jamás, no nos detendrán jamás. Los enanos saldrán adelante como han hecho durante miles de años, con sus voluntad y valor, porque no hay nada más valioso para un enano que su corazón. —Beals guardó silencio un instante y se apoyó en el atril de piedra. Esta vez no gritó para que todos lo escucharan, sino que casi pareció que susurraba. Sus ojos miraban al infinito y su rostro se mostraba concentrado—. Nuestro destino se muestra ante nosotros… —Parpadeó varias veces y miró al público ante él, que se mostraba preocupado. Volvió a su tono enérgico al momento—. Marchad, enanos de Zimbu´el, herederos de la roca y guardianes de las montañas. Nuestra siguiente parada será la victoria o la muerte».

Si Sonthorn se sorprendió por los gritos anteriores, los siguientes al discurso casi lo asustaron. Sus gargantas rugían, sus botas de guerra pateaban el suelo y sus puños golpearon sus pechos. Una sorprendente vibración recorrió la ciudad por completo haciendo que el cuerpo de Sonthorn se agitase. Sin embargo, el guerrero tenía la mente puesta en otro detalle que no había le pasado por alto. Se volvió hacia el semielfo en busca de una confirmación.

—¿Has visto eso? —preguntó Sonthorn a Huz. El elfo negó con la cabeza.

—¿El qué?

—Si no fuera una locura, habría jurado que Beals ha tenido una visión —dijo incrédulo—. Tengo que preguntarle.

CAPÍTULO 7

CADA VIDA ES VALIOSA

Cerón cerró los ojos y dejó que el sueño cayera sobre él, inundándolo, llenando su cuerpo por completo. Su mente dejó de divagar y se permitió un descanso que estaba seguro de que iba a ser corto. Lo necesitaba más aún que el propio comer. Un cuerpo agotado puede llevar una carga, al contrario que una mente igual de cansada. Y la de Cerón lo estaba.

No eran solo las largas millas lo que torturaba el nuevo cuerpo de Cerón. A ellas podía acostumbrarse y, en cierta manera, ya lo había hecho. Era su cabeza lo que amenazaba con claudicar bajo el peso de sus temores. Cada pocos segundos su mente se imaginaba a Sonthorn y a Ónice, junto al cretino de Tristán al que tanto echaba de menos, cayendo ante enemigos desconocidos para él. ¿Y si necesitaban su ayuda? ¿Y si podía haber ayudado y no estaba junto a ellos? ¿Entenderían lo que hacía? ¿Lo hacía él mismo?

Eran incontables preguntas y demasiado a menudo las que se planteaba y jamás tenía respuesta para ellas. Estas se almacenaban en su cabeza como la pegajosa brea, arrastrándose por las paredes de su mente. Sabía perfectamente que aquellos pensamientos tóxicos no le llevarían a ningún lado que no fuera al fracaso y, sin embargo, no era capaz de apartarlos durante mucho tiempo.

Necesitaba aquel brebaje para descansar, para borrar el rastro de las dudas, del dolor y de la sensación de traición que dominaba su alma. Tal vez por eso no le importó las consecuencias que esa misma poción traerían. Era un remedio muy conocido entre los magos del continente, realizado con plantas muy comunes, lo cual le quitaba misterio y efecto mágico. Tal era el conocimiento de la población que la receta había salido de las Escuelas de Magia y ahora eran conocidas por el continente entero.

Con tristeza recordó la última vez que lo había usado mientras su mente se apagaba poco a poco, deseosa de reiniciarse a su manera.

Fue durante la visita a la casa de Tarnicis en Darmid, la misma en la que le reveló su mayor secreto. Parecía que habían pasado años cuando solo habían sido unas pocas semanas en realidad durante las que habían cambiado muchas cosas. Sonthorn había cambiado hasta casi volverse irreconocible, aunque no tanto como él que tenía un cuerpo nuevo. Las cargas sobre sus hombros casi habían doblegado su espíritu contaminando su alma. Su rostro ya no era el mismo que antes, si bien él no había sufrido la peor parte. Esta estaba destinada a Tarnicis.

Su alma, su cuerpo y su vida entera estarían corrompidas a aquellas alturas. Ya no quedaría nada de ella que considerar *Tarnicis*, estaba seguro. Solo con recordar la imagen de su memoria en la que la locura llenaba sus ojos, lo supo. La muerte tras ella, el fuego, la destrucción, su orgullo, su poder... Estaba claro que ella no era quien causaba todo aquello. Sin embargo, era su cuerpo quien lo conseguía. Negó con la cabeza al darse cuenta de que cada día que pasaba se acercaba más a ella y a ese momento.

Necesitaba descansar y apartar todos esos pensamientos de su alma, que le minaban la moral y torturaban su espíritu. Quizá por eso, y sin meditarlo adecuadamente, vertió el doble de la dosis normal a su brebaje. Tal vez costase un poco más que se despertase en la mañana, pero sabía que le darían una patada para ello tanto si estaba profundamente dormido como si no.

Respiró lentamente y dejó que el líquido hiciera su magia. Su corazón se relajó y su cuerpo quedó laxo, donde se permitió no pensar y no sentir.

Por eso cuando el brillo de un puñal emergió de su funda, Cerón no supo que él era su objetivo. Sigilosa en la noche, con movimientos sutiles y gráciles que solo una mujer es capaz de lograr, la muerte trató de llamar a su puerta.

Greta emergió agazapada de entre las sombras y se situó a dos metros de la espalda de Cerón escrutando si su descanso era real o fingido. En Praedesi el descanso muchas veces era una tapadera para enfrentarse a sus problemas de forma más directa, pero Cerón acababa de llegar, no podía saber que las noches eran la peor parte de su entrenamiento. La Isla te obliga a estar siempre atento a tu alrededor. Jamás puedes descansar, nunca puedes relajarte. Es algo que ellos saben y Cerón no, algo que llevan escrito en la sangre desde que ven el mundo por primera vez.

Pero Cerón no y por eso él sí que descansó. Greta sonrió con maldad. Aquel extranjero había sido tan estúpido como para drogarse él mismo. Ni siquiera había hecho falta que ella colaborase con su magia. Parecía que quisiera morir, y ella no podía por menos que ayudarlo.

Avanzó un paso más y pudo escuchar su respiración. Era lenta, regular y profunda, ajena por completo al mundo de la vigilia. Terminó de extraer el puñal, cuyo filo tenía grababas varias runas negras, y se situó detrás de su cabeza. Se humedeció los labios y lanzó su estocada contra el cuello del mago.

Para sorpresa de Greta, el arma salió repelida y un terrible relámpago descargó su fuerza sobre su mano. Emitió un grito atroz de rabia y dolor mientras Cerón se despertaba, tratando de orientarse. A su lado había un arma enrojecida por el calor de su magia, tras él una mujer que gritaba agarrándose la mano quemada hasta casi carbonizar su brazo hasta el codo.

No tardaron en llegar más miembros de Praedesi. El primero fue Helmut, que observó la escena haciéndose a la idea de lo ocurrido. Tras él llegó la mujer de ojos verdes, de la cual Cerón aún desconocía el nombre. El resto de aprendices los rodearon.

—¡Ha intentado matarme! —gritó Greta sosteniendo su mano carbonizada. Trató de formular el hechizo para curarla pero el dolor era demasiado intenso para que las palabras salieran correctamente de sus labios. Comenzó a mover frenéticamente la mano contraria dibujando runas con intención de curarse, pero no era capaz de realizar ninguna correctamente debidos a los temblores causados por el dolor.

Igualmente no serían de utilidad, las runas negras no habían sido diseñadas para salvar a nadie, ni siquiera a su creador. No al menos de forma tan sencilla.

—¿Es cierto eso, extranjero? —preguntó Helmut fríamente.

—No. Yo estaba durmiendo —reconoció Cerón, que ni siquiera sabía lo que había ocurrido. Se lo dijo—. No sé qué ha ocurrido.

Helmut contempló la mano de Greta y el puñal ardiente en el suelo. La asociación era más que obvia. Comenzó a dibujar una runa negra en el aire.

—No, no... ¡no! —gritó Greta aterrada al ver los trazos del

símbolo. Conocía perfectamente lo que significaban—. ¡Él me ha atacado! ¡Ha usado magia sin palabras!

—Sabes que eso no existe, Greta. Puedo tolerar la venganza, pero no la traición y desde luego no la mentira —dijo Helmut y sus palabras sonaron a sentencia.

—¡Es un telépata! —gritó ella dándole más énfasis a sus palabras. Su rostro estaba rojo por el dolor y la rabia—. ¡Por eso está aquí!

Helmut negó con la cabeza con tristeza, confirmando su sentencia. Cerró el símbolo y lo lanzó contra Greta. Su cuerpo estalló en todas direcciones cubriendo varios metros con sus restos. El líder de los aprendices chasqueó la lengua asqueado y se dirigió al resto de los presentes.

—Limpiad todo este estropicio. Que os quede bien clara la respuesta de Praedesi. Aquí no caben las mentiras ni la traición —les recordó, aunque no hacía falta tras ver el espectáculo de vísceras a su alrededor.

Helmut se marchó sin hacer preguntas, frustrado por lo que había tenido que hacer. Greta era un maga habilidosa que había perdido el juicio devorada por la rabia. Quien solo siente dolor, solo ve dolor, y ella había sufrido demasiado en su vida para ver algo más que no fuera la maldad.

El resto de aprendices comenzó a recoger los pedazos del cadáver y a limpiar sus restos. Aidan le tendió una pala a Cerón.

—Haz un buen hoyo en el que quepa entera —dijo sin más. No le juzgó, no buscó explicación alguna. Para eso estaba Sadie, que habría de estar siendo informada por Helmut ahora mismo.

Cerón asintió y se alejó lo suficiente para encontrar un buen lugar donde cavar, lo que hizo con rapidez tratando de acallar sus voces interiores. ¿Cómo lo había hecho? ¿Tendría algún hechizo sin cerrar protegiéndolo?

La improvisada tumba no tardó en ser llenada por sus restos y los aprendices comenzaron a abandonar el lugar dispuestos a descansar lo poco que pudieran hasta el alba. A juzgar por la noche que perdía su oscuridad, no faltaría mucho.

Cerón estuvo a punto de cubrir los restos cuando la joven de ojos verdes llegó hasta él con algo más para ocultar en el suelo.

—No olvides enterrar esto. Y no solo bajo tierra —le dijo lanzando la daga al interior de la improvisada tumba—. Te recomiendo que busques una buena razón que explique esa magia que has usado sin decir palabra.

Cerón frunció el ceño ante las implicaciones de sus palabras. Si sabía que la magia lo había protegido, quería decir que lo estaba observando. ¿Cuál sería el motivo? ¿Desconfianza? ¿Protección? Si hubiese sido ese el motivo, habría tratado de protegerlo de Greta, lo cual no hizo. ¿Se quedó quieta entonces mientras ella trataba de acabar con él?

Los motivos se le escapaban, al menos de momento. Tomó nota de que ella sabía algo más y trató de ocultar lo que él sí sabía.

—No… no sé de qué me hablas.

—Así me gusta —sonrió inteligentemente la joven. Señaló la daga sobre los restos de Greta que Cerón comenzaba ya a cubrir con tierra —. Y que así siga siendo. Ninguna magia humana puede romper una runa negra. Imagino que Greta había dañado la daga antes de atacarte. ¿No crees?

La joven se marchó sin utilizar la expresión “gusano” como coletilla, dejando a Cerón confuso ante sus palabras y preocupado ante su propia magia. La única explicación razonable era haber dejado un hechizo protector a costa de sus fuerzas, lo que sin duda defendería ante quien preguntase, lo cual no tardó en producirse. Helmut llegó con varios hombres hasta él.

—Sadie quiere verte —dijo su líder, mirándolo de arriba abajo, concentrado—. Síguenos.

Cerón asintió y terminó de volcar la tierra sobre Greta. Dejó la pala clavada al lado de la tumba para continuar después y siguió a Helmut hasta Sadie. Esta seguía controlando la magia de Nefrén que los protegía a todos del invierno del norte. Ni siquiera abrió los ojos cuando llegaron hasta ella.

—Siéntate ante mí, extranjero. El resto retiraos, os haré llamar.

Ni una sola palabra de protesta surgió de sus labios. Se retiraron en silencio y volvieron a sus quehaceres. La noche había acabado para todos con el acto de Greta. Cerón obedeció y se situó al otro lado de la espada de Nefrén, frente a ella. Sus ojos siguieron cerrados en todo momento.

—Cuéntame qué ha pasado —pidió con voz neutra, sin dejar entrever sus intenciones.

“Como siempre —se dijo Cerón”.

—No tengo ni idea. Estaba durmiendo y me despertaron sus gritos tras de mí —reconoció sin dejar de mirarla. Sabía que lo estaba viendo a pesar de tener los ojos cerrados. La magia podía obrar maravillas desconocidas y él debía de aceptar que cualquier cosa era posible con ella. Más aún con la energía de Nefrén, que no parecía tener límite. Estuvo seguro de que ni Ónice ni Sonthorn hubiesen podido mantener aquel hechizo durante tanto tiempo.

—Helmut me ha dicho que no le gustabas. ¿Sabes por qué?

—Creía que era por ser extranjero.

—En efecto. No sois bienvenidos en la Isla, pero todos deben aceptar mis órdenes o estarán fuera de Praedesi. Me dirás cualquier ofensa que recibas en los próximos días —ordenó, tendiendo una trampa que Cerón supo ver gracias a las palabras de Helmut. *“No hay sitio para las mentiras o la traición”,* pensó.

—No, no lo haré. No traicionaré a mis compañeros —dijo orgulloso, sabedor de que era lo correcto allí y en cualquier lugar. Él se encargaría de protegerse a sí mismo.

—¿No? —Su tono seguía siendo estéril—. Tu vida estará en juego siempre.

—¿Cuándo no lo estará? —preguntó con una sonrisa apenada—. Yo mismo me protegeré, pero no traicionaré a ningún miembro de Praedesi.

Sadie asintió con una sonrisa sencilla y cansada.

—Puedes retirarte —le indicó conforme y Cerón se puso en pie—. Ah, una cosa más.

—¿Sí, guardiana?

—Los hechizos de protección consumen mucha energía. Es tu responsabilidad no quedarte sin fuerzas, por lo que elige bien la magia que te permites usar. Porque no hay otra explicación para lo ocurrido, ¿verdad?

—No, no hay ninguna otra explicación posible. Mi viaje ha sido largo y he tenido que protegerme. Tendré cuidado con mi energía, por supuesto.

Sadie asintió de nuevo y Cerón pudo dejarla con su propio hechizo. Volvió a su puesto mientras la comitiva despertaba bajo los gritos de Helmut. Nadie dormiría más durante aquella noche y la mente de Cerón solo había conseguido más problemas en los que pensar.

Necesitaron dos intensos y largos días más para completar su viaje hasta la costa este del continente. Si bien era verdad que su camino fue mucho más cómodo desde la aparición de la magia de Sadie, eso no impedía que el mago estuviese agotado. Cerón había recorrido el continente varias veces en las últimas semanas, luchando contra hordas de enemigos. Su cuerpo requería un descanso adecuado que no le estaba proporcionando. Este no podía venir de unos pocos minutos de sueño intermitente antes de tratar de ser asesinado por Greta.

La nieve acabó desapareciendo y Sadie pudo finalizar el hechizo. Tras ello se vio obligada a descansar y seguir su viaje subida en un carro. Por supuesto, la carga de los caballos se distribuyó entre el resto de vehículos y los aprendices para dejarla espacio. Sin embargo, ninguno de ellos protestó, aunque tampoco hubiesen podido hacerlo. Volvieron a ver la luz del sol sobre sus cabezas, a sentir el calor de sus rayos en sus cuerpos. Cuando no quedó más nieve que entorpecer sus caminos, la hierba verde y brillante fue su alfombra hacia el sur, lo que les proporcionó nuevas energías.

Las montañas desaparecieron poco a poco tras ellos, aliviando la sensación asfixiante que provocaban. Sus rostros se relajaron y Cerón pudo percibir ligeras sonrisas en ellos. Pero no fue hasta que el mar apareció en la distancia que sus corazones se colmaron de nuevo.

—¡Mar a la vista! —gritó Helmut, que se había adelantado al grupo tal vez buscando aquella visión en la distancia—. ¡Mar a la vista! —repitió, incapaz de decir otra cosa.

Tras Cerón se escucharon risas y celebraciones. Todos estaban ansiosos por regresar a su pequeño mundo rodeado de agua.

“Todos no —se dijo el mago. A su lado, la joven de ojos verdes, a

la que le había puesto el sobrenombre de *Esmeralda* por motivos obvios, no celebraba el fin de su viaje—. *¿No quiere regresar a su hogar?”*

No hay muchas razones para que alguien no quiera regresar al lugar donde ha crecido. Aunque sea un sitio terrible o decadente, no hay ser vivo que no desee regresar a donde vivió su infancia.

A no ser que algo terrible ocurriera allí, lo que hizo que Cerón frunciera el ceño.

—Directos a puerto —ordenó Sadie en la distancia. El resto del convoy se encargó de que la información llegase hasta la vanguardia. A juzgar por la distancia y su velocidad, habrían de llegar antes de la noche.

Volvieron al camino y Cerón pudo escuchar de nuevo conversaciones joviales y amigables. La felicidad alivia las mentes y esquiva los miedos, por lo que escuchó palabras prohibidas que habían sido vetadas durante todo el camino.

—Qué ganas tengo de volver a ver el arrecife —dijo una mujer. Cerón no sabía qué era un arrecife dado que era una palabra desconocida para él, como la mayoría de las que tuvieran que ver con el mar. No se martirizó, pues aquel viaje le llevaría por primera vez hasta él. Era normal que no conociera su vocabulario.

—Yo solo espero que mi pueblo no haya caído —dijo un hombre a su lado.

—Es verdad. ¿Estaban muy cerca cuando te fuiste? —preguntó la mujer, acelerando el corazón de Cerón ante su sus palabras.

“¿Una ciudad caída? ¿Qué o quién puede derribar ciudades en su isla? —pensó el mago, desconcertado—. *¿Acaso no las protege Praedesi?”*

—A pocos días, y avanzaban rápido. Ya descubrieron a algunos en las inmediaciones.

“¿Algunos? ¿Algunos qué? ¿Ashgar?”

—Malditos monstruos. Ojalá la Orden los barra de una vez.

El ligero chasquido de la lengua de *Esmeralda* llamó su atención y Cerón la observó antes de que su rostro volviera a su habitual frialdad.

Una arruga de su frente, ligera y esquiva, fue lo único que pudo percibir. O bien estaba preocupada o enfadada.

Cerón no era el mejor leyendo las expresiones en los rostros y lo sabía. Él prefería las descripciones impresas en los libros, mucho menos incómodas de observar. Pero hasta él comprendió que aquella mujer escondía algo de información valiosa para él. Desde que *Esmeralda* enterró el puñal de Greta, esta era menos dura con él, o al menos le insultaba menos. Seguía dándole órdenes agotadoras que debía cumplir al momento, pero pudo apreciar que no se ensañaba tanto como antes.

Al principio lo achacó al intento de asesinato, tal vez fuera una manera de dejarle un poco de espacio para que se recuperara. Sin embargo, ahora que veía que escondía algo sobre sí misma, comenzó a pensar que las palabras que dejó caer durante el entierro no fueron casuales.

"No olvides enterrar esto. Y no solo bajo tierra. Te recomiendo que busques una buena razón para esa magia que has usado sin decir palabra".

Una daga casi destruida y una magia perdida. ¿Sabría ella algo sobre los telépatas como había dicho Greta antes de morir? ¿Quedaría alguno vivo en la isla? Tendría que preguntarle sobre ello cuando pudiera, aunque sabía que no respondería. *Esmeralda* no confiaba en él, ¿por qué arriesgarse?

Continuó escuchando las conversaciones a su alrededor, pero ninguna resultó interesante. Hablaban de sus familias, de su juventud, de su hogar. A Cerón le costó aceptar que aquellos magos tan normales, con su propia historia cada uno de ellos, pudieran ser los asesinos que había conocido. Luego pensó en cómo habían acabado con Greta en un instante, sin miramiento alguno, y se lo pensó mejor. Tal vez comenzaran como personas normales, pero estaba claro que caían en las redes de la Orden para nunca regresar.

Las palabras irrelevantes lo acompañaron hasta que una ciudad pesquera se alzó ante ellos. No debía de tener más de mil habitantes, pero estaba rodeada de una muralla que se alzaba al menos diez metros. Las costumbres del norte seguían presentes en aquel lugar tan al norte, lo que implicaba que los magos aún no se habían hecho con su control. Cerón observó que la Escuela de Magia seguía en pie en el centro de ella, alzándose orgullosa sobre el resto de edificios.

"Pueden reconocerme —se dijo de pronto, cayendo en la cuenta de

sus ropas. Miró su sotana adaptada a la batalla, cubierta de símbolos de graduación mágica y esta vez fue él quien chasqueó la lengua. *Esmeralda* lo miró igual que él había hecho con ella antes—. *Tengo que quitarme esta ropa. La información de la batalla de Darmid a la fuerza ha tenido que llegar hasta aquí, y con ella el recuerdo de Sonthorn y tal vez el mío. Pero ¿dónde consigo algo más adecuado?"*

Se humedeció los labios y miró a su alrededor. Por primera vez cayó en la cuenta de los atuendos del resto de ellos, que pretendían ser casuales sin llamar la atención de manera alguna. Ropas sencillas de cuero, oscuras en su mayor parte, que acompañaban a sus pieles tostadas por el sol del sur. Portaban armas a la vista como cualquier humano del continente, pero escondían pequeños filos como los mejores asesinos. Por lo demás, eran ropas funcionales.

Esmeralda contempló a Cerón mientras este buscaba con la mirada una salida a su situación. Frunció el ceño tratando de descubrir qué era lo que buscaba. El mago miraba al resto de sus compañeros, a los carros y a sí mismo de forma intermitente. O bien quería esconderse en uno de ellos y dejar de caminar, lo cual sería una condena a muerte muy estúpida, o necesitaba algo. La cuestión era ¿qué sería?

—¿Qué te ocurre? ¿Qué buscas, aprendiz? —preguntó directamente. Una de las ventajas de estar más arriba en la Orden era poder hacer preguntas que debían ser contestadas por sus inferiores.

El mago lo sabía tan bien como ella, por lo que volvió el rostro hacia ella preocupado. ¿Debía decirle la verdad? Al menos una parte, por supuesto. No podría hablarle de su participación en la batalla de Darmid o de que conocía al drugano más poderoso de Ergasth. Los brillantes ojos de Esmeralda le instaron a responder cuanto antes. Eran cautivadores, tentadores y peligrosos, pues ocultaban secretos que Cerón comenzaba a sospechar que podían ser tan peligrosos como los suyos propios.

En qué sentido de La Guerra discurrirían ya era diferente.

—Las ciudades del continente tienen ojos y muchos de ellos conocen lo que es un mago superior como yo —dejó caer esperando que ella supiera entender sus palabras.

—Eso no te ha importado cuando has llegado hasta nosotros —replicó directamente. Si aquel mago extranjero quería decir algo, ese algo debía de ser dicho con palabras. Los errores de entendimiento o falta de matices podían ser tan mortales como un ligero error en una

runa mágica.

—Debo confesar que no medité demasiado bien muchas de las consecuencias de mis actos —reconoció con sinceridad tanto para ella como para él mismo—. No estaba seguro de llegar a ver un nuevo sol siquiera. Es ahora cuando son los detalles inadvertidos previamente los que llaman mi atención. No desearía llamar la atención, como estoy seguro de que a todo Praedesi le gustaría. Solo busco algo de ropa con la que pasar desapercibido.

Esmeralda asintió lentamente y volvió la vista hacia el pueblo que se elevaba cada vez más rápido ante ellos.

—No llamar la atención hasta que sea necesario es una de las premisas de la isla —afirmó enigmática volviendo a poner sus ojos verdes sobre Cerón—. Toda carta de valor debe ser reservada hasta que llegue el momento adecuado para jugarla. Deja que hable con Helmut.

La joven se detuvo hasta que el líder de los aprendices llegó hasta ella. Tras un breve intercambio de palabras este asintió y señaló uno de los carros tras ellos. *Esmeralda* fue directa hasta él y no tardó en regresar a Cerón con una mochila de cuero y algo de ropa oscura. Se la tendió con brusquedad.

—Gracias.

—Puedes tirar la mochila de piedras. Helmut cree que es idea mía, confío en que sepas aceptar el regalo y mi oportunidad —le advirtió fríamente, sin opción a réplicas que, por otro lado, el mago no iba a realizar.

—Por supuesto, mi señora. —Cerón miró a ambos lados del camino y se dispuso a abandonarlo para cambiarse con algo de intimidad.

—Alejarse del camino tan cerca del destino sería terriblemente sospechoso e irrespetuoso con tus compañeros que llevan días anhelando llegar. Y aún más peligroso. Piensa bien lo que quieres hacer —dijo *Esmeralda* mirando al frente.

—Mierda.

Cerón suspiró y se acercó al primer carro, el cual utilizó para depositar la mochila y la ropa a modo de mesa. Toda una vida de intimidad exagerada, de soledad y casi vergüenza, eran arrancadas al

verse encerrado entre la espada y la pared. Apretó los dientes y comenzó a desnudarse en marcha hacia la ciudad, lo que no tardó en provocar burlas, silbidos y bromas tras él. Le quedó claro que el grupo estaba de buen humor, aunque más de un comentario le hizo enrojecer tras abrir los ojos de par en par. No esperaba ni tanto público ni notoriedad. De ser él el espectador, sin duda hubiese mirado hacia otro lado permitiendo un poco de intimidad al infeliz que se encontrase en su situación.

Sin embargo, nadie parecía tener el menor interés en apartar la vista de él, ni siquiera Esmeralda, que había vuelto la espalda a la ciudad y contemplaba la desnudez del mago con una mueca que, a ojos de Cerón, se parecía mucho a la que provocaba Sonthorn en Ónice cuando el guerrero se desnudaba.

El color llegó raudo a sus mejillas y se apresuró a terminar de cambiarse. Pronto las bromas se acabaron y el espectáculo fue olvidado. Cerón guardó sus ropas de mago en la mochila nueva sin lastre y volvió a su lugar al frente de la comitiva junto a Esmeralda.

—Gracias de nuevo, mi señora.

La joven asintió sin mirarlo de nuevo. Ahora que el espectáculo había terminado, su interés se centró en la ciudad ante ellos. Permaneció en silencio y el mago hizo lo mismo. A pesar de los pocos días que llevaba con aquel grupo, había aprendido a acallar su lengua y a seguir las instrucciones silenciosas de todos los que le rodeaban.

No tardaron en detenerse ante la pequeña muralla cuando un nutrido grupo de soldados les dio el alto. Para ser un pueblo tan pequeño como aquel, la guardia estaba bien equipada y se mostraba entrenada. Las Escuelas de Magia y Militar debía de mantenerse activas.

—Alto —ordenó el que debía de ser el capitán. Cerón había aprendido a reconocer las graduaciones militares tanto como Sonthorn las casas de los magos—. ¿Quién va?

El grupo guardó silencio al instante y tanto Cerón como *Esmeralda* hicieron lo mismo. Ninguno de los dos tenía permitido responder, por lo que ambos miraron al suelo y esperaron. Tras ellos llegó Helmut que se adelantó a los dos aprendices. Se plantó frente al capitán y lo miró de arriba abajo.

—Un barco nos espera en su puerto. En una hora estaremos lejos de él —prometió.

Al capitán no le pasó por alto ni la amenaza de su tono ni su falta de respuestas. Separó un poco las piernas en posición defensiva y acercó su mano a su espada. Sus soldados cerraron filas tras él lentamente, sin movimientos bruscos que llamaran la atención. Cerón pudo ver cómo sus pies denotaban sus intenciones más que su propias manos. Tal como le había explicado Sonthorn en alguna ocasión, era más fácil conocer las intenciones de un adversario mirando sus pies que sus manos.

"No diría lo mismo si hubiese conocido las runas en aquella ocasión —pensó tristemente. Los sutiles movimientos de las manos de los magos podían crear el caos con aquella habilidad, lo cual no deseaba. Apretó los dientes tratando de contenerse para no entrar en la discusión. Sabía que aquellos hombres estarían muertos de inmediato si no se apartaban de su camino. Sin embargo, no había nada que pudiese hacer sin desvelar su tapadera".

—¿Quién solicita entrar? —preguntó de nuevo, manteniéndose firme en la defensa.

—Nadie solicita entrar. Lo vamos a hacer, quieran o no. Es algo que no podrán evitar en ninguna circunstancia. Solo lo diré una vez más. Déjemos pasar para que partamos en nuestro barco o muera en este continente sucio al que pertenece —le espetó.

La postura del capitán se acentuó mientras daba un paso atrás, desenfundando la espada corta y elevando el escudo. A él se unieron sus soldados.

—¡No! —gritó Cerón interponiéndose entre ellos sin darse cuenta de lo que hacía hasta que lo hubo hecho. *Esmeralda* abrió los ojos de par en par, incrédula. Helmut frunció el ceño, pero la suave mano de Sadie lo calmó al recorrer su hombro. Cerón supo que la Guardiana le daba permiso, aunque no sabía si para condenarlo por su traición o para ver de qué era capaz. Se volvió al capitán—. Hay un barco grande, desconocido y amenazador en el puerto. ¿Me equivoco?

El capitán miró a Cerón con duda. Finalmente movió la cabeza de lado a lado suavemente y sin dejar de vigilar a Helmut.

—La magia lo protege y los magos de la ciudad no son capaces de descubrir qué oculta, ¿verdad? —Un nuevo movimiento de cabeza, esta vez afirmativo. Cerón levantó las manos y enseñó sus palmas desnudas. A continuación, descolgó su mochila y extrajo sus ropas de mago. El capitán contempló la sotana de batalla sorprendido.

Reconocía los símbolos grabados en ella—. Es porque no están capacitados para ello. Todo esto los supera a todos ellos. No hay nadie fuera de Darmid que esté a mi altura, que comprenda lo que yo sé o lo que necesito.

—¿Ese barco es para usted? —preguntó un mago que emergía de las filas de los soldados. Era mucho más pequeño y delgado, lo que lo había hecho pasar desapercibido. Sus ropas mostraban una graduación poco más alta de la necesaria para instruir en su Escuela de Magia.

—Sí, para mí y mis compañeros —dijo Cerón, confiando en que su rango fuera suficiente para dejarlo pasar. Levantó las mangas de su ropa y mostró sus tatuajes de mago atrayendo la atención del defensor.

—¿Dónde te han acreditado?

Cerón dudó qué contestar. Decir la verdad podía traerle muchos problemas, pero no hacerlo acarrearía muchas vidas y, tal como había dicho Sonthorn, todas las vidas serían necesarias para luchar en La Guerra.

"Cada vida es valiosa y quizá el más inesperado de estos hombres pueda cambiar el curso de la historia".

—El mismo Neyvel *El Inmortal* en Darmid —reconoció, lo que hizo que el mago de la ciudad levantara una ceja.

—¿Su misión tiene que ver con La Guerra?

—Sí. Es de vital importancia que todos nosotros subamos a ese barco.

El capitán miró al mago, que dudó un instante antes de asentir lentamente. Los soldados se hicieron a un lado y las puertas comenzaron a abrirse tras ellos.

—Sea lo que sea que busque, espero que lo encuentre. Se escuchan muchas historias sobre enemigos terribles incluso tan lejos como aquí —dijo el mago cuando Cerón pasó ante él con *Esmeralda* a su lado.

—Haré todo lo que esté en mi mano. Mientras tanto, entrenad y preparaos. Todo esto no acaba más que de empezar —dijo Cerón con sinceridad. *Esmeralda* no perdió detalle de sus palabras, pues no se había apartado de él ni un instante. El motivo no era evidente, pues la

mujer se debatía en una fina línea entre querer conocerlo y querer acabar con él ante un error.

—Adelante, podéis pasar, extranjeros. Guiadlos hasta el puerto por el camino más rápido —ordenó a sus soldados, que iniciaron la marcha ante el grupo volviendo a una actitud relajada.

El peligro había pasado, ¿por qué seguir preocupados?

CAPÍTULO 8

UNA LÍNEA BLANCA

El grupo se adentró en la ciudad escoltado por los guardias, que avanzaban a buen paso directamente hacia el puerto, tal como les habían ordenado. Cerón se descubrió contemplando las casas con nostalgia, recordando al pequeño pueblo donde había crecido, al menos los años que recordaba. Las viviendas del norte del continente eran similares entre sí, muy diferentes de las del sur que había podido ver en sus viajes.

Si bien las de aquel pueblo se habían especializado en la pesca y la navegación, como atestiguaban las redes que colgaban en las fachadas de las viviendas mientras las reparaban, o la decoración marinera con timones, mascarones y demás. Las tiendas vendían sus velas, reparaban los mamparos o copiaban planos de navegación. Estos últimos le llamaron poderosamente la atención, pero el frenético caminar de los guardias le impidió detenerse a mirar mapa alguno.

"Lástima. Seguro que son mucho más precisos que los de Darmid, al menos en lo que refiere al mar —pensó tristemente".

No tardaron en detenerse ante el puerto en el que había varias embarcaciones de diferente tamaño, desde pequeños botes de remo hasta la enorme embarcación de Praedesi. Esta era completamente negra, de más de cuarenta metros de eslora, aunque en la distancia era difícil asegurarlo. Tres altos mástiles se elevaban tan oscuros como el propio barco.

—Descargar los carros —ordenó Helmut, haciendo señas al barco en la distancia. De él no tardaron en descender tres botes con varios hombres y mujeres que remaron hacia el puerto con fuerza—. Cargar los botes en cuanto lleguen. Partiremos de inmediato, tal como prometimos al llegar.

Helmut miró al capitán y este asintió de acuerdo. No rechazaría batalla alguna, pero prefería evitarlas. Tal y como había pensado el propio Cerón, toda vida era valiosa.

El mago recibió la orden agradecido de hacer algo y así pasar desapercibido, aunque sabía que Sadie lo haría llamar en algún momento. Aquella información sobre Neyvel sería tenida en cuenta, pero lo que no esperaba era que *Esmeralda* también se interesase por ello.

—¿Qué relación tienes con Neyvel? —preguntó Esmeralda. La aprendiz pisaba fuera de su terreno con aquel desliz inquisitorio, lo que hizo que Cerón frunciera el ceño. La misión de la joven era guiarle, castigarle o enseñarle, pero desde luego no investigarle. Para eso estaba Sadie.

—Pocos tienen el rango para nombrar a los mejores magos en el continente —respondió mientras recogía una pesada caja de carro. Ni siquiera se dio cuenta de su peso.

—Hay pocos druganos en el continente, tienes razón.

—Yo no he dicho que...

—Te escuché perfectamente cuando confesaste ante Sadie. Sabes lo que son los druganos negros y ahora los neutrales —dijo a la espalda del mago, que siguió descargando el carro tratando de no parecer nervioso. A juzgar por su ritmo frenético de descarga del vehículo, no debía de dar resultado.

—No sé de qué...

—Basta —le espetó y se situó delante de él, donde pudiera verla perfectamente. Los ojos verdes de la mujer se clavaron en él, pero dónde Cerón creería que encontraría odio, repulsa, desconfianza o al menos decepción, encontró esperanza.

"Verde esperanza, como las esmeraldas —se dijo sin darse cuenta de la relación con la joven y el nombre que había elegido para ella".

—No hay nada que debas... —Cerón se giró y sujetó una nueva caja del carro mientras apretaba los dientes.

—¿Saber? ¡Maldita sea, te he dicho que...!

Esmeralda agarró el brazo del mago con fuerza y tiró de él. Sus pieles entraron en contacto, pero no fue lo único que compartieron. Tan improvisado como el contacto recibido, el mundo cambió ante él. Todo se detuvo, las olas cesaron su avance, las gaviotas se suspendieron en el aire y todos los presentes permanecieron

inmóviles. Todos salvo uno, o mejor dicho, una de ellas.

Cerón contempló su brazo que comenzaba a dolerle con una intensidad atroz. La mano de *Esmeralda* agarraba con fuerza su muñeca impidiendo cualquier movimiento. Levantó la cabeza hacia ella y contempló sorprendido cómo sus ojos resplandecían con intensidad, como si de dos llamas verdosas se trataran que danzaban tras sus pupilas impregnando el mundo ante ella.

Comenzó a respirar con intensidad mientras el dolor aumentaba lo suficiente para obligarlo a apartar la vista de la hermosa joven. Un grito amenazó con emerger de sus labios cuando vio salir humo de su debajo de la mano de *Esmeralda*. Se resistió al contacto tirando de su brazo herido, pero la presa era demasiado fuerte hasta para él. Tiró de nuevo ayudándose de su otra mano sin más éxito que ninguno.

—¡Soltadla! —ordenó al aire sin saber lo que decía. Él era el prisionero, ¿por qué emitía aquellas palabras?—. Dejadla libre, ¡esto es una locura! ¡Praedesi no se vuelve contra sus aprendices sin más pruebas que conjeturas!

Cerón abrió los ojos de par en par mirando a su alrededor. Seguía en el mismo lugar, en el mismo puerto.

"Algo no encaja aquí —se dijo inteligentemente, abstrayendo su cuerpo del presente y dejando que su inteligencia tratara de encontrar la solución—. *¿A quién retienen? ¿Qué está pasando?* —La sensación de haber vivido aquella escena antes llegó hasta él arrastrando el recuerdo de Tarnicis y su visión. Relajó su brazo y apartó el dolor de su mente, concentrado—. *No es Tarnicis, es algo de Praedesi. Pero ¿el qué?* —Volvió a mirar a su alrededor con otros ojos, unos mucho más perspicaces".

Su muñeca ardía bajo el contacto de *Esmeralda*, que lo miraba esperanzada. Volvió los ojos hacia su rostro y donde antes encontró una luz verde ahora encontró una oscuridad serpenteada por el fuego. Se acercó a aquellos ojos suplicantes, aterrados, esperanzados, y se sumergió de cabeza.

Cuando Cerón abrió los ojos de nuevo se encontró una noche cerrada en la que solo un círculo de antorchas iluminaba el lugar. Estaban en lo que debían de ser unas montañas de piedra en las que el viento dominaba con mano de hierro. No le costó comprender que

estaban muy altos.

Contó veintitrés antorchas rodeando una pila de madera en el centro. Para su sorpresa, él mismo portaba una similar en su mano izquierda. Reconoció a Helmut recortado contra la luz a pocos metros de distancia y se sorprendió al tratar de localizar a *Esmeralda* y sus ojos verdes. El mago inconscientemente deseaba que estuviese allí, pues de ser así seguiría viva. Había aprendido por las malas que la vida en Praedesi podía ser extremadamente corta.

Verla allí sería un alivio, por lo que siguió buscando a la joven rubia sin resultado.

—Y aquí termina tu viaje, Calán. Se acabaron las medias verdades, los engaños y las mentiras —dijo una voz conocida para Cerón.

—Sadie... —murmuró, logrando que varias cabezas se volvieran hacia él. No les dio importancia.

—Tu maldita raza ha llegado demasiado lejos. Se os permitió vivir mientras siguierais alejados, mientras no entrometierais vuestras escamas en Praedesi —continuó la hechicera. En su mano apareció una espada que comenzó a brillar con su fulgor naranja.

"Si Ónice se entera de hasta dónde se han llevado el alma de Nefrén, estoy seguro de que arrasaría esta isla por completo. —Una idea apareció en su cabeza, tan obvia como imaginaria, retorcida y estúpida—. *Este es el futuro, mi futuro... ¡Puedo saber lo que va a pasar!* —El recuerdo de Tarnicis volvió hasta él—. *Tal vez pueda..."*

—¡No sé de qué me hablas! —exclamó una voz femenina que Cerón reconoció al instante apartando de su mente sus divagaciones sobre el futuro y las repuestas que este traía ante sus ojos—. ¡No he hecho nada malo, Guardiana! ¡Lo juro por Praedesi! ¡Yo no he tenido nada que ver!

—Tus mentiras ya no encontrarán oídos que las reciban. Tu garganta arderá esta noche y tu lengua se secará para siempre. —Uno de los presentes se acercó a Sadie y le tendió una antorcha ardiendo —. Reza a tu Diosa corrupta y cobarde, pues Calandra te verá arder esta noche.

—¡No! —gritó la joven, agitándose sobre la pira de madera. Estaba atada contra un poste con gruesas cadenas de metal que la retenían con fuerza. Se debatió inútilmente para liberarse hasta que

comprendió que no escaparía de allí jamás—. No... —repitió, esta vez asumiendo su destino. No saldría de allí con vida. Una solitaria lágrima recorrió su mejilla mientras elevaba los ojos verdes hacia el cielo, quizá en una última plegaria para con su Diosa.

—Calandra... —murmuró Cerón, que desconocía por completo quién o qué era. Para él solo existía la Diosa de los druganos con la que Sonthorn había hablado directamente. ¿Se llamaba ella así? ¿Conocía aquella mujer a aquel ser? De ser así no podía dejarla morir, tenía que averiguar cuanto pudiera sobre ella.

Cerón miró a su alrededor tratando de buscar un plan algo más elaborado que correr hacia ella sin más. Nadie le miraba, nadie se molestaba en mostrar el más mínimo interés en él. Dio un paso hacia delante y se humedeció los labios sin ningún plan en la cabeza. Tanto tiempo con Sonthorn había logrado que hasta él mismo se lanzarse a ciegas a la batalla como si en realidad eso mismo fuera un plan.

Comenzó a murmurar hechizos de protección sobre él que lo ayudarían en una más que posible contienda mágica, pues si de algo estaba seguro era de que esta llegaría. Sus ojos volvieron a centrarse en el resto de magos que por alguna extraña razón habían dejado de mirar a la mujer y se volvían hacia el exterior, buscando algo en lo que Cerón aún no había reparado.

Sonthorn siempre decía que el contrincante solo era la mitad de la lucha, que la batalla albergaba muchas más sutilezas y dificultades. La arena blanda, la oscuridad, la lluvia, un suelo mojado, la temperatura... todo aquello debía de ser tenido en cuenta antes de lanzar cada ataque. Por supuesto él no lo hacía y se lanzaba a ciegas, pero la información la tenía. Cerón se dio entonces cuenta de cuánto lo rodeaba y de lo que llamaba la atención de sus compañeros de Praedesi, pues tras aquel tiempo con ellos había llegado a llamarlos así.

Miró más allá de ellos y apartó de su mente un instante a *Esmeralda*. Para su sorpresa, el viento había comenzado a agitarse con fuerza. La oscuridad parecía girar a toda velocidad sobre la cima de piedra que ocupaban. La temperatura había bajado y grises nubes comenzaron a rodear aquel lugar.

—¡No temáis a quien no puede heriros! —gritó Sadie flexionando las piernas para adaptarse al viento que incrementaba su fuerza—. ¡Calandra siempre ha sido una cobarde!

—¡No es verdad! —gritó *Esmeralda* tras ella, alzando la voz sobre el estruendo del creciente viento y las voces de los magos—. ¡Ella siempre ha protegido este mundo!

—¡Silencio, traidora! —le espetó Sadie antes de darle un puñetazo en el rostro que la hizo escupir sangre. Un segundo después lanzó su antorcha a la pira de madera de la joven, saltando hacia atrás para apartarse de las llamas—. Ve con ella si tanto la quieres.

A continuación escupió en la cara de Esmeralda y se alejó lo suficiente para no ser abrasada por las llamas, pero lo más cerca posible para poder ver su cuerpo arder. Cerón abrió los ojos de par en par, incrédulo por su crueldad en demasiados sentidos. Podía entender los castigos, la venganza incluso, pero recrearse en la visión de una joven ardiendo le parecía terriblemente atroz.

Lo que Cerón no sabía era que tenía motivos más que justificados para querer ver aquel cuerpo arder, pero el joven mago tardaría aún un tiempo en saberlo.

—¡No! ¡Basta! —dijo sin darse cuenta de que sus pies le empujaban hacia delante.

Pronunció el hechizo del agua, le dio forma, cuerpo y la voluntad de apagar las llamas que saltaban de madera en madera sin piedad, devorando cada brizna de antigua vida con su abrasador brillo. Este empezó a reflejarse en los ojos de Esmeralda, que comenzaron a brillar con intensidad.

Sadie volvió el rostro hacia él desconcertada y comenzó a levantar una mano para dibujar la runa que acabaría con él. No permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Acabar con aquella criatura podía significar la salvación de Praedesi. El extranjero no se lo impediría.

Comenzó a dibujar la runa que Cerón reconoció al instante. Durante aquel tiempo en Praedesi había aprendido docenas de ellas, si no más. Era una alumno aventajado, lo cual Sadie apreciaba, pero no lo bastante para dejarlo vivir si los traicionaba. El símbolo negro de corrupción emergió de sus dedos, que comenzó a brillar con su fulgor oscuro que acompañaba al clima que se elevaba y se recortaba contra el fuego tras ella. Las llamas llegaban ya a las rodillas de *Esmeralda*.

Y, sin embargo, no gritaba.

Esmeralda sonreía.

—Un paso más y estás muerto —le advirtió Sadie, ante lo cual Cerón dio un nuevo paso hacia ellas. Se encogió de hombros y lanzó la runa contra él, obviando el resultado que conocía que traería el impacto de la runa y su cuerpo. No quería aquel espectáculo a diferencia del de la joven. Sadie no era cruel, no era despiadada, solo era decidida. Nada ni nadie se interpondría en su camino.

Pero Cerón no solo había aprendido a dibujar las runas, pues también había descubierto cómo romperlas. Incrédulo el Cerón del pasado, el que aún seguía en el muelle con un brazo ardiendo, vio cómo sus manos dibujaban ágilmente la misma runa, pero en sentido contrario. La empujó hacia la de Sadie y ambas estallaron una contra la otra, creando una pequeña nube de humo negro por la que el mago se lanzó.

Dibujó una nueva runa con la mano izquierda, más lenta y torpe por mucho que la entrenase, y elevó la misma sobre él, entregándole la fuerza de su cuerpo único. Sintió cada gota del pozo de Enam emanando de él hacia la runa y la vio crecer hasta cubrir casi por completo la cima de piedra. La empujó contra el suelo y esta estalló en todas direcciones, creado el hechizo del miedo que impactó contra todos los presentes. Casi todos comenzaron a correr en todas direcciones, pero había dos personas lo suficientemente entrenadas para evitar algo así.

Sadie se cubrió con la magia humana, haciendo uso de la fuerza de la espada de Nefrén, que le otorgó la suficiente energía para que el hechizo no la afectara. Helmut, en cambio, tuvo tiempo para dibujar una runa que simuló ser un escudo negro.

Cerón aprovechó el momento y siguió corriendo hacia *Esmeralda*. Al pasar junto a Sadie le golpeó el rostro con el puño tan fuerte como pudo, lo que la cogió desprevenida aún arrancando energías a la espada de Nefrén. Esta cayó tras ella a pocos pasos de *Esmeralda*, a cuya cintura llegaba ya el fuego.

Y, sin embargo, ella sonreía.

Cerón no encontró miedo en su mirada, sino rabia y determinación. Por un instante quedó petrificado bajo su mirada, pero pronto el grito de Helmut tras él lo sacó de su ensimismamiento. Debía continuar.

"¿A dónde? —se preguntó. No tenía ni la más remota idea de cómo proceder, lo que le hizo sonreír estúpidamente al darse cuenta

de lo que debía de sentir Sonthorn con cada paso alocado e irracional que daba—. *Tendré que disculparme con él por todo lo que le dije… bueno, a parte de por abandonarlo, claro”.*

No necesitó volver la vista hacia Helmut para imaginarlo corriendo hacia Sadie. La joven había perdido la consciencia y yacía en el suelo. Tal como el mago sabía, la relación de ambos iba más allá de Praedesi. No la dejaría desprotegida y allí arriba, en el suelo inconsciente, donde su vida estaría más que en juego. A ojos de Helmut, Cerón era ahora un enemigo que había desarmado a su líder y trataba de rescatar a un Calán.

“Sea lo que sea eso”.

Llegó hasta *Esmeralda* y observó que su hechizo no había logrado extinguir llama alguna. Miró el fuego ante él y lo entendió al instante. La madera tenía runas negras grabadas. Reconoció los símbolos del fuego, de purificación oscura, de dolor y contención. Eran muchos para romperlos uno a uno, no tendría oportunidad.

Levantó la vista hacia *Esmeralda*, de la que solo los hombros asomaban sobre las llamas. Bajo ella, su ropa se había consumido y Cerón pudo entrever su figura femenina que sabía que pronto se consumiría por completo.

—¡No! —gritó desesperado. Creó un nuevo hechizo de agua sobre las llamas, atrayendo la fuerza de la tormenta para darle caudal, pero el fuego se negó a dejarse vencer por algo tan natural como el agua. Convocó al viento que atronó sobre Esmeralda, pero solo consiguió hacer bailar las llamas y dejarle ver parcialmente su figura femenina.

No le disgustó, pero no era lo que buscaba. Siguió probando nuevos hechizos y hasta trató de que la piedra se abriera disgregando las runas de su pira. Pero Sadie lo tenía todo controlado. Por algo estaban allí arriba. Miró al suelo a su alrededor ahora que las llamas iluminaban lo suficiente y encontró incontables runas negras grabadas en la piedra. Con una rápida mirada supo que aquel lugar sagrado para Praedesi lo era por algo.

—Mierda —exclamó, sintiéndose cada vez más cercano a Sonthorn y a Ónice. Las runas de la raza de la drugana estaban a punto de acabar con *Esmeralda* mientras él cada vez actuaba más como el drugano—. ¡Eso es!

Era una idea tan estúpida como ilógica, irracional y alocada. No lo había probado, no sabría lo que acarrearía y no estaba seguro de

que fuera a funcionar, pero era mil veces mejor que ver a *Esmeralda* morir calcinada ante él.

Clamó a su cuerpo que lo protegiera de los miembros de Praedesi que comenzaban a volver en sí tras el miedo sufrido y se mordió la lengua suspirando. Abrió las piernas y cerró los ojos, adquiriendo la postura más cómoda que pudo.

Recordó sus noches en vela, los libros robados, las conjeturas imprecisas, las sensaciones de vacío, el miedo, el dolor... y la esperanza.

La verde esperanza.

Supo que aquel era el camino aunque no pudiese ver el sendero a recorrer, por lo que dio un paso más hacia la oscuridad esperando que hubiese un suelo ante él. Cerón recorría una camino que solo veía en su cabeza, pero tan tangible que no podía ser irreal.

Se humedeció los labios mientras se concentraba en encontrar la sensación adecuada para poder seguir adelante. No era tan fácil el mundo blanco, el de la bondad, el de la justicia y la piedad, pues ese escondía los dolores más terribles. En la oscuridad estaba el orgullo, la furia, el egoísmo; si fallabas allí el resultado no traería consecuencias para nadie que te importase, pues nadie debía importarte. En cambio, en el lugar plateado donde escarbaba en busca de las emociones adecuadas, estaba el honor, lo heroico, el valor.

Y cuando alguna de estas acciones fallaba, alguien querido moría.

"¿Cómo ser heroico si nadie te importa? ¿Dónde está el valor si no temes a la muerte? —se preguntó Cerón—. *¿Dónde se esconde el honor cuando solo hay traición en el libro de tu pasado?"*

Por suerte, Cerón conocía todas aquellas respuestas, pues había experimentado cada una de aquellas sensaciones junto a Sonthorn en demasiadas ocasiones.

Él era el valor, pues siempre tenía miedo de fallar.

Él albergaba el honor de siempre mantener su palabra, costase lo que costase.

Él era el héroe que Ergasth necesitaba.

Cerón recordó el momento en el que Sonthorn vio morir a Roland

en sus manos. Trajo a su corazón el dolor por la pérdida, el miedo a fallarle, el terrible sentimiento de que todo lo que te importa pende de un hilo que arde y que solo tú puedes evitar. El mago se sintió luz en la oscuridad y comenzó a dibujar un fina línea plateada ante él con la punta de sus dedos.

Un trazo plateado comenzó a brillar con intensidad, llenando el lugar con su resplandor luchando contra el fuego por iluminar el lugar. Mientras el viento seguía azotando la cima de piedra de la montaña, los primeros trazos de una runa blanca impidieron que la naturaleza gobernase allí donde ella estaba destinada a vencer.

—¡Detenedlo! —gritó Helmut tras él—. ¡Sabe crear las runas blancas!

"Ojalá fuera verdad... —pensó Cerón, pero no se permitió pensar en sus enemigos. Ante él *Esmeralda* seguía en llamas. El mago no podía verla, pero los ojos de la mujer lo contemplaban abiertos de par en par. Casi parecía que estuviese más preocupada por él que por sí misma".

Cerón no tardó en sentir los impactos de la magia contra él. Por suerte esta solo era humana y sus propias defensas pudieron reprimirlas. Eran incontables los escudos que había levantado sobre sí mismo previniendo casi cualquier posible hechizo contra él. Estos no consumían energía en reposo, o esta casi era inexistente, pero cuando la magia se vio obligada a defenderle, sintió cómo las fuerzas se canalizaban desde su interior.

Apretó los dientes y se concentró en el fino e irregular trazo blanco ante él, tratando por todos los medios de no perder la sensación buscada. Siguió deslizando el dedo en el aire y pronto un símbolo desconocido para todos los presentes, o casi todos como algún día Cerón descubriría.

Cuando cerró el símbolo ante él, un impulso plateado emergió de improviso iluminando la superficie de la montaña y alejando las nubes y el viento. Un instante después se replegó sobre el símbolo, que permaneció flotando ante él, esperando instrucciones. Estaba hecha para ayudar, solo necesitaba saber a quién.

Pero no era el único en la batalla y los miembros de Praedesi cayeron pronto en la cuenta de que la magia humana no le afectaba por alguna razón. Esta no les importó, solo querían una solución. Tal como ocurría con la magia oscura, los motivos no eran lo importantes,

solo el resultado. Una primera runa negra impactó contra él y lo hizo trastabillar mientras gritaba de dolor. Esta había sobrepasado sus defensas y lo había golpeado, aunque su poder se había visto disminuido tras atravesarlas.

—¡Alto! ¡Lo quiero vivo! —gritó Sadie, que había recuperado la consciencia y contemplaba la runa blanca brillando ante Cerón—. ¡Detenedlos!

—¡Runas de cautiverio! —gritó Helmut al resto de los congregados.

"Mierda —masculló Cerón. Las runas de cautiverio no les dañarían, pero serían una cárcel para ambos. Tenía que hacer algo pronto".

Cerón le dio energía a la runa ahora que el acoso mágico había cesado y esta creció hasta tener casi dos metros de diámetro. Suspiró antes de seguir y, tras rezar una plegaria sin saber a qué Diosa hacerlo, empujó la runa hacia *Esmeralda*. Esta golpeó contra el fuego, la pira, la piedra y, lo que más le sorprendió, contra ella.

El mago había logrado modificar la runa de purificación de los druganos negros y aprender desde ella la versión de sus primos blancos. Eran sutiles los cambios en los trazos, en las curvas suavizadas, en los grosores de las líneas, pero Cerón sospechaba acertadamente que ambas runas no podían ser muy diferentes.

Sin embargo, lo que aprendió que era lo más importante era quién era su creador, no tanto por la sangre que recorría sus venas como el alma que habitara su corazón. Quizá por eso Praedesi jamás hubiese logrado utilizar el símbolo aunque conociese la runa blanca, lo cual imaginaba que ocurriría. Si conocían tantas runas negras, nada les impediría conocer alguna blanca, al igual que él.

Lo que no sabía Cerón era la fuerza que requería la magia, tan atroz e inesperada que sintió cómo se cortaba su respiración. Sus piernas vacilaron y abrió los ojos torpemente. Cayó de rodillas y luchó por no perder la consciencia. Tal vez él no lo consiguiese, tal vez no lograse escapar de allí como le había pasado a miles de druganos blancos antes que a él.

Tal vez fuese una maldición por hacer uso de aquel poder. Miró hacia *Esmeralda*, pues quizá aún tuviera fuerzas para curarla y que así escapara. Sin embargo, lo que vio le sorprendió. Había eliminado el fuego por completo, las runas negras de la madera y del suelo habían

desaparecido y la joven se mostraba desnuda sobre la humeante madera. Su pelo rubio se removía contra el viento, danzando en el aire como si de un pájaro en una corriente de viento ascendente se tratara.

—Huye —le pidió la mujer.

La joven lo miró a él y al resto de magos que seguían levantando una muralla de runas a su alrededor. Entonces fue cuando todo se salió de control. Bajo la atenta mirada de Cerón, que no había visto a una mujer ni tan desnuda ni desnuda siquiera en su vida, la joven comenzó a cambiar. Su cuerpo se contorsionó, sus extremidades se tensaron, su rostro se contrajo en una mueca de dolor y de rabia.

Sus ojos brillaron con una terrible intensidad mientras caía hacia delante ante Cerón. Extendió una mano y agarró la muñeca del mago con fuerza, con una atroz tenaza de la que era imposible liberarse. Un instante después, su cuerpo se cubrió de un brillo verde que difuminó su carne. Esta comenzó a refulgir como si de corazas de metal se tratara.

—¡Coge la maldita espada! —gruñó con una voz más animal que humana.

Cerón miró tras de sí y vio el arma de Nefrén a poco más de un metro. Se estiró para agarrarla pero la presa de *Esmeralda* le impedía llegar. Se tumbó y la acercó de una patada lo suficiente para sujetarla con la otra mano.

—¡La tengo!

—¡Os lo dije! ¡Es una de ellos! —gritó Sadie aterrada y orgullosa —. ¡Es una Calán!

—¿Los matamos? —preguntó Helmut.

—¡No! ¡Necesitamos las runas blancas! ¡Cerrad la barrera!

—¿Una Calán? —preguntó Cerón mientras giraba el rostro de nuevo hacia *Esmeralda*. Sin embargo, allí no había ninguna mujer ya —. ¡¿Pero qué narices…?!

Ante el mago se alzaba un dragón verde de más de diez metros de largo que brillaba con intensidad. Su cabeza se balanceó como si estuviera dentro de un trance mientras estiraba dos enormes alas a sus lados.

Cerón trató de apartarse de ella, pero la misma mano que antes pertenecía a *Esmeralda* era ahora una enorme garra de dragón, con sus igual de enormes uñas alrededor de su brazo.

El dragón levantó al cabeza hacia la cúpula de símbolos que comentaba a cerrarse sobre ellos y lanzó una terrible llamarada que destruyó la fina capa de runas que tenía por objeto encerrarlos. Un instante después, saltó hacia el cielo llevando a Cerón bien sujeto por el brazo.

El mago resistió el tirón con un aullido y a punto estuvo de perder la espada de la sorpresa. Por fortuna la sostuvo y la acercó a su cuerpo, rodeándola con las piernas mientras se alzaba en el aire alejándose de los magos de Praedesi arrastrado por un dragón verde que antes era una mujer hermosa y desnuda. Solo pudo sentir gratitud al sentirse a salvo de ellos por fin. Había aprendido lo que necesitaba de ellos, ahora solo faltaba aprovecharlo.

—Gracias, *Esmeralda* —dijo a la dragona que había entiendo que era ella. No sabía cómo, por qué, cuándo ni dónde, pero sabía que era ella.

—Llámame Tamatha —dijo con su propia voz de nuevo, aunque Cerón no hubiese sabido decir si fue mentalmente o la escuchó de verdad—. Y gracias a ti por lo que vas a hacer.

—¿Lo qué voy a hacer? —preguntó extrañado.

—Sí, vas a salvar a los Calán y, por ende, al mundo.

Pero Cerón no pudo escuchar más. Su brazo se rompió bajo la fuerza de la garra de la dragona y el dolor arrancó su consciencia de él. Cuando la recuperó, volvió a contemplar los muelles del pequeño pueblo pesquero y a *Esmeralda* mirándolo furiosa.

—... respondas, gusano! —continuó la joven, furiosa con Cerón.

Él la seguía mirando desconcertado, tratando en vano de orientarse de nuevo. A aquellas alturas de su viaje ya había aprendido por las malas, al igual que Sonthorn, que las visiones debían de ser tenidas en cuenta, para bien o para mal. Por suerte, también había aprendido que podía cambiar su destino y ahora tenía la información para hacerlo. Retrocedió hasta su último recuerdo en el muelle y recuperó la información que traían los gritos de la joven.

Esmeralda quería saber sobre Neyvel y estaba lo bastante alterada para cometer errores.

"¿Sería su contacto lo que provocó la visión? ¿Sabía ella que ocurriría? —Cerón echó una rápida mirada a sus ojos furiosos. Ella no parecía haber reparado en la visión del mago—. *No parece que sepa nada.* —Miró su brazo que no mostraba señal alguna e incluso había dejado de doler por completo. Sin embargo, la mano de *Esmeralda* lo sujetaba con fuerza todavía—. *O respondo algo o es capaz de arrancarme el brazo* —pensó recordando las ocasiones en las que Ónice se enfurecía y de lo que era capaz tras ello—. *No quiero más dragonas furiosas alteradas cerca".*

Aunque, a decir verdad, la proximidad de *Esmeralda* no le disgustaba en absoluto. Pensó rápido en como cesar su ira y aplazarla la conversación para cuando hubiese meditado, y la mejor forma de hacerlo era que ella quisiera dejarla.

—Lo conocí cuando pregunté sobre los Calán —respondió, lo que hizo que *Esmeralda* abriera los ojos de par en par. Su rostro palideció y sintió cómo se relajaba la presión sobre su brazo. Los ojos de la joven miraron a su alrededor buscando oídos inesperados. Localizó varias cabezas vueltas hacia ellos. Apretó los labios y liberó el brazo de Cerón. Sin embargo, este sabía que si la conversación cesaba allí mismo, las dudas y la desconfianza hacia él bien podían agarrarse en lo más profundo de la mujer. Debía darle algo con lo que confiar en él y permitirle aplazar la conversación para más adelante. Por desgracia, lo único que tenía para ella era la verdad—. No sé qué sois, Tamatha, pero el futuro me ha dicho que debemos protegernos mutuamente —susurró Cerón acercándose a ella mientras aún estaba desconcertada —. Cuando no haya oídos cerca te lo explicaré todo, te lo prometo.

Cerón se apartó lentamente de ella y la miró a los ojos, unos ojos verdes que lo contemplaban tan aterrados como sorprendidos. *Esmeralda* se humedeció los labios y miró tras de sí, por donde Helmut se acercaba a incentivar su trabajo ahora detenido.

Finalmente asintió y apartó el brazo de Cerón, que volvió al trabajo.

—¡Sí, mi señora! —exclamó el mago levantando un nuevo fardo de material. Se lo echó al hombro y caminó hacia el borde del muelle. Los botes acababan de llegar y recogieron lo que les ofrecían rápidamente. Mientras lo hacía, Cerón miró tras su hombro. Helmut daba instrucciones a *Esmeralda*, que respondía son pequeños

monosílabos sin dejar de mirar al mago en la distancia.

Finalmente, apartó los ojos de él y volvió al trabajo. La vida de un aprendiz era dura y firme, sin lugar a errores ni a intimidades.

Aún así, Cerón sabía que *Esmeralda*, también llamada Tamatha, una de los Calán, fuera lo que fuera aquello, encontraría la manera de tener tiempo en soledad para él. Y, para cuando ese momento llegara, más le valía tener algo de qué hablar que no lo condenase a muerte.

CAPÍTULO 9

UN MAR DE VERDADES

Cuando todo el material estuvo a bordo de los botes llegó al fin el momento para descansar. Las embarcaciones partieron hacia el barco a descargar la carga antes de regresar a por la tripulación, que disfrutó de unos minutos de espera sin nada que hacer en absoluto. Se mantenían atentos a su alrededor, por supuesto, pero se sentían seguros cerca del mar. Sin una letrina que cavar, sin tiendas que montar, sin comida que preparar, se relajaron todo lo que les permitió Helmut. Para sorpresa de Cerón, el descanso fue evidente.

Miró al resto de sus compañeros en busca de respuestas, pues algo le decía que el descanso era tan imposible como su mano dibujando runas blancas. Los rostros de los demás aprendices era confiados y tranquilos, lo cual iba mucho más allá de un simple descanso.

"Es como si terminase su prueba, su calvario… su penitencia. Se sienten liberados… Pero ¿por qué? —se preguntó".

Siguió la línea de cabeza y encontró la de *Esmeralda* a varios metros de distancia. Trataba de dejarse contagiar por el ambiente relajado, pero sus ojos se volvían intermitentemente hacia él, como si quisieran arrancarle respuestas que ni siquiera él tenía. Al fin y al cabo, todo lo que había visto en su visión era una locura, lo mirase por dónde lo mirase.

"¿Qué son los Calán? —se preguntó aprovechando los minutos de descanso que Praedesi les permitía. Sadie conversaba con Helmut y este asentía mientras ella planificaba algo que la distancia le ocultaba. Cerón era extraordinariamente bueno leyendo los labios, pero solo las palabras mágicas parecían llegar a su mente. Las conversaciones comunes se resistían a abrirse paso hasta él—. *¿Cómo es posible que se transformara en un dragón? La única raza que puede hacerlo son los druganos y solo bajo el hechizo adecuado. Además, el monstruo creado pierde toda su cordura, la Diosa nos proteja de volver a ver a Ónice con escamas. Ella me habló… o me hablará incluso con forma de dragón.*

¿Acaso es como Kalmenter? Sonthorn me dijo que él pudo hablarle mentalmente. Pero… ¡no existe algo así en Ergasth…! —Con la exclamación llegó la respuesta, tan obvia como terrible—. *Ellos no vienen del continente. Su mundo está muy lejos de él. Bien puede ser que su territorio sea completamente distinto al nuestro, con sus propios héroes y villanos. Es posible que todo lo que conozca no sirva para nada allí, que todo lo que crea imposible allí solo sea una anécdota. Tengo que averiguar más sobre ese lugar, y la única que parece de mi lado ahora mismo seguro que se está planteando estrangularme".*

Una nueva mirada de *Esmeralda* le confirmó sus pensamientos. La joven lo miró con el ceño fruncido durante un instante antes de desviar sus ojos hacia el mar, por dónde comenzaban a regresar los botes. Los rostros de todos los presentes brillaron de expectación.

—Subid a bordo y formad en cubierta —ordenó Helmut alejándose de Sadie e instando a todos a prepararse—. Tengo algo que deciros a todos sobre las olas.

—¡Sí, maestro! —gritaron a coro, incluida Esmeralda.

Formaron frente al muelle y esperaron a los botes, a los cuales se subieron con habilidad y rapidez, todos menos Cerón. El mago contempló el bote con dudas en cuanto fue su turno subirse a bordo. Su corazón se aceleró en cuanto puso un pie sobre la madera y esta subió y bajó torpemente, impulsada por un mar tranquilo.

—Solo tienes dos caminos, extranjero —dijo Helmut tras él—. Bote o muerte. A mí —dijo saltando al interior del mismo con soltura — me da igual.

—No… no sé nadar —confesó el mago.

—Entonces has elegido peor de lo que imaginaba aún.

Cerón respiró hondo y se humedeció los labios, pálido como la misma luna.

—¡Salta, gusano! —dijo *Esmeralda* tras él, dándole una patada en la espalda que lo lanzó contra el bote, donde se estrelló contra el borde a punto estuvo de pasar por encima de la inercia. Para su sorpresa, su magia no había tratado de impedirlo—. ¡En tierra no se aprende, solo el mar enseña!

—¡Solo el mar enseña! —gritó a coro el resto de aprendices antes de estallar en risas a costa de Cerón.

El mago se sentó en donde Helmut le indicaba y vio a *Esmeralda* saltar a su barco, situándose tras él donde pudiera vigilarlo.

“Solo el mar enseña... ¿qué querrán decir?”

—Se acabaron las cargas, las noches en vela y las letrinas —dijo Sadie una vez todos estuvieron a bordo del enorme barco. La Guardiana estaba en el centro de la cubierta subida en un pequeño atril. Frente a ella todos los aprendices escuchaban atentamente. Los Praedesi de más rango eran libres de ir y venir. Sin embargo, todos parecían ocupados en preparar el barco para el viaje. Subían velas, ataban cabos o calculaban direcciones haciendo uso de artilugios con los que Cerón se hubiese deleitado—. Comienza vuestro entrenamiento, las noches de estudio y las tareas del mar. Ocho aprendices que deberán dominar su magia antes de llegar a la Isla. Estoy deseando ver cuántos llegan preparados... o vivos.

Cerón frunció el ceño, no se esperaba aquel último apunte. Recorrió con la mirada al resto de aprendices, pero todos sonreían abiertamente. O no se creían lo de “vivos” o estaban lo bastante confiados para obviarlo.

—Partimos hacia la Isla. Estamos lejos de ella, por lo que haremos una parada en la Piedra Oscura. —Los aprendices se removieron incómodos, pero no replicaron. Hacerlo aseguraba la muerte y, ya que habían llegado hasta allí, ¿qué mejor idea que seguir vivos? Cerón tomó nota de preguntar por la Piedra Oscura o al menos indagar sobre ella. No tenía ni idea de qué significaba—. Al menos una semana de viaje, si no más. Aprended todo lo que podáis. Sobre todo tú, extranjero —dijo dirigiendo su mirada directamente a Cerón—. Acabas de llegar, pero no escaparás de la prueba al final del camino. Llevas mucho retraso y desconoces la mayoría de lo que el resto de aprendices ya dominan. Si eres la mitad de inteligente de lo que ocultas ser, harás lo imposible por ponerte a su altura. Si no va a ser así, es mejor para todos que te descuarticemos y tiremos por la borda. Menos peso es un viaje más rápido. ¿Entendido?

—Sí, Guardiana.

Sadie asintió conforme y recorrió el barco con la mirada, deteniéndose en cada detalle. Cuando estuvo conforme con lo que veía, dijo lo que todos esperaban oír.

—Volvamos a casa —le dijo a Helmut, que se apartó para ir a hablar con el capitán del barco que los miraba desde el timón. La Guardiana se dirigió de nuevo a los aprendices—. Tenéis el día libre. En cuanto caiga la noche seréis puestos a prueba. No lo desaprovechéis. Partimos en una hora.

Como respuesta se elevaron gritos de júbilo entre los presentes, cuyos rostros mostraban el alivio y emoción de quien recibe el regalo más deseado de su vida.

"Libertad. Escueta y anhelada libertad —pensó Cerón".

Sadie se alejó de ellos y acudió a saludar al capitán. Este la recibió con una inclinación de cabeza, gesto que ella repitió. Cerón comprendió que, al menos en aquel cascarón de madera flotante sobre docenas de metros de agua, conocimiento que le aterrorizó, el capitán tenía el mismo rango que ella.

El resto de aprendices se separaron en todas direcciones dejando a Cerón en el centro de la cubierta, tan extrañado como preocupado. Criado en un pequeño pueblo con poca más agua que un arroyo cercano, sus contactos con grandes cantidades del líquido se reducían a sus pesadillas. Su cuerpo enfermo había sido una desventaja notable y las pocas veces que había visto una buena corriente de agua habían sido desde bien lejos.

Y ahí estaba él ahora, asomándose a una borda en la que la inmensidad de un mar incalculable se extendía hasta el horizonte.

—Aprende a nadar cuanto antes —dijo la voz de *Esmeralda* tras él —. No hay aire para las piedras.

Cerón comprendió al momento lo que quería decir antes de maldecir. De pronto escuchó un grito a su lado y un hombre desnudo saltó por la borda, tirándose de cabeza al mar que lo recibió encantado. El agua salada salpicó a Cerón a pesar de los varios metros de altura del costado del barco. Se dio la vuelta para contemplar como el resto de aprendices se desnudaba y hacía lo mismo que el primero.

Sus ojos se abrieron de par en par al descubrir a *Esmeralda* completamente desnuda tras él. No pudo evitar sonreír al ver que su piel no reflejaba escama alguna en ninguna parte de su cuerpo. Por si acaso se aseguró y la revisó por completo de nuevo mientras saltaba al agua junto al resto de aprendices. El mago pudo apreciar de nuevo una sensación de felicidad completa en aquellos humanos que se suponía que debían de ser poco menos que monstruos a sus ojos.

“Con las atrocidades que ha hecho Praedesi, ¿cómo lograban parecer tan humanos? —se preguntó incrédulo, apartando la imagen de la desnudez de *Esmeralda* por algo muy diferente. Los aprendices nadaban, buceaban y gritaban disfrutando con sinceridad—. *No puedo creerlo”*.

Pero sus ojos no le engañaban, aunque él sintiera que lo hiciesen. En aquellos seres había felicidad real, casi más de que él había sentido en toda su vida. El motivo se le escapaba, pero no podía dudarlo. Tal vez el tiempo le diese la explicación, pero no debía perderlo en aquel momento. Miró tras de sí y vio a Helmut contemplándolo con seriedad.

—¿Qué desea, maestro?

—Que estés preparado cuando te enfrentes a las pruebas.

—¿Mi señor? —respondió Cerón desconcertado.

—El agua es el elemento natural de los habitantes de la Isla. Si quieres entrar en ella, tendrás que aprender. Y rápido. Tienes que dar muchas explicaciones cuando llegue el momento y para ello debes seguir vivo —admitió Helmut que señaló a la borda con un movimiento de la cabeza.

—Pero... yo no sé nadar...

—Tampoco las runas y has venido a aprender, ¿verdad? —Cerón tragó saliva mientras su corazón se aceleraba. Miró por la borda y no le costó imaginarse la profundidad del océano aunque sabía que no se hacía más que una ligera idea de hasta dónde llegaría. Para alguien que jamás había visto el mar, aquella era una experiencia maravillosa y terrible. Helmut comprendió en parte sus pensamientos—. Si te vas a ahogar, ¿qué más da tener tres metros de agua debajo o mil?

—¿Existen mil metros de agua?

—Aprende a nadar y lo descubrirás. Niégate a lograrlo y tu cadáver lo comprobará.

Helmut se dio la vuelta y se alejó de él, ya había contribuido demasiado a que la vida del extranjero se alargase en el tiempo. Cerón volvió a mirar por la borda y encontró a *Esmeralda* mirándolo directamente a los ojos. El pelo rubio empapado tras la cabeza, los rayos del sol reflejados en su piel y sus hombros desnudos lo atraían poderosamente. Asintió lentamente hacia él instándolo a hacer lo que

tenía que hacer.

—Mierda.

Cerón comenzó desvestirse sin que nadie le prestara la menor atención, lo cual agradeció. Como acabaría comprobando más adelante, para ellos la carne no era más que una cáscara que llenar con magia, tal como Sadie había hecho cuando resucitó a la mayoría de ellos con la magia de Nefrén.

El mago llenó sus pulmones de aire y corrió hacia la borda desde donde se precipitó sin pensárselo dos veces. Sabía que si lo meditaba tanto como a él le gustaba hacer, jamás saltaría. Era estúpido, alocado y peligroso, pero aun así mientras caía se sintió vivo.

Bien diferente fue cuando comenzó a hundirse como una piedra mientras trataba inútilmente de volver a la superficie. Esta se alejaba de él como si del destino se tratara tratando de alcanzarlo. Sus pulmones comenzaron a arder y se esforzó por no respirar con toda su alma. Vio los pies del resto de aprendices agitándose sobre él y trató de imitarlos torpemente, lo cual solo consiguió que se cansara más.

Solo cuando los brazos de *Esmeralda* rodearon su cuerpo con firmeza y tiraron de él con una energía y habilidad envidiable, pudo volver a controlar sus movimientos alocados. Se dejó llevar hasta la superficie y respiró agonizante en cuanto su cabeza emergió del agua.

—¡Contrólate! —le gritó a su oído *Esmeralda*. El resto de aprendices se habían girado hacia ellos, pero se mantenían a una distancia prudencial. Miraban a la pareja con seriedad sabiendo lo que significaban sus movimientos—. ¡No pierdas la calma o te hundirás!

Cerón estuvo a punto de soltar un improperio, pero se hundió parcialmente solo con pensarlo. Trató de controlarse con toda su alma.

—¡Lo intento!

—No es suficiente. Mueve las manos, empuja el agua hacia abajo. Eso es —le guió la joven—. Ahora las piernas, has visto cómo lo hacíamos nosotros, repítelo.

Cerón obvió el recuerdo de la desnudez de todos sus compañeros, especialmente de *Esmeralda*, y trató de imitarlos. Con una profunda sorpresa y alegría sintió cómo su cuerpo se elevaba parcialmente en el agua.

—¡Lo estoy logrando! —dijo entusiasmado. *Esmeralda* relajó su abrazo sobre él, momento en el cual Cerón fue consciente del pecho de la mujer en su espalda. Abrió lo ojos de par en par y se sonrojó perdiendo el limitado equilibrio que tenía en su batalla contra el mar.

—¡Concéntrate!

"¡Cómo si fuera tan fácil!"

Cerón obvió el contacto con la joven y se concentró en mantenerse a flote sin su ayuda, lo que le llevó a tragar mucha más agua de la que esperaba. Su corazón latía salvaje en su pecho ante él para el esfuerzo titánico de mantenerse a flote. Sin embargo, todos los que le rodeaban parecían no sufrir el agotamiento que él sentía. Eran capaces de moverse con soltura, de sumergirse y reaparecer a varios metros o de simplemente nadar con una elegancia que a Cerón le pareció casi obscena en comparación.

—Aguanta tú solo —le ordenó *Esmeralda*.

Cerón se concentró en cada movimiento, en cada impulso de su cuerpo y logró mantenerse a flote sin la ayuda de la mujer. Esta le rodeó y se situó frente a él con soltura. Mientras tanto, el resto de aprendices se alejaban de ellos, lo que el mago tomó en cuenta. *Esmeralda* confirmó que era la única presente en varios metros y asintió conforme.

—Una norma en la Isla es que quien salva a alguien de ahogarse es el encargado de enseñarle a nadar —dijo la joven mirando firmemente a Cerón, esperando que comprendiera sus palabras. A pesar de la agonía del momento y de la imagen de la joven desnuda ante él, Cerón logró comprender.

—Lo que nos dará tiempo para hablar en soledad.

—Si es que eso existe en el mundo al que te has lanzado de cabeza —confirmó ella. Se alejó unos pocos centímetros y le hizo señas para que se acercara a ella. Ambos se alejaban del barco gradualmente.

Esmeralda esperó a que Cerón fuera capaz de desplazarse torpemente. Lo consiguió tras modificar un poco la dirección del palmoteo del agua, lo que descubrió agotador. Cuando estuvo a punto de llegar hasta ella, *Esmeralda* se apartó de nuevo, esta vez un poco más lejos. Cerón miró tras de sí el barco alejarse con cada movimiento y dudó si continuar. La joven ni se inmutó ante sus dudas. Eran

docenas las personas que había enseñado a nadar, aunque eso sí, todos eran niños y ella estaba vestida adecuadamente.

No le molestaba su desnudez ni la alteraba. Era tan natural como respirar pues al mundo habían llegado desnudos y de él se irían igual. Solo que ella en vez de piel tal vez escapase de la vida cubierta de escamas verdes. Su rostro se tensó al recordarlo y sintió la necesidad de saber la verdad cuanto antes. Si algo no tenían los Calán, era paciencia.

Tiró de Cerón y lo atrajo hasta sí, rodeándolo con las piernas y dejando su rostro a pocos centímetros del suyo. Ambos se miraron con intensidad, aunque al mago le costaba mucho más mantener la calma en aquel extraño lugar que amenazaba con acabar con él.

—¿Qué sabes de los Calán? —le espetó.

—No... ¡no sé nada!

Esmeralda gruñó y empujó al mago de los hombros hacia el fondo, hundiéndolo medio metro. Si no hubiese sido por la agonía de la asfixia, Cerón hubiese repetido aquel movimiento tan visualmente inspirador hasta que se perdiera el sol. Sin embargo, la necesidad de respirar era más imperiosa que la de deleitarse. *Esmeralda* era fuerte y delgada, pero sin perder las formas femeninas en ningún momento. Fueran lo que fueran los Calán, esperaba que todos hubiesen sido bendecidos por la Diosa con un cuerpo similar.

"Si están de nuestro lado —pensó al darse cuenta de que no lo tenía claro".

Cerón emergió del agua el tiempo justo para que *Esmeralda* repitiera su pregunta.

—¿Qué sabes de ellos?

—¡Te lo juro! ¡No sé qué son! ¡Es la primera vez en mi vida que escucho que existen!

La joven volvió a zambullirlo bajo el agua, pero esta vez Cerón se agarró a ella con desesperación. Ambos se hundieron bajo el agua, pero solo al mago le afectó. *Esmeralda* lo miró con total tranquilidad abrazado contra su pecho. Los brazos del mago la rodeaban desesperado. Por alguna extraña razón, la magia no lo protegía de ella tal como sí había hecho con Greta.

Dejó aquel pensamiento para más adelante y trató de trepar por ella hasta la superficie donde le esperaba el aire que tanto echaba de menos. *Esmeralda* se lo permitió y emergió lentamente ante él unos segundos después. Ella también aprovechó para recrearse en la visión del cuerpo de Cerón y sonreír divertida. En cuanto el mago reparó en ella, volvió a mostrar su rostro gélido y furioso.

—¿Qué sabes de ellos? —repitió de nuevo. No había nada más que le interesara. Al menos nada salvo...—. ¿Cómo sabes mi nombre? No se lo he dicho a nadie jamás.

—Tú misma me lo dijiste —se explicó mientras amenazaba con hundirse hasta la barbilla. *Esmeralda* frunció el ceño y lo ayudó a mantenerse a flote—. Gracias.

—Eso es imposible. Jamás he confiado en nadie lo suficiente.

—Entonces llegará el día en que lo hagas.

Esmeralda lo miró con el rostro ladeado.

—Llegará... —murmuró atando cabos—. ¿Cuándo será?

—No lo sé.

—¿Dónde te lo diré?

—No tengo ni idea.

—Joder.

—Tuve una visión cuando me tocaste en el muelle —se explicó Cerón—. Puedo contarte lo que vi, tal vez así lo entiendas.

—¡No! —le espetó dándole un empujón que volvió a hundirlo en el agua. Acto seguido lo rescató de nuevo—. La Diosa nos prohíbe saber lo que va a pasar.

—¿La Diosa de los druganos? Pero tú no eres un drugano —preguntó Cerón que ya había asumido que, fueran lo que fueran los Calán, no eran druganos.

—¿Irena? No, ella no tiene nada que ver —confesó, lo que sorprendió a Cerón aún más. Jamás había escuchado aquel nombre, pues ni siquiera Sonthorn conocía el nombre de su Diosa. Para los druganos era simplemente *La Diosa*. Nunca habría imaginado que hubiese más de una.

—¿Quién es Irena? ¿Es que hay más de una Diosa? —preguntó extrañado.

—Las preguntas las hago yo —replicó airada tras echar una rápida mirada tras de sí. Los observaban desde el barco, pero ninguna de las miradas parecía preocupada. Sadie les había dado una hora libre y podían hacer con ella lo que quisieran.

—No puedo tener una teoría para ti si no conozco el conjunto. —Argumentó el mago.

Esmeralda frunció el ceño frustrada ante su razonamiento y respondió salpicando con fuerza el rostro de Cerón.

—Irena es la Diosa de los druganos, pero en efecto no es la única. Solo debes saber que los Calán mantenemos el recuerdo de lo que se oculta en este mundo —murmuró tan bajo que apenas pudo escucharla debido al alboroto general. El barco se preparaba para partir mientras el resto de aprendices disfrutaban cada uno a su manera de su escasa y temporal libertad. En cuanto se izasen las velas todos volverían a ocupar su lugar—. En tu visión, ¿cuánto tiempo crees que ha pasado desde hoy?

Cerón calculó rápidamente. Conocía su capacidad para aprender y su dedicación. Su periodo de formación debía de ser más corto que el del resto a la fuerza. La cuestión era, ¿cómo era su formación?

—En Praedesi, ¿cómo son de duros o estrictos en su formación? —preguntó.

—Un humano normal deberá pasar sus pruebas de aptitud, y son varias, en seis meses o será rechazado, y el rechazo es la muerte —respondió susurrando de nuevo—. No es momento para juegos, mago. Céntrate en lo importante.

—Jamás he dejado de hacerlo. Has dicho un humano normal. ¿Cuánto tiempo me darán a mí? —*Esmeralda* no respondió, sin duda creía que trataba de arrancarle información. La brecha de desconfianza aumentó en su interior. Era algo que no podían permitirse estando en el mismo bando, hasta donde él sabía—. Yo no te haré perder el tiempo ni tú a mí, así que escucha bien, Tamatha. Estoy arriesgando mi vida en esta secta de magos para encontrar la manera de utilizar las runas para La Guerra que se cierne en el continente en la que mis amigos se juegan la vida hasta un punto que no te imaginas. —*Esmeralda* abrió los ojos de par en par, incrédula ante su confesión—. Y lo arriesgaré todo para salvarte a ti y a tu

desagradecida y desconfiada vida dentro de poco, tan poco que no puedo decir cuándo. Sé que, cuando llegue ese momento, encajaré la última pieza del puzzle de mi formación, pero no sé cuándo será. De ello depende el tiempo que te diga, por lo que deja de comportarte como una dragona furiosa y desconfiada y sé la humana inteligente que me hace falta.

Esmeralda abrió la boca incapaz de pronunciar palabra. Sintió la furia por sus insultos, el miedo por que supiera lo del dragón, herida ante su propia desconfianza en contraste con la confianza de él y, sobre todo, preocupada al escuchar su nombre de nuevo. Se mantuvo en silencio mientras su ardiente corazón, tal vez heredado del dragón que les daba su esencia a los Calán, trataba de tragarse su orgullo herido para reaccionar como la joven inteligente que era. Sin embargo, la contienda en su corazón era difícil de digerir y no se decantaba hacia ningún resultado.

Pero Cerón no tenía tanto tiempo para perder esperando a que reaccionara y decidió arriesgarse un poco más.

"Cada vez me parezco más a Sonthorn —se dijo salpicando con fuerza el rostro de *Esmeralda*, que se sacudió sorprendía ante su osadía. Comenzó a toser tras tragar agua involuntariamente".

Tamatha miró a Cerón a los ojos tratando de decidir si confiar en él tan rápido. Recordó lo que sabía de él hasta aquel momento, que no era mucho. Se había presentado a ellos casi desarmado tras la batalla con la drugana negra.

"¿Estaría de su lado? ¿Qué motivo hay para que ambos lleguen en el mismo momento? —se preguntó. Sabía lo que eran los druganos negros perfectamente y no se fiaba de ellos, no solo por la traición que habían perpetrado hacía años".

Cerón tenía mucha información importante para Praedesi, pero si era importante para ellos también lo era para los Calán. Sin embargo, guardaba cada brizna de conocimiento para sí mismo. No hablaba de su pasado, de sus habilidades o de sus intenciones. Simplemente se dedicaba a obedecer.

"Con toda esa información bien podía haber conseguido un lugar junto a Sadie, aunque ese lugar fuese una cárcel hasta llegar a la Isla. Podría negociar un mejor trato y, sin embargo, se ha despojado de todo rango o nivel para caer a lo más bajo —pensó al recordarlo cavando letrinas en las noches perdiendo las escasas horas de sueño—. *Aún así*

sus ojos son inteligentes y ávidos. Sé que no pierde detalle de lo que hacemos ni de cómo lo hacemos. A estas alturas debe de recordar la mayoría de las runas que ha visto, si no más. Se deja esclavizar para aprender, eso es verdad".

Tamatha había podido ver con sus propios ojos el poder de su magia. No conocía los rangos de la Escuela de Magia del continente, la cual no le interesaba lo más mínimo, pero comprendía que debía de ocupar un alto lugar, lo que confirmó cuando trataron de entrar en el pueblo pesquero. Solo hacía falta una palabra suya para que obedecieran, lo cual le fascinó. Alguien con semejante poder que no lo usa para el mal debía de ser una buena persona, lo que ella ya intuía. Más aún cuando arriesgó su vida para que los soldados no se enfrentaran a ellos.

"Defiende a los humanos arriesgando su vida —se dijo sin comprender el motivo—. *Si su misión es tan importante, ¿por qué arriesgarla por unas pocas vidas? Tal vez no esté dispuesto a pagar el precio con la sangre de otros. Solo un buen líder es capaz de hacer algo así.* —Tamatha meditó unos instantes más, no estaba segura de que fuera la única opción—. *Tal vez cree que no está en peligro y por eso se enfrenta. Pero, o es tan estúpido, o es tan poderoso.* —La joven recordó el intento de asesinato unas noches antes en el que el mago se había defendido sin decir palabra mágica alguna. Y muy pocos eran capaces de saber lo que significaba. Una de ellas fue Greta, que ahora yacía hecha pedazos en su improvisada tumba—. *¿Puede ser él uno de ellos? Tengo que averiguarlo".*

Y para averiguarlo solo podía seguir adelante y hacerlo junto a él, por lo que suspiró y aceptó su necesidad de confiar en él igual que él en ella.

—No te darán más de un mes, como mucho —respondió finalmente, escurriendo el agua de su rostro y recogiéndose el pelo—. Eres un mago avanzado, no tienen que enseñarte todo lo que ya sabes.

Cerón frunció el ceño, un mes era muy poco tiempo para dominar nada en la magia. Tan escaso periodo de entrenamiento podía provocar errores terribles, más aún haciendo uso de magias tan poderosas. Entonces recordó cómo muchos de los alumnos de los Praedesi fallecían durante su formación y aceptó que debía de ser verdad.

—Solo sobreviven los más aptos —murmuró Cerón y ella asintió.

—Y ni siquiera esos pasan las pruebas.

—Cada cosa a su tiempo, no me interesan las pruebas ahora mismo. ¿Quién es tu Diosa? ¿Qué son los Calán?

—¿Y los telépatas? ¿Sabes tú quiénes son? —respondió ella preguntando algo igual de comprometedor. Esta vez fue Cerón el que abrió la boca de par en par sin saber qué responder, pues en realidad no sabía qué responder. ¿Él era uno de ellos? ¿Lo era su padre? No sabía nada de ellos cuando a todas luces su sangre llevaba su legado. Pero era imposible explicarle todo aquello en aquel momento. Por suerte, *Esmeralda* opinaba lo mismo que él—. Habrá tiempo para las respuestas complejas, pero no hoy.

La joven señaló hacia el barco con la mano, donde en la borda alguien hacía señales para regresar. Estaban izando las velas dispuestos a partir.

—Debemos volver a bordo —dijo Cerón asumiendo su silenciosa teoría.

—Al menos nos ha dado tiempo a conocernos —respondió irónica, lo que el mago no supo identificar como algo bueno o malo. Decidió asumir que sería bueno y no solo por el recuerdo del cuerpo del otro—. No olvides que sigo siendo tu superiora y no obtendrás de mí nada más que desprecio y órdenes.

Esmeralda comenzó a nadar hacia el barco con movimientos deliberadamente lentos, dejando que Cerón comprendiera la forma de nadar. El mago trató de imitarla sin mucho éxito, moviendo la cabeza de lado a lado para respirar, lo que le hacía luchar contra el agua en vez de deslizarse sobre ella. Ella se detuvo y observó con ojo crítico su desempeño. Negó con la cabeza incrédula ante su torpeza. Volvió hacia él y se situó a su lado.

—Alarga el brazo, recoge el codo y empuja el agua hacia atrás con la palma —le indicó, lo que generó solo más dudas en el mago—. Está bien, sumerge la cabeza y mira cómo lo hago yo. —Cerón enarcó una ceja, encantado de seguir sus instrucciones por una vez. *Esmeralda* sonrió perpleja, en un lugar a medio camino entre agradecida el cumplido y furiosa por la falta de decoro—. En Praedesi los cuerpos son solo cuerpos, Cerón. Trata de que no se note tu interés. Yo ya lo hago con naturalidad.

Esmeralda comenzó a nadar suavemente esperando a que el mago cumpliera su orden, lo cual hizo al memento. Se sumergió lo justo

para que sus ojos pudieran ver los gráciles movimientos de la joven deslizándose bajo el agua, avanzando con sutileza, sin enfrentamiento alguno con el agua. Su forma de moverse le resultó hermosa, y no solo por la piel de *Esmeralda* brillando contrastada con los rayos del sol sobre ella.

Sacudió la cabeza y se concentró en cómo se movía y no en lo que movía. Entendió sus movimientos y salió a la superficie de nuevo. Respiró hondo e inició el camino tras ella, torpemente en un principio para poco a poco lograr algo parecido a nadar. Cuando llegó a donde ella le esperaba ya estaba agotado, pero orgulloso.

—Las habilidades físicas nunca han sido mi fuerte —confesó agarrándose a su hombro para no caer al fondo del mar, exhausto como estaba.

Esmeralda enarcó una ceja.

—Para no serlo, tu cuerpo es fuerte y rápido. Tus músculos están tersos y bien delimitados, sin apenas grasa que los cubra. ¿Acaso este no es tu cuerpo? —se burló, incapaz de asumir que aquel cuerpo preparado y poderoso no fuera el legado de mucho entrenamiento constante durante años.

—Algo así —respondió evasivo—. Ya te lo contaré otro día.

Esmeralda asintió y apartó a Cerón de su hombro. Se deslizó unos metros más hacia el barco y esperó a que llegara hasta él. Sus movimientos mejoraron notablemente, aunque era realmente torpe coordinándolos todos juntos. Había aprendido cómo hacerlo para comprender qué hacer con cada parte de su cuerpo, pero le faltaba mucha práctica y entrenamiento.

La joven asintió conforme cuando llegó hasta ella de nuevo.

—Eres torpe como un niño, pero al menos no lloras en el agua.

—Créeme que intento no hacerlo.

—Bien, porque no será el último día que tengas que nadar. Esta será gran parte de la rutina del barco, más te vale que te esfuerces, gusano —dijo mirándolo de nuevo como su superiora. Cerón miró por encima de ella y descubrió el barco muy cerca de ellos, lo suficiente para que sus palabras fueran escuchadas.

—Sí, mi señora. Haré todo lo posible.

Esmeralda asintió y señaló a la escalera plegable de madera y cuerda que colgaba de la borda. El mago se dirigió a ella y comenzó a ascender tratando de obviar su desnudez y los ojos de *Esmeralda* fijos en él desde el agua.

"Solo es carne y yo mejor que nadie debo saberlo. Entonces, ¿por qué me cuesta tanto verlo así? —se preguntó. Él mismo había pensado así durante toda su vida, al menos hasta que el pozo le otorgó su don. ¿Por qué con ella era diferente?—. *Nunca lo he visto de otra manera hasta ahora, ni siquiera en Sonnen. ¿Qué ha cambiado? Tengo que averiguarlo".*

Cerón era consciente de que su cuerpo había cambiado por completo, pero no esperaba que hacerlo hubiese modificado su mente también. ¿Sería posible algo así? Si lo era, debía de tener aún más cuidado, tal vez sus decisiones no fueran tan suyas como creía.

Llegó hasta la borda y uno de los marineros le tendió un pantalón y una camisa blanca sencillas. A su lado, el resto de aprendices vestían igual. Cuando *Esmeralda* llegó tras él fue recibida de igual manera. Se apresuró a vestirse a pesar de mojar las ropas, por lo que él hizo lo mismo.

Sadie llegó hasta ellos.

—Nuestro invitado no conoce nuestras normas. No permitáis que las incumpla durante nuestro viaje —dijo mirándolos a todos ellos, que asintieron bajo su mirada—. Vosotros ya conocéis gran parte de la educación de Praedesi. Seguiremos al ritmo previsto y pasaréis las pruebas al llegar a la Isla. Esforzaros o morid, lo que queráis. En cuanto a ti —dijo mirando a Cerón—, estarás a la altura o morirás antes de llegar a nuestro destino. Tienes un camino largo que cubrir y vas con mucho retraso, aunque tu formación tal vez te dé ventaja. Alcanza a tus compañeros antes de llegar o morirás. Solo si pasas las pruebas entrarás en la Isla, por mucho que lo que la información que ocultes se pierda. —Los miró a todos uno por uno y asintió a Helmut a su lado—. Volvamos a casa.

—¡Levad anclas!

CAPÍTULO 10

UN CAMINO OSCURO

Las tropas continuaron sus movimientos nerviosos mientras el rey descendía del atril. Esmail llegó inmediatamente hasta él para protegerlo, aunque no tuviera de quién. Además, Beals era un luchador aún más poderoso que él.

—¿Está todo listo? —preguntó el rey.

—Sí, mi señor.

Beals asintió y se acercó a Brannon. Lo agarró por un hombro y simplemente gruñó ante él, apretando con fuerza. Por suerte, el pequeño enano se escondía debajo de una armadura más equipada que la de Delwin. En aquellos días con Beals Brannon había ganado peso y fuerza. Su cuerpo había aprovechado cada alimento proporcionado y había hecho buen uso de sus nutrientes. Aunque tal vez ayudase la Esencia Dorada que el gigante le tendía de vez en cuando lo que conseguía aquel cambio, nunca se sabría. Sin embargo, era un cambio evidente que hasta Tansy se había visto obligada a admitir.

—Quiero una armadura como él —dijo al rey directamente, introduciéndose entre Brannon y Beals. Dos gruñidos rechazaron la propuesta y el rostro de la enana comenzó a enrojecer—. ¿¡CÓMO TE ATREVES?! ¿Quién te crees que eres?

El grupo entero la miró con la ceja levantada y Beals se vio obligado a reír sin poder evitarlo.

—Tansy… es el rey de los enanos, tu rey —dijo Brannon.

—Yo no le he elegido, no tiene derecho a negarme nada. Además, sé que me necesitáis. Yo tengo que llevaros a donde se esconden las armas —dijo cruzándose de brazos y separando los pies, plantándose firmemente en el suelo—. No me moveré sin mi armadura. No querrás que muera por el camino, ¿verdad?

—¡¿Cómo te atreves tú?! ¡La mato aquí mismo! ¡Yo misma descubriré las armas aunque tenga que destruir toda tu maldita ciudad! —gritó Ericka, que trató de llegar hasta ella con el hacha en la mano, pero Tansy ni se inmutó.

Beals sujetó a su compañera otra vez. Aquel gesto comenzaba a ser más común que el dormir, más aún cuando hacía días que no lo hacía. Las responsabilidades del cargo, heredadas de forma tan repentina, no le habían dejado oportunidad. Finalmente, el rey asintió con un gruñido y el rostro de Tansy se iluminó. Sonrió de oreja a oreja y relajó su postura. La que no lo hizo fue Ericka, que seguía pugnando por liberarse del rey.

—Acompáñame, Tansy —dijo Esmail, que rápidamente se llevó a la enana de allí—. Vamos a por protecciones adecuadas para ti. Os alcanzaremos, mi señor.

—Así me gusta —respondió sin saber si le gustaba más salirse con la suya o hacer rabiar a Ericka. Ambos se alejaron.

Beals pudo soltar a Ericka cuando Tansy desapareció de la vista.

—Te juro que no soporto su carácter.

—Tú igual.

—No, yo no me comporto así. Yo soy calmada y sutil. —Ahora fue el turno de que el resto del grupo la mirara perplejo—. ¿Qué? ¡Es la verdad!

—Marchemos —ordenó el rey evitando más discusiones innecesarias que los retrasarían.

El grupo comenzó a recorrer los pasillos dejando tras de sí el bullicio de organizar a todos los enanos, se podría decir, del mundo. Pronto sus pasos fueron más sencillos a medida que se alejaban y muy pocos enanos se vieron desde entonces. Casi todo era ancianos o niños demasiado jóvenes para entrar en batalla. Los únicos adultos en edad de luchar que permanecerían en la ciudad serían las enanas embarazadas, y solo las de avanzado estado. Estas se encargarían de cuidar a los enanos heridos en la batalla, lo cual sería un trabajo agotador.

Tal vez no pudiesen luchar en aquel estado, pero podían seguir peleando por su raza de otra manera, quizá incluso peor. Ellas no descansarían en sus cuidados, echando rápidas miradas hacia la puerta

de la ciudad cada pocos minutos esperando ver llegar a los enanos de Zimbu´el o a la muerte, lo que se alzara con la victoria. No conocerían el desenlace de la batalla hasta el final, sin saber si algo de lo que habían hecho en aquel tiempo habría valido para algo.

Todas y cada una de ellas prefería luchar mil veces en la batalla que permanecer allí, por muy loable que fuese la causa de cuidar a los enfermos y heridos. Sin embargo, era el destino que les había tocado vivir y lo enfrentaban con orgullo y valor.

"Cuan diferentes son de los humanos —pensó el guerrero viendo pasar a las enanas ayudadas por gran cantidad de niños y niñas. Todos y cada uno cargaban con material para el hospital—. *Durante la batalla de Darmid las mujeres, ancianos y niños fueron escondidos en la ciudad para que no entrasen en batalla, para protegerlos. Tal situación aquí hubiese provocado un altercado. No quiero ni imaginarme a Ericka escuchando que no puede luchar por ser una mujer…"*

Pronto aparecieron ante ellos las enormes puertas de la ciudad de nuevo y el grupo se detuvo a esperar a Esmail y a Tansy. Allí estaban todos los que iban a partir hacia Hollfeld en primer lugar, directos a la posible batalla tratando de llegar a tiempo.

—Va a ser un camino largo —dijo Brannon, que recordaba perfectamente la atroz distancia—. Espero que te quede brebaje de sobra para los tres…

El enano señaló a Delwin y a sí mismo, más al hueco que ocuparía Tansy después. Un gruñido de confirmación se elevó tras una avergonzada mirada a Ericka.

—¡Beals! —protestó la enana.

—Con él aguantarán.

—Sí, pero ¿a cambio de qué? Imagina a Tansy embriagada de ese líquido, ¿quién la controlaría?

—Brannon está bien.

—¡Él no tiene su carácter!

Beals gruñó al aire y se encogió de hombros.

—Disculpadme —dijo Huz, curioso—. Pero ¿de qué líquido habláis?

Beals sacó una cantimplora de entre sus ropas y se la tendió al semielfo. Este la recogió y abrió el tapón, aspirando su aroma. Negó con la cabeza cuando ningún recuerdo llegó a su memoria. Se la tendió a Sonthorn que hizo lo mismo. Sin embargo, él sí que había probado aquel líquido antes.

—Es el mismo que llevaba Tristán en su cinturón —dijo sorprendido al reconocerlo. Había tenido muy pocas ocasiones para probarlo, siempre estando agotado o herido, pero su aroma era inconfundible.

Ericka frunció el ceño, desconcertada. Miró a Beals que le devolvió el gesto.

—¿Esto existe en vuestro mundo? —preguntó la enana.

—No es tan sencillo, pero sí. Hay un territorio en el norte del que se puede recoger, o al menos eso logré que confesara. Tristán era muy reacio a hablar de ello incluso conmigo —reconoció el guerrero. Siempre que le había preguntado por ello el pelirrojo había evitado responder.

—Al norte… cuando todo esto acabe, Beals, tenemos que ir a conocer ese lugar.

Un gruñido afirmativo y una enorme sonrisa en sus labios fue su respuesta. El gigante estaba encantado con poder conocer aquel lugar. Debía de ser increíble, lleno de criaturas enormes que desafiar. Pero Ericka solo quería respuestas, no batallas.

—¿Cómo vamos a llegar hasta allí? —preguntó Delwin un poco sobrepasado por la idea.

—Corriendo, claro —respondió Ericka con naturalidad. Después miró a Delwin y a su pésima forma física—. Ups. Bueno, no te preocupes, Brannon hizo el camino dos veces y aquí está.

—Beals me llevó en su espalda la mayoría del viaje, el mérito es suyo.

—Eso me recuerda… —dijo Ericka, sacando de su bolsa unas correas gruesas llenas de hebillas—. Ven, grandullón, ya verás cómo te gusta este invento. Lo encargué para ti cuando vi que el viaje sería largo.

Beals se agachó y Ericka ciñó el cuero a su espalda creando una

especie de arnés. Delwin miró hacia arriba y vio que la armadura de Beals había sido modificada para que uno de ellos pudiera ir sobre él.

—Increíble —dijo Huz, que solo con la idea de llevar a uno de aquellos enanos en la espalda le resultaba impensable. Incluso Delwin, que era el más delgado de todos, era grueso en comparación con un elfo. Calculó rápidamente que debía de pesar al menos lo mismo que él—. Increíble.

—Sois una raza muy fuerte —alabó Sonthorn—, pero lo que no sabía era que tuvierais visiones.

—¿Visiones? —preguntó Ericka. Beals miró para otro lado—. No sé ni qué es eso.

—Brannon, ¿podrías traer a Archy de vuelta? Quiero hacerle una pregunta.

—Puedo intentarlo, pero luego hace lo que le da la gana.

Descolgó el hacha de su espalda, de donde se había acostumbrado a llevarla colgando gracias a una cincha de cuero, y esta empezó a brillar proyectando al imagen de Archy en el centro del grupo.

—¡Hola! ¿Qué os contáis?

Ericka puso los ojos en blanco y se remangó un brazo dispuesta a golpearle.

—Archy, ¿tú provocas visiones de futuro? —preguntó el guerrero.

—¿Yo? ¡Qué va! Ojalá, son muy útiles. Pueden hacer que alguien haga lo que tú quieres sin saber que hace lo que tú quieres.

—Ya, eso ya lo imaginaba —dijo Sonthorn incómodo al recordar todas las veces que había experimentado una de aquellas visiones.

—Además, si pudiera crear visiones de futuro, las usaría para saber yo el propio futuro y así evitarlo. A quien le gusta eso es a mi hermana.

—Irena.

—¡Sí! Es una obsesión la suya. Verás, ella no crea realmente esas visiones. Ella muestra una posibilidad, una que le interese a ella. Después el receptor es el que decide por su cuenta si aceptarla y seguirla o evitarla.

—¿Receptor? ¿Para vosotros no somos más que cosas? —Ericka se olvidó del no deber golpear a Archy y volvió a sujetar su hacha.

—A ver, cosas no. Sois más bien…

—Mejor no respondas, Archy —le interrumpió Brannon—. Sería aún peor.

—¿Puede crear visiones en todas las razas? —continuó el guerrero obviando su falta de tacto.

—Mmmmm no creo. No todos los seres del mundo tienen importancia… —Ericka comenzó a protestar y Archy se replanteó la explicación—. Todos son importantes, sí, sobre todo para sus familias y amigos. ¿Prefieres eso? Con lo fácil que es hablar sin juzgar, deberías aprender a escuchar sin juzgar. En fin, como os decía. El mundo no cambia con la decisiones de cualquiera. Por ejemplo, las decisiones del rey no tienen las mismas consecuencias que las de… no sé, ¿Delwin? ¿Se entiende ahora mejor?

—Sí, sigue —dijo Brannon confirmando que lo había entendido.

—Tal vez la decisión de Delwin sea mucho más importante —dijo Sonthorn, al cual el enano había ayudado.

—Sí, pero es mucho menos probable que así sea. Hay criaturas en este mundo que han nacido para pasar desapercibidos a través de él. Y es ahí a dónde quiero llegar. Irena solo utiliza a los que serán relevantes, y no con todos, pues no todos tienen la habilidad para escucharla. Se necesitan ambas virtudes para que sea posible —explicó Archy.

—Entiendo —confirmó Sonthorn, echando una rápida mirada a Beals. Si el gigante había escuchado a su Diosa y esta le había mostrado un futuro, el rey de los enanos se alzaba como una pieza aún más importante para su bando.

—¡Fantástico! A los enanos les cuesta más entenderme siempre, sobre todo a ella. ¿Sabes? Son un poco duros de mollera.

—¡Lo mato! —exclamó Ericka tratando de volver a atacarlo.

Tansy llegó junto a Esmail mientras Archy desaparecía para evitar más conflictos. La enana sonreía orgullosa bajo un casco de guerra demasiado grande para ella. Brannon la miró sorprendido, pues el resto de Tansy también estaba blindada, no solo con cotas de malla y

cuero, sino con una armadura completa que la cubría exageradamente. Si no hubiese sido por su pequeño tamaño, en comparación con los enanos de Zimbu´el, nadie la hubiese reconocido. Aunque, a decir verdad, era su paso torpe y pesado lo que más destacó. Resultaba obvio que aquella armadura no estaba hecha para ella.

Beals alzó una ceja al verla llegar y miró a Esmail, que hizo una mueca de frustración.

—Intenta tú decirle que no…

—¡Estás fantástica! —dijo Brannon, lo que la llenó de ilusión.

—¡Sí! Y este inútil quería darme trapos de cuero. ¿Así cómo iba a sobrevivir la Buscadora de las Armas Eternas?

—Tal vez no quiera que sobrevivas… —murmuró Ericka, que no tardó en recibir un leve codazo de Beals que la movió un metro de su posición.

—¿La qué? —preguntó Delwin, sorprendido por el nombre.

—La Buscadora de las Armas Eternas —repitió, desafiándolos a arrebatarle el sobrenombre. Le había costado horas encontrar uno que le gustara y no se lo iba a permitir.

—Se ha puesto el nombre ella misma —dijo Esmail con un sufrido suspiro.

—Por las Vetas Sagradas… —murmuró Brannon.

—Mucha carga —se limitó a decir el rey.

—Esa era mi opinión —apuntó Esmail, que dejó una mochila mediana ante Tansy. No llevaba ni la mitad de carga posible.

—No pienso quitármela. Los enemigos pueden acechar en cualquier rincón.

—Tiempo y pasos —gruño Beals.

—Así será —aceptó Esmail—. Por mí podemos partir.

—¿No nos acompañará Tungesh? —preguntó Sonthorn.

—No, se ha ganado algo de descanso —dijo Ericka más comedida

al no ver a Archy—. Es muy mayor y ha recorrido muchas millas estos días. Pero acudirá junto al resto de los enanos, dalo por sentado.

—Comprendo.

Cada uno de ellos recogió su mochila y se la echó al hombro.

—Abrid la puerta al rey —gritó Esmail a las alturas, donde los enanos que custodiaban la puerta estarían observando.

La puerta se abrió lo justo para que el grupo la atravesara, mostrando un camino oscuro y silencioso, lleno de peligros y sorpresas. Salieron al exterior y cuando la enorme puerta se cerró tras ellos suspiraron. La sensación de soledad y de asomarse a un abismo fue patente en cada uno de ellos. Solo Tansy parecía encantada con el viaje, pues la enana no había visto más batalla que la de sus ilusiones o los libros. El resto, que había vivido gran cantidad de ellas, sabía lo que representaban y en lo que solían desencadenar. Todos menos Delwin, que no había visto, ni se había imaginado, ni tenía ganas de hacerlo. Pero sí compartía, si no el miedo, sí los nervios ante la contienda.

Iniciaron la marcha con paso sobrio e intranquilo. Solo Sonthorn se quedó atrás durante un instante. Se humedeció los labios y miró hacia abajo, donde sus manos sujetaban la funda de la espada de Ónice. Extrajo el filo de su interior y descubrió un breve destello rojizo, tan breve que el guerrero lo creyó imaginado. Había tanta necesidad en su alma por ver brillar aquella arma que tenía miedo de que sus ojos le engañasen. Por suerte, Huz se había vuelto hacia él y sonreía.

—Yo también lo he visto —dijo ante su mirada de esperanza—. Sigue viva, en algún lugar.

Sonthorn guardó el arma de nuevo y comenzó a caminar, decidido a enfrentarse a lo que fuera que el mundo de los enanos les deparase. Ella seguía allí abajo, solo tenía que encontrarla.

—Y la encontraremos.

—Tansy, quítate esa armadura —dijo Brannon, que la veía luchar con cada paso que daba. La enana sudaba por cada poro de su piel y se tambaleaba por el esfuerzo.

—¡No! —murmuró desde debajo del casco—. La Buscadora

debe… debe…

—¡Oh, por las Vetas Sagradas! —exclamó Ericka, que se volvió hacia Beals—. Deja que le arranque la armadura a esa enclenque.

Dos gruñidos de desaprobación rechazaron la moción.

—Tiempo y pasos.

—No queda tiempo, hay que dar muchos pasos —ironizó, pero se contuvo. Aguardó junto al resto a que Tansy llegara hasta ellos, pues se había ido retrasando poco a poco. Brannon estaba a su lado y cargaba su mochila.

—No hay batalla alguna aún. Si sigues así estarás demasiado cansada cuando esta aparezca —continuó Brannon—. Te estás agotando para nada.

Una idea pasó por la cabeza de Delwin, que conocía a Tansy casi tan bien como su pareja. Sonrió con anticipación y dio la espalda a Tansy para que no viera el gesto o sabría que la estaban manipulando.

—Mejor así, Brannon, así podrás defenderla mientras ella espera en la retaguardia como una buena enana de Hollfeld.

Los ojos de Tansy se abrieron de par en par ante la sola idea de:

No entrar en combate.

Ser defendida por Brannon y no al revés.

Ser una buena enana de Hollfeld.

Enrojeció como jamás había hecho en su vida y se detuvo en su lugar, donde separó los pies y se plantó. Comenzó a tirar de cada parte de la armadura que encontró a mano tratando de liberarse.

—No pienso dejar que... —Tirón, chasquido y gruñido—, un enano como… —No pudo con los pertrechos y se quitó el casco, que cayó al suelo. Era lo que más le gustaba de la armadura, pero también era lo único que sabía quitarse ella sola—, enclenque y delicado como… —Las botas salieron volando, eso sí, a poca distancia—, me quite el mérito de defender…

—Ayúdala —dijo Beals a Esmail, que se acercó a la enana esquivando piezas y golpes en su descontrolado girar tratando de encontrar cómo escapar de aquella cárcel de metal.

—¡Basta! —le ordenó, agarrándola por los hombros—. Yo te la quito.

Esmail arrancó los pertrechos de la enana, tal como le hubiese gustado hacer hacía horas. Si fuera por él, ella caminaría con simples ropas de cuero. De entrar en batalla tampoco le hubiesen valido de nada las armaduras, sin saber luchar estaría muerta igualmente. Cuando terminó, la enana fue directa hacia Delwin, furiosa por su comentario y mucho más ligera. Beals se interpuso en su camino.

—Aparta de mi camino —le ordenó al rey, que sonrió ante su gesto. Por supuesto, no lo hizo y retuvo a la enana.

—Tus cosas, nos vamos.

La levantó de los hombros y la giró ciento ochenta grados, dejándola mirando sus pertenencias en el suelo. Tansy se dio la vuelta obviando sus órdenes y Beals repitió el gesto, solo que esta vez lanzó a la enana a un metro de distancia. Pero esta no estaba dispuesta a dejarse mandar y volvió a la carga, donde Beals repitió el gesto y la lanzó a más de dos metros, mirándola desafiante.

—Tansy… —murmuró Brannon—, esa batalla no la vas a ganar.

La enana miró furiosa e impresionada a partes iguales a Beals y apretó los labios.

—Está bien —aceptó y comenzó a recoger su armadura, introduciéndola en la bolsa. Se la colgó a la espalda y dio unos pequeños saltos, calculando cómo de duro sería el camino. Desde luego, mucho menos que antes.

—Toma, bebe dos sorbos —dijo Beals, tendiéndole la cantimplora con la Esencia Dorada. Ericka se dio la vuelta y no se dignó en mirar.

—No quiero saber nada de esto —dijo la enana.

—¿Qué es? —preguntó Tansy, que no sabía nada sobre el líquido —. Si es más cerveza, no creo que…

—No lo es. Esta te dará energía, es una bebida de Zimbu´el —explicó Esmail, que aquellas alturas conocía la devoción que la enana sentía por su ciudad.

Tansy aceptó y bebió dos sorbos de buen tamaño. Iba a por el tercero cuando Esmail le quitó la cantimplora y se la devolvió al rey

que la escondió de nuevo entre su ropa, siempre a mano.

—¿Podemos continuar ya? —preguntó Ericka, harta de retrasos.

Arrancaron de nuevo tras un gruñido afirmativo, esta vez mucho más rápido.

El tiempo pasa de forma irreal en la oscuridad. A pesar de que Sonthorn iluminaba el camino con la magia humana, ya que no quería usar la drugana si no era necesario, las sombras parecían ser eternas. Estas absorbían la magia del guerrero como si se alimentasen de ella.

"Eso es estúpido —se decía a sí mismo en cada recodo del camino donde la oscuridad volvía a contraatacar—. *Solo es un mundo oscuro que ni siquiera podemos iluminar".*

Los enanos habían sido claros en ello, pues la luz era un elemento ajeno a aquel mundo. El más leve brillo en la oscuridad de la montaña era un faro para sus enemigos. Además, ninguno de ellos podía soportar mucho tiempo la luz blanca de su hechizo. Ellos, que jamás habían visto la luz del sol y vivían bajo la tenue luz de las antorchas, se veían forzados a cubrirse los ojos bajo su hechizo.

Y con los enanos de Hollfeld era aún peor, que ni siquiera habían tenido la luz del fuego para alumbrar su mundo. Lo único que habían podido usar era el mortecino brillo del musgo de Dopsidia. El recuerdo le asqueó al momento, tanto por lo que era como por lo que había hecho a los enanos.

—Descansar —ordenó Beals.

El grupo se detuvo y tanto Tansy como Delwin se dejaron caer al suelo, agotados por el viaje. Ninguno había realizado un esfuerzo físico semejante en toda su vida. Aquella caminata agotadora era superior a ellos, que solo habían logrado mantener el ritmo gracias a la fuerza de voluntad. Beals les tendió su cantimplora especial a ambos, bajo la mirada de desaprobación de Ericka.

—¿Cuánto tiempo llevaremos? —preguntó Huz—. Estoy completamente perdido aquí abajo. No sé dónde estoy, ni a dónde voy, ni cuánto llevo haciéndolo.

—¿En tu mundo no hay oscuridad? —preguntó Tansy tras un par de sorbos. Se dejó caer y permaneció tumbada en el suelo recuperando el aliento.

—Sí, pero no tanta —rio el semielfo. Al fin y al cabo, la luna casi siempre estaba ahí arriba para iluminarlos.

—La mitad de un día —aclaró Ericka, que aprovechó a sacar varios mapas y planos de su mochila. Recorrió con los dedos los mismos, murmurando para sí. Beals la miró sorprendido—. ¿Qué? He estado con el líder de los exploradores y hemos estado viendo cómo llegar más rápido. Y, por si te lo preguntas, me ha dado él los mapas.

—Habrá sido sobre su cadáver —dijo Esmail—. Conozco a ese enano y su cariño a sus mapas.

—Ha comprendido la necesidad que el rey tenía de…

—Robado —dijo Beals.

—No, lo que he hecho ha sido…

—Se los has robado —apoyó Esmail, no cabía otra explicación.

—No se los he robado. Me los ha dado voluntariamente —protestó enterrando la cabeza en los mapas para que no vieran sus gestos.

—Le amenazaste —dijo Beals y Esmail asintió poniéndose de su lado.

—¡Está bien! Ese cretino no los soltaba y nos hacían falta. ¿Algún problema? —volvió a levantar la cabeza de los mapas y los retó a ambos con la mirada. Ambos se apartaron de ella negando con la cabeza—. Eso pensaba. La próxima vez vais vosotros.

—Espero que no haya próxima vez —dijo Brannon—. ¿Cuánto falta?

—Mejor que ni lo pienses —respondió Ericka—. Bien, a mi modo de ver tenemos que decidir por dónde vamos. O cogemos el camino de los Ashgar y nos arriesgamos a encontrarlos a cada paso, o rodeamos por los pasadizos más antiguos, pero pueden haberse caído. Los Byron han hecho estragos con las infraestructuras y podemos encontrar derrumbes a cada paso.

Sonthorn se agachó al lado de Ericka y observó los mapas de la enana. Eran soberbias representaciones de los caminos de los enanos, dibujados en tres dimensiones. Estos estaban identificados por símbolos que no conocía, seguramente su idioma escrito.

—Fantásticos —reconoció al mirarlos con detenimiento—. Ojalá tuviera un mapa así del continente.

—Oh, de esos hay en la biblioteca, pero no son nada útiles —respondió Ericka sin interés—. Son muy bonitos, eso sí.

—Huz, recuérdame ir a esa biblioteca cuando todo esto acabe.

—Solo después de mí.

—Esto de aquí son los túneles que han abierto los Byron —dijo la enana señalando unas marcas más torpes y rápidas sobre el mapa. Estas unían zonas inconexas anteriormente—. Si seguimos esta y avanzamos hacia aquí, tras pasar estos dos sellos solo tenemos que seguir este otro camino. —Ericka levantó el mapa y buscó la siguiente pista—. Desde aquí podemos seguir directos hacia Hollfeld.

—¿Llegaremos a las ruinas que dejamos? —preguntó Brannon.

—Sí, a dónde se produjo la batalla. Era la entrada que iban a asaltar los Byron, debe de ser la más rápida.

—Nosotros solo conocemos una entrada, no podemos ayudaros con eso —dijo Huz.

—Este es nuestro mundo, no esperaba que pudierais aportar —le espetó Ericka sin acritud mientras guardaba los mapas. La enana no había tratado de ser descortés, simplemente fue sincera. En aquella actividad ellos no tendrían función alguna. Ni siquiera se dio cuenta de cómo le miraba el resto—. ¿Qué? ¿Ha pasado algo?

—No, no te preocupes. Por nosotros no es necesario descanso, podemos continuar cuando queráis —dijo Sonthorn obviando la salida de tono de la enana.

Beals gruñó dos veces y señaló a los enanos agotados. Solo Brannon parecía tener algo de entereza. Sin embargo, tanto Tansy como Delwin distaban mucho de estar dispuestos para partir. Sonthorn asintió, aunque sabía que cada minuto que pasaba Ónice podía estar más lejos.

Pero no había nada que pudiera hacer. Lo único que se le ocurría era cargar con uno de aquellos enanos hasta Hollfeld, pero no se sentía con fuerzas para hacerlo tampoco. Debía reconocer que aún se encontraba debilitado por las heridas. Cada vez le quedaba más claro que la distancia con Irena lo debilitaba, igual que fortalecía a Ónice.

Lo que se preguntó entonces fue por aquellos años en los que Ágata estuvo apresada.

—Habéis hablado de unos sellos en los que permaneció encarcelada… —dejó caer buscando que alguno de ellos le respondiera.

—Sí, al menos una docena, aunque siempre hemos creído que habría más —dijo Ericka.

Archy volvió a aparecer, aquella conversación le gustaba. Sin embargo, se aseguró de materializarse tras la espalda de Sonthorn, donde la enana no tuviera acceso a él.

—¡Hola de nuevo!

—Bah —refunfuñó Ericka dándose la vuelta y dejando la conversación en las intangibles manos de Archy.

—¿Puedes contarme algo sobre esos sellos?

—Sí, por supuesto, aunque tal vez no lo que buscas —respondió chasqueando el cuello traslúcido—. Verás, Ágata fue encarcelada aquí abajo por una razón. ¿Sabes cuál?

—No, para nada.

—Nosotros no somos etéreos… ¿se dice así? Así lo escuché una vez. Quiere decir que no tiene cuerpo o forma. A ver, los enanos no sabrán la palabra, pues debo reconocer que son un poco brutos, pero vosotros sí, ¿verdad? —preguntó Archy antes de agacharse para no ser golpeado por el hacha de Ericka—. Es la verdad, os pasáis la vida peleando.

—Por que tu mundo es una mierda —le espetó Ericka.

—Vale, eso es verdad, pero no os impide leer un poco.

—Bah.

—Archy, lo de los sellos… —recondujo Sonthorn de nuevo.

—Sí, bien, perdona. Solo somos etéreos en el fragmento de mundo que nosotros creamos. Yo me encargué de la roca y la tierra, el suelo por así decirlo. Thierry en el agua, Irena en la luz, Ágata en la oscuridad, ¿ves por dónde voy?

—Nadie ve por dónde vas, Archy —dijo Brannon, que le escuchaba atentamente.

—Quiero decir que se la enterró bajo millas de roca para que su cuerpo no pudiera escapar. Pero ella es poderosa, muy poderosa, no bastaba solo con eso. Calandra tuvo la idea de crear los sellos y siento decir que no sé cuántos son. Cada uno de ellos sirve para retener a Ágata, son como una cadena que la sujeta contra la roca, lo que impide que pueda escapar. Pero toda cadena acaba cediendo o rompiéndose por muy firme que sea y Ágata poco a poco logró alejarse de esas…

Archy comenzó a gesticular con torpeza.

—En mi mundo lo llamamos anclas, lo que sujeta a los barcos la fondo del mar —dijo Sonthorn, comprendiéndolo mejor que el resto. Ninguno de ellos sabía qué eran esas cosas.

—Anclas… me gusta. Pues están hechos para retener a Ágata. Por desgracia, alguien logró que esos mismos sellos dejasen de retenerla y ahora incluso yo puedo abrirlos, a pesar de estar hechos por Calandra.

Huz miró a Sonthorn con el ceño fruncido. Tenían ante ellos la primera muestra real de la existencia de aquella diosa, la más poderosa de todas.

—Tal vez deberíamos… —comenzó a decir Huz.

Sonthorn asintió y miró a Beals.

—Quiero ver esos sellos de los que habéis hablado. ¿Están lejos de aquí?

El rey enarcó una ceja, tratando de comprender qué buscaban en aquel lugar. Ericka se acercó finalmente, aquella decisión era en gran parte suya.

—Hay uno cerca, nos desviaría un poco, eso sí. ¿Por qué quieres ir?

—Es el primer rastro que tenemos de Calandra en este o en ningún mundo. Tal vez encontremos algo sobre ella allí.

—No hay nada allí —dijo Beals.

—Para nosotros tal vez no, pero para él sí —respondió el guerrero

señalando a Huz—. Él fue la llave para entrar a este mundo. Solo él podía ver la puerta, quizá vea algo más allí dentro.

—Yo quiero verlos también —dijo Tansy, incorporándose.

—Tiempo —gruñó Beals mirando a Ericka.

—Dos horas en llegar y nos retrasaría otras cuatro.

Beals chasqueó la lengua. Ya habían perdido mucho tiempo yendo al ritmo de Tansy y Delwin.

—Yo mismo llevaré a uno de ellos hasta allí. Si tú te encargas del otro, podrán descansar mientras exploramos. Deben descansar igualmente. Tal vez estén frescos para iniciar el camino más rápido que antes —propuso el guerrero y Beals asintió lentamente.

—Delwin —dijo señalando a Sonthorn. El enano palideció al comprender lo que pedían. No obstante, no estaba en condiciones para protestar, pues ni siquiera tenía fuerzas.

—Voy —respondió poniéndose en pie trabajosamente.

—Tansy —pidió a continuación, señalando su espalda.

—Es un buen lugar, aprovecha a descansar —dijo Brannon, que había pasado por aquella misma vergüenza varias veces.

Pero Tansy no pareció molesta, sino al contrario. Se subió a la espalda del gigante casi sin ayuda, poniéndose en pie sobre su arnés y señalando hacia delante, aunque realmente señalaba hacia atrás.

—¡A por ellos! —exclamó la enana, bien sujeta a su montura.

Delwin hizo lo propio y pronto todos estuvieron preparados, si bien casi llegaba con sus pies al suelo. Sonthorn apretó los dientes, pues el enano era pesado a pesar de su pequeño tamaño en comparación con sus hermanos de Zimbu´el. Ericka y Esmail recogieron las mochilas de los dos enanos y Huz la del guerrero.

—Guíanos, Ericka —ordenó el rey antes de emprender la carrera tras ella.

CAPÍTULO 11

UN RECUERDO DORADO

Tal como había imaginado, la carrera hacia el sello fue extraordinariamente dura. Sonthorn llegó agotado de cargar con Delwin en su espalda, sudando profusamente y con las piernas temblando por el esfuerzo. Cuando Ericka dio el alto y les ordenó detenerse, solo Tansy se sintió apenada. Había disfrutado del viaje con todo su corazón.

—¿Ya? —preguntó con voz lastimera. Beals se la sacudió de encima como única respuesta—. ¡Eh!

Brannon la ayudó a ponerse en pie y Sonthorn pudo bajar al fin a su pesada mochila. Estiró la espalda cargada por el esfuerzo.

—No imaginaba que fuerais tan pasados —confesó chasqueando el cuello dolorido. Sus brazos no estaban mucho mejor.

—Silencio —ordenó Ericka—. Apaga la luz.

Sonthorn se puso en guardia al momento, cesando el conducto de energía hacia la esfera de luz. Al instante la oscuridad volvió a reinar. Tansy se agarró a Brannon, aunque más tarde juraría que lo hizo para que él no tuviera miedo. Sin embargo, sus dedos se clavaron en el brazo de su enano.

Sonthorn se concentró en su alrededor y buscó enemigos en las inmediaciones en vano. Los Ashgar no tenía alma que reflejar ante él y, aunque los Byron sí que eran visibles, no debían de estar cerca. Lo único que pudo percibir fue un brillo dorado y sutil a pocos cientos de metros. Ericka los había detenido a una distancia prudencial. No quería correr riesgo alguno y no sabían dónde podía estar el enemigo.

—¿Ves algo? —preguntó Huz, que conocía las habilidades del drugano.

—No, solo un brillo dorado que no sé reconocer a bastante

distancia. ¿Te duele la cabeza ya?

—No, por fortuna.

—¿Distancia? —preguntó Beals.

—A media milla, un poco por debajo. Estamos en el sello del Retiro.

Beals gruñó incómodo.

—¿El sello del Retiro? —preguntó Brannon.

—Es donde vivían los enanos más ancianos cuando no podían valerse solos —explicó Esmail—. Ahí pasaban sus últimos años de vida. Era una ciudad en miniatura, había de todo, sobre todo enanos para cuidarlos. Pequeñas forjas, herrerías, talleres… continuaban haciendo lo que les gustaba aunque sus trabajos fueran inservibles.

—En Hollfeld nadie llega a anciano… —dijo Tansy.

—Ya hablaremos de eso más adelante —dijo Brannon, que conocía los motivos.

—El sello está entre sus calles, bajo el suelo. Se derrumbó media ciudad sobre él para evitar que escaparan los Ashgar, lo que solo funcionó durante un tiempo —explicó Esmail.

—Vamos a explorar —ordenó Ericka y Beals y ella desaparecieron en las sombras, dejando al resto del grupo a oscuras. Ni siquiera la vista de Sonthorn era capaz de ver en las tinieblas de aquel lugar. Era en momentos como aquel cuando echaba más de menos la luz de la luna y su fuerza.

Esmail los invitó a descansar todo lo posible y el resto del grupo obedeció. Bastantes minutos después, ambos enanos llegaron hasta ellos menos sigilosos que durante su marcha.

—Hay un pequeño ejército durmiente frente al sello —dijo Ericka —. Se mantienen en posición, pero no se mueven en absoluto. Es como si estuvieran durmiendo.

—Vamos a matarlos —dijo Beals, cuya enorme sonrisa era tétrica por lo que quería hacer y perfecta gracias al estar de su parte—. Hay por lo menos mil de ellos.

—No son muchos —dijo Esmail.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Tansy que no conocía al enemigo. Brannon le hizo una rápida descripción basada en el recuerdo de su muerte frente al Byron—. Agg.

—¿Los habíais visto antes así? —preguntó el guerrero, que solo había visto así a los Byron. No sabía siquiera que pudieran dormir.

—No están durmiendo, están esperando. Se mantienen de pie, como en la batalla en la que se llevaron a tu novia —dijo Erick sin reparar en el dolor que representaban sus palabras. La falta de tacto no era únicamente facultad de Beals—. Durante el tiempo que Ágata no se ocupaba de ellos.

—Es nuestra oportunidad de aniquilar a más de mil Ashgar, vamos allá —dijo el rey mirando a Sonthorn y buscando confirmación por su parte.

Un hechizo poderoso y acabaría con todos ellos. El problema era que no estaba en condiciones de lanzar ese poderoso hechizo y no sabían cuánto duraría aquel sueño en el enemigo. Si Ágata volvía a hacer uso de ellos y él no estaba en condiciones, serían un semielfo y tres enanos y medio, pues Tansy y Delwin no contaban aún, contra mil Ashgar.

El guerrero tenía serias dudas de cómo proceder y se lo hizo saber. Más les valía confiar los unos en los otros.

—No estoy seguro de que debamos ir de frente.

—Vosotros tenéis magia —replicó Beals—. Usadla.

—Me temo que no es tan sencillo. La magia consume muchas energías. Mi cuerpo no está preparado todavía para asumir un combate como el que propones. Si esos Ashgar se recuperan de pronto no podremos vencerlos.

—¿Estás herido?

—Se podría decir así —respondió el guerrero encogiéndose de hombros. El enano entendería aquella idea y así lo hizo. Frunció el ceño y rebuscó entre sus protecciones su cantimplora y se la tendió—. No necesito curarme, es solo que…

—El cuerpo debe recuperarse y esto ayuda. —Beals miró a Ericka, que ni se dignó en protestar sabiendo que no serviría para nada—. Recupérate.

Sonthorn suspiró y asintió. Comenzaba a comprender por qué los enanos tenían fama de testarudos.

—Está bien —dijo recogiendo la cantimplora. Abrió el tapón y volvió a sentir su fuerte aroma. Dio un pequeño sorbo al contenido y frunció el ceño—. Es mucho más fuerte que líquido de Tristán. Más fresco y mucho más intenso. Siempre quise saber de dónde provenía, pero nunca respondió.

—Aquí se recoge bajo el territorio de los Uldenhar. Es muy peligroso ir hasta allí, pero hay muchos que creen que es buena idea servirse de la Esencia Dorada —aclaró Ericka—. Sea donde sea que lo recogiera tu amigo, no tenemos ni idea de dónde será.

—No me suena ese nombre. ¿Has dicho Uldenhar? —preguntó Sonthorn antes de sentir que su mundo zozobraba. Trató de asirse a Beals, pero cayó de lado en la oscuridad, golpeándose con fuerza contra el suelo y despertando en un lugar desconocido en un mismo movimiento.

Silencio, solo silencio a mi alrededor. Interrumpido por el intenso viento de invierno que arrastra copos de nieve que golpean mis ojos. Me veo obligado a agachar la cabeza contra mi voluntad. Solo espero que no crea que obedeceré sin más. Lo que nos pide, lo que me pide, es terrible.

Puede que sea mi Diosa, pero ¿tiene derecho a pedir algo así? Incluso el más fanático de los Calán rechazaría la locura que está planteando ante mí. ¿Cómo obedecer entonces? Por primera vez en la historia de mi pueblo, el pueblo elegido por la Primera Diosa, dudo de ella y de su cordura.

El viento reduce su ira y vuelvo a alzar la cabeza orgulloso, tal como ella misma nos ha enseñado. La miro a los ojos, unos ojos rojos como el fuego más ardiente. Unos ojos que lo ven todo, unos ojos que lo comprenden todo. Estos se clavan en mí y estoy seguro de que encuentran la duda tras los míos. Sus rasgos se endurecen, ella lo sabe.

—Habla.

—Lo que pides es terrible —logro decir con todo mi valor. Podría decir que es una locura, que no tiene sentido, que será la destrucción de los Calán o que arrasarán las islas si los dejamos marchar. Pero no me atrevo. Por suerte o por desgracia, los ojos de Calandra lo ven todo. A pesar del pelo rojo que cubre su rostro bajo el azote del viento, veo que ella ha visto lo que realmente pienso.

—Es algo más que terrible, ¿verdad, Mair?

No puedo negarlo y no lo hago. Calandra soporta la duda planteada con valor, pero no el miedo o el engaño.

—Sí, mi señora. Hacer marchar a los Uldenhar será un error.

—¿Qué opinas tú? —pregunta volviéndose hacia el tercer invitado.

La criatura chirría en vez de hablar mientras ajusta sus cuerdas vocales en su cuerpo de magia. Su silueta amarilla difumina tonos contradictorios en su piel pegajosa. Sus ojos se mueven de lado a lado, parece debatirse en la misma dicotomía que yo. Obedecer y morir es la primera opción, rebelarse es la segunda y peor.

Mueve sus largos brazos y deja salir su tres cuchillas de cada uno antes de señalar hacia el norte en la distancia.

—Lejos, muy lejos —dice como preludio de una respuesta negativa. Mira hacia su otra mano igual de peligrosa que señala el suelo bajo él—. Enemigos aquí, dormir allí. Elegimos entre muerte en batalla o de inanición. Mi pueblo elegirá morir en gloriosa batalla.

Calandra se humedece los labios, cuarteados por el frío intenso de las montañas nevadas que Archy había creado para ella eones atrás. Nos mira a ambos con ira mientras la nieve comienza a derretirse bajo sus pies. Una luz carmesí la envuelve. Sé que lucha por contenerse, yo mismo lo hago y la comprendo. Al fin y al cabo, los hijos no somos muy diferentes de nuestros padres.

—¿Por qué? —acierto a pronunciar. Jamás le hemos preguntado sus motivos y yo mismo me preguntó ¿por qué ahora sí? Quizá sea la encrucijada que se abre ante nosotros la que nos empuje a ello. Sus ojos se vuelven furiosos hacia mí.

—Los Calán nunca han necesitado un porqué —me recuerda, algo que yo mismo sé. Confianza ciega, dice nuestro legado.

—Sin nosotros, los Calán serán arrasados —me apoya el Uldenhar. Su raza y la nuestra llevan unidas desde hace milenios, para bien y para mal. Para bien por su ayuda, para mal por los enemigos que arrastran. Los mismos que tendremos que enfrentar en solitario si se van, tal como pide nuestra Diosa.

—Sobrevivirán.

—¿Cuánto tiempo? ¿Diez años? ¿Cien? ¿Mil? Acabarán cayendo y con ellos tu legado —continuó con una vehemencia que no esperaba. Ser una criatura de magia era una ventaja en cuanto a la osadía se refiere. Los tonos de su piel se volvieron más intensos y brillantes. Cuanto uno está cerca de los Uldenhar lo suficiente es capaz de comprender su estado de ánimo solo con mirar su piel.

—Mi legado estará a salvo —responde gélida y debo reconocer que, a pesar de todas las veces que he hablado con ella en mi larga vida, esta vez no puedo saber si esconde algo su voz.

—No. Las criaturas del fuego los abrasarán.

—No dejaré que lo hagan.

—No intervienes en este mundo al igual que tus hermanos.

El tono de la conversación sigue subiendo y asisto incrédulo a la misma.

—¡Si es necesario lo haré, maldita sea! —explota Calandra, colmado el aire de una llama que se extiende a su alrededor. Dibujo las runas necesarias para protegerme a mí y a el Uldenhar a toda velocidad. Mi Diosa respira agitada mientras trata de controlarse y le damos tiempo a ello. Su rabia es furibunda e inhóspita, todos preferimos que la controle—. No tenéis la más mínima idea de qué está pasando y osáis contradecirme.

—Velamos por nuestros pueblos, como tú velas por nosotros, mi señora —respondo calmado sus ánimos. Tal vez sus ojos que todo lo ven sean capaces de ver nuestra preocupación como real.

—Elegir, decidir, escoger… todos son verbos inútiles hasta que alguien muere tras cada uno de ellos. Lamento decir que en este caso serán muchos los que mueran y todos ellos descansarán a mi lado tras la muerte. —Calandra controla su ira y deja de irradiar su magia carmesí. El frío vuelve a reinar y el Uldenhar lo agradece. Una criatura de hielo necesita hielo, al fin y al cabo—. Ágata ha empezado a liberarse de sus cadenas.

Miro al Uldenhar que me devuelve el gesto aterrado. Sus ojos dorados, antes dos finas líneas verticales, aparecen ahora colmando su mirada. Está aterrado y yo también, pero lo que es peor es que Calandra también lo está.

—Pero… pero… —No logro decir nada con más sentido y mi Diosa asiente comprendiendo mi expresión.

—Las cosas han cambiado. El continente ya no es lo que era, pues una raza nueva ha materializado la magia más poderosa con su sacrificio. Han logrado traspasar el plano mortal y ya pueden recorren el de la magia.

—Eso es imposible —responde el Uldenhar por mí.

—No para ellos. Son los hijos de Irena y en otra circunstancia no me preocuparía, pero han usado la magia para separar las razas en diferentes territorios. Cada una de ellas ha sido encerrada en un lugar al que le han dado un nombre. El problema es que Ágata no tiene territorio.

—¿Su magia es tan poderosa como para interferir en tus cadenas? —Calandra asiente colmando mi corazón de miedo. ¿Puede algo tan poderoso existir? ¿Debe ser controlado? ¿Puede serlo?—. Entonces Ágata…

—Asciende poco a poco desde su cárcel de piedra y temo que Archy no sea capaz de retenerla. De momento avanza despacio, pero no podemos arriesgarnos a que escape. Debemos añadir una nueva puerta a su camino.

—Nosotros seremos la puerta… —responde el Uldenhar comprendiendo al fin lo que le pedía Calandra. Tal vez no fuesen masacrados como los Calán en un primer momento, pero en cuanto Ágata emergiera su destino sería el mismo—. El sueño borra nuestros recuerdos, Calandra, lo sabes.

—Lo sé.

—La magia se disipará y volveremos a la vida, pero sin memoria.

—De eso se encargarán los Calán.

—Si seguimos vivos…

—Seguiréis.

—Es un plan tan arriesgado como improvisado… —El Uldenhar está especialmente habilidoso esta noche en usar las palabras de mis labios.

—El mundo está en riesgo, y no solo las islas. De cada rincón emergen nuevas criaturas, extrañas y peligrosas. Eso sin contar que las que ya conocemos parecen aprender mucho más de lo que se les ha enseñado. El libre albedrío está descompensando la balanza hacia Ágata sin que ella haga nada. Debemos retrasar el día en que ella pueda participar lo máximo posible —afirma decidida mi Diosa. Tal vez su plan no sea el

mejor del mundo, que no lo es, pero es el único que tiene. Los Uldenhar son criaturas hechas de magia, poderosas e inteligentes. Igual que sus primos a los que nos tendremos que enfrentar nosotros sin ellos.

—Los Calán estarán demasiado ocupados luchando como para ir al continente…

—Solo irá uno para mantener su hogar congelado. Con solo uno de vosotros será suficiente.

—Hasta que emerja Ágata y destruya el hogar de hielo. Perderemos la memoria por completo tras tantos años.

—Vuestro recuerdo se mantendrá a salvo en los Calán —le aseguro. No sé cómo ni quién, pero haremos que recuerden quiénes eran y lo que estaban destinados a ser. Suspiro mientras niego con la cabeza, decidido pero no conforme con la decisión. En este dilema no hay una respuesta correcta—. Los Calán aceptan tu petición, mi Diosa.

Hablo en nombre de toda la raza. Seré yo quien tenga que explicar a muchos hermanos por qué tantos de sus familiares y amigos van a morir en batalla abandonados por los Uldenhar. Este guarda silencio entristecido. Sabe que no tiene más remedio, al igual que yo y que todos los que arrastro con mi decisión.

—Los Uldenhar seguirán a la Primera Diosa hasta el abismo si es necesario —promete y su cuerpo adquiere un color oscuro y apagado. No hacía falta conocerlos al detalle para entender su dolor.

Calandra se acerca a nosotros y pone una mano sobre el hombro de cada uno.

—Os relevo de la guardia y os envío al descanso hasta que la oscuridad os despierte —dice al Uldenhar, que desaparece en el aire al instante. Calandra cierra los ojos y cumple su misión. Solo falto yo y mi raza—. Os entrego la guardia y la custodia de la memoria. Mantendremos vivo a tu pueblo y con él, el destino del mundo.

Una sensación de calor recorre mi hombro, azotado por la fuerza de mi Diosa. Me empuja y me alza, me retuerce y me golpea.

—¡Basta, Tansy! —gritó Brannon viendo cómo su enana abofeteaba a Sonthorn sin piedad.

—Así te recuperabas tú —protesta. Para sorpresa del resto del

grupo, el drugano recobró la consciencia bajo sus golpes—. ¿Vas cómo funciona?

—¿Estás bien? —preguntó Huz ayudándolo a incorporarse—. ¿Qué ha pasado?

—No… no lo sé —respondió Sonthorn tratando de ordenar sus pensamientos. Lo primero era orientarse de nuevo. Pronunció el hechizo de luz humano y la más brillante luz que había provocado en su vida se elevó sobre él.

—¡Apaga eso! —ordenó Ericka tapándose los ojos.

El guerrero obedeció al instante, sorprendido por la fuerza del hechizo. Parpadeó desconcertado y alzó una mano pidiendo silencio. Se concentró en el interior de su cuerpo y se encontró lleno de energía. Sus heridas se habían curado y sus fuerzas estaban disponibles para él de nuevo.

—Increíble… —murmuró. Miró la cantimplora que Beals había recuperado de su mano y no tardó en asociarlo a Calandra y a aquella raza de criaturas doradas. El sabor aún permanecía en su boca y, sin embargo, lo percibía menos real que la propia visión. ¿Era el futuro? ¿El pasado tal vez? Debía saber más—. ¿Cómo son los Uldenhar?

Beals miró suspicaz al guerrero, desconcertado. No había manera posible de que relacionara lo ocurrido con el enemigo que les impedía ascender. No obstante, respondió a la cuestión. Que no comprendiera a priori los motivos no quería decir que no fuesen válidos.

—Poseen el color del oro, son alargados y de extremidades finas, pero no débiles. A pesar de su delgadez, son fuertes y rápidos.

Sonthorn asentía a medida que el rey confirmaba su recuerdo.

—Sus brazos, ¿cómo son? ¿Qué armas llevan?

—Sus propios brazos son sus armas. Tienen tres filos que esconden en los antebrazos —apuntó Ericka, qué sí quería saber lo que el guerrero pensaba—. ¿Qué ocurre? ¿Qué tienen que ver ahora? Estamos demasiado cerca del enemigo para tratar temas inútiles.

—Qué criaturas más feas —dijo Tansy asqueada.

—Pues ya verás cuando veas a los Ashgar —dijo Brannon.

—He visto a Calandra y a los Uldenhar, al menos a su líder —reconoció seguro de sí mismo tanto como de que no le creerían.

—No te creo —dijo Ericka, confirmando lo que él ya sabía. Miró a un lado y a otro en busca de cualquiera de las dos criaturas—. No te creo.

—Llama a Archy —pidió el guerrero a Brannon, que volvió a sujetar el hacha con fuerza. En fantasma dorado apareció de nuevo.

—¿Has visto a mi hermana? —preguntó tan sorprendido como ilusionado.

—Eso es lo que quiero confirmar, pues tanto el Uldenhar como yo la llamábamos así. ¿Tu hermana tiene el pelo rizado y rojo? —preguntó, lo que dejó boquiabierto a Archy.

—Jamás nadie la ha visto, pero sí.

—Y los ojos… los ojos ¿son rojos también? —Archy asintió sin más.

—¿Qué ocurre? —preguntó Huz y Sonthorn se vio obligado a relatar lo que había visto.

—No me lo creo —rechazó Ericka de nuevo. Estaba tan anonadada que era incapaz de decir nada más.

—¿Por qué iba a charlar la Diosa más poderosa con el engendro que impide que los enanos escapen? —preguntó Huz.

—Porque su tarea no es para los enanos, sino para Ágata. Ellos son la última barrera antes de que escape —aclaró el guerrero.

—Pues parece que están un poco desorientados, nos atacan a nosotros —apuntó Esmail.

Beals gruñó una sola vez.

—Dijiste que perdieron la memoria en su sueño. Quizá ese sueño haya terminado ya y no les hayan recordado quiénes son ni para qué están allí. —La naturaleza de Huz era un alivio para el guerrero. A diferencia del resto de razas con las que se había encontrado, él no pertenecía a ninguna en realidad, por lo que no estaba anclado a sus predisposiciones mentales. Él podía encontrar las ideas que el resto era incapaz, tal y como había encontrado el mundo de los enanos—.

Por eso luchan contra los enanos al carecer de instrucciones.

Sonthorn admitió que era una gran posibilidad. Si Calandra confiaba en ellos, quizá debiesen hacer lo mismo.

—Tal vez no solo tu cuerpo encuentre las respuestas en este mundo, Huz, bien pensado. Archy, ¿Calandra merece confianza? —El rostro del joven enrojeció ante la pregunta—. Me refiero a que si ella traza planes como Irena.

—Sí, solo que Irena ni da órdenes ni cumple tareas. Bueno, a decir verdad Calandra tampoco, al menos hasta donde yo recuerdo. Si hizo algo así debió de ser extremadamente necesario.

—Tu pueblo los obligó a ello, ¿verdad? ¿Es tu raza de la que hablaba? —preguntó Delwin, tan impresionado como asustado.

—Mi raza cometió muchos errores en el pasado y yo cargo con sus consecuencias, pero sí. Los druganos blancos fueron los que dividieron el mundo.

—Y ¿por qué ahora? ¿Qué ha cambiado para que tengas esa visión ahora y no hace días o semanas? —preguntó Huz aprovechando a cambiar de tema. Una idea había pasado por su cabeza.

—No lo sé. Este mundo es muy diferente y siento que me afecta en muchos sentidos.

Pero Huz no le estaba escuchando pues miraba concentrado la cantimplora que Beals escondía bajo sus ropas.

—Sea lo que sea, ¿necesitáis hablarlo ahora tan cerca de los Ashgar? —preguntó Esmail y ambos lo negaron—. Cada cosa a su tiempo.

—Estoy recuperado, siento que podría luchar durante horas —dijo Sonthorn todavía incrédulo.

—Has debido beber mucho más que yo. Apenas he recuperado un poco de fuerza —dijo Delwin.

El guerrero se encogió de hombros al no tener la respuesta. Tras ello, se puso en pie y creó una sencilla y diminuta esfera de fuego que sostuvo ante sus manos.

—¡Guau! —exclamó Tansy corriendo hasta él—. ¿Qué es eso?

¿Cómo lo has hecho? ¿Me enseñarás?

—Por las Vetas Sagradas… —murmuró Brannon colgando el hacha de su espalda de nuevo. Archy desapareció de la vista de regreso en un mundo paralelo—. Es magia, Tansy. Los enanos no tenemos.

—Me gusta. —La enana rodeó la magia con sus manos sintiendo su calor, formando sombras a su alrededor—. Algún día seré capaz de hacerlo.

La promesa de Tansy fue decidida, pero todos la sintieron como vacía. Los enanos eran una raza carente de magia. Sin embargo, Sonthorn sí que recogió la idea de nuevo para darle un nuevo planteamiento.

"Los humanos usan las runas, los semielfos tienen el teletransporte aún, Brannon escucha a la piedra… ¿De verdad sería tan extraño? —se preguntó. Comenzaba a ver que aquel mundo que pisaba ocultaba tantos secretos como opciones, por muy extrañas que fuesen en un primer momento. Miró a la enana con otros ojos, mucho más profundos".

—A cazar —dijo Beals y el resto del grupo le siguió.

Se adentraron en la ciudad enana, antaño hermosa y detallada. Lo que debían de ser enormes columnas decoradas con figuras heroicas no eran ya más que obstáculos en el suelo, caídos tras incontables batallas o terremotos. Los edificios escavados en la roca habían borrado su imagen y solo el recuerdo permanecía de ellos. Muy pocos conservaban la fachada completa siquiera.

Y las calles eran el peor de todos los elementos ante ellos. Casi no quedaba un camino llano, una baldosa en el suelo sin romper o más de tres metros sin una grieta que saltar. Miraran donde miraran todo estaba lleno de cortes, agujeros, quemaduras y sangre, mucha sangre reseca. El olor asaltó al grupo en cuanto se acercaron lo suficiente.

—¡Qué asco! ¿Qué es ese olor? —preguntó Tansy asqueada. Jamás había olido algo así y eso que ella trabajaba en la planta de transformación de residuos de Hollfeld.

—Baja la voz —ordenó Ericka. Beals se detuvo y agachó, indicando con la mano que hicieran lo mismo. Señaló hacia delante, donde una lengua de seres resaltaba entre los edificios—. Es el olor de los Ashgar y de su sangre podrida.

—No veo cadáveres para tanta sangre…

—Porque se los comen ellos mismos —explicó Esmail, que había visto miles de veces como los supervivientes devoraban a los caídos antes que ellos—. Sus cuerpos necesitan nutrirse de algo tras aparecer. Si no lo hacen acaban muriendo de inanición.

Tansy se tapó la boca tratando contener las náuseas. Sonthorn aprovechó la pausa para reconocer la ciudad como la Escuela Militar le había enseñado. Descubrió que estaba llena de lugares para esconderse, pero también para sufrir una emboscada. Se aproximó a Ericka y a Beals, que murmuraban en la vanguardia.

—De frente, rápidos y letales —decía el enano.

—Ni de broma. Rodeamos tras el balneario y subimos a la biblioteca que está tras ellos —protestó Ericka. Sonthorn miró ambas ubicaciones sin comprender cómo eran capaces de distinguir ninguna de ellas. Para él todo eran ruinas sin más—. Desde ahí atacamos.

Dos gruñidos, no estaba de acuerdo. La altura era una ventaja en la lucha a distancia o con una arma larga, pero ante tantos enemigos no sería útil.

—Huz y yo subiremos. Tenemos magia y podemos acabar con muchos de ellos. Cuando demos el primer golpe, atacad a los que recobren al consciencia de frente, como él dice.

—¿Estás en condiciones o lo has dicho para que no nos preocupemos? Los enanos lo hacen mucho, me temo.

Beals emitió un gruñido bajo una sonrisa.

—Estoy en condiciones. En mi mundo la mentira en la batalla solo conduce a la muerte.

—Y aquí, pero preferimos morir en batalla que en la enfermería. Bien, Beals, tú decides. —El rey miró a Sonthorn y a las huestes ante ellos, dudando—. ¿Beals?

—Cuando venzamos en las batallas de la roca, ¿vendrán más? —preguntó al guerrero seriamente.

—Sí, muchas más. Y llegarán hasta aquí quieran los enanos o no.

—¿Te seguiríamos a ti?

—No, yo no quiero ser seguido, sino acompañado. Yo he sido empujado a esta guerra sin quererlo y no soy más que un peón en la partida que las hermanas de Archy están jugando.

—Pero liderarás.

—Sí, yo continuaré adelante hasta el final. Quien quiera puede unirse a mí.

Beals arrugó la nariz y contempló el brazo del guerrero, cuatro o cinco veces más delgado que el suyo. Gruñó tratando de aceptar que aquel cuerpecito fuera capaz de liderar nada.

—Demuestra tu valor y tu fuerza hoy —ordenó.

—¿Cómo? —preguntó Huz tras él ante el silencio del guerrero que parecía comprender lo que quería decir. Al fin y al cabo, el mundo de los enanos estaba basado en el respeto mutuo logrado en la batalla. Él aún no había demostrado nada más que podía perder a una compañera sin hacer nada.

—No hay valor en exterminar criaturas —apuntó el guerrero.

—Será un buen comienzo.

—Está bien —dijo poniéndose en pie y apagando la llama de su mano, llenando el mundo de oscuridad de nuevo—. Observa, rey enano.

Cuando Ericka impidió que ninguno de los habitantes de Hollfeld se levantara para luchar, sus rostros volvieron a recuperar el color. Ninguno tenía la más mínima intención de luchar contra aquellas criaturas que solo Brannon conocía. Aunque, a decir verdad, Tansy sí que quería luchar, pero prefería primero un combate más sencillo que aquellos más de mil engendros apestosos.

—Huz, protégelos por si vienen hacia aquí.

—Vamos tú y yo —gruñó Beals, lo que recibió de inmediato la protesta de Ericka, que se levantó furiosa para protestar. Beals apoyó su enorme mano en su hombro y se lo impidió. A pesar de la fuerza de la enana, le era imposible vencerlo.

—Sí, mi rey —se burló Ericka—. Maldito monstruo musculoso, ¿qué se ha creído? Ahora se cree algo con su estúpida corona de piedras estúpidas sobre su estúpida cabeza de…

—Vamos —ordenó Beals dejando a Ericka protestar y maldecir a gusto.

Ambos avanzaron hasta dejar de escuchar los improperios de la enana, deteniéndose a la señal del gigante, que veía mejor que él en aquella oscuridad completa y sin luna.

—Necesito luz —le dijo el guerrero, que era incapaz de ver nada —. Tenue y sutil.

—La piedra a veces crea fuego cuando arde una bolsa de gas.

Sonthorn lo entendió al instante y se imaginó cómo podría simular algo así. Tras un breve pensamiento, creó un serpenteante sendero de fuego que alzó hasta la cima de la ciudad, a más de treinta metros. Poco a poco le dio intensidad a medida que veía el campo de batalla y se hacía una mejor idea de a qué se iba a enfrentar. Beals asintió ante la utilidad de aquel hechizo y se situó en mitad del camino que habían tomado para llegar. Apoyó el asta de su enorme hacha doble en el suelo y se inclinó sobre ella.

—Tu turno, extranjero. Demuestra de qué eres capaz.

Sonthorn se humedeció los labios y buscó el mejor lugar para atacar. Este siempre era desde arriba, desde donde tuviera la opción de sorprender al enemigo, que nunca miraba hacia el cielo. Buscó lo que Ericka había llamado la biblioteca y encontró un par de edificios todavía en pie ante el ejército de Ashgar, que seguían en su trance. Calculó la distancia desde el piso superior hasta el centro del ejército de seres y confirmó que podía hacerlo.

Se agachó y corrió en cuclillas entre las ruinas de la ciudad, esquivando los escombros y saltando sobre el suelo lleno de socavones. Llegó hasta el primer edifico que buscaba y, para su sorpresa, el corazón no latía acelerado en su pecho. Se apoyó contra la pared y apretó los puños, sintiendo cómo la energía rebosaba en ellos. Cerró los ojos y abrió su mente aprovechando la soledad temporal de la que disfrutaba.

Buscó con su ojo interior cualquier señal de enemigos sin atreverse a alejarse demasiado, pues no quería que Ágata supiera de su ubicación. La Diosa de la oscuridad no debía saber de ellos o la lucha de Ónice por no revelar sus secretos sería en vano. Tragó saliva cuando un nuevo color apareció a su espalda, unos metros más abajo. Era un brillo dorado, suave pero intenso.

“*¿Qué representas?* —se preguntó. No se movía, no cambiaba, no parecía vivo en realidad. En la distancia era solo un brillo parecido a un farol lejano en una noche lluviosa”.

Tomó nota mental de investigar más sobre ello y se dispuso a buscar cómo ascender entre las sombras que provocaba su hechizo en el techo de la caverna escavada por los enanos. Se movió despacio, tratando de que ninguna roca cediera bajo su peso. Cuando encontró unas escaleras poco de fiar, chasqueó la lengua. No le quedaba otra opción y subió poco a poco, aprovechando el momento para decidir cómo atacar a los Ashgar.

Si el rey de los enanos quería ver de qué era capaz y él debía enseñárselo. Era un movimiento arriesgado, pero podía ser muy útil en el futuro. Debía ganarse el respeto de la raza, que vieran de qué eran capaces los druganos blancos. Solo así obtendría la lealtad de una raza tan poderosa y valiente.

Cuando llegó a la azotea le resultó mucho más fácil seguir el camino previsto. Ya no había edificio alguno que se interpusiera entre las llamas que iluminaban la ciudad del Retiro y él. Saltó al siguiente edificio y se acercó agazapado hasta el borde que se alzaba sobre el ejército de Ashgar durmientes. Se asomó con cautela y descubrió que estos seguían en su trance. Miró a su alrededor explorando lo que sería el campo de batalla y vio cómo la lengua de seres se internaba en un túnel bajo la tierra.

“Allí dentro puede haber otros mil más —pensó sin saber cuán numeroso sería aquel batallón. Entendía que debía de conducir hasta el sello, pero no sabía la distancia. Decidió confiar en la estimación de Beals y Ericka, que para eso llevaban toda su vida luchando contra los Ashgar—. *Bien, pues despejemos el acceso. Quiero ver qué esconden las cárceles de Ágata, tal vez tengan la respuesta de cómo volver a encerrarla”.*

Se puso en pie y sujetó su espada, manteniéndola aún dentro de su funda, donde su brillo no alertase al enemigo de su presencia.

—Es la hora.

CAPÍTULO 12

UNA CÁRCEL DE ORO

Sonthorn supo en todo momento que solo disponía de un único hechizo. Este debía ser lo suficientemente poderoso para exterminar a todos aquellos seres a la vez. Sin embargo, también sabía que sin la ayuda de su Diosa y de sus alas, lograr semejante destrucción era imposible.

"Pero también es imposible que lograra teletransportarnos a Ónice, Huz y a mí hace unos días —se dijo, descubriendo un secreto que tenía ante los ojos—. *También lo era que los humanos usaran las runas negras. También lo es revivir a los muertos. También lo es doblegar el alma de un drugano muerto con su arma. ¿No? Tal vez no sean algo imposible, sino que simplemente no sabemos cómo hacerlo".*

Una sensación de unidad, de certidumbre y de seguridad lo invadió, congelando su cuerpo y paralizando su mente. Había descubierto un secreto escondido, tan remoto y absurdo como obvio. No debía dar nada por sentado. Todo debía ponerse a prueba, todo debía ser dudado.

Cerón cambiando de cuerpo.

Resurrecciones.

Frases de runas negras en manos de humanos.

Dioses con forma de niños y con igual carácter.

Enanos casi más grandes que él mismo.

Había visto lo su vida las suficientes contradicciones y verdades para comprenderlo. Había algo más allá, un lugar secreto que albergaba lo que realmente era la magia y estaba seguro de que era el sitio que su madre había visitado cuando se transportó con Suren hasta el valle de Valán.

“Gracias por indicarme la salida, mamá —pensó con una sonrisa apenada. Incluso tras la muerte seguía enseñándole el camino. Miró hacia arriba, al lugar dónde ella debía estar al lado de Irena y asintió con dolor, pero también con alegría. Sabía que llegaría el momento en que ambos estarían al lado de su Diosa y esta les permitiría abrazarse de nuevo”.

Pero ese día debía esperar. ¿Cuánto? Solo el tiempo lo diría. Mientras tanto, él era el que debía de seguir adelante, siempre adelante, y lo que tenía ante él era un ejército de criaturas que masacrar. Apretó los labios y cerró los ojos, sumergiéndose en el interior de sí mismo.

Recordó cómo Marit había hecho añicos la realidad, destrozando el cristal que la separaba del mundo mágico. Sintió cómo ella empujaba y tiraba del mismo tratando de liberar una pequeña pizca de él, la suficiente para entregarle la forma de escapar. Él trató de hacer lo mismo, solo que él no quería solo una pizca y desde luego que no quería escapar.

Relajó su postura y amplió su ser, extendiendo su mente a su alrededor no encontrando nada más que oscuridad y aquel faro dorado bajo él que ignoró por mucho que llamara su atención. No buscaba las sombras del mundo, aquel no era el camino. Cerró sobre sí mismo su esencia y volvió a replantearse la situación, más bien el cómo acercar la situación hasta él.

Recordó su caída al entrar en el mundo de los enanos junto a Ónice y a Huz, seguro de haber podido arrancar un poco de la magia retenida en aquel lugar. Trajo a su mente el recuerdo, aunque borroso, de lo sucedido, pero solo llegó a la conclusión de que había sido la desesperación la que había doblegado aquel cristal. Su muerte y con ella el destino del mundo eran los motivos que había exhibido ante la magia para que le otorgara su don.

Pero no estaba desesperado ahora mismo. Bueno, en realidad llevaba desesperado desde que salió de Shuko, pero en aquel momento su situación no era acuciante como en otros momentos. Podría decir sin pensar más de veinte situaciones mucho más desesperadas que la suya en aquel momento. Entonces, ¿cómo doblegar a la realidad para que permita el paso de la magia?

Chasqueó la lengua y frunció el ceño, no le gustaba por dónde discurrían aquellos pensamientos. Los druganos no estaban hechos para suplicar, para pedir, salvo a su Diosa por supuesto. Ellos eran la

verdad, el honor, la entereza, y saber que eres la línea recta en un mundo en caos te otorga permisos de los que carece el resto.

"Los druganos blancos protegen, salvan, controlan… —se dijo conteniendo el aliento ante la respuesta—. *Nosotros no pedimos, nosotros doblegamos lo que sea necesitado por el bien global. Nuestra voluntad es la que triunfa, la que se abre camino. Por eso Marit consiguió llevarse a Suren. No fue por su dolor, no fue por piedad. Lo consiguió gracias a su voluntad. Ella no dejaría el cuerpo de su marido a merced del enemigo, no lo permitiría jamás y no lo permitió. Lo mismo me ocurrió a mí al caer. No pedí piedad, no supliqué por nuestras vidas. No, yo doblegué a la magia con mi voluntad, con mi valor. Era mi necesidad y lo que estaba dispuesto a hacer por ella lo que nos abrió el camino adecuado.* —Una idea llegó a su cabeza, inesperada como un recuerdo que llega junto a un olor olvidado—. *Por eso mis antepasados lograron dividir el mundo y eso es lo que Calandra no entendió. Fue su voluntad la que doblegó la realidad y la modificó allá donde ellos lo consideraron necesario. La voluntad es la clave de la magia. Mierda, ¡si es lo que Cerón siempre me ha dicho!"*

Apretó los dientes al pensar en todas las veces que podía haber hecho uso de una magia más fuerte, de una energía más amplia y de hechizos inimaginables. Sintió furia y vergüenza ante su estupidez, pero lo que más sintió fue rabia y voluntad, voluntad de no volver a cometer los mismos errores en su vida. Apartó la idea de su mente de que si hubiese sabido aquello podría haber salvado a Ónice, quizá incluso a Tarnicis, y se centró en su siguiente paso.

Sintió la determinación en su cuerpo como una llama abrasadora y dejó que esta creciera, iluminado el mundo de su mente en todas direcciones. Para su sorpresa, pudo ver el reflejo del mismo fuego a su alrededor. Se vio a sí mismo devuelto y su imagen se multiplicó en todas direcciones. Era como encontrarse en una habitación llena de espejos que reflejaban su dolor, su cansancio, su pesar y su miedo.

Gruñó tal como había escuchado a Beals mil veces en las últimas horas y golpeó cada uno de aquellos espejos con los puños, rompiendo el reflejo de cada uno de los sentimientos que transmitían. Destrozó el dolor, rompió el miedo, pateó el pesar hasta hacerlo añicos, deteniéndose solo cuando la imagen de sí mismo devolviéndole una mirada acerada apareció ante él. Había encontrado el sentimiento que buscaba, el que debía de ser la llave. Dio un paso hacia el espejo y apoyó la mano en él viendo como la imagen reflejaba lo mismo.

Su respiración se aceleró, sus músculos se tensaron y empujó el

cristal, atravesándolo. De pronto el cristal avanzó hacia él y lo envolvió, congelando su cuerpo bajo su pétreo reflejo. Le fue imposible moverse y solo sus ojos permanecieron vivos allí dentro. Lo único que sintió sin el contacto del cristal fue su espalda, que permanecía libre ofreciéndole una salida sencilla.

Si se daba la vuelta podría escapar, respirar de nuevo, liberarse. Continuar sería la muerte, la agonía.

Pero Sonthorn no estaba dispuesto a huir, su determinación era demasiado grande. Sabía que era un escalón que debía bajar en su escalera de la magia, un abismo que debía saltar aunque le aterrara. Su voluntad era mucho mayor que su miedo y trató de empujar el cristal que impedía su paso. Este siguió sin moverse en absoluto y el guerrero comenzó a sentir que sus pulmones ardían dentro de su pecho. Pero no sintió el dolor que llegó a él cuando casi se ahogó buscando la llave de los hombres en el río. No, aquello era diferente y miró hacia abajo sin miedo, pues no era su respiración lo que ardía, sino su voluntad. Descubrió la llama de su determinación, que comenzaba a derretir el cristal bajo su cuello y se aferró a ella, impulsándola con todas sus fuerzas.

"Nada impedirá que cumpla con mi tarea. Salvaré a Ónice, derrotaré al enemigo, acabaré con los magos humanos y por la Diosa que haré lo posible por que Tarnicis se salve de la condena de Kelldom".

La propia idea lo dejó descolocado, incrédulo ante unas palabras que ni siquiera él mismo sabía que danzaban por su mente. Sin embargo, las sintió tan suyas como verdaderas y se dio cuenta de que una parte de sí mismo aún se aferraba a aquel amor de juventud y a la esperanza de redimir sus errores con ella. Dobló los brazos con rabia y estos doblegaron el cristal, que comenzó a caer a sus pies incapaz de hacer frente a la furia de su enérgica voluntad.

Dio un paso adelante y se adentró en el mundo de la magia verdadera, un espacio sin dimensión en el que solo entraban y salían las posibilidades. Miró en todas direcciones y descubrió imágenes diferentes de su pasado, presente y futuro. Estas pasaban aceleradamente creando visiones que se mezclaban entre ellas sin que ninguna dominase al resto.

Levantó una mano hacia una de ellas y esta se detuvo, mostrándole una mazmorra oscura en la que un nutrido grupo de magos humanos se enfrentaban a él. Dos manos se elevaron ante la visión y los magos flotaron en el aire, contorsionándose por el dolor.

Sus huesos se rompieron, sus vísceras explotaron dentro de sus cuerpos. Un instante después, las manos se cerraron y el enjambre de cuerpos se replegó sobre el centro, donde se fundieron unos con otros. Tras ello, las manos se abrieron y el amasijo de magos explotó llenando la mazmorra de sangre y restos humanos.

Sonthorn miró asqueado y repugnado lo ocurrido hasta que vio por un breve instante a Marit a un lado de la imagen.

"¡Marit! —gritó para sus adentros—. *¿Qué ha ocurrido aquí?"*

Pero la imagen desapareció dejando al guerrero tan sorprendido como alterado por la visión de su madre todavía viva. Un sentimiento de debilidad lo invadió y el mundo se tambaleó bajo sus pies, de donde volvió a brotar el cristal que rodeó su cuerpo a toda velocidad.

"¡No!"

El mundo de la magia se defendía de él como si de un cuerpo enfermo se tratara. Si la voluntad era la llave que abría aquella puerta, el dolor la cerraba. Apretó los dientes y empujó lejos la sensación. Él triunfaría, él doblegaría, él no se dejaría encerrar como su madre.

"Yo resistiré donde el resto de mi raza cayó".

El cristal volvió a derretirse de nuevo y dio un paso al frente antes de que lo hubiese deshecho por completo. Rompió el material con su voluntad y pisó los restos antes de que desaparecieran.

—No encontrarás dudas en mí, no hallarás cobardía en mis acciones. Mi voluntad será escudada y te doblegarás ante ella. Me otorgarás la magia que necesito para vencer, porque lo haré contigo o sin ti, pero saldré adelante y cumpliré mis palabras. Libera lo que me pertenece por derecho de nacimiento y entrégame lo que es mío.

El mundo cambió y un brillo dorado recorrió el lugar, como si se hubiese encontrado dentro de un sol en miniatura, que ardía con la misma fuerza con la que brillaba. La piel del guerrero cambió de color y la luz pareció irradiar de sí mismo, cegándolo hasta que se vio obligado a cerrar los ojos.

Cuando los abrió de nuevo se encontró con los Ashgar bajo él, iluminados la luz dorada que su cuerpo emitía. Las llamas del techo eran incapaces de contrarrestar el brillo del guerrero, que parecía arder sobre la azotea del edificio. Apretó los dientes cuando vio que los Ashgar comenzaban a removerse en sus posiciones.

“Están despertando —se dijo mirándose a continuación los brazos ardientes—. *Pero ¿qué es esto?”*

Tenía que acabar con aquella magia que lo delataba, no tardarían en elevar la vista hacia él. Exploró mentalmente su cuerpo y descubrió una energía dorada que lo recorría. Giró las manos sorprendido de sentir el mundo con ellas y sonrió al reconocer el mismo movimiento que había visto en la imagen del mundo mágico. Decidió hacer uso del mismo hechizo contra los Ashgar.

Elevó las palmas de las manos buscando con la mirada cada una de las criaturas que tenía ente él, elevándolas en el aire. Al principio lentamente, tratando de recoger cada uno de los cuerpos que veía. Arrancó del túnel cada uno de ellos y los sostuvo en el aire, donde comenzaron a chillar descontrolados, atacando a uno y otro lados sin saber qué ocurría. Cuando ninguno más estuvo en el suelo, al menos que él pudiera ver bajo su brillo, decidió masacrarlos a todos.

Cerró las manos creando una esfera en la que se formó una masa informe de cuerpos. Sus huesos crujieron, sus armaduras chirriaron al retorcerse y clavarse en sus cuerpos. Se vio obligado a apretar con toda la intensidad que la magia le permitió hasta que ninguno de ellos siguió gritando. Entonces abrió de golpe las manos haciendo explotar la masa de cuerpos, que en su máxima compactación tendría más de veinte metros de diámetro. Esta reventó llenando la ciudad de sangre y vísceras irreconocibles.

Cuando finalizó el hechizo, Sonthorn no se sintió agotado como las veces anteriores que se había excedido en el uso de su fuerza más allá de su capacidad. Simplemente, volvía a estar igual de fuerte que cuando subió a la azotea, solo que ahora tenía un recurso más que debía aprender a utilizar.

El mundo recuperó su color anaranjado de las llamas del techo cuando dejó de brillar por completo y buscó con la mirada a sus compañeros. Estos estaban en mitad de la calle, cubiertos completamente de sangre. Miró sus manos y vio que él no estaba mucho mejor que ellos. Asqueado, se quitó los restos de vísceras de su cuerpo, escurriendo la sangre que pudo.

Bajó de nuevo las escaleras y se reunió con el resto, que le miraba, furioso, asqueado, orgulloso o sorprendido, dependiendo de quién procediese la mirada. Todos y cada uno de ellos trataban de quitarse la sangre de encima, sobre todo Tansy, que estaba asqueada por completo. Aquella parte de las batallas no venía narrada en los

libros. El único que no hacía intento alguno por eliminar el rastro de muerte era Beals, que miraba orgulloso al guerrero. La sangre goteaba de sus pobladas cejas. Sonrió y el guerrero pudo ver cómo la sangre de los Ashgar había llegado hasta sus dientes sin que él hiciera ademán por limpiarse.

Beals se acercó a él y le tendió su enorme mano. El guerrero aceptó el apretón, aunque su mano se perdió bajo los dedos del gigante.

—Ojalá tuviera cien más como tú —dijo con sinceridad.

—¡Qué asco! —continuó Tansy, dando saltos mientras se sacudía.

Brannon le tendió un pedazo de tela que sacó de su mochila y la enana se limpió el rostro de sangre. El paño quedó completamente empapado y lo tiró al suelo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Huz, que no conocía aquella habilidad—. Te vi brillar como si tú mismo fueses la esfera de luz que sabes crear.

—Si podías hacer eso, ¿por qué no lo hiciste contra Ágata? —preguntó Ericka con su habitual tacto—. No hubieses perdido a tu chica.

—Ya, gracias —respondió irónico el guerrero—. No sabía que podía, Huz. Acabo de descubrir el mundo de la magia y la forma de entrar en él para extraer un poco de ella.

—No sabía que había un lugar así.

—¿No? Pues según tengo entendido, los semielfos caminan por él —respondió el guerrero, consciente de ello. Era la única explicación posible—. Por eso podéis transportaros cuando nadie puede en el continente.

—Pensaré en ello —fue la única respuesta del semielfo.

—¿Están todos muertos? —Delwin no tenía la más mínima intención de entrar en combate alguno y no dejaba de mirar el lugar donde antes formaban los Ashgar.

—Esmail —dijo Beals, y el reclamado partió a recorrer los restos de los Ashgar.

Tras unos minutos regresó negando con cabeza.

—Nadie ha sobrevivido. Si alguno no fue reclamado por el hechizo, sin duda habrá huido. Sea como sea, no hay ningún Ashgar allí —confirmó. El enano tampoco se había quitado la sangre de encima y parecía no haberse dado cuenta siquiera. Ericka se comportaba de forma similar. Sin duda, los enanos de Zimbu´el sabían cuando algo era importante y cuando no. Limpiarse no lo era en aquel momento.

—¿El sello sigue allí? —preguntó Ericka.

—Sí y aún está íntegro.

—Vamos a verlo —pidió el guerrero y Beals confirmó con un gruñido la idea.

Avanzaron sobre los restos de los monstruos asqueando a todos los enanos de Hollfeld. A diferencia de los de Zimbu´el que disfrutaban apartando los fragmentos con los pies al avanzar, ellos no estaban preparados para algo así. Sonthorn les había traído ante ellos el peor de los escenarios posibles de la batalla, lanzándoselo a la cara, y nunca mejor dicho. Era tal el dantesco espectáculo que incluso Huz se mostraba asqueado, aun habiendo vivido la batalla de Sonnen antes.

Para desgracia de todos ellos, el sello estaba más bajo que la ciudad, en un túnel excavado en la roca, lo que provocó que gran cantidad de sangre siguiese el curso de la gravedad hacia ella. Antes de comenzar a coagularse ya se había formando un lago de un palmo de altura de sangre roja oscura, negra en muchos lugares.

—No pienso pisar ahí —dijo Tansy conteniendo las náuseas. Se había detenido a veinte metros del sello, donde el túnel terminaba su descenso y el charco de sangre se iniciaba.

—Yo me quedaré con ella —dijo Esmail—. Quien quiera puede permanecer aquí.

Delwin se volvió y se unió a Tansy. Brannon iba a hacer lo mismo cuando Ericka tiró de su brazo hacia el sello.

—Recuerda que tú y tu brazo sois la llave.

—Por las Vetas Sagradas…

Los pies de los cinco salpicaron al avanzar hasta el sello, que no se veía bien dadas las sombras que provocaba el túnel. Sonthorn creó una nueva fuente de luz sobre ellos e iluminó el lugar, provocando quejas ante la visión en alta calidad del desastre. Avanzó hacia la puerta redonda que debía ser el sello del que hablaban y se detuvo ante ella. Puso la mano sobre sus superficie de piedra y no sintió nada.

—Yo tampoco sentí nada hasta que Archy apareció —dijo Brannon, descolgando el hacha de su hombro y agarrándola con fuerza. Archy no tardó en aparecer tras ellos, pero él se mantuvo sobre la sangre, como si pisara la misma roca—. Entonces tuve una visión vuestra en la que escapabais de Hollfeld con Delwin.

—Para carecer de magia, los enanos tenéis contacto con ella muy a menudo —dijo el guerrero, sorprendido de que Brannon tuviera visiones. No le extrañaba, al menos demasiado, que pudiera percibir la piedra, pues había nacido dentro de ella. Pero las visiones iban más allá y estaban relacionadas con la magia de forma muy intensa. No dejó de resultarle sorprendente que en aquel lugar hubiera dos enanos que fueran capaces de tener visones de Irena—. ¿Solo con Archy?

—Sí, cuando él apareció de nuevo.

Sonthorn asintió al confirmar una idea en su cabeza, pues tal vez Brannon no fuese destinatario de una visión de Irena, sino solo del recuerdo que Archy le transmitía. Siguió examinando la puerta redonda de piedra cubierta de símbolos desconocidos para él que se asemejaron a runas. Sin embargo, ninguna le llamó la atención ni significó nada para él.

—Prueba a romperla —le indicó Ericka.

—No seré capaz, ¿verdad?

—Me sorprendería que pudieras.

Sonthorn le pidió su arma a Beals, que miró sorprendido su brazo enclenque en comparación. Sin embargo, después de ver cómo masacraba a los Ashgar, el gigante aceptó que quizá no todo fuesen los músculos. Se la tendió y Sonthorn lo miró incrédulo. Apenas podía sostenerla y el enano lo hacía con una mano y con soltura.

—¿Cómo puedes manejar esto? —El guerrero sostenía el arma a duras penas. Había usado alabardas o mazas pesadas en sus entrenamientos, pero ninguna tendría ni una cuarta parte del peso de aquel arma. Tensó sus músculos y preparó la postura para golpear.

—Entrenar, comer, dormir y repetir —respondió orgulloso, mostrando un bíceps descomunal.

—Y algo de Esencia Dorada también, ¿no? —preguntó Ericka burlona.

Beals la miró con furia y ella enarcó una ceja reforzando su expresión irónica. Archy apareció entre ellos.

—¡Hola! ¿Aún así? Chicos, que el viaje es largo…

—Pues ayuda y localiza a tu hermana —ordenó Sonthorn que comenzaba a odiar a aquel espectro y sus salidas de tono siempre tan inoportunas. Descargó un golpe contra la piedra y el hacha rebotó haciendo vibrar su brazo hasta el dolor. Beals recogió el hacha antes de que cayese al lago de sangre—. Gracias, Beals.

—Es un sello mágico —dijo Brannon—. Solo lo puede romper el hacha de Archy, aunque una vez roto, cualquier arma lo daña. Apartaos —advirtió y todos lo obedecieron, sabedores de lo que había pasado la primera vez.

El enano de Hollfeld descargó un fuerte golpe sobre el sello y este se agrietó dejando salir la energía contenida. Esta provocó una oleada de fuerza que los empujó a todos, que pugnaron por mantener la postura. Lo que no soportó la oleada de fuerza fue la sangre del suelo, que salió repelida alejándose de la puerta, como si se tratara de una ola de mar que crecía a cada paso. Por desgracia para los que esperaban en la playa, esta oleada descargó con toda su fuerza sobre ellos.

Los gritos de Tansy y Delwin se elevaron al instante, asqueados al verse sumergidos bajo la sangre.

—¡Qué asco! ¿Quién ha hecho esto? ¡Lo mato! —gritaba la enana furiosa.

—Fue Brannon —confesó Archy.

—¡Fue sin querer!

—¡Te mato!

—¡Basta! —gritó Beals agarrando a Tansy por el hombro cubierto de sangre. La enana avanzaba ya en busca de Brannon ahora que la sangre se había apartado de su camino. El gigante la empujó contra el

suelo y la obligó a sentarse. Un poco de peso sobre ella impidió que se levantase—. Abrid el sello.

Brannon obedeció deseando que Tansy lograse perdonarle lo ocurrido, si bien no era culpa suya. Golpeó el sello con fuerza una y otra vez hasta que no quedó rastro alguno de él. Esta vez su brazo resistió y fue capaz de terminar él solo con la entrada. Sorprendido y orgulloso miró al resto de los enanos.

—¡Muy bien! —exclamó Archy saltando—. Has logrado hacer algo tú solo, ¡es genial!

Por suerte no había ironía en su voz y el enano se lo tomó como un cumplido de verdad.

—Es cierto —reconoció Ericka mirando a Beals con suspicacia—, te has vuelto mucho más fuerte en solo días.

—Pues yo no hago eso de comer, dormir, entrenar y repetir.

—Ya, igual tiene algo que ver con un brebaje mágico…

Sonthorn ignoró la conversación y adelantó la esfera de luz al interior del sello en cuanto un humo negro dejó de emanar de él. Miró en su interior y no encontró nada relevante. Solo era una sala alargada de pocos metros de altura. Lo único que llamaba la atención eran dos espacios excavados en el suelo y techo, uno sobre el otro. Eran perfectamente lisos y pulidos. Al igual que el resto de la sala, eran oscuros como la noche sin luna.

Movió la luz de lado a lado mientras se adentraba en el sello. Para su sorpresa, Tansy se coló a su lado la primera. La curiosidad en la enana la llevaba junto a él y los secretos que pudiera conocer.

—No hay nada. ¿Para esto hemos venido? —preguntó disgustada con el resultado de su viaje.

—Ten paciencia, a veces las cosas no son lo que parecen —dijo Huz entrando tras ella en la sala. Miró a uno y otro lados y chasqueó la lengua—. Aunque en este caso parece que sí que es lo que parece.

—Parezca lo que parezca, este lugar ha retenido a Ágata durante miles de años —dijo el guerrero, moviendo la esfera de luz de un lado a otro, buscando cualquier pista bajo su luz—. Ha sido la cárcel de una Diosa de alguna manera. Tratar de descubrir algo.

Huz asintió y se adentró en la sala, acercándose al lugar que había horadado Ágata. El resto de enanos se repartieron por la sala, Archy incluido, que caminaba de uno a otro. El joven no sabía qué buscar, quizá al igual que el resto. Sin embargo, cuando sus pasos le hicieron atravesar el lugar que Ágata había ocupado, un pequeño relámpago apareció. El resto se volvió al instante hacia Archy alertados por el destello.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Brannon. El enano solo había visto el destello de forma breve e imprecisa.

—No… no lo sé. Salió de la pared y estalló delante de mí —respondió Archy, que se apartó del lugar.

Sonthorn se aproximó y realizó el hechizo humano para revelar la magia, pero tal como pensaba, la maga de los Dioses al igual que la drugana no se veía afectada.

—La magia de este lugar es de tus hermanos, ¿verdad? —preguntó Huz al espectro.

—Sí, bueno, de Calandra en realidad. Ella construyó las cárceles.

—Con su magia, entiendo.

—Claro.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Sonthorn.

Huz se aproximó a las paredes y comenzó a recorrerlas con la mano en busca de cualquier muesca o señal.

—Está claro que su magia aún funciona, sino no habría salido esa energía al romper el sello. Además, sigue activa, al menos contra Archy, al cual le recomiendo que no se acerque ahí —dijo señalando el centro de la sala.

—No tenía intención de hacerlo de nuevo…

—¿Crees que solo actúa contra los dioses? —preguntó Ericka.

—Es una posibilidad.

—Entonces debemos encontrar su secreto, nos puede ayudar a derrotar a Ágata —dijo el guerrero, tratando de averiguar cómo descubrir la magia oculta. En momentos como aquel echaba aún más de menos a Cerón. Él sabría qué hacer—. Cerón sabría qué hacer.

—Es otra posibilidad, pero no la tenemos. El mago descubriría la magia oculta de alguna manera inteligente. Ónice, en cambio, ¿qué es lo que haría? —preguntó el semielfo.

—¿Por qué lo preguntas?

—Ella es hija de Ágata, por lo que está relacionada con ella. Solo busco asociaciones, Sonth. Tal vez demos con la pista.

—Ella destruiría este lugar hasta que no quedara pared en pie —contestó aceptando su forma de proceder. Beals descargó un fuerte golpe sobre la pared con su hacha logrando que el impacto retumbara en la sala como si se tratase de un trueno. Un leve rubor dorado apareció donde el filo había impactado.

—Interesante —dijo Huz, sorprendido. Sonthorn se acercó a la pared y golpeó con su espada, que brillaba intensamente. El brillo que reflejó fue mayor y se extendió poco más de un metro antes de ser difuminado.

—Estas pareces absorben los golpes. —El guerrero lanzó una bola de fuego contra la pared posterior, lejos del resto de la comitiva. Esta estalló contra ella, que absorbió el impacto por completo sin dejar muesca alguna—. Y la magia.

—Archy, ¿cómo lograría mantener Calandra su magia durante miles de años? —preguntó Huz.

—No tengo la menor de las ideas. Todo esto es nuevo para mí, ¿sabes?

—Pues vaya un dios de pacotilla. ¿Estamos en tu mundo y no sabes lo que ocurre en él? —preguntó Tansy.

—Mi mi mim imi imimi —se burló de la enana, que enrojeció de rabia.

—¡Te vas a enterar, no eres más que humo con aires de superioridad!

Sonthorn obvió la nueva discusión con Archy en cuanto se inició y se centró en la búsqueda. Si aquel lugar conservaba la magia de Calandra, esta debía de manifestarse de alguna manera. Cerró los ojos y extendió su ser a su alrededor buscando algo que le llamara la atención, pero sin saber el qué. No tardó en reconocer el brillo dorado que había visto desde la ciudad rodeándolo. Este los rodeaba a todos,

mucho más intenso que antes. De pronto percibió una vibración en el brillo, que se extendió a través de las paredes de la sala de su visión. Por un instante pudo ver unos símbolos grabados en ella, que se encendían y apagaban en cuanto el ataque fue controlado.

—Repite eso —dijo abriendo los ojos y buscando al causante de aquello. Vio a Ericka bajando el hacha al lado de una pared. Archy apareció al lado del guerrero asustado. No le hizo falta pensar en qué había pasado, estaba claro que tenía relación con el intento de asesinato de un Dios por parte de una enana furiosa. Ericka frunció el ceño—. Golpea de nuevo.

La enana lo hizo y Sonthorn cerró los ojos, viendo el mismo brillo difuminarse apagado por los símbolos dorados de la pared.

—¿Qué ocurre? —preguntó Huz.

—Hay runas en las paredes, absorben los golpes.

—Eso explicaría como contuvo a Ágata. Pero yo no veo nada, Sonth.

—¿Quieres que yo…? —preguntó Beals, dispuesto a derribar la pared si hiciera falta.

—No es necesario, espera.

Sonthorn se mesó la barbilla que ya necesitaba con urgencia un afeitado y se acercó a la pared, donde Delwin la recorría con los dedos. Este apartó la mano y se miró las yemas con curiosidad.

—Quizá sea como el musgo —murmuró cavilando posibilidades— que lo cubre todo con el tiempo. Quizá los símbolos estén debajo. No se ven, pero funcionan.

—¿Te refieres a como si fuera suciedad? —preguntó Esmail. El enano sacó una daga y recorrió un pedazo de pared haciendo saltar chispas—. Aquí solo hay piedra firme.

Tansy se acercó a Brannon y extrajo un pedazo de tela de su mochila.

—Trae, a mí no me queda ninguno limpio.

Se acercó a la pared y le escupió con ganas, incrustándola un salivazo que resonó con un ruido sordo. Acto seguido comenzó a

frotar con el trapo con fuerza, pero sin resultado. La piedra seguía brillante sin distinguirse de la que no había sufrido el salivazo.

—No creo que sea eso. ¿Crees que vas a limpiar una pared con magia de Dioses a escupitajos? —preguntó Ericka.

—Pues ya he hecho más que tú —le espetó a la cara. Ericka abrió los ojos de par en par, ofendida.

—Beals, he cambiado de opinión respecto a la Esencia Dorada. Deja que la atragante con ella.

Huz volvió la cabeza hacia ellas, que caminaban una hacia la otra en busca de pelea.

—Sonth, los Uldenhar eran magia pura, ¿no?

—Sí, creada por Calandra, ¿por qué lo dices?

El semielfo se acercó a Beals y le tendió la mano.

—¿Me permites un poco de tu Esencia Dorada?

Beals dudó un instante, pero al final sacó la cantimplora lentamente.

—Bebe con moderación.

—Oh, no te preocupes por eso —respondió recogiendo la cantimplora—, no tengo intención de beber.

—Entonces ¿qué es lo que…?

El gigantesco enano abrió los ojos de par en par, incrédulo cuando vio a Huz verter un poco de su preciado líquido en un sucio trapo. Enrojeció de rabia y trató de arrebatarle la cantimplora al semielfo.

—Beals, ¡contrólate! —gritó Ericka corriendo a sujetar al enano. No fue la única y Esmail y Brannon se unieron a ella—. ¡Ayudadme!

Sonthorn se unió a ellos, pero entre los tres apenas lograban sostenerlo. Sus ojos seguían clavados en Huz y en su herejía.

—¡Archy! —pidió Brannon. El espectro se adentró en el cuerpo de Beals y este dejó de tratar de… bueno, de matarlos a todos—. Haz que se calme, por las Vetas Sagradas, ¡que solo es un brebaje!

—No es solo un brebaje, Brannon —dijo Huz frotando un pedazo de pared con el trapo humedecido. Con cada pasada se iban dibujando runas doradas en la roca—. Es la magia de Calandra, la poderosa e iracunda Primera Diosa.

CAPÍTULO 13

LAS NORMAS DE LA MAR

Cerón permaneció junto a sus compañeros mientras el barco bullía de actividad. Su personal, que supo pronto que se llamaban a sí mismos “la tripulación”, preparó la marcha con movimientos coordinados y bien entrenados. No hicieron falta órdenes ni gritos para que cada uno de ellos cumpliera con su tarea. Por supuesto el mago no sabía en qué consistían ninguna de estas tareas, pero pronto pudo distinguir cómo había hombres y mujeres especializados en cada labor.

Varios de ellos, los más numerosos en realidad, se encargaban de las velas tirando de cabos gruesos como el brazo de su antiguo cuerpo. Otros hacían pequeñas reparaciones en la madera del barco, clavando tablones sueltos o cambiando mamparos en mal estado. Pudo ver a una mujer trepar a gran velocidad por el mástil principal, el más alto de los tres que se alzaban de las cubiertas. Miró a lo que debía ser la parte posterior del navío y encontró a varios hombres tirando de una cadena de metal con apariencia de pesada. Todos estaban ocupados trabajando de forma eficiente, lo que le hizo sentir orgulloso sin pretenderlo.

Fue entonces cuando pudo notar el empuje del viento en las velas, que se hincharon con fuerza y comenzaron a impulsar el barco hacia el este, alejándose de la costa. Se acercó a la borda y vio cómo el navío chocaba contra las pequeñas olas del mal, elevándose y descendiendo con cada una de ellas. Se agarró al pasamanos y tragó saliva. Jamás había estado en un barco y lo más grande en lo que se había subido jamás había sido un carro. Se sintió marear al notar cómo el barco avanzaba en solitario sin apariencia de control ninguno.

Miró a sus compañeros que estaban encantados con el movimiento bajo sus pies. Sus rostros eran joviales y se deleitaban olfateando el aire lleno de sal que el choque del barco contra las olas proyectaba sobre la cubierta. Suspiró sin poder hacer nada, teniendo que resignarse a dejarse llevar una vez más. Buscó con la mirada a

Sadie y la vio una cubierta por encima hablando con un hombre con un sombrero peculiar en forma de triángulo. Este sostenía una enorme rueda de madera que engranaba con un poste vertical.

Sin perder de vista el mar frente a él, asentía o evadía las peticiones de la mujer con elegancia. Sin embargo, quedaba claro que ninguna de sus peticiones obtendría más respuesta que las ya otorgadas. Él se debía a su barco, a su tripulación y a su trayecto. Finalmente, Sadie se dio por vencida y abandonó la cubierta de mando, alejándose tras ella, donde se introdujo en lo que parecía una pequeña vivienda. Cerró la puerta sin decir ninguna palabra más.

Cerón trató de ver mejor al capitán del navío, que sostenía el timón junto a un pequeño objeto en la mano que no logró identificar. Se puso de puntillas sin obtener más resultado que una sacudida que por poco lo lanza por la borda.

—¡Tú! —gritó un tripulante que no reconoció. Debía de ser un miembro de la tripulación—. Más te vale no caer al mar, tardaríamos muchos minutos en volver a por ti. Pronto el agua será más mucho más fría y no sobrevivirás lo suficiente para esperarnos. Cuando estés próximo a la borda mantente en guardia y dobla las piernas o una sacudida del barco te derribará. El mar es imprevisible, tenlo siempre en cuenta.

—Sí... señor —respondió Cerón, flexionando ligeramente las piernas.

El hombre asintió ante su gesto y continuó su camino. Helmut ocupó su lugar.

—Ven conmigo, mago. Vosotros —dijo mirando al resto de los aprendices—, volved a familiarizaros con el barco y presentad vuestros respetos al capitán.

El grupo asintió y todos se alejaron hacia la cubierta que acababa de abandonar Sadie. Cerón vio a *Esmeralda* con la ropa empapada ceñida a su cuerpo alejarse y trató de mirar a otro lugar que no fuera a ella.

—No te preocupes, tendrás ocasión de presentar tus respetos tú también —le disculpó Helmut sin duda creyendo que su mirada se debía a ello—. Mientras tanto, ven conmigo. ¿Qué sabes de los barcos y la mar?

—Que son imprevisibles —dijo repitiendo las palabras del

marinero anterior.

—¡Ha! —rio ante su comentario—. Y qué razón tienes. Te voy a dar unas instrucciones sencillas de lo que es un barco y de lo que se espera de ti. Aquí utilizan un idioma propio, pero hoy solo debes aprender lo que es proa, popa, estribor y babor —dijo señalando los cuatro puntos del barco—. Esta es la cubierta principal, aquella la del capitán y esta la de popa. A través de ella se llega a los camarotes, salvo a los del capitán, los del primer oficial con el que te has cruzado y el de Sadie. Tú dormirás aquí abajo. Sígueme y guarda silencio.

Helmut guio a Cerón hacia la cubierta posterior y abrió la puerta que la presidía. Un fuerte olor a humedad inundó los sentidos del mago, que aún seguía pensando en cuál sería el motivo de guardar silencio. Helmut dibujó una runa negra que comenzó a brillar con un fantasmagórico color violáceo. Para sorpresa del mago, la oscuridad podía emitir luz, lo que no tardó en asimilar.

"Ónice es la luz en la oscuridad de su raza. Imagino que todo tiene sus propias luces y sombras".

—Este barco transporta muchas más personas de las que has visto —continuó Helmut abriendo la primera puerta con suavidad y acercando la runa a la abertura. Le hizo una seña a Cerón para que mirara en el interior y señaló a las filas de literas que ocupaba un gran número de hombres y mujeres. Algunos ojos se volvieron hacia ellos, pero al ver quién sostenía la luz que coartaba su descanso, simplemente se dieron la vuelta. Cerró la puerta de nuevo cuando Cerón asintió—. Siempre hay un turno trabajando, otro durmiendo y otro que es libre de hacer lo que quiera. Salvo en momentos de actividad que se necesiten más manos, esta es su rutina y su vida.

—¿Nosotros haremos lo mismo?

—¿Vosotros? Oh, no, claro que no. Si tienes tiempo a dormir será un milagro en sí mismo. —Helmut abrió una segunda puerta al lado de la primera. De su interior emergió una luz fuerte y ambos pudieron ver a un numeroso grupo de marineros jugando a las cartas, haciendo ejercicio o leyendo. Sin embargo, ningún sonido salía de su interior—. Esta es la sala de descanso y está protegida por un hechizo de silencio para permitir el reposo en la que ya has visto. Con suerte algún día tendrás tiempo para entrar en ella para algo más que para limpiarla.

Cerón asintió mientras la puerta se cerraba de nuevo, apartando de su vista la jovialidad que solo el descanso bien merecido

proporcionan. Helmut siguió hacia uno de los lados del recibidor y se agachó ante una hebilla de metal. Tiró de ella con fuerza y una gruesa tabla se elevó del suelo mostrando una escalera de madera hacia el interior del barco. Esta se alejaba al menos cuatro metros.

—Sígueme —dijo Helmut bajando en primer lugar—. La vida de los aprendices es dura, como ya habrás visto. Deben entrenar, aprender, practicar y alguna vez descansar. Este barco está preparado para que un grupo pequeño pueda hacerlo casi como en Praedesi. Tú ocuparás el de Greta desde ahora. —El hombre de tez oscura señaló hacia una de las literas, concretamente la segunda cama. Por un momento Cerón se preguntó cuál sería la de *Esmeralda*, pero apartó la idea de su cabeza. No tardaría mucho en descubrirlo. Helmut siguió avanzando por la sala y señaló un lugar que a Cerón sí le resultó conocido.

—¡Una sala de estudio! —exclamó excitado. Añoraba los días en los que su único cometido era aprender. Avanzó entre los pupitres y llegó hasta dos estanterías llenas de libros. Todos eran muy jóvenes en comparación con los de la Escuela de Magia de Shuko y el paso de los años no había hecho su efecto aún. Sin embargo, sí que estaban gastados, seguramente debidos al uso por parte de los alumnos. Se sorprendió al pensar en que todos ellos hubiesen tenido una formación así de exhaustiva si tantas manos había abierto aquellos volúmenes.

—Sí, una sala de estudio. Normalmente los alumnos no disfrutan de la lectura y solo abren los libros obligados. Algo me dice que contigo no será así, lo cual te beneficia. Tu examen no tardará en llegar —dejó caer Helmut.

—¿Mi examen? —preguntó Cerón tratando de sacarle algo de información, pero no consiguiendo más que un leve asentimiento con la cabeza.

—Los principios de la magia ya los conoces, por lo que eso te ahorra trabajo. Bien, después de aprender la magia de verdad te tocará entrenar tu cuerpo, y no solo en la fuerza. En Praedesi lo que más se valora, lo que permite que podamos usar las runas, es la voluntad. Solo una voluntad de hierro, inquebrantable, decidida a arrasar con todo lo que se interponga en el camino de su creador te permitirá doblegar las runas. Si careces de la voluntad adecuada, la magia acabará contigo y nadie te llorará en este barco —explicó Helmut con neutralidad. Que un nuevo recluta cediese ante el poder de las runas no cambiaría nada. Habían sido cientos los anteriores a él y seguramente serían cientos más los siguientes.

—Deduzco que Sadie no tiene interés en que conozca al Consejo de Praedesi si acepta la posibilidad de que muera en el camino —planteó Cerón, que ya había dado demasiadas vueltas a esa pregunta y necesitaba respuestas.

—Al contrario, está deseando que llegues a la Isla. Pero ten en cuenta una cosa, mago, nadie jamás entra en la Isla si no está preparado para sobrevivir a ella. No podemos aceptar que nadie más se una a ellos.

—¿Cómo? ¿Unirse a qué?

—Todo llegará. Tú asegúrate de estar a la altura, pero a Sadie le dará igual. Si logras presentarte ante los líderes de Praedesi podrás dar tus explicaciones y tal vez sobrevivir. Si no lo logras, bueno, ya has visto cómo Sadie es capaz de resucitar a los muertos. —Un escalofrío recorrió el cuerpo de Cerón al comprender su destino—. Te llevará hasta ellos aun hecho pedazos que nadie pueda robar y te resucitará. Entonces te pedirán explicaciones y te aseguro que las darás.

—Me dará vida de nuevo como en el bosque…

—Pero poco tiempo. Como ya te he dicho, nadie vive en la Isla si no está a la altura.

—¿Y el resto de aprendices? Por sus conversaciones entendí que vivían en ella. Si están aquí es porque no han aprendido lo bastante para pasar la prueba, pero vienen de allí —preguntó tentando a la suerte. Tal vez fuera el único momento que volvería a tener a solas con Helmut y este parecía querer compartir con él información.

—La Isla no es una única isla, y basta de preguntas. Si quieres averiguar más pasa la prueba. Tendrás información más que suficiente después —respondió tajante, avanzando de nuevo a través de la sala. Se detuvo ante los mostradores de armas y los arcones con pertrechos de entrenamiento—. Tal vez llegue el día que no tengas fuerzas para conjurar las runas sin riesgo para ti o para otros. Para ese día están las armas de metal. No se gastan, no se acobardan, no se amedrentan ante el combate. Tendrás que dominar la lucha con espada y escudo, lo que entrenará tu cuerpo y fortalecerá tus músculos.

“Parece que haré los dos años de Sonthorn en la Escuela Militar y de Magia a la vez —se dijo al darse cuenta de por lo que iba a pasar. Una parte de sí mismo estaba deseando el reto”.

—Entendido, maestro.

—Y esto de aquí —dijo señalando un cuadrado rodeado de cuerdas de cuatro metros de lado— es el resto de tu entrenamiento físico. Aquí aprenderás a luchar con las manos. En Praedesi es demasiado valiosa la vida de sus miembros como para no enseñar hasta el último recurso para defenderse. —Cerón enarcó una ceja que Helmut comprendió al momento—. Si te preguntas entonces por Greta, piensa cuánto más detestamos la traición como para regalar una vida bien formada.

Cerón asintió comprendiendo sus palabras. Ya había asumido hasta qué punto era importante la unidad dentro del grupo.

—¿Por dónde empiezo? —preguntó aparentando determinación. En cierta manera deseaba iniciar el entrenamiento que le he habría de llevar hasta poder formular las runas blancas. Apartó la idea de *Esmeralda* y el dragón y se concentró en su misión. *"Conocer las runas blancas puede cambiar el destino de La Guerra. Sonthorn necesita poder conocerlas, solo en sus manos serán lo bastante poderosas".*

—Esta sala lleva semanas sin usarse —dijo acercándose a un armario en una pared—. Está sucia y debe estar en perfectas condiciones para todos tus superiores. Comienza por limpiarla como es debido.

Helmut le tendió un cubo de madera, una fregona y un trapo, que Cerón tomó agachando la cabeza.

—¿Qué límites tengo?

Helmut frunció el ceño hasta que comprendió lo que quería decir. Se encogió de hombros.

—Lo que agotes tu cuerpo es tu decisión. Después de esta tarea vendrán más, y tras ellas la formación, y después más tareas y entrenamiento. Tú decides cómo afrontarlo todo, solo te lo advierto. Tú cargarás con el resultado de tus actos y no habrá nadie para levantarte cuando caigas. ¿Comprendes?

—Sí, maestro, comprendo.

Helmut observó a Cerón de arriba abajo y asintió lentamente. Ya le había dicho todo lo que tenía que saber y conocía su siguiente tarea. No había nada más que hablar y no lo hubo. Se alejó escaleras arriba y dejó al mago solo, por primera vez en muchos días. Depositó el cubo y la fregona en el suelo y se estiró todo lo que pudo, girando sobre sí mismo disfrutando de la tan codiciada soledad. La última vez

que había logrado sentirse solo había sido en el territorio de los elfos, en lo que parecían años de distancia. Habían ocurrido tantas cosas en las últimas semanas que todo le parecía terriblemente lejano en el tiempo.

Respiró hondo y pronunció el hechizo de luz humano. Elevó la esfera de luz ante él y le otorgó fuerza para colmar la sala con su brillo blanco. Pudo descubrir que los aprendices se limitaban a ocho, como tantas camas o pupitres. Descubrió varios armarios que le habían pasado desapercibidos y los abrió encontrando simple ropa de cama. En los arcones cercanos a la zona de entrenamiento armado descubrió armaduras ligeras, tanto que casi no proporcionaban protección alguna. Eran simples refuerzos de cuero que en nada se parecían a las armaduras que había visto en su viaje.

"Seguro que Sonthorn sabe por qué son tan ligeras —se dijo, lamentándose por no conocer los motivos—. *Algo me dice que pronto lo aprenderé. Y por las malas".*

Trató de hacerse una idea de cuánto tiempo le llevaría limpiar aquella gran sala y la conclusión incluía la palabra "mucho". Chasqueó la lengua y pensó en la mejor manera de cumplir con su tarea y terminar cuanto antes. Podía hacer uso de la magia, pues conocía hechizos para ello. No eran tan precisos como unas manos habilidosas, pero sus manos tampoco lo eran.

Comenzó a pronunciar el hechizo para llenar el cubo de agua con la humedad del ambiente y se detuvo con la segunda palabra mágica.

—No… no está bien —murmuró torciendo el gesto. Era demasiado fácil, era un atajo hacia el resultado, no hacia el camino—. No debo encontrar atajos. La magia castiga los errores, la pereza, la desidia. ¿Qué clase de mago sería si no comprendo el camino adecuado? Además, comienzo a entender a Praedesi. Quieren una voluntad inquebrantable y esa no se encuentra en los atajos, sino en los duros caminos para un resultado adecuado. Por eso debieron morir tantos aprendices antes. Buscaron el camino corto y ese conduce a errores, y estos a la muerte.

Volvió a levantar el cubo y se dirigió directamente a la escalera, que ascendió raudo. Dejó la trampilla abierta para ventilar todo lo posible y salió a la cubierta posterior. Encontró el ajetreo propio de un barco en movimiento, donde los marineros eran acompañados por los aprendices. Estos trataban de ayudar mientras ponían al día sus conocimientos con preguntas o comentarios que los marineros

respondían apresurados.

Encontró a *Esmeralda* dirigiéndole una fugaz mirada que no se diferenciaría de quien ve a un gato en un tejado para seguir mirando la calle al instante. Trató de que su propia mirada fuera igual de neutra, pero estuvo seguro de que no fue capaz. Por suerte, nadie le prestaba la mínima atención. Se acercó al primer marinero que encontró en su camino.

—Necesito llenar varios cubos de agua. ¿Dónde encuentro una cuerda con la que atarlo? —preguntó. Sabía que no servirían de nada ni las presentaciones ni las gentilezas. El marinero levantó una mano y señaló a un rincón con varias sogas recogidas en un círculo sin fin colgando de una pared—. Muchas gracias.

Recibió un gruñido único como respuesta y desapareció de su vista, alejándose de él. Se encogió de hombros y se acercó a las sogas, cogiendo una de pequeño grosor, mucho menos resistente que el resto. Para la tarea de elevar un pequeño cubo de agua no sería necesario un cabo como el que sostenía las velas. Lo ató al cubo y se acercó a la borda, donde flexionó las rodillas como le habían dicho y dejó caer el cubo hasta el agua. Cuando se hubo llenado lo elevó sorprendido de su peso y lo dejó en cubierta. Desató la cuerda y la dejó cerca de la borda, donde pudiese volver a usarla.

Sin embargo, una patada lo derribó y con ella al cubo y a su contenido. Cayó de bruces al suelo y tardó unos pocos segundos en saber qué estaba ocurriendo. Miró tras de sí y vio a *Esmeralda* gritándole. Tras ella un marinero se detenía con una porra de madera en la mano y muy malas pulgas en el rostro.

—¿Se puede saber qué haces, gusano? —le preguntó furiosa. Se acercó a él y le dio una nueva patada en el estómago que dobló al mago de dolor. La magia no se interpuso—. Nada se deja tirado en la cubierta. Cualquiera puede enredarse y caer por la borda. Una dejadez así puede costar la vida a tus superiores. Tú puedes tirarte al mar si quieres, pero no pondrás en peligro a tus compañeros, escoria.

—No… no lo sabía, lo siento…

Esmeralda dio un puñetazo a Cerón que lo lanzó contra la cubierta. Se agachó a su lado sujetando su pelo con fuerza. Se acercó a su oído y le susurró con cuidado.

—Nada fuera de lugar, pasa desapercibido. Si no existes no la cagas. Da gracias que sea yo quien te corrija y no el del garrote.

Acto seguido empujó el rostro de Cerón contra el suelo de nuevo y se levantó gritando a todos los presentes.

—Ya ha sido advertido una vez. Al próximo error acabad con él.

Esmeralda se apartó de él no sin antes escupirle en la cara de nuevo, lo que provocó asentimientos de cabeza de aceptación. El hombre del garrote se humedeció los labios y se relajó. Bajó el arma y se alejó tras asentir a *Esmeralda* por su adecuada corrección. Cerón no quiso pensar en lo que habría pasado si hubiese sido él quien le hubiera enseñado modales.

Se limpió el rostro del escupitajo preguntándose si aquella costumbre suya sería derivada de la Isla o de los propios dragones, lo cual le resultó curioso. Tomó nota mental de preguntarle algún día, pues sabía que llegaría el momento en que la confianza entre ambos sería lo suficientemente firme para ello. La cuestión era, ¿cuánto tiempo faltaba? Con cada minuto que se esfumaba se acercaba más esa fecha, pero también la de la visión del mago.

Se puso en pie y volvió a atar la cuerda al cubo para hacerlo descender otra vez a por agua. Cuando lo recogió de nuevo, desató la cuerda y comenzó a enrollarla lo mejor que pudo. Fue torpe y lento, tanto que el marinero del garrote, que no se había alejado demasiado, se acercó a él.

—Déjame a mí —dijo para su sorpresa, pues el mago esperaba una actitud semejante al propio garrote que colgaba de su cinturón amenazante—. Hazlo así. —Acto seguido comenzó a enrollar la soga en el suelo ante él con deliberada lentitud, lo bastante para que un ojo interesado aprendiera—. Esta soga es lo bastante delgada para poderse enrollar en un brazo también, así. —Una nueva demostración con el final del cabo que enrolló entre su mano y su codo con agilidad. Cuando Cerón asintió comprendiendo la lección, terminó de enrollarla en el suelo—. En Praedesi enseñamos lo que hay que aprender y modales no es algo que a tu edad le deba ser ajeno. Puedes preguntar, puedes pedir ayuda, puedes aprender. Pero lo que no consentimos es la desidia ni la falta de interés. Continúa con tu trabajo, aprendiz.

—Sí, señor —respondió Cerón al instante, recogiendo la cuerda enrollada del suelo y llevándola hasta su lugar original donde la dejó colgada esperando a un nuevo uso. Bajó al barracón de los aprendices con el cubo en la mano y se detuvo a esperar a que el corazón volviera a su lugar y dejara de intentar salirse de su pecho.

Tras un minuto de respiración se sintió lo bastante fuerte para emprender la tarea de nuevo. Recogió la fregona y comenzó a fregar el suelo de madera desde el fondo de la estancia. Se detuvo en cada mueble, cada arma, cada cama e incluso en cada libro. Si su tarea era limpiar aquella sala, por la Diosa que lo haría correctamente y sin atajos, pero cuando llegó a la altura de la pequeña biblioteca, tuvo que detener su trabajo.

Observó los libros expectantes de alguien que los abriera y no pudo por menos que leer alguno de sus títulos. La mayoría de ellos hablaban sobre los trazos de las runas, su grosor, sus curvas o sus líneas cortantes. Algunos versaban sobre conjeturas e ideas generales de la magia rúnica e incluso encontró uno que teorizaba sobre las frases rúnicas.

"Sadie sabe unir las runas, lo hizo con la espada de Nefrén —pensó Cerón buscando más libros sobre las oraciones rúnicas sin éxito alguno —. *O es la primera que es capaz o es que ese conocimiento no se otorga a los aprendices, lo que no me extrañaría. Un poder así, una magia tan terrible como complicada, debe estar solo al alcance de unos pocos".*

Se apartó de los libros y volvió a su tarea encantado de tener algo en lo que pensar que le distrajera de… bueno, del resto de cosas en las que también tenía que pensar. Su mente bullía con teorías, ideas y conjeturas tanto sobre la Isla, los Calán, *Esmeralda*, las runas y Praedesi. El problema de tener tanto en lo que pensar es que una mente tan ávida como la suya pasa de un problema a otro en busca de soluciones que solo el tiempo podía entregar y lo único que conseguía por el camino era agotarse.

Para su desesperación, su única forma de averiguar más o de encontrar soluciones era seguir adelante.

—Y eso haré —murmuró espoleándose a sí mismo. Si no lo hacía él, ¿quién lo iba a hacer?

Subió a cubierta y de nuevo volvió a recoger la cuerda de su lugar para usarla otra vez para recoger un cubo de agua. Esta vez sí que vio los ojos de Helmut sobre él, lo que no pudo ver era cómo asentía conforme con su decisión. Volvió a recoger la cuerda, que cada vez era capaz de hacerlo mejor y más rápido con el paso de los intentos, y se llevó de nuevo el cubo al interior del barco a terminar con su tarea.

Cuando Cerón suspiró al ver que la sala estaba completamente limpia, no habría sabido decir cuánto tiempo le habría llevado. Sin

embargo y a juzgar por la escasa luz proveniente de las escaleras, debían de haber sido horas. La última vez que había subido a cambiar el agua ya el día trataba de irse a dormir, lo que él sabía que él no haría aquella noche.

Solo quedaba un último toque que hacer allí dentro y era acabar con el olor de años de humanidad que no salían solo con agua. Sacó una buena cantidad de hojas de su cinturón, en realidad no le importó cuales pues su intención no era preparar brebajes con ellas, sino perfumar la sala. Las echó en el agua del cubo y con la magia hirvió esta. Pronto comenzaron a emanar vapores aromáticos del mismo, que burbujeaba gracias a su energía. Por supuesto, Cerón no notaba el conducto de fuerzas hacia el cubo en un hechizo que hacía tan solo meses hubiese acabado con su consciencia.

La nube de aroma se elevó en todas direcciones, llenando la sala e impregnando el lugar. No deseaba un olor demasiado intenso y eliminó la magia sobre el cubo, que dejó de burbujear al instante. Tras ello ordenó a la magia que renovara el aire de la sala con una corriente suave que extrajo la mayoría del olor de su interior. Salió al exterior y repitió la tarea de atar el cubo, bajarlo, subirlo, desatar la cuerda y guardarla que ya había interiorizado, solo que esta vez el cubo subió vacío justo cuando el sol se ponía en el horizonte.

Miró a su alrededor aún con el cubo en la mano y encontró a los aprendices en la cubierta principal de pie y en silencio dándole la espalda. Ante ellos Sadie murmuraba algo que él no era capaz de escuchar en la distancia, mucho menos bajo el ruido del barco. Dio un paso hacia ellos y Helmut se interpuso ante él. El hombre vestía completamente de negro, al contrario que los aprendices, lo que, unido a su tono de piel y la incipiente noche, hacían que pareciera más una sombra que un humano.

—No es tu turno. ¿Has terminado con la tarea que te encargué? —susurró sin mirarlo siquiera, sabiendo perfectamente la respuesta. No le había quitado ojo en todo el día.

—Sí, señor.

Helmut asintió.

—Ve a tu cama y descansa hasta ser llamado —ordenó sin más.

—¿Mi señor? —Helmut se volvió hacia Cerón y lo miró con frialdad. El mago no esperaba poder descansar en absoluto y deseaba saber qué estaban haciendo sus compañeros. Fuera lo que fuera,

deseaba saber. Pero el líder de los aprendices no tenía intención de permitirle saciar su curiosidad—. Sí, mi señor, agradezco un poco de descanso.

Helmut asintió de nuevo y le dio la espalda dando por finalizada la conversación. Cerón volvió al interior de la sala de los aprendices y, en cuanto puso un pie en ella, la trampilla de acceso se cerró con un fuerte chirrido, dejándolo solo. Sin embargo, esta vez no le gustó la soledad que lo acompañaba. Maldijo hacia sus adentros y se dirigió hacia su litera dispuesto a descansar.

Si algo había aprendido Cerón en aquellos días con los Praedesi era que las instrucciones se debían seguir a rajatabla. Si Helmut le había ordenado descansar, era lo que debía hacer, por muy tentadora que fuera la idea de comenzar a devorar aquellos libros que le aguardaban. Se tumbó en su cama y apagó la luz del hechizo, dejándolo sumido en la oscuridad y en sus cavilaciones. Por fortuna, las largas jornadas pasaron factura a su cuerpo que suplicó un descanso adecuado.

El mago se creyó a salvo de ataques nocturnos, más aún sabiendo que *Esmeralda* lo querría vivo y lo protegería de ataques inesperados.

"¿Quién eres? —se preguntó pensando en ella—. *¿Qué hay en tu isla que es tan importante y peligroso? ¿Por qué te pareces tanto a los druganos siendo tan diferente? Estás aquí en busca de respuestas como yo, la cuestión es: ¿cuáles son tus preguntas?"*

Negó con la cabeza y se giró hacia un lado de la cama que lo acogió como una madre acuna a su bebé. Era una agradable sensación poder dejarse llevar y descansar, aunque fuera tan peligroso como hacerlo allí. El barco subía y bajaba con suavidad, meciéndolo a intervalos regulares que pronto se acompasaron con su respiración. Fue entonces cuando se dio cuenta del frío que comenzaba a sentir y se arropó hasta los hombros, acurrucándose contra sí mismo. El gesto le reconfortó sobremanera. En Firmantalas el calor era demasiado intenso para ello, aunque en Sonnen sí tuvo la oportunidad. Sin embargo, las chimeneas ardían con tal fiereza que se volvió un gesto innecesario por completo. Cierta parte de él lo echaba de menos sin saberlo.

Arroparse bajo una manta gruesa le daba una sensación de seguridad que sabía a todas luces que era irreal, pero que, aún así, le reconfortaba. Pero lo que mejor le hacía sentir era el recuerdo que traía el gesto, pues a su memoria volvían los días en Shuko en los que

su única preocupación era aprender más, ser mejor, más habilidoso, más inteligente.

"En cierta manera, no se diferencia mucho de esto —se dijo al pensar en los pupitres y los libros".

Sintió una sensación de hogar terriblemente dolorosa, pues una parte de sí mismo deseaba entregarse a ese hogar nuevo en el que se sentía él mismo. Por otro, sabía que caminaba sobre una cuerda muy fina que podía romperse en cualquier momento arrebatándole la vida. El joven mago vivía en una dicotomía entre el sentimiento de pertenecer a aquel grupo y la sensación de odio y asco que este le producía por lo que había hecho en el continente.

Y luego estaba ella.

"Esmeralda…".

Sus pensamientos volvían cada poco tiempo hasta ella, desgarrando su consciencia como las garras de un dragón se hunden en la carne. Recordó sus encuentros con tres dragones en su vida. Kalmenter trató de acabar con él y solo la intervención de Roland lo salvó. Quien luego supo que era Nefrén el que estuvo a punto de atacarlo a él y a Neyvel, recobrando la suficiente consciencia para alejarse de ellos. Y el tercero fue Ónice durante la batalla de Sonnen, siendo ella el más majestuoso de los tres. Si bien Kalmenter era el más grande, la drugana era mucho más impresionante. Tenía el poder de la juventud que al anciano dragón de la torre le faltaba, por no hablar de su armadura negra.

El dragón transformado de *Esmeralda* se parecía más a Ónice que a Kalmenter y no solo por la juventud. El dragón negro carecía de una presencia humana en su interior, como la propia drugana. Había una esencia dentro de ellas que distaba mucho de la del dragón.

"Tienen que estar relacionadas, pero hasta donde sé, no hay más razas, ni siquiera existen más dragones. El último era Kalmenter y murió en aquella torre. ¿Tendrá algo que ver con Rénal? Ha estado desaparecido, ¿puede haber formado parte de eso? —La idea no era descabellada. Él había doblegado el espíritu de Nefrén, ¿por qué no el de cualquier otro ser? Sin embargo, el mago descartó la idea rápidamente—. *No, Nefrén era su esclavo mientras que ella es libre. Demasiadas preguntas sin respuesta por hoy. Será mejor que trate de descansar, a saber qué me deparará el mañana.* —Cerón sonrió tristemente—. *En realidad sí sé qué me deparará el mañana: más preguntas".*

CAPÍTULO 14

UNA LECCIÓN DE VOLUNTAD

Cerón escuchó llegar al resto de los aprendices a la sala pocas horas después. Se introdujeron en sus camas sin la mas mínima palabra y sus pasos parecieron poco menos que sombras en la noche cerrada. Cerón abrió los ojos cuando sintió su litera agitarse bajo el peso de sus compañeros, pero los volvió a cerrar en cuanto descubrió que no había nada que aprender de aquel momento. No había información alguna en su búsqueda de descanso nocturno.

Cambió de posición y se tumbó boca arriba buscando volver a conciliar el sueño, algo de lo que no estaba seguro de poder lograr. Con las pocas horas de descanso que le habían permitido había más que cumplido su necesidad de reposo. Su cuerpo se había acostumbrado a pocos minutos de descanso tras muchas horas de jornada tras tantos días de viaje junto a Sonthorn.

"¿Se ha acostumbrado o ha nacido para ello? —se preguntó pensando en su nuevo cuerpo proveniente del pozo. Aún seguía sintiendo que no se conocía a sí mismo y no solo por su fuerza o resistencia. Era como si todo lo que hubiese creído en su vida, todo lo que hubiese dado por sentado alguna vez, se estuviera desmoronando ante él. Si no hubiese sido una locura, habría jurado que a veces su mente lo engañaba, entregándole percepciones extrañas o, como mínimo, inesperadas—. *Como esta locura de viaje…"*

—Locura… —repitió en voz alta y se giró de nuevo de lado, ahuecando la almohada en busca de algo más de comodidad de la que le daba su mente.

Suspiró y sintió cómo la litera se movía ligeramente, seguramente debido al mismo movimiento de alguno de sus compañeros, todos ellos desconocidos en la oscuridad de la noche. El movimiento cesó tan rápido como empezó y se relajó, al menos lo justo antes de sentirse asaltado de nuevo, pues una mano ascendió desde la cama inferior y agarró su cuello.

Cerón se vio arrastrado de nuevo a lugares donde solo la magia era la dueña de sus ojos.

Una mano empujó el cuello de Cerón obligándolo a apoyar las rodillas en el suelo. Estaba demasiado herido para resistirse y se dejó llevar.

—Es un maldito telépata —dijo un hombre hosco y fuerte, de anchos hombros y pelo y barbas grisáceas. Debía de haber pasado los cincuenta años, pero se mantenía más en forma de lo que Cerón estaría en toda su vida. El mago miraba a su interlocutor desde el suelo, de rodillas, sintiendo cómo su cuerpo maltrecho le dolía en cada rincón sin saber dónde terminaba un dolor y empezaba otro. Para su sorpresa, lo que más le dolía era el rostro, donde un ojo hinchado amenazaba con cerrarse e impedirle ver nada a su izquierda —. Mátalo.

Varias lanzas de madera se volvieron hacia su cuello dispuestas a cumplir con su petición sin hacer la más mínima pregunta. Cerón podía sentir, ya que ver se le dificultaba más a cada instante, que aquellos hombres y mujeres protegidos solo con pieles respetaban casi hasta la veneración a aquel hombre. El mismo que había pedido su muerte.

—¡No! —gritó Esmeralda a su izquierda, o eso creyó. Con el ojo como lo tenía le resultaba imposible distinguir nada. Por suerte su voz le era familiar a pesar del zumbido en su oído.

“Además, si es ella, ¿cómo se muestra con forma humana? ¿Qué hay del dragón? —Cerón giró la cabeza tratando de ver el mundo a su alrededor sin encontrar el más mínimo rastro del monstruo verde que se suponía que era ella—. *¿Quién es esta gente?”*

—¿Quiénes sois? —preguntó Cerón, lo que le dolió terriblemente. Movió la mandíbula tratando de que volviera a su sitio sin saber cómo había llegado a aquella situación comprometida—. ¿Dónde estoy?

—¡Ahí tienes la prueba! —exclamó *Esmeralda*.

El hombre alzó una mano ordenando esperar y frunció el ceño.

—Puede no ser más que una trampa —dijo desconfiado—. Ya nos hemos visto con gente de su calaña antes, Tamatha. Sabes perfectamente de lo que son capaces. Ninguno mantiene la cabeza en su lugar demasiado tiempo. Al final siempre llegan al último peldaño

y lo sabes.

—Él no —afirmó rotunda—. No ha venido a por nosotros, ni siquiera sabía que existíamos hasta que me conoció. Arriesgó su vida para salvarme cuando Praedesi iba a quemarme viva.

—No te habría hecho nada y lo sabes.

—El fuego no, pero ellos sí. Estaban esperando a que me transformara, sabían lo que era y habían preparado una cárcel de runas para mí —se explicó con la voz cortada por el miedo. Por una vez en su vida había mirado a la muerte a la cara y no le había gustado la imagen. Los Calán eran poderosos, muy poderosos. No eran frecuentes sus encuentros con la muerte y ella no lo había experimentado jamás.

Cerón se humedeció los labios y descubrió un gran corte en la comisura izquierda que le dolió más que cualquier parte del cuerpo. Dejó escapar un gemido, lo que hizo que sus rostros se volvieran de nuevo hacia él.

—¿Quiénes sois? —repitió.

—¿Nosotros? —se burló el hombre—. Tú eres el que vienes a nuestra isla. Si alguien debe dar explicaciones, ese eres tú.

—¿De qué debo dar explicaciones? Estoy en la cama en un barco en mitad del mar. No sé dónde estoy ni a dónde voy —dijo el Cerón que aún permanecía en el navío. Sacudió la cabeza, incrédulo, tomando constancia de que no era su yo de la visión el que hablaba, sino él mismo. De alguna manera, y por la Diosa que no tenía la más mínima idea de cómo, lograba interactuar con su propio futuro.

—No hay ningún barco aquí, telépata. Estas son las montañas que dan refugio a los Calán.

—¡La primera noche! —exclamó *Esmeralda* agachándose ante Cerón—. ¿Es tu primera noche en el barco?

—Sí —respondió solícito.

—La primera noche tuvo una visión del futuro que me quiso revelar y que no le dejé que hiciera, como ordena Calandra.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó una mujer que se situó al lado del hombre. Aparentaba la misma edad y forma física, aunque su

complexión era mucho más delgada. Era fuerte y decidida, a juzgar por su rostro, pero también inteligente. Unos ojos verdes presidían su rostro, tan intensos como los de *Esmeralda*. Los del hombre eran amarillos para sorpresa de Cerón.

—No llega a tres semanas —respondió la joven inclinando la cabeza ante ella. Cerón tomó nota de que Tamatha se inclinaba ante alguien por primera vez, aunque tampoco estaba presente cuando vio al hombre por primera vez. Ambos debían de ser los líderes de los Calán y si mantenía respeto hacia ella, hacia él seguro que también.

—¿En tres semanas ha aprendido a usar las runas blancas? —preguntó la mujer mirando a Cerón con sorpresa.

—Es un telépata —dijo el hombre, significara lo que significara, pues para Cerón no tenía relación alguna ni con ellos, ni su isla ni con las runas—. Eso lo explica todo.

—Tal vez —murmuró la mujer caminando alrededor del mago todavía de rodillas—. Tal vez. ¿Cómo has aprendido a usar las runas blancas?

—¿Quiénes sois? —repitió de nuevo, obviando su pregunta, lo que hizo enarcar una ceja a *Esmeralda*, que miró a sus líderes preocupada. No responder a una pregunta directa era una falta de respeto terrible que podía decantar la conversación del lado de la muerte.

Ambos líderes se miraron un instante con complicidad, como si hablaran entre ellos sin que saliera palabra alguna de sus labios. El hombre apretó los dientes y bufó antes de darse la vuelta y alejarse unos pasos tratando de calmar su ira ante su falta de respeto. La mujer aprovechó para situarse de nuevo ante Cerón.

—Somos los Calán —dijo la mujer abriendo los brazos incluyendo al resto de hombres y mujeres que observaban al mago—, la raza elegida por Calandra para el destierro. Somos la esperanza del mundo y su perdición, o eso nos dice nuestra Diosa. Y bien, ¿quién eres tú y qué haces aquí?

—Mi nombre es Cerón. Soy un simple mago del continente que busca aprender las runas para derrotar a los Praedesi que están tratando de destruirlo.

—Y cuando tengas esas runas y derrotes a Praedesi, ¿qué harás con ellas?

—Ayudar a terminar con La Guerra que se cierne sobre el continente. Los elfos ya han sido reclutados y el último de los druganos blancos se ha adentrado en el mundo de los enanos para que se unan a la lucha —contestó sinceramente Cerón. No había nada que esconder en aquel momento.

—¿Guerra? ¿Contra quién? —preguntó el líder que regresaba de nuevo con el rostro más relajado.

—Contra los Ashgar, Praedesi, los asesinos, los druganos negros, los elfos oscuros, Rénal, Kelldom… Ya he perdido la cuenta de a cuántos nos enfrentamos y seguro que hay más.

El tiempo pareció detenerse mientras los ojos de los Calán se abrían de par en par. Pronto no tardaron en alzarse murmullos preocupados entre los espectadores. Cerón miró en todas direcciones buscando una explicación que no llegó hasta él.

—Ágata… —murmuró el hombre y la mujer asintió.

—Y Thierry.

—¿Quiénes? —preguntó Cerón, confuso. Ninguno de aquellos nombres le resultaba familiar.

—Traedlo con nosotros. A la mínima muestra de traición, acabad con él. Es un telépata y todos sabéis de lo que son capaces y de cómo cambian en un instante.

—¡Sí! —exclamaron varias voces alrededor de Cerón.

—¡Espera! ¿Qué es para vosotros un telépata? —Desde luego no podía ser lo mismo que para él, estaba seguro.

Pero no tuvo oportunidad de escuchar la respuesta. Una poderosa mano agarró su cuello y lo levantó del suelo. Cuando abrió los ojos, estaba de nuevo en su cama con la mano de *Esmeralda* agarrando su cuello.

Cerón ahogó un grito tratando de contener las sanciones que lo asaltaban. El recuerdo de los Calán, el dolor, los secretos revelados… todo era demasiado intenso para asumirlo sin más. Por suerte, la mano firme de *Esmeralda* se encargó de no permitirle emitir sonido alguno. Sujetó la muñeca de la mujer con suavidad sabiendo que era ella quien atenazaba su cuello.

“De no ser ella, estaría muerta por mi magia. ¿Por qué no me defiende de ella? —se preguntó de nuevo”.

Dio un par de palmadas lentamente en el dorso de su mano tratando de hacerla ver que estaba relajado y no haría ningún ruido, lo que la mujer entendió. *Esmeralda* relajó su mano y permitió al mago respirar de nuevo. Un nuevo movimiento en su litera y el rostro de la joven apareció a su lado. Sus ojos verdes parecían brillar en la oscuridad como si de fantasmas se tratasen. No emitían luz alguna, por supuesto, pero eran como dos faroles en la distancia. No se veía nada más de ella, lo que le daba un aspecto tétrico y fantasmagórico.

—¿Has vuelto allí, verdad? —susurró de forma casi imperceptible.

—Sí, y sé que no me dejarás que te lo cuente. —*Esmeralda* asintió conforme—. ¿Cómo lo has sabido?

—Aún estoy en ello. Demuéstramelo, dime algo que solo yo sepa.

—Tienes dos líderes, fuertes y respetados.

—Eso no demuestra nada.

—Tienen muy mal genio.

—Por ahí vas mejor.

Cerón pensó un momento antes de continuar. No podía decir demasiado por miedo a que los escucharan. Finalmente encontró lo que necesitaba en unas palabras que ni comprendía.

—Thierry…

Los ojos de *Esmeralda* se entrecerraron y su rostro se ladeó, sorprendida de escuchar aquel nombre. No esperaba algo así. Era un nombre casi prohibido en su mundo, castigado con la culpa durante milenios. Si había sido pronunciado delante del extranjero solo podían significar problemas. ¿Qué podía haber ocurrido? No podía preguntarle al mago directamente, Calandra se lo habría prohibido. Sin embargo, era demasiado importante para dejarlo pasar sin más. Necesitaba pensar en ello.

—Descansa —dijo cerrando los ojos y desapareciendo de la vista de Cerón.

Un instante después estaba tumbada en su cama, bajo él,

meditando ideas inconexas que no tenía posibilidad de enlazar sin desobedecer a su Diosa. Sobre ella, Cerón hizo lo mismo hasta que ambos cayeron rendidos al cansancio de la noche.

El terrible golpe de la trampilla al abrirse con fuerza sobresaltó a Cerón, que despertó desorientado. Miró a su alrededor tratando de centrarse y vio como el resto de aprendices se ponían de pie de un salto, situándose firmes frente a sus camas casi sin abrir los ojos. El mago los imitó con torpeza y se situó al lado de *Esmeralda*, la cual ni siquiera lo miró.

Un instante después, Helmut descendía por la escalera, deteniéndose al final de la misma. Miró a cada uno de ellos buscando faltas que no encontró.

—Una hora de ejercicio. El barco ha plegado velas para vosotros. Después desayunaréis y volveréis aquí para las lecciones. —Helmut miró las camas sin hacer y chasqueó la lengua—. Recoged este desastre antes de salir. Ya.

Los aprendices se apresuraron a hacer sus camas. Acto seguido se desnudaron y dejaron sus ropas preparadas sobre ellas, dispuestas para ponérselas al salir del agua. Cerón tragó saliva al ver de nuevo a *Esmeralda* desnudarse a su lado y se esforzó por evitar mirarla. Esta, al ver su sonrojo, decidió atajar la situación antes de que fuera a peor.

—Más te vale que te acostumbres a mi cuerpo o al de cualquiera, gusano —le espetó fríamente—. En Praedesi esto no es más que una jaula que esconde la esencia que nos da vida. Es una cáscara vacía en la que solo estamos de paso. Pronto lo verás igual que todos nosotros.

—Sí, señora.

Esmeralda miró a Cerón de arriba abajo y sonrió enarcando una ceja, lo que sonrojó aún más al mago. Este tuvo que hacer uso de toda su voluntad para no cubrirse, lo que obtuvo un asentimiento por parte de la joven conforme con su temple.

—No te alejes de mí, aún es mi responsabilidad que aprendas a nadar.

Acto seguido inició la carrera escaleras arriba y Cerón se vio obligado a correr tras ella entre el resto de aprendices. En cuanto llegaron a la cubierta saltaron al agua. Sin embargo, esta vez no había alegría o disfrute, ya no era existía el momento del ocio. Era el turno

de seguir preparándose para sus pruebas y nadar era otra de ellas.

En cuanto estuvieron en el agua y sus cuerpos despertaron con el frío, Helmut golpeó una campana dorada que cargaba en la mano. Al instante, todos los aprendices comenzaron a nadar rodeando el navío, que avanzaba lentamente ahora que había recogido las velas para ellos.

—Recuerda lo que aprendiste ayer y sígueme —ordenó *Esmeralda*, iniciando el nado con soltura siguiendo a sus compañeros que ya les sacaban varios metros de distancia.

Cerón asintió e inició su torpe lucha contra el mar, que lo mecía arriba y abajo con lentitud pero con constancia. Trató de hacer lo mismo con su cuerpo y sus brazos se proyectaron hacia delante, tirando después del líquido trasparente hacia atrás. Con ayuda de sus piernas y su corazón fuerte, inició un movimiento lo suficientemente rápido como para no avergonzar demasiado a la joven, que miraba tras ella esperando que el mago se hubiese ahogado cada pocos segundos. Para su sorpresa, siempre seguía allí.

Sin embargo, Cerón no estaba acostumbrado a un ejercicio tan intenso. Tal vez su cuerpo fuera poderoso y fuerte, pero sus músculos jamás habían conocido aquello llamado "nadar" y la fatiga no tardó en llegar a ellos.

"Tal vez los espíritus del Pozo no esperaban que hiciera algo así jamás y no lo tuvieron en cuenta —pensó mientras ladeaba la cabeza en busca de aire—. *Puedo correr por horas, pero dudo que pueda estar mucho tiempo haciendo algo así. ¿Cómo pueden ellos no agotarse? Ni siquiera parecen notar la fatiga, es como si no les afectara y estoy seguro de que no es por la magia.* —Miró a su lado y vio cómo el primero de los aprendices los adelantaban a gran velocidad. Aminoró la velocidad y observó sus movimientos desde su costado. Sus cuerpos parecían deslizarse en el agua con suavidad, con la naturalidad de quien lleva toda una vida haciéndolo. Grabó mentalmente sus movimientos y se decidió a imitarlos. Si bien las enseñanzas de *Esmeralda* habían sido útiles para no morir ahogado, lo que le agradecía, no había podido ver el movimiento completo desde tan buen ángulo como con aquellos aprendices—. *Además, resulta complicado centrarse en ello cuando…"*

—¡Cerón! —gritó la joven delante de él, que se había detenido—. ¡Sigue nadando!

—¡Voy!

El mago obedeció y se vio obligado a hacer uso de toda su voluntad para completar la hora de ejercicio impuesto. La determinación que utilizó para continuar adelante, brazada tras brazada, sin pensar en nada más que no fuera avanzar a pesar del cansancio, del dolor de su espalda, de su corazón acelerado, le llevó al siguiente nivel en la escala de la voluntad. Solo había sido una hora, pero a Cerón le había parecido una eternidad. Con cada metro sentía que desfallecería, que se hundiría y moriría arrastrado por el mar insondable.

Cuando vio descender la escalera por el costado del barco respiró aliviado. Los aprendices giraron hacia ella y Cerón cambió el rumbo. La tortura sobre su cuerpo había cesado, al menos por el momento. Se agarró a la escalera y ascendió tan rápido como pudo. Se sintió torpe tras la hora de ejercicio continuo y sus músculos rechazaron aquella nueva actividad extraña. Una nueva muestra de voluntad sobre su cuerpo y ascendió torpemente. Cuando llegó arriba Helmut le tendió la mano y él la tomó agradeciendo su ayuda.

—Gracias —dijo Cerón.

Una sonrisa siniestra se formó en el rostro del líder de los aprendices.

—No me des las gracias y salta de nuevo al agua. —Los ojos del mago se abrieron de par en par, incrédulos y aterrorizados. Sentía temblar cada fibra de su espalda—. Te han adelantado todos varias veces. ¿Eres más que ellos que debes entrenar menos?

—No, mi señor —contestó comprendiendo qué quería decir—. Merezco su entrenamiento y mucho más para estar a su altura.

—Recuérdalo mañana. De momento, dos vueltas más al barco. —Se volvió hacia *Esmeralda* que acababa de subir a su vez—. Acompáñalo, que no se hunda.

—Sí, señor.

Esmeralda saltó de nuevo al agua y Cerón la siguió tras respirar hondo y suspirar desde la borda. Cuando impactó con el agua, una sensación de ansiedad lo envolvió. Sabía que estaba agotado por aquél ejercicio extraño y aún así se veía obligado a lanzarse al agua de nuevo. Un viento de desesperación llegó hasta él mientras comenzaba a bracear siguiendo a *Esmeralda*. Esta vio cómo su rostro se endurecía y pudo percibir como su determinación flaqueaba cada vez que el mago miraba hacia delante calculando cuánto sufrimiento les restaba.

—Eso es lo que quiere —dijo la joven—. Quiere doblegar tu voluntad. ¿Se lo vas a permitir? No llegarás muy lejos si es así y tenemos un futuro que compartir, ¿recuerdas? Olvida el barco y mírame a mí.

—No se lo permitiré —respondió apretando los dientes y centrándose la vista en ella cuya visión era mucho más entretenida que la del barco—. Pero es tan duro…

—No hay peros en Praedesi, mago. Aquí se logra o se muere y no has venido a morir. Sigue siempre adelante y olvida el camino.

Cerón asintió tratando de confiar en lo que decía, por muy extraño que sonara para él. Solo siguió adelante, brazada tras brazada, concentrado en apartar de su mente los nubarrones de duda, miedo, rabia y desesperación que acudían con cada calambre de su espalda o brazos. Solo siguió avanzando mirando a la mujer deslizarse en el agua. Finalmente, *Esmeralda* se detuvo sin que se diera cuenta, absorto en sus pensamientos. Había visto tanto el cuerpo de aquella mujer que ya ni siquiera lo miraba. Tal como le había dicho ella en el barco, casi no era más que solo una cáscara vacía que habitaban temporalmente.

“Solo”.

Chocó contra la mujer y esta le sujetó impidiéndole seguir adelante. Ambos giraron abrazados por un momento antes de que Cerón se apartase de ella de un empujón. No tenía intención de permitir una nueva visión en el mar, mucho menos tan agotado como estaba. Además, sus manos había recorrido lugares igual de reveladores. Sin embargo, nada ocurrió esta vez.

—¿Nada? —preguntó *Esmeralda*.

—De visiones no…

—Qué extraño.

Cerón comenzó a subir de nuevo por la escalera, acompañado de los mismos calambres que la vez anterior, solo que más numerosos e intensos. Cuando llegó arriba, Helmut los estaba esperando. Le tendió la mano al mago de nuevo y este la agarró. No sabía si podía negarse a tal cortesía o no, por lo que decidió seguir en el mismo camino que la vez anterior.

—Cambiaros y salid a desayunar —les ordenó.

Esmeralda corrió hacia el interior de los camarotes y Cerón la imitó. Tardó unos segundos en acostumbrarse al cambio de luz reinante y llegó a su cama siguiendo el recuerdo del camino. Se vistió a toda prisa al lado de *Esmeralda* mientras el resto de aprendices se distribuían por la sala habiendo dado cuenta de su desayuno. Sus rostros estaban concentrados y no hablaban. Vio a dos entrar en el cuadrado de entrenamiento mientras otros cuatro se dirigían a los arcones con las armas.

—No te retrases, gusano —ordenó *Esmeralda*. Fuera del agua ya no era su protectora sino su superiora.

Cerón se vio obligado a apartar la vista de lo que iban a hacer a pesar de la terrible curiosidad que sentía por ello. Suspiró y salió al exterior donde Helmut les señaló una mesa alargada en el puente del capitán. Este repartía órdenes para iniciar de nuevo la marcha del navío ahora que habían cesado los ejercicios matutinos.

Esmeralda se detuvo ante el puente del capitán e hizo una sencilla reverencia. Este la miró y asintió conforme. Cerón la imitó en la gentileza y de nuevo el hombre aceptó que acudieran a su cubierta. Era su barco y sus normas, pero además él era el responsable de todas sus vidas en alta mar. Le debían respeto cuando no la vida. Desayunaron a toda prisa lo que no se diferenciaba demasiado de la comida del continente. Huevos, café, carne, pan, queso… parecía una vida normal y así lo dijo en voz alta.

—¡Ha! —rio el capitán de espaldas a ellos, girando con lentitud el timón—. Con los días las cosas cambiarán, aprendiz. El tiempo del pescado llegará, no tengas prisa. Las provisiones son limitadas para un barco tan pequeño.

"¿Pequeño? —se preguntó extrañado. Para él era un navío enorme".

Cuando ambos dieron cuenta del desayuno abandonaron la cubierta, donde ya llegaban varios marineros a recogerla. Cerón pensó que ellos debían de tener su propios aprendices para encargarse de aquellas minucias sin importancia.

Se despidieron del capitán con una nueva reverencia y regresaron a su lugar de entrenamiento, donde Helmut los esperaba. Cerón vio salir a dos aprendices cuando entraron y se preguntó dónde irían. Corrió a situarse junto a *Esmeralda* ante su líder.

—Es tu primer día de entrenamiento, mago del continente. Quiero

ver de qué eres capaz antes de otorgarte un nivel. —Se volvió hacia *Esmeralda*—. Sube con ellos a la cubierta a practicar las runas. Sadie os espera. —La joven asintió y salió corriendo de nuevo tras recoger un pequeño cuaderno de debajo de su colchón, perdiéndose escaleras arriba. Helmut le hizo una seña a Cerón para que lo siguiera adelante en la sala hasta la zona de entrenamientos. Recogió una espada del arcón y se la tendió al mago. Estaba terriblemente afilada—. Posición de defensa.

Extrajo una nueva para él y la blandió acostumbrándose a su peso y tamaño de nuevo. Ladeó su cuerpo y chasqueó el cuello a ambos lados.

—No… nunca he entrenado con espada.

—Sin embargo, llevabas una cuando llegaste a nosotros.

—Más recuerdo que…

—Retira todos los hechizos de protección de tu cuerpo —le ordenó, sabiendo perfectamente a quién se enfrentaba y de lo que era capaz. Recordaba la mano calcinada de Greta calcinada por su fuerza.

Cerón se humedeció los labios dubitativo, pues no estaba seguro de poder cumplir con aquella tarea. Si bien había formulado protecciones sobre sí mismo, había algunas que no era capaz de borrar y su antigua compañera era el recuerdo más claro de ello.

"¿Cómo borrar lo que no está escrito? —se preguntó, incapaz de saber la respuesta. Pero debía mantener su coartada y todos debían creer que era la magia humana la que le había protegido. Debía borrar hechizos de sí mismo y eso hizo. Pronunció las palabras que cesaron sus magias protectoras, sencillas por otro lado. Por suerte, aquellos magos no conocían los hechizos humanos, al menos no tan en profundidad como él. Cuando terminó, su líder asintió conforme.

Fue entonces cuando Helmut hendió el aire a toda velocidad de arriba abajo buscando la cabeza de Cerón sin contemplación ni miramiento alguno. Este alzó la espada torpemente y ambas chocaron, pero su falta de pericia permitió que solo desviara parcialmente el metal de su cabeza. La espada siguió su camino directa hacia su hombro izquierdo a toda velocidad y fue entonces cuando Cerón tuvo que hacer uso de su auténtica voluntad.

En un instante la magia llamó a su mente concentrada en ella por una vez y sintió cómo esta dudaba. Para su sorpresa parecía tener

voluntad propia y sintió repeler el filo en el aire.

"¡No! —gritó para sí mismo—. *No pueden descubrirme, no puedo llamar su atención".*

Cerón parecía discutir mentalmente consigo mismo.

"Entonces te herirán".

"Que lo hagan, solo será dolor".

"Será mucho dolor".

"Me he pasado toda la vida con dolor".

"Este no te será fácil de asumir".

"Cueste lo que cueste".

La espada se hundió en su hombro izquierdo con profundidad, del cual comenzó a manar sangre a toda velocidad. Cerón emitió un alarido de dolor, más intenso del que jamás había experimentado en toda su vida. A pesar de los años doblegado por su cuerpo maltrecho, de los dolores continuos, del cansancio permanente, jamás había sentido algo así.

Dejó escapar un grito terrible que inundó la sala y que incluso se escuchó en cubierta, donde *Esmeralda* se detuvo un instante preocupada. Sin embargo, no podía hacer nada por él. Cerón había elegido su destino, solo esperaba que ese mismo destino condujera hacia el futuro que había visto. La joven siguió adelante y se situó frente a Sadie, que la invitó a entrar a la cubierta de proa para seguir practicando.

Mientras tanto, la vista de Cerón se nubló, sus piernas temblaron y dejó caer la espada para llevarse la mano a la herida por la que se escapaba su vida.

—¿Qué te crees que haces? —preguntó Helmut al momento—. ¡Recoge tu arma y defiéndete!

El hombre arrancó la espada del hombro del mago que sintió cómo se empapaba su camisa del líquido carmesí que antes recorría sus venas. Se tambaleó y trató de apartar la mirada de su herida. Trató de pensar cómo proceder, pero su mente era reacia a funcionar sin sangre. Desplazó un pie para mantener el equilibrio y respiró

aceleradamente. Miró a su alrededor en busca de ayuda, pero todos lo contemplaban expectantes. No encontraría rescate en ellos, tendría que salir de allí él solo.

"Pero ¿cómo? —se preguntó entre las nieblas que comenzaban a inundar su mente—. *No puedo enfrentarme a él y no va a permitir que me cure.* —Dudas, miedos, dolor… Cerón miraba a la muerte a la cara y esta tenía la tez oscura como el carbón, con una sonrisa irónica presidiéndola. Entonces se dio cuenta de qué era lo que se esperaba de él. Igual que en la natación, él debía seguir adelante. No habría atajos, no habría permisos ni regalos. Todo lo que hiciera debía estar a la altura y él era el encargado de cumplir con su tarea. Era su voluntad de seguir, su necesidad de avanzar, su determinación por triunfar la que debía impulsarlo. Debía sobreponerse a todo o morir y eso era justo lo que Helmut le ofrecía—. *Estoy solo en este mar y solo debo salir adelante".*

Se agachó torpemente y recogió la espada con la diestra. Se irguió de nuevo y plantó torpemente batalla, una batalla perdida, pero que él afrontaría. Él seguiría adelante.

—¿A qué esperas? No tengo todo el día —retó Cerón casi en un murmullo con sus labios resecos.

Helmut sonrió y lanzó un nuevo ataque igual de poderoso en busca de su cuello que Cerón impidió levantando el arma. Esta repelió el ataque, sencillo pero potente. Helmut no quería acabar con él, solo quería ver de lo que era capaz y lo que vio le gustó. Cambió de postura y trató de hundir su espada en el estómago del mago, que se ladeó lo justo para evitar que lo atravesar, aunque el arma rozó su abdomen dejando un corte profundo.

Sin embargo, esta vez Cerón no gritó, casi pareciera que ni se inmutó, pues él mismo levantó su espada contra Helmut. No se iría de aquel mundo sin llevarse a su asesino, por la Diosa que no. Descargó el arma sobre su cuello, pero con tal lentitud que el líder de los aprendices tuvo tiempo a sujetar su brazo y a arrancarle la espada de la mano. La tiró al suelo y acto seguido lanzó al propio Cerón contra la madera ya cubierta de sangre. El mago se debatió tratando de ponerse en pie con un solo brazo.

—Basta. Curadlo —ordenó al resto de aprendices. Estos se apresuraron a acercarse al mago y este vio cómo varias runas negras se dibujaban sobre él, lo que le aterró más aún que el filo de la espada incrustada en su hombro. No obstante, no podía resistirse o moriría.

Así pues, dejó que la esencia de las runas negras cayera sobre él aplastándolo.

Cerón sintió la maldad sobre él, derramándose como la niebla en la mañana, imposible de detener. Pudo percibir la rabia, el dolor, el rencor, el odio inundando su cuerpo como el mar en el que se había sumergido unos minutos antes. Las líneas negras comenzaron a brillar sin intensidad, casi se diría que confusas. Su naturaleza era herir, derrotar, dominar; sin embargo, se las reclamaba para sanar a un ser inferior. Los aprendices tuvieron que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para dominar los símbolos y obligarlos a cumplir su voluntad.

Así lo hicieron y poco a poco las heridas de Cerón dejaron de doler y comenzó a sanar. Su músculos se repararon, sus tendones se unieron de nuevo y ninguna cicatriz en la piel fue formada. El único testigo de lo sucedido era la ropa desgarrada y la sangre que la manchaba. Esta todavía estaba fresca y se dispersaba por el tejido extendiendo su tétrico recuerdo.

Cerón vio cómo su herida se cerraba con una mezcla de asco e incredulidad. Si bien la magia humana era capaz de proezas semejantes, estas llevaban mucho más tiempo, eran menos precisas y requerían una cantidad de energía increíble para aquel nivel de gravedad.

Su rostro volvió a recobrar el color rosado de la vida y su corazón dejó de galopar en su pecho. Fuera capaz de creerlo o no, estaba completamente curado y los aprendices cesaron las runas sobre él. Cerón sintió apartar la niebla oscura que lo envolvía y pudo volver a sentir la vida en su cuerpo. Se incorporó lentamente y movió el brazo izquierdo. No había nada fuera de lugar, estaba completamente recuperado.

—Ponte en pie, mago —ordenó Helmut y Cerón así lo hizo—. Confío en que hayas aprendido algo esta mañana. Todo esto no eran más que pequeñas pruebas antes de lo que se te viene encima. Retírate a desasnar y piensa en ello hasta que llegue Sadie.

—Sí, señor.

El hombre señaló un pupitre vacío que el mago entendió como suyo y se dirigió hacia él siguiendo sus órdenes, que, por otro lado, estaba deseando de acatar. La experiencia había sido terrible tanto física como mentalmente.

Se dejó caer en su asiento sintiendo el cálido recuerdo de sus tiempos de alumno en la Escuela de Magia y se limitó a observar a sus compañeros. Estos iniciaron combates armados con las mismas armas afiladas que él había usado, y muchos de ellos fueron heridos durante los lances. Tras cada sucesión de heridas, todos eran curados, volviendo a continuar con su entrenamiento sin decir palabra alguna.

Para sorpresa de Cerón y a pesar de las importantes heridas que pudo ver, nadie emitió lamento alguno o grito de dolor. Este parecía ser su compañero de viaje y lo asumían como tal. El mago palideció al pensar en cuántas heridas podrían haber recibido durante sus entrenamientos.

"Parece que me esperan muchas más como estas —pensó apretando los dientes y volviendo a mirar su hombro curado. Se llevó los dedos de la mano contraria hasta él y recorrió su piel intacta. Ningún dolor lo asaltó—. *Muchas más"*.

En el cuadrado de lucha la cosa no iba mucho mejor. Dentro dos mujeres se peleaban con las manos desnudas, golpeándose sin contemplaciones, derramando sangre con cada lance. Cerón apartó la vista de ellas. Nunca se había peleado y jamás había tenido intención de hacerlo, por lo que supo que aquel entrenamiento le resultaría aún más complicado.

Durante su viaje con Sonthorn había visto innumerables batallas, maniobras y contiendas con la espada de las cuales había aprendido algo, aunque fuera poco.

"En realidad, muy poco".

Pero la lucha con los puños no había formado parte de ninguna de ellas. Aquel punto le costaría, más aún si debía mantener la concentración para que su magia no interfiriese.

"¿Quién me habló? —pensó al darse cuenta de la conversación que había mantenido consigo mismo—. *¿Qué es lo que ha pasado? Tal vez haya…"*

No pudo continuar pensando nada más, pues todos los aprendices se detuvieron de forma súbita y se volvieron hacia la escalera. Cerón los imitó y vio descender a tres aprendices junto a Sadie. Todos los presentes acudieron rápido a sus pupitres y la Guardiana se adelantó a todos ellos.

—Todos tuyos —dijo Helmut.

—¿Cómo ha ido?

—Como esperabas.

Sadie asintió y Helmut abandonó la sala, dejándolos a todos en silencio. Sadie avanzó hasta la estantería de libros y recogió uno de ellos que Cerón no supo identificar.

—Han pasado días sin formación adecuada en las runas. Aprovecharemos la mañana para ponernos al día —dijo mirándolos a todos. Los aprendices que llegaron con ella agacharon la cabeza—. Demos una oportunidad a que el nuevo os alcance. —Sadie lanzó el volumen sobre la mesa de Cerón—. Bienvenido a la magia rúnica, hechicero.

CAPÍTULO 15

LA MAGIA RÚNICA

El corazón del mago se aceleró con solo escuchar aquellas palabras, olvidando al instante todas sus cavilaciones previas. Olvidó la voz, la magia humana, la sensación de dualidad que había experimentado; lo olvidó todo en cuanto tuvo al alcance de la mano la información de las runas negras que había venido a buscar. Aquel era un primer y sencillo paso en el camino que le conduciría a conocer las runas blancas con las que podría ayudar a Sonthorn en La Guerra.

Se inclinó hacia delante y agarró el pequeño volumen que le entregó Sadie. Se titulaba "La esencia de los trazos" y carecía de autor, lo cual no le sorprendió. Se humedeció los labios solo con pensar en aprender de él, pero se contuvo de abrirlo aún. Eso sí, con mucho esfuerzo.

—El viaje por el continente os ha ablandado —continuó Sadie, mirando a los aprendices que había salido a practicar al exterior en la mañana. La Guardiana debía de estar decepcionada—. Vuestros gestos son torpes y la torpeza os lleva… ¿a dónde?

—A la muerte —respondieron a coro todos los presentes, salvo Cerón.

—A la muerte, y la muerte no es útil para nosotros. ¿Quién cuidará la Isla si Praedesi no la protege? Parece que habéis olvidado a lo que nos enfrentamos allí. ¿Acaso es necesario que os lo recuerde? ¿Necesitáis que os diga de lo que son capaces los Calán?

—No, Guardiana.

Cerón frunció el ceño y miró a todos los aprendices uno a uno, simplemente para disimular que su mirada buscaba a *Esmeralda*. Esta apretaba los dientes mirando a los pies de Sadie y en su gesto no pudo identificar si era vergüenza por su torpeza o rabia por lo que había dicho de su raza. El mago obvió su reacción y se centró en las palabras de Sadie, de *Esmeralda* no sacaría información alguna.

Sin embargo, ¿podía fiarse de que las palabras de la Guardiana fueran veraces? El mago jugaba a un juego en el que todo lo escuchado debía de ser tenido en consideración, pero no creído. Sadie sabía perfectamente que Cerón era inteligente y absorbía cada una de sus palabras.

"¿Por qué no tratar de engañarme con medias verdades? —pensó al darse cuenta de la buena estrategia que sería—. *Ponerme de su lado pero logrando que sea yo el que quiera estar en él".*

Tuvo que asentir ante su sutil estrategia y tomó nota mental de estar atento a cada una de sus palabras, pero evitando creer ninguna de ellas. Por desgracia, sabía que estas harían mella en él aunque no quisiera. Como decía un dicho previo a la separación de las razas, una gota de agua horada la roca más dura si tiene el suficiente tiempo.

—Descuidar el entrenamiento es perder la voluntad y si perdemos esta, ¿qué obtenemos? —continuó Sadie sin mirar a ninguno de ellos en particular.

—La muerte —volvieron a responder a coro.

—La muerte, eso es. Muchas han sido las vidas que Praedesi se ha llevado para formar miembros como vosotros. ¿Sois mejores que ellos? No lo creo, pero sí que estáis más preparados. Vosotros reinaréis sobre el continente cuando hayamos acabado con todos los druganos —dijo sinceramente para sorpresa de Cerón, que no esperaba semejante revelación—. Os habéis formado para ser dignos gobernantes y transmitir la esencia de Praedesi en cualquier momento y lugar. Si estáis muertos, ¿cómo lo haréis?

El grupo guardó silencio sin decir palabra, no había respuesta para aquella pregunta.

—En efecto, no podréis. Vuestras vidas no habrán valido para nada y no serán más que polvo en el recuerdo, nombres en los libros de Praedesi. Con el tiempo no seréis mejores que los monstruos de la Isla, pues nadie sabrá quiénes erais, igual que nadie sabe quiénes son ellos. Por ello vuestra instrucción es tan recia, tan importante, tan necesaria. Si no lo hacemos nosotros, ¿quién protegerá al continente de los Calán y de sus criaturas? —Cerón volvió a mirar a *Esmeralda*, que contraía cada músculo de su rostro tratando de controlarse. Siguió mirando a su alrededor y encontró rostros similares, pero estos expresaban rabia hacia los Calán y no hacia las palabras de Sadie. Por fortuna, la Guardiana no distinguiría un rostro de otro sin saber el

contexto como sí sabía Cerón. O eso pensaba él, pero con ella no se podía saber—. Nuestros viajes nos han llevado muy lejos, a cada rincón del continente, a cada isla perdida en el mar del este. Nuestros pies han sufrido con cada milla de viaje y ¿para qué? ¿Para que volváis a ser incapaces de dominar las más sencillas runas? Una negligencia así jamás será tolerada.

Sadie le hizo una seña a Cerón para que abriera el libro que tenía ante él, que no pudo evitar sonreír y abrirlo a toda prisa bajo su mirada. "La esencia de los trazos" estaba claro que era un libro de utilidad. Sus lomos eran sencillos, pero sus hojas resistentes y gruesas. En ellas estaba escrito a mano su contenido. El mago leyó el primer capítulo bajo la mirada de Sadie, que debía de saberse el contenido del volumen de memoria. Por un segundo, el mago se preguntó si habría sido ella su autora. La letra era fina y sutil, rápida y precisa, recta y ordenada.

Todos aquellos adjetivos encajaban en ella a la perfección. Quizá faltase el de "mortal", pero unas palabras escritas en un libro no podían demostrar serlo.

"Aquí sí —pensó Cerón, que comenzó a leer".

«Inicio en este volumen la primera parte de mis conclusiones sobre la magia rúnica de los druganos, los terribles cobardes que estuvieron a punto de destruir todo por lo que habíamos luchado. Su esencia oscura está impregnada en su magia igual que en nuestra memoria, la cual jamás deberá perderse. Si el lector, quizá posible alumno en un futuro, aprecia que hay mucho rencor en este libro, habrá de aprender de él y saborearlo, pues ese mismo rencor provocado por su traición es lo que me ha permitido conocer y utilizar las runas negras».

»Si algo he aprendido de mis años investigando sobre ello es que es la oscuridad la que reclama la magia rúnica. Solo un pozo de sombras lo bastante denso para que nada escape de él es capaz de dominar a la oscuridad. En esa misma oscuridad me sumergí yo cuando los lobos me atacaron tras su traición. Escalé el acantilado de dolor mientras mis uñas se desprendían de mis dedos para asirme a la roca. Caminé con la pierna rota sobre los cadáveres de mis hermanos, de mis hermanas, de mi familia.

»Vi como aquellos mismos lobos que no pudieron enfrentarse a mí devoraban sus cadáveres delante mía, peleándose por los mejores bocados sin saber que había cien cuerpos más con los que alimentarse

durante semanas. Sentí la repulsión al ver sus vísceras dispersas por cientos de metros. Vomité con el olor de la sangre en aire, flotando como una niebla carmesí que lo teñía todo poco a poco, pues no llegaba a depositarse en el suelo.

»La explosión había sido terrible y los cuerpos más cercanos no eran más que polvo en el aire, que se desplazaban siguiendo el caprichoso camino del viento allá donde este quisiera enviarlo. Y ese lugar parecía ser yo misma. Pocos minutos tras la traición de mi pelo goteaba la sangre de mis hermanos. Sentía esa misma sangre dentro de mis pulmones, respirada sin poder impedirlo. Traté de evitarla tapando mi boca con mi escasa ropa sin éxito alguno.

»Y debo decir que traté de huir cobardemente, pues en aquel momento era joven e ingenua. Ahora sé que no se puede huir de la muerte, del dolor ni del rencor. Se puede evitar, se puede obviar, pero sobre todo se puede dominar. Cuando lo supe me detuve y respiré hondo, llenando cada espacio de mi ser con los restos de mis hermanos. Su sangre se condensó en mis pulmones y se acumuló de mi boca, pero no lo evité. No tosí ni aparté mi rostro de la nube carmesí.

»Acepté su dolor como mío, la traición recibida como propia y pronto cientos de rencores se unieron al mío, dándome fuerzas y voluntad. Acabaría con aquellos monstruos que nos habían traicionado, por mucho que aquellos sentimientos corrompieran mi alma y desgarraran mi mente. *"Malditas runas",* me dije sabiendo que ellas solo eran el medio para el mensaje que los druganos nos transmitieron. No eran las culpables de su acción, pero sí las causantes de su muerte. Apreté los dientes y moví la mano instintivamente ante mí.

»Había visto tantas runas que podía dibujar docenas de ellas sin error alguno y eso mismo hice ante mí. Para mi sorpresa, un destello oscuro emergió de la punta de mi dedo, dándole forma y fuerza. Sonreí porque solo me faltaba el contenido y ese estaba en mi interior desesperado por salir, como un tigre rabioso dentro de una jaula que le impide ponerse en pie. Mi alma contaminada reclamó a la magia negra y esta respondió a su llamada. Fue entonces cuando pude definir el primer precepto de la magia rúnica negra:

»Solo un alma corrupta puede dominar la oscuridad.»

—Solo un alma corrupta puede dominar la oscuridad… —murmuró Cerón tras una rápida lectura, tan rápida que hasta a Sadie se lo pareció.

—Veo que en el continente sí os enseñan a leer —se burló, aunque estaba impresionada—. Y sí, solo un alma corrupta puede dominar a las runas negras. Todos nosotros hemos aprendido a encontrar la oscuridad en nosotros, la más terrible y nauseabunda, la más tétrica y retorcida. La que esconde el rencor, el dolor, el odio y la desesperación. Solo gracias a ella somos capaces de usar las runas a nuestra voluntad. Por eso regresar a la Isla, a pesar de sus peligros, ha debilitado la voluntad de muchos de ellos. Su hogar, su anhelado hogar está en el horizonte y sus corazones se llenan de alegría y vacían de dolor. ¿Lo entiendes?

Cerón meditó unos instantes antes de responder, considerando todo lo que había dicho y lo que no había dicho.

—Volver les da esperanzas y aparta la desesperación, lo que debilita su magia —respondió.

—E incluso la inhibe, como la de ella —dijo señalando a *Esmeralda*, que torció el gesto incómoda bajo su dedo.

"Si impide la magia de Tamatha… ¡ella es la que más esperanza tiene de todos ellos! —pensó Cerón, quizá sintiéndose responsable de aquella misma esperanza. No sabía por qué él traía tal sentimiento en la mujer —. *O dragona…* —Pero comprendió que los Calán tenían problemas que creían que él podía solventar cuando él era el que iba a pedirles ayuda".

—Creo que ya has visto varias runas negras en tu vida, ¿verdad?

—Sí, Guardiana —respondió pensando en sus encuentros con los Praedesi.

—¿Podrías dibujar alguna en un papel? —dijo acercándose a la estantería y recogiendo material para ello. Mientras Cerón buscaba el recuerdo de alguna runa en su memoria, depositó los útiles ante él—. Una sencilla, no hace falta que sea complicada, no es necesario que nos impresiones.

El mago recogió el material y comenzó a dar vueltas al la pluma de escritura entre sus dedos con habilidad. Este pasó de un dedo a otro a gran velocidad sin que Cerón reparase en ella. Era un gesto que había automatizado durante sus largos días de estudio.

Pocas eran en realidad las runas que había visto en su vida. La espada de Ónice con su nombre grabado, lo cual no sería un buen ejemplo para aquel momento. Tal vez Sadie conociera supiera de

aquellos símbolos e incluso conociera a Ónice o lo que representaba. No, la drugana estaba descartada, más incluso tras leer el pasaje del libro que hablaba sobre ellos y su traición.

"Tengo que indagar sobre todo eso de la traición. ¿Seguirá hablando de ello en el libro? Si es su propia historia y ella es la que ha conseguido dominar las runas y crear Praedesi, es aún más peligrosa de lo que pensaba. Al menos debo suponer que no serán muchos los que sean capaces de formar frases rúnicas. Desde luego espero que no sean demasiados los que puedan devolver a la vida a los enemigos muertos…"

La siguiente runa que recordó le llevó a rememorar el momento en que había sido atacado en la posada tras volver al continente. Sin embargo, fueron runas muy breves, lanzadas rápidamente en la batalla. No podía recordarlas correctamente y las obvió. La que sí que recordaba era la runa que creó Tristán tras aquella batalla, la runa que había aterrorizado a toda la ciudad y les había permitido salvarlos del hechizo que destruyó la posada. Tristán la había llamado la runa del miedo, lo que encajaba muy bien con su negativa a mostrarla de nuevo por mucho que insistió durante su viaje. El pelirrojo parecía genuinamente asustado por ella.

Cerón intuyó entonces que algo más debía de haber en su recuerdo para que cambiara de tema cada vez que hablaban de ello. Era como si quisiera borrar el recuerdo de las runas negras por completo y ni siquiera cuando Sonthorn le preguntó por ello respondió.

"Había algo más en él que el simple, aunque comprensible, miedo a los símbolos —pensó, igual que entonces, pero sin llegar a conclusión alguna".

Decidió que aquella era una buena runa por la que comenzar y comenzó a trazar sus formas en el papel ante la atenta mirada de Sadie. Esta tuvo que reconocer que se parecía a lo que debía de ser una runa negra, pero distaba mucho de las proporciones, ángulos y grosores adecuados para ser viable. Él había reproducido un símbolo como quien dibuja una letra, pero esta carecía de la caligrafía necesaria para cobrar vida y así se lo dijo.

—Es una aproximación, mago. Has dibujado un símbolo desde tu memoria, que debo apreciar que es buena. No es la runa más compleja que existe, ni mucho menos, pero no es sencilla. El carácter del miedo, que has dibujado aunque quizá no lo sepas, tiene particularidades. —Sadie se apartó de él y se situó ante todos los aprendices levantando el

símbolo ante ellos—. Veamos si entre todos logramos desvelar los misterios de esta runa. ¿Qué está mal en este dibujo?

—No tiene la curva de ampliación marcada —respondió el primero de ellos.

—Correcto. Es una runa destinada a crecer, a ampliarse para dominar un lugar y apartar de él a los cobardes. Esta curva que ha dibujado el mago no es lo bastante cerrada para ello. Muy bien, veo que no está todo perdido. ¿Alguien más?

—El asa no está completa.

Sadie señaló a lo que se refería el aprendiz con un dedo, pero Cerón no logró distinguir a qué se refería.

—Toda la razón. Es una runa para controlar mientras se le da poder, tiene que poder ser mantenida en un lugar mientras tanto. Falta solo un detalle más, no penséis en los grosores de los trazos esta vez —pidió la Guadiana.

Los aprendices se inclinaron hacia delante buscando ver mejor y Sadie les fue enseñando la hoja uno a uno. Finamente solo uno se atrevió a responder sin mucha seguridad.

—El segundo bloque no está conectado en el centro, sino un poco ladeado —dijo otra joven aprendiz. Ninguna le había dicho su nombre, por lo que Cerón ni siquiera había intentado conseguirlo. Solo *Esmeralda* era alguien para él allí dentro. Sentía algo de aprecio por Aidan, pero no había vuelto a intercambiar palabra alguna con él.

—Bien visto. El lugar de conexión de los tres entes es de vital importancia.

—Espera ¿los tres entes? ¿No son solo líneas? —preguntó el mago, a lo que Sadie frunció el ceño.

—Nada es solo lo que parece y mucho menos con las runas. Sigue leyendo un poco más.

Cerón obedeció encantado de proseguir con la lectura. En cuanto pudiese, devoraría aquel libro hasta sabérselo mejor aún que su propia autora. Se inclinó sobre él y continuó.

«Pero no solo es necesario dominar la oscuridad, pues esta no se puede controlar por completo. Siempre hay una parte de la misma que

nos roba pedazos de nosotros cuando hacemos uso de ella. Debemos dejarnos llevar por la corriente, pero sin que esta nos arrastre. La oscuridad busca la muerte, la destrucción, y no es solo la que las propias runas puedan crear, sino las de su creador».

»Yo misma lo pude sentir cuando cerré aquel primer símbolo, aunque debo decir que tal vez no fuera yo quien lo hiciera. Era la primera runa que dibujaba en mi vida y, tal como sabréis cuando terminéis este primer volumen, dibujar una runa correctamente es muy difícil. Sus ángulos, el grosor de sus líneas y hasta el tamaño y longitud de cada trazo es importante. Tardé semanas en volver a dibujar correctamente una de ellas. ¿Cómo es posible que yo misma lo hiciera sin saber casi nada sobre ellas en aquel momento?

»La respuesta es sencilla: no lo era.

»No fui yo quien cerró aquella primera runa, estoy segura de que fue la propia magia negra la que lo hizo valiéndose de mí. Encontró en mi dolor, en mi desesperación, en mi rencor, un hogar en el que renacer, en el que medrar y volver a la vida. Utilizó mis manos para iniciar su propio futuro, uno en el que las runas hubiesen vuelto a la vida. Estoy segura de que me utilizó y lo seguirá haciendo, pero cada vez que lo hace soy más capaz de controlarla. A medida que reconozco sus tentáculos aferrándose a mi alma, más distante puedo mantenerla, lo que la obliga a entregarme más fuerza a la vez que me asalta para vencerme.

»Cada nueva runa me pone más en peligro, pero cada una de ellas me hace más poderosa. Pronto seré capaz de realizar prodigios inimaginables. Casi puedo ver las runas en mi mente, casi soy capaz de imaginarlas por mí misma. Puedo ver sus formas, pero todavía no son precisas. Descubro en mis sueños eslabones de una cadena que da forma a un conjunto, las cuales dibujo cada mañana al despertar.

»Cada uno de esos pedazos de magia tiene su propio significado, pero todos ellos forman parte de un todo. Son como sílabas para nuestras palabras, con significado propio, pero que solo adquieren vida cuando se unen entre sí. Tal vez aún no sea capaz de formar frases uniendo runas, pero sí que soy capaz de desmenuzar cada una de esas runas en mis sueños y trasladarlas a la vida en la mañana.

»En mis sueños aprendí, o quizá fui instruida, en lo que realmente son las runas o de lo que están formadas, pues cada una de ellas tiene tres partes indistinguibles para el ojo inexperto. La oscuridad arrojó luz sobre mí y me entregó un segundo precepto de la magia rúnica:

Cada runa está formada por tres partes más pequeñas:

»El trazo de la voluntad, con el que la obligamos a obedecer.

»Las líneas de la intención, con la que expresamos qué queremos de ella.

»Y los caracteres que nos protegen de ella.

»Todos juntos nos permiten usar las runas negras con relativa seguridad. Si hay fallos en los dos primeros entes, la runa no funcionará. Sin embargo, si el fallo está en el tercero, esta cumplirá su misión, pero corromperá a su creador.

»Desconozco el motivo, al menos por el momento. Si algún día lo averiguo, mis alumnos serán partícipes de ello. Mientras tanto, solo nos resta aprender».

Cerón levantó los ojos del libro y observó a Sadie, que sostenía todavía la hoja en alto. La Guadiana recogió la pluma del mago y dibujó sobre el papel que colgaba de su mano.

—Estos son los trazos que nos protegen de la magia. Son los más importantes, aunque los menos entrenados. Como has leído, dejarse invadir por la magia negra te proporciona más poder y todos ambicionamos ese poder. Con él salvaremos la Isla, con él conquistaremos el continente. Fíjate bien en él —dijo dibujando tres círculos que recogían tres partes diferenciadas de la runa, aunque Cerón jamás hubiese podido desenredar aquel amasijo de líneas—. Esto nos protege, con esto nos escucha y con esto nos obedece. ¿Has entendido algo hasta el momento?

—Sí, Guardiana —respondió Cerón colocando la información en sus respectivos cajones mentales—. Podría decir que la magia rúnica es casi un ser vivo con inteligencia, que se deja utilizar por quien conoce sus normas. Sin embargo, solo es una fachada, pues al final trata de poseer a sus creadores otorgándoles poder y corrompiéndolos.

Cerón observó cómo varios aprendices asentían sorprendidos. *Esmeralda* no se inmutó en absoluto.

—No te falta razón, pero aún no está comprobado. Me temo que el libro en el que narre eso aún está lejos de que lo escriba. Todo lo que aprendí ha sido por las malas, como has podido leer. Aún no quiero aprender a dónde lleva una mente corrompida por completo.

—Espera, ¿eres tú la chica del libro? —preguntó aprovechando que Sadie dejaba caer la pista. La Guardiana asintió orgullosa por ello.

—Hace muchos años de ello —confirmó.

—Increíble… —En verdad Cerón estaba impresionado. Siempre había visto a los autores de los grandes libros de magia como personajes del pasado, prodigiosos intelectuales que habían dedicado su vida a la magia y habían plasmado en sus hojas sus más profundos secretos. Y, sin embargo, allí estaba ella, tan joven como la propia Nerkatal. En cierta manera ambas eran eruditas, pero Sadie había demostrado más en menos tiempo.

—Durante los próximos días leerás todos y cada uno de estos libros y apreciarás cada vez menos mi talento. Yo solo quiero el bien para el mundo y ese mundo debe aprender. Tantos años de libertad irreflexiva han logrado que nadie respete nada. Todo está corrupto, corrompido por los druganos y sus guerras estúpidas. Se ha iniciado el tiempo de los humanos y ellos no tienen cabida allí —continuó, lo que hizo que Cerón abriese los ojos de par en par, aún más incrédulo. Por el camino que llevaban no dudaba de que lo consiguieran, si es que lograban derrotar a Kelldom.

"O unirse a él —pensó uniendo ambas ideas—. *Él busca dominar al resto de razas, tal vez como ellos. ¿Qué pensará ella de los enanos y los elfos? ¿Será capaz de tratar de acabar con ellos? ¿Los desterrarán? ¿Sabrá acaso si existen? No ha hecho referencia alguna a ellos en ningún momento, pero tal vez haya dejado sus ideas escritas en más libros.* —Cerón miró de reojo la estantería, ansioso de sumergirse en sus volúmenes—. *Tengo que comenzar cuanto antes. Hasta que sepa todo lo que ella sabe no podré hacerme una idea real de lo que pasa aquí. Entre la Isla, los Calán, los humanos y las runas, hay demasiadas incógnitas por resolver".*

—Pero eso no viene al caso hoy, solo el tiempo nos entregará la victoria. Nosotros debemos centrarnos cada día en mejorar y en mantener el conocimiento y la determinación que nos den la victoria, por eso el siguiente habilidad con las runas que tenemos que dominar ¿cuál es, mago?

—La determinación, la voluntad —respondió sin dudar y Sadie lo invitó a continuar. No le fue difícil, al fin y al cabo, la magia humana seguía el mismo sendero—. Un espíritu firme es capaz de doblegar a la magia, de reconducir la misma hacia la orden prevista. Entiendo que la magia rúnica se parece a veces a la humana. Esta es caprichosa y no

existen fórmulas mágicas para todo, ni mucho menos. A veces es necesario retorcer el significado de las mismas a base de voluntad. Cuanto más complicado es el hechizo, más necesaria es una determinación firme y sin fisuras. Por lo tanto, cuando más fuerte es la voluntad del mago, más poderosa podrá ser su magia. Sin embargo, en la Escuela de Magia la voluntad es diferente, a mi modo de ver.

—¿En qué se diferencian? —preguntó Sadie genuinamente interesada—. Tal vez aprendamos algo nosotros también hoy que nos sea útil en un futuro.

Cerón supo que había cometido un error antes de que la Guardiana terminara la frase. Darle pistas sobre su enemigo, sobre lo más sagrado y poderoso que este tenía, no era la mejor de las ideas. No obstante, mantener su coartada era imprescindible.

—La magia humana se intensifica con los años. No es la propia voluntad en sí misma la que permite hechizos mayores, es el tiempo unido a la magia. Son los años junto a ella los que van abriendo nuevas puertas para nosotros —se explicó.

—Quieres decir que solo mejoráis con el tiempo y la experiencia.

—Sí. Por muy fuerte que sea la voluntad de los magos, los grandes logros se suelen restringir a los más experimentados. Es como si la magia tardase en confiar en su creador y solo el tiempo lograse apaciguarla.

—Veo que crees que la magia humana también es un ente propio con inteligencia.

Cerón asintió lentamente al reparar en ello. Tanto la magia rúnica como la humana parecían tener mente propia, al menos en el sentido que estaban planteando.

—No lo había pensado nunca, pero sí. De la confianza en el creador y su relación en el tiempo depende su poder, pero nosotros no la doblegamos, se podría decir que la convencemos —concluyó.

—Entiendo. Pero ¿sabes qué no entiendo? Si hacen falta tantos años para dominar los grandes hechizos, ¿cómo es posible que tú, siendo tan joven, hayas llegado tan arriba en su conocimiento? —preguntó inteligentemente, recordando sus conversaciones previas.

—Bueno, como te he dicho, los grandes logros se suelen restringir a los más ancianos. Algunos tenemos la fortuna o la desgracia de estar

más relacionados con la magia de lo que querríamos —confesó, deseando con todas sus fuerzas que no siguiese preguntando sobre ello.

Sadie asintió aceptando su respuesta. Si tenía curiosidad por saber más se guardó las preguntas para más adelante. Al fin y al cabo, ella podía disponer de él en cualquier momento. El mago estaba a solo una orden de distancia y en aquel barco tan limitado no tardaría en cumplir con la misma.

—Bien, parece que comprendes el motivo del segundo fragmento de las runas. Confío en que entiendas la necesidad de estar correctamente entrenado, de tener una voluntad de hierro.

—Sí, Guadiana.

—Helmut te ha enseñado algo esta mañana sobre determinación y voluntad, ¿no es así? —preguntó señalando la camisa empapada de sangre. Todos miraron a Cerón e incluso *Esmeralda* lo observó con ojo crítico. Frunció el ceño al entender el tipo de herida que había sufrido. A juzgar por el corte en la camisa del mago, el corte en su hombro debía de haberlo atravesado hasta el hueso.

—Sí, Guardiana. La voluntad de seguir siempre adelante.

—¿Solo esa? —preguntó con decepción. Cerón negó con la cabeza, pero no quería decir lo que realmente había aprendido—. Vamos, sé sincero. En Praedesi no hay secretos.

"Si tú supieras… —pensó al instante".

—Aprendí que hay que seguir luchando, con más fuerza aún cuando todo se crea perdido.

—Eso me gusta más. Las runas te zarandearán, te golpearán, te doblegarán, te destruirán y tú te levantarás de nuevo con más fuerza —dijo gesticulando apasionada—. Tu voluntad se respetará o morirás, no hay término medio y si en algún momento dejas de luchar, perderás. Y no estoy dispuesta a formar a un extranjero para que muera. Para eso acabo yo misma con tu vida y no pierdo el tiempo.

—Nunca me rendiré —aseguró decidido, mirando a los ojos a Sadie que sintió jovial.

—¡Genial! Entonces solo te queda la tercera parte de la runa, la que le da un propósito, la que logra maravillas inconcebibles.

¿Cuántos símbolos crees que existen? ¿Cien? ¿Mil?

—No lo había pensado nunca. Quizá sea como las palabras mágicas de los humanos.

—En efecto, seguro que sí. Casi parece un idioma propio, ¿verdad?

—Sí, son incontables, y cambian de significado según se pronuncien o a cuáles se unan. Podría decir que son ilimitadas y no estoy seguro de que se conozcan todas en realidad —aseguró el mago con sinceridad. Nunca había dejado de aprender nuevas palabras cada día, nuevos significados o interacciones.

—No se diferencia mucho en esencia de las runas entonces, solo que hasta hace muy poco no he conseguido formar frases con ellas. Pero la cantidad puede ser infinita y no dejamos de descubrir nuevos símbolos cada día, con terribles consecuencias a veces para su investigador. Una línea más fina de lo adecuado, una curva menos sutil, un ángulo más forzado… son cientos los detalles que tendrás que aprender y que muchos alumnos acaban olvidando —dijo volviendo a mirar a los aprendices que habían fallado durante la mañana. Estos volvieron a agachar la cabeza ante su recuerdo—. Tu labor desde ahora en adelante es ponerte al día en el conocimiento que deberás tener cuando lleguemos a la Isla y te presentes ante la prueba. Entrenarás cada mañana con el resto, practicarás cada día con ellos y participarás en las clases como puedas. Cuando no estés en alguna de estas tres actividades, lucharás por ponerte al día. Has dicho que no te rendirás y eso lo pondremos a prueba cada día. El tiempo pasa rápido y tú tienes mucho que aprender, así que, ¿por qué no empezamos con la formación de verdad?

CAPÍTULO 16

UN CAMINO OCULTO

Todos se aceraron a Huz y a las runas que brillaban en la pared. Se olvidaron de Beals por completo, aunque él también se unió a ellos y a sus miradas. Su voz sonó extrañamente infantil.

—Eso es nuevo —dijo el gigante, que curioseaba las runas más altas.

Ericka se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Archy?

—Querías que lo controlara y está controlado, ¿no?

—Ya verás cuando se recupere… —dijo Brannon preocupado tras un suspiro. La furia del gigante ante algo así podía ser terrible.

—Bah, no se acordará. Oye, qué bien sienta un cuerpo fuerte de verdad. El de Brannon era poco más que un gatito a su lado. ¿Sabéis lo que es un gatito? ¿No? Bueno, es un animal adorable, pero sin fuerza. A ver, tiene garras, pero no se puede decir que…

—Beals… digo Archy, no es necesario que sigas —protestó Ericka. El gigante se encogió de hombros y volvió a su exploración.

—Estas runas… no me dicen nada —confesó el guerrero—. Es como si jamás las hubiese visto en mi vida.

—Dudo que hayas visto las runas de Calandra en tu vida —dijo Archy.

—Cierto, pero mi raza mantiene la memoria de sus antepasados en su sangre y ni siquiera ahí hay recuerdo alguno. Calandra no se ha relacionado con ningún drugano blanco hasta ahora.

—Pues con los elfos mucho menos, la verdad.

—Enanos ni de lejos —dijo Ericka.

—Qué bonitos símbolos —reconoció Tansy—. Me recuerdan a unos que vi de joven.

El grupo entero se volvió hacia ella. La sorpresa fue tan mayúscula que Archy cayó del cuerpo de Beals, que recuperó el control de sí mismo. Huz guardó el trapo y la cantimplora del gigante antes de que reparara en ella. Beals los miró sorprendido a todos.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, solo que se te ha caído la cantimplora y te has alterado un poco. Toma, está intacta, ¿de qué está hecha? —le distrajo Huz devolviéndole el recipiente.

El gigante no contestó y recogió el objeto, volviendo a guardarlo entre sus ropas.

—¿Qué es todo esto?

—Las runas de Calandra. Su magia, su palabra. Con esto mantenía cautiva a Ágata —dijo Sonthorn tratando de grabar cada una de aquellas runas en su mente.

—Genial, pues hagamos otra cárcel allí donde esté.

—Por partes. Tansy, ¿has visto estas runas antes? —preguntó Ericka.

—Sí, en Hollfeld.

—¿Eran doradas como estas? —inquirió Huz.

—No brillaban, estaban… ¿apagadas?

—Podrían ser cualquier cosa. En el mundo de los enanos hay muchas runas escritas. La inmensa mayoría no tienen efecto, son solo dibujos en la piedra —dijo Ericka para disgusto de todos. Sin embargo, Tansy seguía empeñada.

—Sí que las he visto.

—¿Eres capaz de distinguirlas de las de la ciudad? —preguntó burlona Ericka dando por sentado que su respuesta sería un no.

—Claro que puedo.

—¿Y de las de mi espada? —preguntó el guerrero mostrándole el brillante arma.

—Sí.

—¿Cómo? —inquirió Brannon.

—Las he visto en los libros. Hay diferencias entre los estilos de runas, ¿sabéis? Solo hacer falta el ojo experto y aburrido de una enana para aprenderlas y así distinguirlas…

—¿Estás diciendo que tienes libros con varios tipos de runas dibujadas? —preguntó Sonthorn recalcando cada palabra. Aquella información era la mejor noticia que había recibido desde que Ónice había vuelto de su forma de dragón.

—Sí, ¿tú no?

—No, Tansy, en mi mundo las runas son un misterio olvidado.

—Pues aquí no se han olvidado. Bueno, sí, pero no… ya me entiendes…

—Debemos llegar a Hollfeld y encontrarlas —apuntó Huz—. Quizá donde estén los libros estén las armas. Tal vez tengamos una opción contra Ágata al fin y al cabo. Sonth, te he visto dibujar runas antes, ¿podrías repetir alguna de estas?

—No creo, pero probaré. Apartaos, no tengo ni idea de lo que pueden hacer, si es que logro que hagan algo.

El grupo salió al exterior de la sala y esperó en la puerta del sello, desde donde todos pudieron mirar asomando la cabeza. Solo Archy permaneció en el interior.

—A mí no me harán nada, es la magia de mi hermana.

—También Ágata es tu hermana.

—Sí, pero es que ella tiene muy mala leche.

—Calandra también.

Archy se lo pensó mejor. Tal vez recordó algún episodio del pasado en el que la paciencia de Calandra brillaba por su ausencia. Miró hacia la puerta y luego a las runas de la pared.

—Es verdad, mejor me voy.

Archy desapareció en el aire y Sonthorn suspiró poniendo los ojos en blanco. Estiró y cerró los dedos varias veces tratando de prepararlos para la runa. Sabía perfectamente que la magia rúnica era precisa y peligrosa, más le valía hacerla con cuidado. Eligió la runa más sencilla que encontró y la repitió sin buscar la magia en su interior, acostumbrando los brazos a sus trazos. Cuando se sintió listo para intentarlo tras interiorizar los gestos, se humedeció los labios, nervioso. No sabía qué se podía encontrar ante él tras el conjuro.

—Allá vamos —murmuró.

Envió la energía a través de su brazo guiándola hasta su dedo índice, que comenzó a brillar con el mismo tono plateado que caracterizaba sus ojos. Dibujó el primer trazo de la runa y esta se materializó en el aire. Por desgracia, tras la primera curva cerrada se evaporó de nuevo.

Repitió el gesto varias veces más sin éxito alguno a pesar de que el símbolo estuviera correctamente dibujado. Había algo en su escritura que fallaba, pero el guerrero no sabía qué era. Podía ser el trazo, el ángulo de la curva, el lugar de inicio de la runa o cualquier otra cosa desconocida. Lo único que supo era que no funcionaría y así se lo dijo al resto.

—No funcionará.

El grupo volvió al interior decepcionado por completo, sobre todo Tansy, que esperaba que aquellas runas se materializaran en el aire como había soñado mil veces cuando era pequeña.

—Pues vaya último y poderoso *frugano pardo* —dijo irónica a su lado—, no sabe ni dibujar runas.

—Hazlo tú si puedes mejorarlo —respondió el guerrero. No estaba seguro de si enfadarse con ella o aceptar su carácter particular. A aquellas alturas de su viaje junto a los enanos, había comprendido que no tenían filtro alguno en su mente que evitara que las palabras hirientes escapasen.

—¿Yo? Yo soy una enana, por si no te habías dado cuenta.

—Sí, de algo me he dado cuenta sí…

—En los libros estarán los secretos, Sonth. Vayamos a buscarlos

—dijo Huz apoyando una mano en su hombro.

—Está bien.

El grupo abandonó la sala tras un último vistazo rápido. No había en ella nada más que encontrar, pues las cárceles no suelen estar muy decoradas. Emergieron a través del sello y volvieron a hundir sus pies en la sangre, más espesa a cada minuto. Tras muchas quejas y aspavientos por culpa de los restos de los Ashgar, llegaron al centro de la ciudad del Retiro de los enanos.

—Ericka, tú decides —dijo Beals instándola a indicar el camino. La esfera de luz ascendió para iluminar la ciudad sobre ellos. Ahora que el peligro había pasado pudieron observar la calidad de sus construcciones, la belleza de sus grabados o sus estatuas de enanos gloriosos.

—Este debió de ser un lugar muy hermoso —dijo Huz, tocando una escultura de un enano alzando una enorme gema con orgullo—. Los elfos no tratan la piedra y muy pocos humanos lo hacen. Desde luego, ninguno con la factura de los enanos.

—Mi raza dedicó miles de enanos y de años a alzar un mundo dentro de la piedra —dijo Esmail acercándose a el semielfo—. Gracias por tus palabras, mi señor. En efecto, todos los lugares de Zimbu´el han sido creados con cariño y delicadeza.

—Creados no —apuntó Beals—, han sido encontrados.

—Cierto, disculpa mi rey.

—¿Encontrados? —preguntó Delwin.

—Sí. Los enanos no escavan destrozando la roca, hiriéndola. Cada piedra tiene su escultura única dentro y debe ser hallada antes de que el primer cincel la golpee. La tarea más difícil de un enano es descubrir qué esconde la piedra. Ayudarla a exponer su secreto es lo más sencillo —relató con pasión el gigante. No parecía un enano que disfrutase con la escultura y, sin embargo, hasta él se emocionaba con su pasión escultora.

“Deben de tener muy interiorizado la pasión por la piedra si hasta Beals es capaz de sentir devoción por ella. Son una raza increíble —pensó asombrado. Luego cayó en la cuenta de que aquella misma raza tenía a enanos como Tansy y torció el gesto—. *Increíble y agotadora”.*

—Algún día toda esta guerra terminará y podremos volver a ser los enanos que fuimos —dijo Ericka, más como un deseo que como una realidad—. Al menos los que sobrevivan, claro. En fin, sigamos, todavía queda mucho camino por delante.

La enana se orientó en la ciudad y buscó en un mapa la dirección adecuada. Tras unos segundos de concentración señaló hacia la salida y se dirigió hacia ella. Para sorpresa del guerrero, lo que Sonthorn creía que sería un nuevo pasillo cuidado y liso resultó ser un túnel de más de cinco metros de altura y poco menos de ancho. Sus paredes parecían haber sido excavadas torpemente. Eran tan irregulares como el suelo, tanto que dejaban gran cantidad de esquilas de piedra pegadas a ellas.

El guerrero acercó la luz a la pared y se aproximó. Tocó una roca más sobresaliente y afilada que el resto y descubrió una mancha oscura en ella.

—Es sangre —dijo Ericka.

—De Byron —apuntó Beals, que mantenía el hacha en la mano mirando tras el guerrero.

—Este es el camino que lleva directamente a Hollfeld, ¿verdad? —preguntó empujando la luz hacia delante lo máximo que pudo y que a la vez les permitiese seguir viendo sus pasos. No quería sorpresas desde la oscuridad.

—Sí, pero con tu magia y mi hacha, pueden venir cientos que les haremos frente —dijo el rey sonriendo tétricamente.

—Sería mucho mejor llegar a Hollfeld sin llamar la atención. Solo espero que tengamos tiempo —dijo Huz.

Sonthorn asintió de acuerdo. Desenvainó la espada de Ónice levemente y distinguió un instante de brillo en su filo. La drugana seguía allí, en alguna parte, pero continuaba resistiendo.

“Aguanta, Ónice. Tenemos una pista importante. Tal vez encontremos la manera de encarcelar a Ágata de nuevo. Solo... aguanta”.

—Bien, en marcha —ordenó Ericka avanzando en primer lugar. El resto la siguió al instante.

Hicieron falta tres días, la cantimplora entera de Beals y un dolor

atroz de espalda tras cargar con los enanos de Hollfeld para que Ericka indicase que estaban cerca. El guerrero dejó caer a la enana, que disfrutaba mucho menos del guerrero que de Beals. En aquel turno, el rey llevaba a Delwin, que se había dormido en su hombro, lo cual enfurecía a Tansy. Ella se creía con el privilegio de ser cargada por el rey. Al fin y al cabo, era La Buscadora, como ella misma se llamaba orgullosa. Había reducido su sobrenombre ahora que no solo buscaba armas. En aquellos pocos días había imaginado todo tipo de heroicidades por su parte al encontrar los libros y las armas.

—Sin mí no podréis salvar el mundo —decía cada pocas horas si alguien no le recordaba lo importante que era—. Soy La Busca…

—Sí, la buscadora de libros y armas. Ya te hemos oído, Tansy —protestaba Ericka. A pesar de no cargar con ningún otro enano, ella también estaba harta de viajar. Solo había sombras en su camino interminable. Avanzar sin ver más futuro que veinte o treinta metros de túnel era terriblemente agotador mentalmente.

Las horas pasaban lentas y aburridas. Trataron de animarse contándose historias de sus propios territorios y razas, lo cual alivió el tedio durante muchas horas. Sin embargo, incluso las historias de seres increíbles de mundos lejanos se volvían tediosas con el tiempo. Necesitaban encontrar un objetivo pronto o sus mentes claudicarían.

Cuando Ericka dio el último alto del camino, todos se dejaron caer al suelo. Incluso Beals se derrumbó, quizá más agotado mental que físicamente. Se recostó contra la torpe e irregular roca y obvió las piedras que se clavaban en su espalda. Archy volvió a aparecer ante ellos. Sin embargo, esta vez estaba nervioso.

—¿Dónde has estado? —preguntó Brannon—. Llevas días desaparecido.

—¿Días? Vaya, como pasa el tiempo —dijo mirando a ambos lados de la oscuridad. Se frotaba las manos con torpeza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Sonthorn.

—¿A mí? Nada…

—No le creas, nunca dice la verdad —advirtió Brannon.

—A ver, es cierto, no me ocurre nada.

—Más te vale que empieces a confesar, espectro cobarde —le

espetó Ericka.

—Abre la espada, Sonth. —El guerrero frunció el ceño y la desenfundó llenando el túnel de su luz azulada. Archy chasqueó la lengua y miró hacia otro lado—. La otra…

El corazón de Sonthorn amenazó con salirse de su pecho. Su mano tembló mientras sostenía la funda de la espada de Ónice. La extrajo por completo de un solo tirón y la alzó. Sus ojos contemplaron su filo inerte en busca del más mínimo brillo que calmase el terror que le estaba invadiendo. Sin embargo, nada ocurrió. Tras unos pocos minutos, Huz se vio obligado a intervenir.

—Sonth, creo que…

—Calla —ordenó sosteniendo el arma más cerca de sus ojos. Esta seguía inerte en todo momento. Hizo falta otro par de minutos para que aceptarse lo que estaba viendo ante él. Ónice ya no estaba. Su corazón se rompió, sus piernas temblaron.

—Lo… lo siento, amigo —dijo el semielfo poniendo una mano en su hombro.

Tansy iba a intervenir cuando Beals le agarró la boca e impidió que ningún improperio saliera de su boca. No era el momento adecuado y hasta él lo sabía.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó tragando saliva, enterrando el dolor en lo más profundo de su ser. No era el momento para llorar. Tendría ocasión cuando arrancase el corazón a Ágata.

—Sus ejércitos han dejado de dormir y se mueven hacia Hollfeld.

—¿Puedes saber dónde están? —preguntó Ericka.

—Puedo intuirlo al sentir temblar la roca, pero no quiero acercarme. Mi hermana es demasiado fuerte, me atraparía. He estado escondido hasta que estuve seguro de su movimiento. Estaban detenidos y ahora vienen directos hacia Hollfeld —dijo Archy, completamente seguro de que era la verdad.

—Mierda, tenemos que darnos prisa —dijo Ericka poniéndose de nuevo en pie—. Siento tu pérdida, Sonth. —La enana puso la mano sobre la de Sonthorn que sostenía la espada de Ónice—. Pero debemos seguir o su pérdida será en vano.

Los ojos del guerrero se humedecieron contra su voluntad y movió la esfera de luz hacia su espalda, donde nadie pudiera verlo llorar, ni siquiera él mismo. Ónice había dejado de luchar contra su Diosa y le había contado todo lo que sabía. Pero ¿significaba aquello su muerte? Una idea osada atravesó la mente del guerrero.

"Ágata no solo quería la información, ella quería a su drugana negra —pensó mientras las lágrimas desaparecían de su rostro. No era le momento de llorar, era el momento de correr—. *Fue a buscarla para tenerla, para que su hija estuviera a su lado. No puede haber acabado con ella. La quiere cerca y la quiere viva. Lo más probable es que esté retenida a su lado. Pero, entonces, ¿por qué su espada ha dejado de brillar si no está muerta? Debe estar desconectada de su cuerpo, como cuando la transformé en dragón. No sé lo que le habrá hecho y desde luego que no puede ser bueno, pero no la ha matado".*

—¿Cuánto falta hasta Hollfeld? —preguntó Brannon, que sentía una extraña sensación al volver a su ciudad.

—En pocas horas estaremos donde la batalla con los Byron —contestó Ericka, que miraba al guerrero cambiar de expresión poco a poco—. Si nos vamos pronto.

—En marcha —ordenó Beals—. Archy, quédate con nosotros y avísanos de lo que… vayas descubriendo.

—Sí, mi rey —respondió el fantasma. Se volvió hacia Sonthorn—. Lo siento mucho por ella.

—No lo sientas. Estoy seguro de que sigue viva, solo tengo que liberarla de las garras de tu hermana.

El guerrero inició la marcha tras desplazar la esfera de luz hacia delante y el grupo lo siguió. Archy apareció a su lado.

—¿Cómo lo sabes?

—Ágata quiere a su hija, no acabará con ella, al menos no mientras no tenga otro hijo que la sustituya. Mientras no escape de tu mundo de piedra la mantendrá viva. Solo tenemos que encontrarla y para eso solo hay que seguir adelante. Ellas vendrán hasta nosotros y entonces la rescataré —aseguró decidido, más seguro de sí mismo con cada palabra que pronunciaba.

Archy meditó sus palabras, tenían sentido, si bien él nunca había tenido aquella necesidad de tener a los enanos cerca. Aquella guerra

fratricida se había iniciado por ese mismo mismo motivo, tal vez tuviese razón el extranjero.

—Es posible que tengas razón.

—Estoy contigo, Sonth. Ágata la mantendrá viva hasta que encuentre a alguien que la sustituya, alguien que esté dispuesto a obedecerla y no enfrentarse a ella —dijo Huz.

—Kem…

Al drugano no le costó pensar en un candidato para aquella tarea. Kem haría todo lo que estuviese en su mano para acabar con los druganos blancos. Ágata podría ser la pieza perfecta si Kelldom no reaparecía, lo que todavía no había hecho.

“Al menos que sepamos”.

Pensar en enfrentarse a aquellas dos criaturas unidas era inabarcable, por lo que apartó la idea de su mente. Se obligó a ir paso a paso, pues de nada le serviría pensar en batallas más distantes que el mismo mañana. Cuando tu camino está lleno de trampas, solo debes pensar en la siguiente y él tenía muchos obstáculos en los que pensar.

Continuaron durante horas hasta que encontraron un corredor que cruzaba el túnel creado por los Byron. Era liso y pequeño, poco más alto que Sonthorn. Habían encontrado uno de los pasadizos enanos más antiguos, tal como les contó Ericka.

—Este pasillo va a dar a la batalla de los Byron —dijo la enana.

—Eso de Byron lo habéis dicho ya varias veces. ¿Qué es? —preguntó Tansy.

—Lo mismo que los Ashgar, pero con la altura de cinco o seis enanos juntos. Además poseen magia —explicó Brannon, que jamás se quitaría de la cabeza su primer encuentro mortal con uno de ellos. El recuerdo de haber visto una visión le hizo sentirse especial, pues tal como habían dicho Sonthorn y Archy, la diosa Irena solo se manifestaba ante criaturas que influyesen en el destino del mundo. Sonrió al pensarlo, pero también sintió el miedo recorriéndolo al hacerlo. Una sensación de no estar a la altura recorrió su cuerpo.

Sonthorn dirigió la luz al corredor y encaminó la marcha, sosteniendo firmemente la empuñadura de su espada. Si había habido una batalla allí era posible que el enemigo siguiese cerca. Redujo el

brillo de su hechizo y caminó con cautela hasta emerger del corredor.

—Increíble —dijo saliendo al exterior, al lugar donde se había producido la batalla—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

El destrozo era evidente ante él. Amplió la luz y contempló el campo de batalla destrozado. Los cuerpos quemados, las paredes derrumbadas, la sangre y los restos de los luchadores de ambas razas por doquier.

—¡Por las Vetas Sagradas! —exclamó Tansy al ver los cuerpos de los Byron más adelante—.¡¿Qué es eso!?

—Los Byron de los que te hablé —respondió Brannon, adentrándose en la explanada—. Eso de allí es el sello que rompimos en la batalla.

—¿Esa esfera? —preguntó el guerrero concentrando su mirada en ella. No tenía nada de extraña. Era una esfera oscura con un corte profundo—. ¿Para qué sirve?

—Es una de las doce anclas que Ágata tenía. Una parte de ella estaba en cada una de ellas y estas a la vez eran retenidas por el sello de Calandra —explicó Archy.

—¿Si las rompemos todas acabemos con ella?

—Para eso habría que encontrarlas primero. Desde que se abrieron los sellos pueden estar en cualquier lugar. Con ellas controla a los Ashgar que estén cerca.

—Cuando rompimos este los Ashgar perdieron la voluntad —explicó Brannon—. Pero por poco tiempo.

—Ágata no los volverá a arriesgar. Estoy seguro de que están bien protegidos ahora mismo. —Archy cerró los ojos y se concentró un instante—. No veo ninguno en ninguna parte.

—Lástima. Sería otra opción de nuestro lado —dijo Huz tras chasquear la lengua.

El grupo siguió avanzando mientras confirmaba que no quedaba ningún enemigo con vida. Ante ellos solo había caos y muerte.

—Al fondo está la puerta de acceso a Hollfeld. ¿Habéis pensado en cómo entrar? —preguntó Ericka—. Tengo entendido que no seréis

bien recibidos.

—La verdad es que no tengo ni idea de cómo hacerlo —dijo Sonthorn, cuya única conclusión era hacerlo escondido o por la fuerza —. ¿Qué opinan sus habitantes?

Los tres enanos de Hollfeld se miraron entre sí cuando lograron apartar la mirada de los cuerpos de los Byron.

—¿Qué opináis? —preguntó Brannon.

—Archy podría usar el portal —preguntó Tansy. Al fin y al cabo, si ella había salido, ¿por qué no iban a entrar ahora?

—¿El portal? Imposible, solo es de salida —dijo Archy apareciendo ante ellos. Tansy trató de apartarlo con la mano, que se perdió dentro de su cuerpo etéreo. El joven rubio ni se inmutó.

—Otro día hablamos de por qué hay un portal en Hollfeld —dijo Sonthorn.

—Bien, pero cuando lo sepas me lo dices. No tengo ni idea —respondió Archy.

—Este no tiene ni idea de nada —masculló Ericka.

—Vale, ¿conocéis alguna entrada o salida más de Hollfeld? —preguntó Huz.

—No, no tiene salidas, que sepamos —dijo Delwin—. Solo está el portal y… por donde quiera que entrarais vosotros.

—Aparte de esa, quiero decir. No nos van a dejar entrar allí sin más.

Delwin y Tansy siguieron discutiendo ideas extravagantes mientras Brannon meditaba apartando la vista de ellos. Tal vez él sí conociera otra entrada, al menos era un lugar por dónde entrar. Sonthorn lo vio meditar mesándose el mentón que comenzaba a dejar salir un pequeño rastro de barba.

—¿Qué piensas, Brannon? —preguntó el guerrero.

—En mi muerte —respondió concentrado. Sonthorn torció el gesto—. Quiero decir, en la visión que tuve cuando el Byron me mató.

—¿Como que un Byron te mató? —preguntó Tansy escandalizada.

Se giró hacia él y comenzó a pellizcarlo y zarandearlo dudando de sí era él—. Por eso estás tan grande, ¡este no es tu cuerpo!

—¡Tansy, fue solo una visión!

—No me vengas con esas. ¿Tú también tienes de eso? ¿Es que voy a ser la única que no ve más allá de sus manos?

—Explícate —ordenó Beals cortando la comprobación corporal de la enana.

—Se lo conté a Delwin antes de abandonar Hollfeld —dijo mirando a su amigo. Este frunció el ceño recordando a qué se refería.

—¡Es verdad! Lo había olvidado. Perdona por no creerte en el momento. Después confirmé lo que me dijiste cuando vi cómo transportaban el brazo de un Byron a través de la plantación de Dopsidia —recordó Delwin avergonzado por no haberlo creído.

—Nadie me hubiese creído. Bueno, salvo Tansy, pero ella estaba…

—¿Loca? —preguntó Ericka.

—¡Eh!

—Desterrada. Tansy estaba desterrada. —Brannon relató de nuevo lo que había visto mientras atravesaban el campo de batalla hasta la enorme puerta que daba acceso a Hollfeld. Esta seguía en las mismas condiciones que hacía solo unos días. Beals miró con una sonrisa al techo desde el que había saltado sobre el primer Byron.

—Vale, a ver si lo entendí —resumió Tansy—. Hay una batalla en las puertas de Hollfeld.

—Sí —confirmó Brannon.

—Y allí envían a los mayores.

—Eso creo.

—Para que luchen y mueran junto a los Ashgar.

—Es horrible, ¿a que sí?

—Para alimentar al musgo que comemos.

—Que además es perjudicial y nos corrompe —intervino Delwin.

Tansy abrió los ojos con sorpresa. Tras ello, gritó con todas sus fuerzas y comenzó a saltar de alegría.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Yo estaba en lo cierto! —gritó exultante.

—Por las Vetas Sagradas —exclamó Ericka—. A ver quién la calma ahora.

Siguieron avanzando y dejaron a Tansy que celebrara su victoria a su manera. Pronto saltar no fue suficiente y comenzó a golpear el cadáver de uno de los Byron caídos.

—Si los Ashgar y los Byron llegaron hasta allí tal vez nosotros podamos también. Después solo será descender y romper una de esas paredes. Creo recordar que era muy finas, ¿verdad Delwin? —preguntó Huz.

—Sí, por eso las descubrió Brannon. Yo lo único que hice fue no creerle a tiempo.

—Está bien. Archy, ¿alguna idea de cómo llegar hasta allí? —preguntó el guerrero.

—Ni siquiera sé cómo llegaron hasta aquí —dijo encogiéndose de hombros. Abrió los brazos e hizo un gesto señalando toda la bóveda tras ellos—. No hay ningún túnel.

—Es verdad. —Erick frunció el ceño—. Creíamos que habían llegado desde atrás, y nos habían adelantado, pero ¿y si llegaron más adelante? Si es así tal vez haya un túnel que conecte ambas zonas. Esos engendros tuvieron que ser los primeros en llegar a esta batalla. Al fin y al cabo, ambos lugares rodean la ciudad.

—Comprobémoslo, es la mejor forma de pasar desapercibidos —pidió el guerrero.

Avanzaron a través de la puerta y Tansy no tardó en unirse a ellos, furiosa porque la hubiesen abandonado.

—Debe haber más de una entrada a Hollfeld, esta no es por la que vinimos —dijo Huz.

—Ninguna ciudad tiene solo una puerta. Sería demasiado fácil de asediar y bloquear. —Los recuerdos de la Escuela Militar seguían en su

memoria, tan dolorosos como el recuerdo de su juventud, ahora tan distante.

El recorrido los hizo avanzar varios cientos de metros tras lo que se podría decir que era el recibidor de la primera puerta. Poco a poco la altura del pasadizo fue disminuyendo hasta que ningún Byron pudiese pasar por ella. Encontraron entonces los restos de una batalla de fuerza bruta contra la puerta de piedra. Incontables montones de enormes rocas se agolpaban a los lados de la entrada, que lucía herida hasta casi ser derrotada por los golpes.

—Aquí debieron de detenerse los Byron —dijo Ericka—. Escuchamos cómo golpeaban la roca desde el campo de batalla. Entonces se replegaron y nos atacaron todos a la vez.

—Si llegaron hasta aquí, ¿por dónde lo han hecho? No he visto su rastro —dijo Sonthorn, que había permanecido atento al camino al igual que el resto.

Ninguno supo qué decir hasta que Brannon cayó en la cuenta de quién podía ayudarlos.

—Yo… puedo probar a escuchar la roca —se ofreció con rubor el enano.

—La última vez casi nos matan los Ashgar —dijo Ericka.

—Estamos vivos, ¿no? Hazlo —pidió Beals.

Brannon asintió y se apartó del resto, que miró atento cada uno de sus movimientos. Solo Ericka ignoró su búsqueda, pues retrocedió unos metros para proteger al grupo ante posibles nuevos enemigos. A aquellas alturas del camino ya no había lugar seguro. No pudo ver cómo el enano se apoyaba en la pared y cerraba los ojos concentrándose en sus peores miedos.

Tal como Brannon había comprendido que funcionaba su habilidad, debía traer a su memoria el momento de su muerte frente al Byron. El miedo que sintió al rememorarlo, al tratar de recordar cada detalle del lugar, de los engendros y de los enanos muertos ante él le golpeó con rabia. Revivió el terror al ser agarrado por el Byron y sintió la sensación de desaparecer de la vida, arrastrado por la muerte dejando atrás el dolor y el sufrimiento.

Se concentró todo lo que pudo en el lugar, en la caverna de la batalla y en grieta por la que había dejado caer los cadáveres de los

Ashgar y pidió a la piedra que les guiara hasta allí.

"Ayúdanos a llegar hasta allí. Tenemos que entrar en Hollfeld para acabar con esos monstruos que contaminan la roca y que envenenan nuestro territorio. Traemos esperanza desde todos los rincones del mundo —pidió mentalmente a lo que quiera que lo estaba escuchando—, *esperanza para derrotar a la corrupción que ha infestado el suelo y… las paredes. El musgo también será arrancado cuando logremos salir airosos, pero antes de ello debemos entrar. Danos un camino y devolveremos la vida a este mundo de piedra".*

Ante los ojos cerrados de Brannon volvió a iluminarse un camino dorado que serpenteaba sobre la pared alejándose pasadizo atrás. Su brillo le permitió ver hasta el último detalle del camino, que refulgía como si el pasadizo estuviese hecho de oro.

—Gracias —dijo sonriendo, y emprendió el camino.

—¿Gracias? —preguntó Tansy, desconcertada—. ¿A quién le da las gracias? Y… se va a caer, va con los ojos cerrados. ¿Le detengo?

—Shhh —pidió Delwin, que ya le había visto caminar en un trance similar antes—. Está viendo el camino. Confía en tu enano, Tansy.

La enana se mordió el labio, preocupada, y no solo porque se cayera. Una sensación de no saber quién era su Brannon la invadió. Que ella tuviera secretos era aceptable, pero ¿que los tuviera él? Refunfuñó y siguió al resto del grupo que ya iniciaba la marcha tras Brannon. Alcanzaron a Ericka y siguió aún más adelante hasta detenerse mirando a la pared. Esta brillaba ante él con intensidad. Sin embargo, por mucho que trató de avanzar, la roca se interpuso en su camino.

—Este es camino —dijo abriendo los ojos.

—Es un muro —dijo Ericka, golpeando la roca con sus nudillos y palpando las vibraciones en su mano contraria—. Y muy grueso. Dudo que sea siquiera algo más que roca virgen.

—¿No hay salida? —preguntó Huz.

—No lo parece —continuó la enana, que apoyaba la oreja en la pared dando nuevos golpes con su arma. Le hizo señas al guerrero para que centrara su luz sobre el lugar y él obedeció. La habilidad para distinguir la piedra de la enana lo maravilló.

—Buscad, Brannon no ha fallado nunca, no creo que lo haya hecho ahora —dijo Beals, que confiaba en Brannon como en sí mismo a aquellas alturas.

El grupo siguió investigando, cada uno a su manera, aunque la mayor parte de ellos su manera era golpeando la roca en diferentes lugares y con objetos dispares. Solo Huz y Sonthorn se quedaron más atrás. El semielfo desconocía por completo los pormenores de la roca, pues en Sonnen solo trataban a la naturaleza, por lo que no fue demasiado útil.

—Parece piedra sin más, como si siempre hubiese estado ahí —dijo Huz, concentrado en sus propias ideas tratando de relacionarlo con su mundo. Ambos eran similares y diferentes por completo—. ¿Quizá sea como las viviendas de los elfos?

—¿A qué te refieres? —preguntó el guerrero.

—Las puertas de los árboles de Cuona. Con la magia se ordena al árbol que abra una puerta y la cierre después. Tras ello se vuelve indistinguible de un árbol natural.

—Eso implicaría magia, magia en el mundo de los enanos, Huz.

—Hay una Diosa suelta y este enano habla con la roca. Hay magia en este mundo, Sonth, lo que no sabemos es cuál.

—Pues averigüémoslos.

Sonthorn se apartó unos pasos de la pared y pronunció el hechizo humano que revelaba la magia, usándolo contra la pared que marcaba Brannon. Esta comenzó a brillar con un fulgor azulado, marcando la silueta de una puerta enorme. Los Byron no tendrían problemas para cruzar por ahí.

—¡Esta es! —dijo Brannon, comparando visión con la de su mente.

—Ahora solo hay que abrirla —dijo Huz.

—Sí, y esperar que quién haya usado su magia en ella no esté al otro lado.

CAPÍTULO 17

INFIERNO Y RAMAS

Beals descargó su hacha contra el brillo de la roca esperando descubrir tras el impacto alguna muesca con la que abrir la puerta, por mucho que esta fuese tan inmensa. Fue inútil y ni sus golpes ni los de Ericka lograron encontrar espacio alguno por el que colarse. Fuese increíble o no, aquella puerta era una pared.

—¿Quién ha podido hacer esto? —preguntó Ericka, a medio camino entre la furia y la curiosidad.

—Archy… —dijo Brannon zarandeando El Hacha del Destierro. El fantasma no tardó en aparecer—. ¿Quién es capaz de hacer una puerta así?

—En realidad la pregunta sería quién ha podido hacer una magia capaz de esto —apuntó Huz.

Archy frunció el ceño y recorrió la roca con sus dedos etéreos.

—En otro tiempo yo podía hacerlo, cuando estaba fuera y Ágata no me buscaba. Yo elevé las montañas del norte, ¿sabéis? Son tan altas que nadie puede sobrepasarlas. ¿A qué es increíble? También hice islas y…

—Archy, céntrate —le interrumpió Ericka—. ¿Cómo la abrimos?

—Oh, eso —respondió rascándose la cabeza y caminando de un lugar a otro de la puerta—. Descartada la violencia… porque está descartada, ¿verdad? Vale, vale, digo con la puerta, no conmigo. Pues descartada la violencia solo nos queda la magia.

—Bien, adelante —dijo Ericka apartándose—. Toda tuya.

—No, me temo que no me habéis entendido bien. Vuestra magia, no la mía. Si hago poco más respirar ella…

—Tú no respiras —dijo Brannon.

—Aún así, si hago algo más Ágata me verá a pesar de la distancia. Estoy seguro de que me busca y a él también.

—Pues vaya un Dios… —murmuró Tansy.

—Si quieres puedes probar tú a ser una Diosa. Tal vez tú seas capaz de…

—Déjalo, Archy, no le des ideas —dijo Brannon, aunque a Tansy le gustaba la idea.

—¿Alguien tiene alguna idea? —preguntó Beals.

—En mi mundo se puede hacer crecer y retirar la madera de los árboles con magia. ¿En vuestro mundo no hay algo así?

—Desde luego no lo había, aunque comienzo a dudar tras ver esto —dijo Ericka.

—¿Por qué no pruebas tú? —preguntó Delwin con inocencia.

—Los elfos podemos hacerlo porque es un ser vivo, que puede crecer y cambiar. La roca es un objeto, un material. No tiene vida sobre la que influir.

—No, qué va —dijo Archy—. Es un ser vivo, pero mucho más lento. Crece y cambia, por supuesto.

Sonthorn enarcó una ceja, podía ser la respuesta. Miró a Huz y este comprendió lo que le pedía.

—Pero… ¡es la magia de los elfos! Aquí no funcionará.

—Tú tampoco eres un elfo. Prueba, ¿qué puedes perder? —le dijo el guerrero empujándolo hacia la pared.

—Cuando se entere Raven…

—No te preocupes, no se lo diré.

El resto del grupo se apartó de la pared y se situó tras ellos. Huz comenzó a entonar la magia que hacia cambiar la madera de los árboles a su antojo y trató de orientarla hacia la pared. Esta no surtió efecto.

—¿Lo veis? Es imposible, es algo diferente. Los elfos no tienen control alguno aquí.

"Pero los enanos sí. La cuestión es: ¿cómo utilizar el dominio de una raza para que lo utilice otra? —se preguntó el guerrero. La idea sonaba tan estúpida como real, como las docenas de malas ideas que había tenido en su vida—. *Brannon se comunica con la roca y Huz sabe guiarla. ¿Cómo unir ambos mundos?* —El guerrero solo necesitaba un nexo de unión entre ambos y quizá funcionase. Miró a ambos y guardando silencio, iluminados bajo el fulgor del hacha de Brannon—. *¡Eso es!"*

—Archy, tú no puedes usar tu magia, pero a través del hacha unes tu mundo al de los enanos.

—Sí, algo así.

—¿Podrías unir el de Huz al de Brannon? —El grupo miró al guerrero como si hubiese perdido la cordura—. Quiero usar la magia de Huz a través de Brannon.

—La magia de los elfos y la esencia de los enanos… —murmuró Archy.

—¿Es eso posible? —preguntó Beals.

—No tengo ni la menor idea, pero no tenemos anda más. ¿Archy?

—Ni idea, pero no perdemos nada por probar. Mi nexo en este mundo es el hacha. Huz, agarra el hacha junto a Brannon. Yo trataré de unirlo todo.

Huz se aproximó al enano y sostuvo el hacha junto a él. Esta pareció parpadear unos instantes en los que se acostumbraba a aquellas manos tan pequeñas y suaves. Cuando volvió a brillar lo hizo con más fuerza, solo que su fulgor había cambiado a un tono más verdoso.

—Curioso —dijo Brannon.

—Pues verás ahora —dijo Archy con una sonrisa—. Adelante.

Huz comenzó a entonar el hechizo y al instante un monstruoso crujido se elevó ante ellos. El suelo tembló bajo sus pies con fuerza. Sin embargo, Huz logró reconducir el hechizo y centrarlo en lo que buscaban. La pared se desplazó ante ellos y desapareció dentro de la

propia montaña dejando un túnel oscuro y abrupto, similar a los recorridos por los Ashgar vistos hasta entonces. Cuando Huz estuvo satisfecho con el resultado cesó el hechizo.

—Increíble —murmuró—. Creo que sí se lo puedes contar a Raven.

Sonthorn envió la esfera de luz al interior del túnel iluminado el camino. No había enemigos en las inmediaciones.

—No te quepa duda.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Tansy al semielfo—. Yo también quiero hacerlo.

—Vamos —ordenó Beals con un nuevo gruñido.

El grupo se internó en el pasadizo, que avanzaba sin desvíos, aunque mantenía una ligera pendiente negativa. Tras lo que debieron ser un par de horas de quejas, protestas y peticiones de Tansy, ante ellos se abrió una bóveda iluminada por antorchas en el espacio contrario. Antes de ver siquiera el interior, Brannon reconoció el olor con repulsión.

—Es aquí —anunció tapándose la nariz—. Puedo oler el lugar, jamás lo olvidaré.

—Esperad —ordenó Ericka, que se adelantó con Beals y Sonthorn.

Era una explanada de muerte, aunque hubiese muy pocos restos que atestiguaran la lucha. Había rastros de sangre por doquier, pero los cadáveres habían sido retirados hacía tiempo. Buscaron enemigos en el interior sin resultado alguno. Sonthorn decidió volver a usar el hechizo de revelar magia de los humanos y se vio obligado a usar más energía y voluntad de la esperada para cubrir el lugar por completo. Nada llamó su atención. Si había habido magia allí, ya debían de haber pasado días.

—Pasad, no hay peligro —pidió Erika.

El grupo al completo avanzó a través de los restos de las innumerables batallas entre enanos de Hollfeld y los Ashgar, si es que a aquello se le podía llamar batalla. Armas, protecciones y restos de combatientes se repartían por doquier.

—Los enanos se los llevan los muertos para dar de comer al

musgo —relató Brannon. Se acercó a una roca en particular y la recorrió con los dedos—. Aquí me mató el Byron con sus propias manos. No fui yo, sino uno de nuestros vecinos, pero sentí su muerte como mía. Después ya no pude ver nada más y la visón terminó.

—¿Por dónde os llevasteis los cadáveres? —preguntó Ericka.

—Por allí, seguidme. —Obvió su tumba y siguió adelante, alejándose de la batalla y situándose en la retaguardia. Se detuvo en un espacio abierto sin nada en él—. Antes había arcones con armas. El comandante nos repartía las armas desde aquí y nos enviaba a luchar.

—¿Y después recogíais los cadáveres? —preguntó Delwin.

—No, eso era antes. Cuando luchábamos nosotros nos convertíamos en la siguiente remesa de cadáveres. Primero vine y ayudé a llevar los cuerpos hacia allí. Después llegaron los Ashgar y los Byron y se inició el combate. Estoy seguro de que después llegaría otro grupo de enanos a llevarse nuestros cuerpos y a luchar la siguiente batalla perdida —relató Brannon, seguro de lo que decía. Todo lo que había visto en sus visiones se había cumplido.

—¡Eso es horrible! —dijo Tansy, que hasta entonces no se lo había terminado de creer. Era una locura hasta para sus propios líderes—. Pienso acabar con esos monstruos en cuanto los vea.

—No tengas prisa, Tansy. No eligieron lo mejor, pero se vieron obligados a elegir y no siempre es fácil —dijo el guerrero tratando de calmarla. Comprendía lo que significaba el liderazgo y las consecuencias que traía.

—Si te pones en medio tú también caerás —le espetó, lo que hizo que Huz sonriera.

—¿Por dónde? —preguntó Beals ignorando la amenaza de la enana.

—Seguidme.

Siguieron avanzando, recorriendo la bóveda que se cerraba poco a poco. Las antorchas se volvían más numerosas a cada paso. Pronto la altura del techo llegó hasta sus cabezas, al menos la de Sonthorn y Huz. Brannon se detuvo ante una grieta de poco más de un metro de grosor. Esta se extendía más de diez metros y caía verticalmente. El guerrero envío la luz hacia su interior y esta se perdió en el suelo sin poder ver el final.

—¿Y dices que es por aquí? —preguntó Delwin nada convencido de la idea—. ¿Cómo es de profundo?

—No lo sé. Solo dejé caer cadáveres y fui a por más.

—Huz, ¿puedes hacernos bajar con tu magia? —preguntó el guerrero. El semielfo asintió.

—Sí, pero sin saber la distancia no sé bien cómo plantearlo. Pero poder, puedo.

—A mí me vale —dijo Sonthorn confiando en él. Retornó la esfera de luz hasta estar solo cinco metros bajo ellos y se sentó en el borde.

—¡Por las Vetas Sagradas! —exclamó Delwin.

—No te preocupes, llegaremos abajo sin problemas. De uno en uno, Sonth —dijo el semielfo.

Huz comenzó a entonar la magia e hizo crecer un golem sobre la grieta, con una de sus piernas en cada lado. Era poco menos que uno de entrenamiento, sencillo, de los que consumían poca energía. La magia siguió sus órdenes y sus brazos se alargaron y juntaron bajo la criatura creando una plataforma de ramas entrelazadas.

—Sube, Sonth —pidió el semielfo.

El guerrero obedeció y se agarró al golem de madera. Este era firme y le permitió subirse a la plataforma sin sentir la menor inestabilidad. Soportó su peso sin problemas, por lo que, tras suspirar, se acuclilló en la plataforma. El golem comenzó a extender sus brazos de ramas hacia el abismo, sosteniendo al guerrero que miraba incómodo a su alrededor. A pesar de saber que era un peón en manos de su Diosa, odiaba no tener el control de una situación y aquella distaba mucho de ser controlada.

Los enanos de Hollfeld estaban petrificados ante la visión de la enorme criatura. Ni en sus peores pesadillas habían visto jamás algo así. Era inconcebible que existiera algo así en el mundo para ellos. La magia y sus secretos era tan desconocida que ni siquiera podían imaginar los secretos que esta llegaba a alcanzar. En cierta manera no eran muy diferentes a Sonthorn cuando vio cómo resucitaban a los magos humanos gracias a la espada de Nefrén.

—Increíble… —murmuró Delwin. Brannon no respondió y Tansy solo pudo asentir. Los tres miraban concentrados cómo las ramas se

retorcían entre los brazos de la criatura, que se movían y adaptaban al descenso entregando más material para permitir a los brazos creer para que el guerrero descendiera—. Sus brazos parecen los gusanos que comíamos junto al musgo.

—Qué asco —dijo Ericka—. Mejor guardaros esa información para vosotros, anda.

—¿Ves el fondo? —preguntó Beals alzando la voz.

—Aún no —llegó la voz de Sonthorn amortiguada por la distancia. Les resultaba imposible calcular cuánto había descendido, pero a juzgar por la velocidad a la que se retorcían las ramas que formaban los brazos del golem, debía ser mucha—. Espera, creo que veo el fondo más abajo. —Vieron desaparecer la luz del drugano y no quedó más que un pálido brillo en la lejanía. Un minuto después el golem detuvo su magia—. ¡He llegado!

Las palabras del guerrero llegaron como poco más de un susurro hasta ellos.

—Un poco más y no podría seguir —dijo Huz aliviado.

—¿Por qué? —preguntó Tansy, que ya había superado la impresión y volvía a dejarse llevar por la curiosidad.

—Este hechizo tiene un límite. Cuanto más lejos debe estirarse el golem, más pesan sus brazos. Al final el solo peso de estos ya ocupa toda su fuerza y el material cede bajo su propio peso. Toda magia tiene un límite, señorita.

—Ah.

Si Tansy comprendo lo que le dijo fue un misterio que jamás se sabría. El semielfo sonrió ante su gesto y se concentró de nuevo en la tarea. Reconstruyó el golem a su apariencia original y un nuevo pasajero fue invitado a subir. Ericka iba a indicar a Esmail que subiese para ayudar a Sonth ante cualquier problema cuando vio que Tansy ya estaba subida a la plataforma.

—Para haber escapado de Hollfeld tienes muchas ganas de volver —dijo irónica Ericka.

—No escapé, me echaron —dijo dando pisotones a la plataforma para comprobar su estabilidad. Brannon palideció ante el gesto de su enana—. ¿Cómo se pone en marcha esta cosa?

Ericka suspiró y apartó la mirada. Hizo un gesto de “que haga lo que le dé la gana” y se dio la vuelta. Huz enarcó una ceja y le guiñó un ojo a Ericka.

—Agárrate, Tansy —pidió Huz.

—¿A dónde quieres que…?

Huz entonó la magia, pero esta vez sus palabras salieron más rápidas y su tono fue más agudo, más imperioso. El golem dejó caer la plataforma casi a la velocidad de caída libre. Tansy gritó mientras descendía a toda velocidad tratando de agarrarse a lo que fuera. Beals miró a Huz tras dos gruñidos, pero Ericka comenzó a reír hasta casi caer de rodillas al suelo.

—Gracias, señor semielfo —dijo entre risas.

—¡Se va a caer! —exclamó Brannon.

Huz cambió el tono de su hechizo y el golem frenó el descenso de la enana. Tras unos minutos llegó hasta el suelo y se bajó. La plataforma volvió a ascender.

—¡Otra vez! —oyeron que gritaba desde el suelo.

Ericka puso los ojos en blanco, frustrada ante la falta de resultado del descenso de Tansy. Esta vez fue el turno de Beals de reír. La enana casi empujó a Delwin sobre la plataforma cuando esta ascendió sin decir palabra. Huz siguió usando su magia hasta que solo quedó él junto al golem. Su parte era la más complicada de todas, pues la magia del golem no escucharía su hechizo desde tan abajo. Debía ir creando nuevas criaturas mientras descendía, confiando en que la roca le permitiese asirse a ella.

Se subió a la plataforma y suspiró.

—Allá vamos.

Inició el descenso hasta que el golem dejó de escuchar sus palabras y se detuvo. Sin una orden que acometer, la criatura no podría distinguirse de un árbol de formas extrañas. Los elfos, o en este caso los semielfos, eran los que le daban la vida, pero solo cuando les escuchaban. Creó un nuevo hechizo destinado a formar una plataforma que uniera ambos muros del abismo y se subió a ella en cuanto esta fue lo suficientemente firme para soportarlo.

—¿A qué distancia estáis? —preguntó, más para escuchar sus voces y hacer su propio calculo que para que ellos le respondiesen con conocimiento.

—Cerca —dijo Sonthorn, pero sonaba todavía lejano.

—Pues sí que… en fin, vamos allá.

Palpó las paredes a sus lados buscando irregularidades que utilizar para que un nuevo golem pudiera hacer uso de ellas y descubrió que esta era irregular aunque firme. Era un lugar aceptable, no excelente, pero podría sostener a una criatura mediana. Por desgracia, estas no le permitirían descender muchos metros, pero tendrían que servir. Pronunció el hechizo y un nuevo golem, más pequeño aún que el anterior creció de la roca, resquebrajando esta bajo su ímpetu.

—¡Cuidado allí abajo!

Fragmentos pequeños se desprendieron y cayeron hacia el suelo, donde Tansy tardó en protestar unos segundos. El tiempo entre el desprendimiento y la ira de la enana fue mejor predictor de la distancia que la respuesta de Sonthorn.

Se agarró con manos y piernas a uno de los brazos del golem y entonó la magia que le permitió descender, lo que hizo hasta que comenzó a escuchar cómo crujían las ramas que componían su brazo y se detuvo. Creó una nueva plataforma y repitió las mismas operaciones otras tres veces antes de llegar al suelo. Allí le esperaban todos en una sala perfectamente limpia para sorpresa de todos.

—Imaginaba esto muy diferente —dijo el semielfo al observar su alrededor—. Muerte, sangre y eso, al final aquí caían todos los cadáveres, ¿no?

—Eso mismo pensamos nosotros —contestó Sonthorn que era el que más tiempo había tenido para pensar en ello—. Y no creo que toda la visión de Brannon sea cierta menos esto.

—¿Hay salida?

—Por allí —señaló Ericka—. Ese es el único pasillo que sale de aquí.

—Pues no hay mucho para decidir. Subir no es una opción, no al menos una rápida —dijo Huz, que solo de pensar en volver a ascender

comenzó a sudar. El esfuerzo mágico había sido terrible y ahora se sentía cansado y torpe.

El grupo inició el camino siguiendo la luz del guerrero, a la que redujo el brillo para pasar desapercibidos. Si podían evitarlo no serían vistos. Sonthorn había meditado sobre ello durante el viaje llegando a la conclusión de que sería más prudente pasar desapercibidos. En cuanto los Líderes Agricultores conocerían de su regreso volverían a toda la ciudad contra ellos, lo cual no querían. Por mucho que trajeran la razón ante toda la ciudad, habían sido demasiados años de mentiras y secretos para que la verdad se abriese paso entre la bruma.

Tratarían de llegar hasta las armas pasando desapercibidos y solo se mostrarían de ser necesario. En aquel momento el sigilo era su mayor ventaja, el problema era que los secretos escondidos en Hollfeld podían estar en cualquier lugar. De ser así, no les quedaría más remedio que mostrarse y tal vez enfrentarse a los líderes de la ciudad.

—¿Sabéis a dónde pueden dar estos corredores? —preguntó el guerrero.

—En las granjas de musgo —contestó Delwin—. Vi como transportaban el brazo del Byron a través de sus pasillos.

—Qué asco —dijo Tansy.

—Pero hay docenas —le recordó el guerrero, lo que Delwin ya sabía.

—Sí, y solo llevan los restos a los que están cerrados al trabajo. Aprovechan esos momentos sin personal para llevarlos. Está claro que llegan desde la ciudad, pero no directamente desde ella, durante el periodo de descanso de uno de los cuadrantes.

—Un túnel general cortado para el periodo de descanso y después un corredor cerrado —aclaró Brannon—. Deberían llegar al cruce en el que se dividen los sectores. De no ser así tardarían mucho tiempo en llevar los cuerpos.

—¿Cuánto dura el descanso? —preguntó Ericka.

—Un día cada uno de ellos cada siete, supuestamente para tareas de mantenimiento. El resto del tiempo hay tres turnos para cuidar del musgo, aunque cada uno tenemos nuestra propia granja —explicó Delwin.

—Entonces hay siete posibles pasillos y solo uno de ellos despejado —concluyó Ericka—. Es una locura, pero no sabréis por casualidad cuál es el cerrado, ¿verdad?

—El cuarto —respondieron Delwin y Brannon a la vez. El resto les miró sorprendidos.

—¿Qué? Llevamos toda nuestra vida allí dentro sin nada más en lo que pensar o por lo que vivir —respondió Brannon como una obviedad tan imposible de no ver como al propio Beals.

—Está bien. Ideas para llegar a ese cuarto pasillo —pidió Sonthorn.

—Solo hay movimiento tres veces al día en los túneles. Debemos esperar a que hayan cambiado de turno y deberíamos pasar desapercibidos. Nadie entra o sale después —respondió Brannon.

—Salvo tú —apuntó Delwin.

—Sí, pero no creo que haya nadie tan loco como yo en las granjas. Nadie se creería nada.

—A menos que unos extranjeros llegaran con muchas verdades y las gritaran en la plaza ante los Líderes Agricultores —dijo Delwin, señalando a Sonthorn y a Huz—. Ónice estuvo a punto de matar a varios de ellos.

—Lástima —masculló Tansy.

—Por las Vetas Sagradas…

El grupo se detuvo ante una puerta de madera. A su lado había un camastro sencillo y una mesa gastada. Una lanza apoyada en la pared confirmó que se trataba de un puesto de guardia. Sin embargo, no había enano alguno en las inmediaciones. Se aproximaron a la puerta y descubrieron dos gruesos cerrojos de metal que estaban abiertos.

—Fueron muy escrupulosos con la seguridad en nuestra primera visita. Cada entrada estaba bien vigilada, con muchos guardias y armas. ¿No te resulta curioso esta puerta abierta? —preguntó Huz.

No le hizo falta meditar sobre ello, pues la respuesta era obvia. Aquel soldado había abandonado su puesto a toda velocidad ignorando su relevo e incluso su arma.

“¿Qué motivo puede hacer a un soldado de Hollfeld dejar su guardia desprotegida? —se preguntó el guerrero”.

Beals gruñó y descolgó el hacha de su espalda, llegando a la misma conclusión que Sonthorn. Este decidió correr el riesgo de ampliar su ser e investigar en las inmediaciones a pesar de poder ser encontrado por Ágata. Avanzó lentamente a través de los pasillos sin encontrar a ningún enano en ninguna granja. No le fue difícil reconocer la atmósfera tóxica que le decía la magia. Frunció el ceño y siguió ampliando su ser mientras relataba lo que veía.

—No hay nadie en los túneles que deben ser las granjas.

—¡Imposible! —dijo Delwin.

—Veo más enanos que la última vez. Están muy repartidos. Parecen asustados.

—¿Ágata? —preguntó Beals.

—No, ni rastro de ella. No puedo saber si hay Ashgar, pero Ágata no está aquí. —Si Ágata no estaba, Ónice sería muy improbable. La Diosa no dejaría a su hija libre. La voluntad de la drugana era demasiado fuerte para otorgarle la libertad.

—¿Y los guardias? —preguntó Ericka.

—Repartidos por la ciudad.

—¿Se han rebelado? —preguntó Delwin, tan preocupado como orgulloso—. ¿Hay víctimas?

—No puedo asegurarlo, pero si ha sido así, todo ha terminado. No hay lucha, casi parece que no hay movimiento siquiera.

El grupo guardó silencio, cada uno pensando en posibles motivos. Ninguno llegó a conclusión alguna y finalmente Beals tiró de la puerta, que crujió bajo su ímpetu.

—Pues vamos.

Sonthorn asintió y siguió al gigante a través del corredor. No tardaron en salir a una intersección con varios caminos.

—Por allí se va a la ciudad. Estos cuatro pasillos se dividen en los siete que dan a las granjas —describió Brannon. El guerrero recordó su visita previa y trató de orientarse. No le fue fácil hacerlo, pues

sentía una pesadez en la cabeza extraña.

—El camino a la ciudad está lleno de enanos —dijo el drugano.

Ericka arrugó la nariz y señaló al lugar de donde procedía el brillo del musgo.

—Mierda. Y ¿de allí viene el musgo? —preguntó la enana. Delwin y Brannon asintieron—. Quiero verlo.

—No sé si deberíamos —dijo Huz, que no tenía la más mínima intención de acercarse al musgo.

—No hay nadie cerca, ¿qué mejor momento? Quiero ver a qué nos enfrentamos. Además, ¿no querréis ir directo al centro de la ciudad, no? Podéis pensar un plan mientras yo echo un vistazo.

—Yo tengo un plan—dijo Tansy, que se mostraba dubitativa por una vez.

—Cuéntanos tu plan —dijo Sonthorn animándola, pues parecía reacia a hablar. El guerrero no lo sabía, pero la enana se debatía internamente contra sus miedos más profundos, inculcados a lo largo de toda una vida.

—Que… quema… quemarlo todo —dijo finalmente y tras mucho esfuerzo. Estaba pálida con solo pensarlo. Brannon y Delwin adquirieron el mismo color mortecino al comprender lo que quería decir.

—No puedes decirlo en serio —dijo Brannon.

—¡Morirá toda la ciudad! —exclamó Delwin, que miraba al resto de los congregados buscando apoyo. No encontró más que una enorme sonrisa maliciosa en Beals y gestos de concentración en el resto. Solo Esmail se mantuvo ajeno pendiente del camino que llevaba a la ciudad.

—La ciudad está condenada, Delwin —dijo Sonthorn—. Será arrasada por Ágata en unas horas. El musgo no los va a salvar, pero puede que si les impida salvarse.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo único que mueve esta ciudad y nadie se apartará de él si sigue vivo. La idea de Tansy, la Buscadora, es perfecta. Eliminamos la

amenaza del musgo y desvinculamos a los enanos de Hollfeld de él. Podrán partir junto a nosotros si la ciudad cae —dijo el guerrero, que asintió ante la enana. Estaba conforme con su idea. La sonrisa de Beals dejó claro que opinaba lo mismo. Incluso Ericka tuvo que aceptar su idea.

—Si todo esto arde, ¿cómo saldremos de aquí? Si los enanos nos ven nada aplacará su furia contra nosotros —dijo Brannon, que sabía cuan importante era para ellos. Darían su vida por el musgo, pues en realidad daban su vida por él.

—Por los túneles de la depuradora… —respondió Tansy más animada.

—¡Por las Vetas Sagradas!

—¡Qué asco! —exclamó Delwin a su vez.

—¿Qué es eso? —La idea le gustaba menos a Ericka. No sonaba a un viaje agradable.

—Son los conductos que llevan a mi trabajo…

—¿Y ese trabajo es…?

Tansy se mordió el labio, pero no contestó. Brannon lo hizo por ella.

—Se encarga de tratar los residuos… corporales de los enanos para que vuelva a haber agua limpia.

El grupo guardó silencio y hasta a Beals se le borró la sonrisa de la cara. Tansy les estaba pidiendo arrastrarse por túneles llenos de heces.

—¿Distancia? —preguntó Beals asqueado, pero decidido.

—No sabría decirte, pero es cuesta abajo. Los túneles son grandes, muchas veces nos toca recorrerlos para limpiarlos —explicó Tansy—. Casi se podría decir que es un tobogán…

—Recuérdame que no te acompañe a salvar a la siguiente raza, Sonth —dijo Huz.

—En fin, es lo mejor que tenemos. ¿Desde ahí se llega a donde encontraste el hacha, Brannon? —preguntó el guerrero.

—Sí. No está lejos y nadie se acerca a la depuradora por motivos… obvios.

—Mejor no pensar en ello —dijo Ericka con un escalofrío.

Se volvieron hacia los túneles que daban acceso a las granjas de musgo. Cuatro pasillos con siete corredores que calcinar. El guerrero comenzó a pensar en la mejor forma de hacerlo, al menos lo bastante rápido para que pudieran escapar, pero con un fuego lo bastante intenso como para que pudiera calcinar hasta el último fragmento de musgo. La única conclusión era que si quería hacerlo bien tardaría varios minutos.

—¿Dónde está la entrada a tus túneles, Tansy? —preguntó trazando un plan.

—En cada pasillo hay un baño que comunica con el túnel.

—Está bien. Huz quiero que crees la más recia e intrincada barrera de ramas de toda tu vida en el corredor que da a la ciudad. Que sea de varios metros de grosor. En cuanto los enanos vean que arde el musgo correrán a apagarlo y todos sabemos lo fuertes y brutos que son cuando quieren —dijo mirando a Ericka, que sonrió agradecida por los halagos—. Yo quemaré las granjas, pero me llevará unos minutos. Tansy, comienza a preparar la salida hacia la depuradora. No quiero más sorpresas. Beals, Ericka y Esmail, proteged este punto por si alguien llega por nuestro camino. En cuanto a Delwin y Brannon, con que no os quedéis petrificados al ver el fuego, me sirve. Te parece bien, ¿rey Beals?

—Adelante.

Ericka dio una palmada instando a todos a cumplir su tarea y ella misma se acercó a la entrada que daba a la ciudad junto al rey y a Esmail. El comandante no interfería en las decisiones, direcciones o acciones. Él se dedicaba a ayudar con la seguridad del grupo, siempre atento y concentrado. Hubiese seguido a Huz igualmente sin que Sonthorn hubiese dado la orden. Junto a él acudió Beals y los cuatro se detuvieron a pocos metros de la salida hacia la ciudad. Esta permanecía a oscuras salvo por pequeñas e intermitentes antorchas repartidas lo que parecía sin organización alguna.

—La última vez no había antorcha alguna —dijo Huz apuntándolo mentalmente.

Volvieron a esconderse tras el rápido vistazo y el semielfo

comenzó a recitar el más enrevesado, complejo y fuerte hechizo de toda su vida. El pasadizo comenzó a llenarse de ramas gruesas como su brazo, que se retorcieron entre sí a lo largo de varios metros casi sin dejar pasar la luz entre ellas. Beals sacó su hacha y descargó un poderoso golpe sobre la estructura, que soportó el embate con solo un par de ramas cortadas. Huz rápidamente volvió a cubrir los espacios con otras nuevas.

Beals gruñó una sola vez, asintiendo ante la magia del semielfo. Puso una mano en su hombro que Huz sintió como si pesara una tonelada.

—Gracias, rey Beals.

Mientras tanto, el trabajo de Sonthorn requirió de más preparación. Se adentró en el primer pasadizo y se encontró con dos puertas de madera con firmes anclajes de metal. Tiró de la primera y esta no se movió en absoluto.

—Ericka, te necesito —pidió el guerrero y la enana no tardó en aparecer. Señaló a la puerta y volvió a tirar de ella. La enana comprendió su problema y asintió. Levantó el hacha y en menos de diez golpes la puerta dejó de ser un obstáculo—. Gracias, pero no sé cómo estarán el resto de puertas.

—Comprendo.

Ericka se alejó en busca de nuevas puertas que derrotar.

—Eh, Beals, ¡tengo un regalo para ti! —gritó la enana a su espalda.

Pocos segundos después escuchó como varias hachas descargaban sus golpes contra las puertas, que de haber podido seguro se hubiesen abierto ante la presencia de los dos enanos. Sonthorn suspiró y se adentró en el primer túnel. Lo recorrió con su mundo interior, sintiendo el brillo del musgo en aquel lugar de magia que su mente era capaz de encontrar. Tuvo que decidir entonces qué magia utilizar, si la humana o la drugana.

Si bien la de su raza era la más poderosa y podría arrasar con el túnel sin problemas, también era la más fácil de detectar por Ónice. Si esta estaba buscándolo a las órdenes de Ágata sería un riesgo innecesario. Por otro lado, Ágata ya se dirigiría hacia allí en busca de las armas que la drugana le habría confesado. Tras meditarlo unos segundos supo que no había una respuesta correcta y se decidió por

calcinar el musgo hasta la última hoja, aún corriendo el riesgo de ser descubierto.

Corrió hasta el final del corredor, de poco más de cincuenta metros y vio cómo este se dividía en varios más, que se bifurcaban a su vez en nuevos. Aquello terminó por convencerlo de usar su propia magia. Tendría que crear un infierno en cada uno de los túneles principales para quemarlo todo y eso requería fuerza y tiempo. Apretó los dientes y volvió al inició del camino, donde se plantó ante los restos de la puerta. Miró al resto de túneles y vio el suelo de todos ellos cubierto de astillas, recuerdo de la batalla perdida contra el hacha de los enanos.

—Estamos listos, Sonth —gritó Huz tras él.

—Preparada la salida desde el último pasillo —dijo Tansy.

—Nosotros estamos quietos como pediste —dijo Delwin.

—Pues vamos allá.

El guerrero concentró su energía en crear una llamarada que se extendiera hacia delante. En realidad no era difícil, era como crear una bola de fuego de las que ya había hecho miles, solo que debía empujarla lejos mientras descontrolaba la energía que salía de su cuerpo. Era agotador, pero tenía el cuerpo lleno de energía y aún su espada para ayudarlo de ser necesario.

Suspiró y comenzó a crear el infierno ante él, un infierno abrasador en el que las llamas acabarían con todo lo que hacía única a aquella ciudad. Estaba derrumbando los pilares de Hollfeld con cada nuevo musgo que ardió y supo perfectamente que traería consecuencias aunque aún no supiera cuáles.

CAPÍTULO 18

ARMAS ENTRE LÍNEAS

Las llamas inundaron el pasillo, extendiéndose en su interior a través de todas sus bifurcaciones, lo que consumió gran cantidad de energía por parte del guerrero. Por fortuna, cuando las llamas llenaron el primero de los túneles, supo que tendría bastante para los siete. Detuvo su energía y contempló su obra mientras las llamas se disipaban poco a poco. Frunció el ceño, pues el brillo del musgo continuaba allí, más débil, pero seguía allí.

—¿Cómo es posible? —se preguntó avanzando en al atmósfera asfixiante del túnel. Tal vez las llamas no le hicieran daño al ser su propio hechizo, pero sus consecuencias como el calor o la falta de oxígeno sí que lo harían. Tras solo unos pasos descubrió que las primeras plantas estaban completamente carbonizadas, pero a medida que avanzaba, el resultado era peor. Se retiró de nuevo, le era imposible estar allí dentro—. Brannon, Delwin. ¿Por qué no arden? ¿Qué es lo que no sé?

Ambos enanos llegaron hasta él, pero ninguno pudo acercarse al pasillo. Rápidamente les explicó la situación.

—El musgo es fuerte —dijo Delwin sin más, como si fuese la mayor obviedad del mundo.

—Habéis dicho que se muere en cuanto no está plantado. No puede ser tan fuerte para soportar la magia.

—Bueno, aguanta un tiempo sin hacerlo. El problema es cuando se queda sin sustento. Lo consume rápidamente cuando está en peligro, como cuando se transplanta. Yo creo que por eso las primeras han muerto, no han tenido reservas para soportar toda tu magia —concluyó Brannon—. Necesitas más calor.

—¿Más? —El guerrero ya había dado todo lo que tenía, no podía hacer más.

—Haz un horno —dijo Ericka tras ellos—. Así calentamos el metal lo suficiente, cerrando la puerta y dejando que suba la temperatura.

—Buena idea. ¡Huz! —El semielfo llegó hasta ellos—. Necesito que selles cada entrada con tus ramas, hay que hacer un horno dentro.

—No será fácil.

—Nadie lo ha dicho.

El guerrero volvió a usar el mismo hechizo y elevó la temperatura de pasadizo todo lo que pudo. Cuando sintió que por más fuerza que enviara no aumentaba el calor, entendió que era el turno de Huz. Se apartó y dejó que el semielfo cerrara la entrada con su magia. Docenas de ramas se enredaron ante ellos, estallando de forma intermitente por el calor del interior. Tras reponer varias docenas de ellas, estas dejaron de romperse, protegidas por las quemadas antes que ellas.

—Bien, ahora los otros seis —dijo el guerrero con la frente perlada de sudor.

Se volvió hacia el segundo corredor y repitió el hechizo, que consumió sus energías con igual entusiasmo. Cuando llegaron al séptimo, las fuerzas de ambos estaban casi agotadas. Solo la esperanza de haberlo conseguido y la promesa del descanso lograron que terminaran su tarea. Fue entonces cuando el humo comenzó a salir del primer pasadizo. La magia de Huz ya no era suficiente para contenerlo y este comenzó a escapar por cada rincón. Por fortuna del interior no emergió brillo violáceo alguno. El musgo había caído consumido por su magia.

El problema ahora era respirar. Tenían que salir de allí y hacerlo rápido.

—¡Al túnel! —gritó Sonthorn, pues ya habían concluido su tarea. La siguiente era escapar de allí.

—¡Esperad! —dijo el semielfo.

Huz se acercó a una pared y, tras recoger algo diminuto de su cinturón, lo enterró en ella. Entonó la magia de los elfos y de ella comenzó a crecer una planta con brillantes hojas rojas. Arrancó varias de ellas y las amasó.

—Un poco de agua, Sonth.

El guerrero colapsó la humedad del lugar sobre las manos del semielfo y este humedeció las hojas, triturándolas tras ello. Le dio un poco a cada uno de ellos.

—Masticarlo y metéroslo en la nariz, tapará todos los olores de la letrina. Si os entra algo en la boca no evitará el sabor, pero sí el aroma. Ya me daréis las gracias.

Obedecieron al instante y se lanzaron bajo el pozo que ocultaba el suelo de las letrinas de los enanos. Por fortuna para todos ellos, la flor que Huz les había entregado se encargó de todos los olores. Lo que no pudo camuflar fueron los restos en los que tuvieron que enterrar los pies para avanzar.

—¡Qué asco! —dijo Delwin, que trataba de no pisar nada más alto que sus zapatos retrasando al grupo. Tansy le dio un empujón y este salió volando, cayendo de bruces sobre todo lo acumulado en el túnel —. ¡Aggg!

—Ya no puedes ir a peor, ahora corre —le espetó la enana.

—¡Me ha entrado en la boca!

—Piensa que lo que te entrara puede ser tuyo —dijo Brannon, lo que no ayudó a su amigo en absoluto. Este escupía sin parar mientras era empujado por el resto para avanzar.

Tras poco más de cincuenta metros el túnel desapareció delante de ellos. Miraron a Tansy inquisitivos.

—Bueno, os dije que sería casi como un tobogán…

Llegaron al final y confirmaron que el túnel descendía a toda velocidad hacia la oscuridad.

—Tansy… —murmuró suplicante Brannon ante el abismo al lado de la enana.

—No pasa nada. Tú solo… nada cuando caigas —le espetó empujándolo hacia delante.

—Si es que yo no sé na…

No pudo continuar hablando, pues sus propios gritos se acumularon en su garganta. Beals gruñó y saltó tras él, no dejaría que se ahogara esta vez tampoco. Tansy saltó a continuación y el resto

suspiró antes de hacer lo mismo.

—Deberíamos dejar de tener tantos secretos —dijo el guerrero.

—¿Dónde quedaría la emoción entonces? —preguntó Huz divertido.

—¿Te he dicho ya que tienes que alejarte de Tristán?

—¿Más lejos aún?

Huz saltó tras Beals y tras él fueron deslizándose el resto del grupo. Solo Delwin se mostró reticente, pero Ericka supo convencerlo con su habitual escasa sutileza. Ahora no estaba Beals para proteger al resto de la enana, por lo que Delwin obedeció antes siquiera de que le amenazara. El último en saltar fue el guerrero, que comenzaba a asfixiarse con el humo provocado por el fuego. Por fortuna la magia de su cuerpo le protegió de él y pudo respirar aceptablemente.

Escuchó ruido tras él, gritos desgarradores en realidad. Los enanos debían de saber ya que el musgo había ardido por completo y una parte del drugano sufrió por ser su causante. A pesar de que era lo mejor para ellos se sentía culpable por hacerlo.

"Tal vez mis antepasados sintieron lo mismo al separar a las razas —pensó con tristeza, deseando que hubiese sido así—. *Igual que sufrieron estos enanos que encontraron la manera de alimentar al musgo cuando se alejaron de Zimbu´el".*

Saltó al tobogán y se deslizó a toda velocidad, tan rápido que le fue imposible calcular la distancia recorrida. Trató de adelantar la esfera de luz, pero esta se perdía tras él rápidamente. De repente se sintió caer y un instante después se estrelló contra la superficie del agua, hundiéndose profundamente. Nadó con fuerza buscando el aire de nuevo, pero con su mochila cargada y das armas no le resultó sencillo. Cuando llegó a la superficie boqueó en busca de aire y deseó haber aprendido a nadar mejor cuando vivía en Shuko.

"Por suerte Cerón no tiene que nadar, él no sabe en absoluto —pensó"

—¡Por aquí! —escuchó que gritaba Tansy en la oscuridad.

Creó una nueva esfera de luz ya que la anterior desapareció durante la caída al agua y vio a la enana gritando desde una plataforma de metal. A su lado estaba el resto de enanos, en mejores o

peores condiciones, pero todos ellos. Los ojos de Delwin estaban abiertos de par en par aún aterrados.

Nadó hacia ellos sintiendo cómo empujaba con las manos materia que no quiso mirar y se centró en sus compañeros y la salida. Subió a la plataforma cuando Tansy ya les mostraba la salida. Beals levantó a Brannon sobre su hombro y se lo llevó tras ella seguido por el resto.

—No sé si habrá alguien, solo hay un enano por turno —dijo la enana, que caminó lentamente creyéndose silenciosa cuando sus pasos eran pesados y torpes como los de cualquier enano en realidad.

Se alejaron de aquel lugar similar a una piscina y ascendieron por una escalera de metal anclada a la pared. Desde la cima pudieron ver otras tres piscinas iguales formando un cuadrado. En el centro había un nudo de tubos de acero con varias palancas cada uno. Tansy se acercó a él y comprobó con ojo experto la situación.

—Estas palancas sirven para enviar el agua a través del filtro de una balsa a otra —dijo señalando los cuatro objetos—. Pero el agua está muy alta, deben de llevar varios días sin bombearla. Eso explicaría que no veamos a nadie trabajando.

—¿A esto lo llamas agua? —preguntó Delwin escurriendo su ropa.

—Si quieres te muestro el lodo que sale de ella. Con eso se da sustento al musgo…

—No quiero verlo. ¿Por dónde vamos?

—Seguidme. Hay varias puertas para evitar que salga el olor.

Se alejó del centro y caminó casi de forma automática hacia la salida. Llegó a la puerta y tras ella lo que debían de ser los vestuarios. Allí tampoco había nadie. Les indicó dónde estaban las duchas y todos pudieron aclararse parcialmente los restos de su aventura. Cuando estuvieron listos se dirigieron a la segunda puerta. Tansy tiró de ella sin que esta obedeciera.

—Qué extraño. Nunca se cierra —murmuró desconcertada.

—Ni la de las granjas. Si el musgo no es suficiente prioridad para que estén trabajando, imagínate la depuradora —dijo Brannon que volvía en sí tras la ducha.

—Lo que tiene que estar pasando debe ser terrible —dijo Delwin.

No podría decirse que estuviera más asustado por la noticia, pues le resultaba imposible pensar en un mayor nivel de terror que el que sentía desde hacía días. Pero poco le faltaba para salir huyendo hacia donde fuera.

El guerrero extendió su ser y visualizó las inmediaciones. No había enano alguno tras la puerta ni en muchos metros. Estaba claro que allí no iría nadie que no fuera obligado o estuviera tan loco como Tansy. Le hizo una seña a Beals para que derribara la puerta, lo cual le hizo sonreír. Tres golpes con le hacha destrozaron la barrera de madera que se atrevía a interponerse entre el rey enano y su destino.

Una puerta más y llegaron al exterior de la depuradora.

—¿Por dónde? —preguntó Ericka.

—Depende. ¿Queréis los libros o las armas? —preguntó Tansy, señalando el pasillo hacia la derecha. Brannon señalaba hacia la izquierda.

—Mierda, ya podían estar juntos —masculló el guerrero, que no supo qué responder. La magia rúnica, y más aún la de Calandra, podía darles la victoria contra Ágata. Sin embargo, las armas tenían la misma posibilidad—. No sé qué elegir

—Pues nos dividimos —concluyó Ericka.

—No, ya nos hemos dividido demasiado —dijo el guerrero, que no estaba dispuesto a ello. No volvería a separarse de su grupo, ya había tenido bastante con Cerón y Ónice.

—Las armas —gruñó Beals.

Era una obviedad tan grande como el propio enano que elegiría las armas. No sabían usar las runas ni lo que implicaban. Para ellos casi todo se conseguía con fuerza bruta y golpes, lo que en su mundo era lo común. El guerrero se frotó el puente de la nariz tratando de decidir algo que no tendría una respuesta buena o mala.

Encontrar las armas iniciaría el camino de encontrar a sus portadores si es que Huz no podía usarlas por completo. Además, tal vez desvelase secretos sobre la raza de Calandra. Sin embargo, las runas podrían ser la solución para volver a encarcelar a Ágata.

“Aún así tal vez no pueda dibujarlas y sería una pérdida de tiempo cuando Ágata se acerca —se dijo tratando de ser lo más frío posible,

aunque le resultaba difícil tras ver a las runas negras resucitando a los magos humanos. La esperanza de recuperar a Tarnicis ardía en su interior, por mucho que significase dolor para él y Ónice. Se lo debía —. *Además, tal vez no sea capaz de entenderlas. Sin Cerón y Tristán para que me ayuden a comprenderlas, tal vez solo esté leyendo un libro lleno de garabatos”.*

—Las armas —dijo el drugano finalmente. En aquel momento era la respuesta correcta.

Tansy se desilusionó al escucharlo y dio una patada en el suelo, la misma que dio Brannon pero por motivos contrarios. No tenía ninguna gana de volver a dónde le habían dado una paliza los guardias. Además tendrían que recorrer parte de la ciudad para llegar hasta el lugar donde se escondían.

—Te seguimos, Brannon —dijo Ericka.

Este asintió y suspiró, volvía a no tener más remedio que seguir avanzando. Si bien él quería avanzar, hacerlo implicaba más riesgos y él no estaba hecho para los riesgos. Inició la marcha a través de su pasillo lentamente, escudriñando cada sombra en busca de enemigos.

—Camina sin miedo, Brannon —dijo el guerrero—, yo buscaré más enanos que nos puedan descubrir y te avisaré antes de que ocurra.

El enano asintió y dejó de buscar para centrarse en el viaje. Por suerte, Tansy lo acampaba a su lado. La enana estaba realmente orgullosa de él desde que había abandonado Hollfeld por ella. Se agarró a su brazo y caminó a su lado, lo que hizo sonreír al guerrero, pero también le recordó que él mismo había perdido aquella opción dos veces en su viaje.

Sacudió la cabeza apartando los recuerdos de ambas mujeres y se centró en su tarea. Descubrió que la ciudad entera parecía haberse volcado tratando de apagar las llamas. Docenas de enanos corrían de un lado para otro, trayendo y llevando objetos que no vio pero que entendió como necesarios para apagar las llamas. Más allá de estos enanos, otros cientos permanecían expectantes, aunque muy nerviosos. Todos miraban en la misma dirección ignorando al resto de la ciudad.

—Tratan de apagar el fuego. Podemos andar sin problemas —dijo el guerrero.

—De momento, pues hay que pasar muy cerca del centro antes de

volver a salir hacia los barrios más antiguos —dijo Brannon.

—Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Siguieron caminando y ese momento acabó llegando hasta ellos. El guerrero apagó la luz sobre sus cabezas cuando el pasadizo terminó en la enorme bóveda que albergaba al núcleo de la ciudad. Se asomaron al exterior y vieron al violento danzar de las llamas recortado contra la piedra. Pudieron escuchar los gritos de los enanos que cargaban con el agua y los murmullos asustados de los que contemplaban el trágico espectáculo en la distancia.

Sonthorn se concentró en la visión y descubrió dos grupos perfectamente identificables entre sí de enanos. Por un lado los expectantes, ciudadanos corrientes de Hollfeld, asustados y desolados. Por el contrario estaban los soldados de los Líderes Agricultores, con sus armas y órdenes. Estos últimos trataban de apagar el fuego mientras un gran grupo los separaba de los enanos de Hollfeld. Había rabia y resentimiento en todos ellos. Sin embargo, las armas estaban formando parte de un solo grupo.

—La ciudad está llena de los soldados que vimos en el exterior —dijo Sonthorn hacia Huz—. Se han replegado dentro de los muros.

—No tiene sentido. ¿Por qué hacerlo? —preguntó el semielfo.

—¿Soldados? —preguntó Tansy.

—Tal vez la rebelión que intentasteis haya dado resultado —dejó caer Delwin, entre orgulloso y un poco más asustado aún—. Con tu discurso y todo eso…

—¡Por las Vetas Sagradas! —exclamó Brannon.

—Tal vez Hollfeld merezca salvarse y todo —dijo Ericka asintiendo con la cabeza.

Un gruñido por parte del rey aprobó su comentario.

—Sea como sea debemos seguir. ¿Hacia dónde? —dijo el guerrero —. Cuando tengamos las armas tendremos tiempo a ver qué está sucediendo. Si nos descubren todo puede saltar por los aires. Los soldados están muy tensos y la tensión conlleva errores y estos a muertes innecesarias.

—Por el tercer pasadizo de la izquierda, tras la estatua del

agricultor —dijo Brannon. El guerrero miró el lugar que decía y acto seguido volvió a mirar a Brannon incrédulo—. ¿Qué? Todos los caminos pasan por la ciudad…

Estarían a menos de treinta metros de los enanos de Hollfeld. No pasarían desapercibidos de ninguna manera. La única solución era distraerlos y colarse tras ellos. Sin embargo, no se le ocurría ninguna solución. Meditó unos instantes cómo proceder sin ser vistos, pero sin asustarlos demasiado.

—Huz, tal vez podrías hacer crecer alguna forma de planta entre los ciudadanos y los soldados. Algo lento y llamativo que llame su atención sin asustarlos. Quizá una flor aromática o… —El guerrero guardó silencio cuando escuchó cómo una piedra pasaba sobre su cabeza a toda velocidad directa hacia los soldados. Se dio la vuelta a toda velocidad y vio a Tansy terminando el movimiento de lance—. ¡Tansy!

La piedra impactó con fuerza contra el casco de uno de los soldados que se desplomó por el impacto. Sus compañeros no tardaron en protegerse. El caos se formó al instante, pues unos creían ser atacados mientras los otros pensaban que era el momento de hacerlo. La batalla se formó entre ambos grupos.

—¡Corred! —gritó Ericka viendo el desastre que se había creado.

La enana salió corriendo hacia el interior de la ciudad y llegó rápidamente ante la estatua donde nadie los miró siquiera. Todos estaban concentrados en su propia batalla mientras los causantes se escabullían a sus espaldas. Cuando todo el grupo hubo escapado el guerrero se volvió furioso hacia Tansy.

—¿Qué te crees que haces? Va a haber heridos, ¡muertos! Tu acción provocará heridas que no podrán sanar jamás, ¿no lo entiendes? ¿Quién te crees que eres para decidir?

Sin embargo, la enana no se amedrentó en absoluto.

—Son mi pueblo, mi ciudad y mi vida. ¿Tú eres más digno que yo para decidir lo que ocurre en mi mundo? —le espetó sin la menor muestra de remordimiento—. Llevamos miles de años esperando para liberarnos del yugo de los Líderes Agricultores y si aprovechar la oportunidad nos cuesta vidas, ¡por las Vetas Sagradas que así será!

—Toda vida es valiosa, no puedes decidir sobre ellas.

—Tú lo has hecho todo tu viaje. ¿Eres tú mejor que yo?

Sonthorn iba a responderle que sí, que él había nacido para eso, pero el recuerdo de cómo terminó su raza con aquellas palabras en la boca le hizo detenerse. Él no era como sus antepasados y no lo sería jamás. Apretó los dientes y se apartó de ella.

—Cada vida es valiosa.

—No hay ninguna vida valiosa en Hollfeld. Tal vez hoy se ganen su valía.

Sonthorn guardó silencio e instó al grupo a continuar con un gesto de cabeza, avanzando tras ellos en último lugar. Tras él escuchó los gritos y sonidos del combate alejándose a medida que se internaba en el pasadizo. Su mente divagó mientras corría.

"¿Quién tiene realmente derecho a decidir sobre Hollfeld? —Solo una respuesta llegó a su mente, una dolorosa y difícil de digerir—. *Sus habitantes.* —Pero esos mismos habitantes no lo habían hecho jamás—. *¿O tal vez sí con cada día que no se rebelaron, con cada cabeza que agacharon, con cada vida que permitieron perder? Tal vez Tansy tenga razón y solo ellos pueden decidir. Pero si deciden mal puede ser terrible. ¿Cómo se equilibra una balanza entre aconsejar y decidir por ellos?"*

Supo al instante que no sabría usar esa balanza. Cientos de druganos blancos mucho más inteligentes que él no lo habían hecho durante miles de años. ¿Por qué iba a poder hacerlo él mejor? Pero era tan difícil dejarlos elegir cuando las elecciones tienen consecuencias para todos que el drugano tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no volverse y detener la batalla.

Negó con la cabeza y se centró en lo que era su objetivo: encontrar las armas. Lo que viniera después lo afrontaría, como llevaba haciendo desde su primera transformación.

El pasadizo terminó y emergieron en una calle bien pavimentada, aunque saltaba a la vista que era una zona antigua. Las paredes de las viviendas estaban gastadas y suavizadas por el paso del tiempo. Las puertas mostraban docenas de nombres de las familias que las habían ocupado durante siglos, todos tachados salvo los últimos. Eran casas útiles, lejos de la calidad de las estructuras de la zona central. Era un barrio dedicado a dormir y nada más.

—Por aquí —les instó Brannon a seguirle—. Por allí está nuestra casa.

El rostro de Tansy se iluminó, pues a pesar de querer escapar de Hollfeld sentía aquella ciudad como suya. Una parte de sí misma se alegraba de volver. Por supuesto, la enana enterraría aquella parte en lo más profundo de su ser si tenía que elegir, pero no pudo evitar sentir nostalgia.

Tras unos pocos minutos de carrera Brannon se detuvo ante una vivienda tan común como Delwin en Hollfeld. Nada llamaba la atención en su exterior, pues era exactamente igual que las que la rodeaban. Brannon se humedeció los labios y suspiró.

—Aquí estaba El Hacha del Destierro, bajo una trampilla en el suelo.

—Muéstranos cuál, Brannon —dijo el guerrero.

Brannon se adentró en la vivienda y el resto le siguió.

—Permaneceré vigilando el exterior, mi rey —dijo Esmail solícito. Su tarea era proteger, no investigar.

—Gracias, Esmail.

Brannon llegó hasta la trampilla y tiró de ella dejando el paso libre a las escaleras que descendían a su interior. Le resultó extraño ver aquel lugar con sus propios ojos y no con… bueno, con lo que fuera con lo que lo vio hacía unos días. Descendió el primero y contempló el lugar sorprendido. Sabía que había gran cantidad de arcones y armas, pero aquel arsenal le pareció inmenso. Docenas de arcones se repartían por un sótano de más de veinte metros de largo y casi otros tantos de ancho.

—Increíble —dijo Tansy corriendo de arcón en arcón—. Con esto podremos enfrentarnos a los guardias.

Sonthorn ignoró su predisposición a la batalla contra otros enanos y se centró en investigar cada uno de los arcones. Abrió el primero que encontró ante él y colocó la luz sobre él. En su interior descubrió todo tipo de espadas de diferente tamaño y factura. Recogió una de ellas y comprobó que todavía estaban afiladas. La blandió y chasqueó la lengua.

—Están hechas para enanos —dijo a Huz que llegó hasta él—. Nosotros buscamos armas que puedan usar los humanos.

—¿Por qué crees que está hechas para enanos? —dijo Ericka.

—Deberían ser más ligeras y alargadas. El equilibrio de estas no encaja en un brazo tan largo. —Le tendió el arma a Huz que asintió tras comprobarlo.

—Tal vez al fondo, hay muchas dentro.

—Averígualo —le pidió pasando al siguiente arcón. Este contenía martillos de guerra, lo que descartó al momento a los humanos. Sostuvo el primero de ellos y lo dejó en su lugar tras comprobar que casi no era capaz de blandirlo. Pesaba al menos el doble del que había usado durante su entrenamiento—. Brannon, ¿dónde encontraste el hacha?

—Aquí, en este de aquí —dijo caminando hacia el arcón que presidía el lugar, un poco más alto que el resto.

El guerrero se acercó y observó su interior donde ninguna otra arma estropeaba el lugar que había ocupado la primera. Era como si no tuvieran derecho a estar cerca de la hermosa factura del hacha de Brannon. Rebuscó en el interior sin encontrar nada en absoluto. Pensó en pedirle un poco más de Esencia Dorada a Beals, pero no creía aconsejable enfadarle con tantas armas cerca.

Tras un rápido escrutinio de cada uno de los arcones no encontraron ningún arma que encajara con la de Brannon. Las armas entregadas a los enanos no estaban. El guerrero se mesó la barbilla en el centro de la sala.

—Dejadme pensar.

El grupo hizo caso omiso al guerrero y siguió desmontando el almacén en busca de las armas. Todas y cada una de las que creían posible pasaba por las manos de Huz. Por supuesto, con ninguna ocurría nada.

"No hay ningún otro arma como el de los enanos. ¿Qué es lo que se me está pasando? —se preguntó. A la fuerza tenía que haber pasado algo por alto—. *¿Cómo reconocer algo que no sabían siquiera si serviría para algo?* —Pero el arma de los enanos estaba allí, no debían de estar lejos el resto, o eso al menos deseaba con todas sus fuerzas. Era un arma única, perfecta, llena de joyas y de delicada factura—. *El trabajo perfecto de un enano… ¡Eso es!* —Lo único que veía posible era que dependiese de la raza buscada—. *No, de la raza no, de su creador".*

—Archy, ven —ordenó mirando a cada lugar. Brannon volvió a sostener el hacha y dejó de investigar. En fantasma llegó al momento

—. ¿Quién construyó las armas?

—Cada uno de nosotros la suya —dijo orgulloso.

—¿Viste las de tus hermanas y hermano?

—No, solo la mía.

—Dime algún detalle de ellas que pueda haber pasado por alto.

—No sé cómo son más allá de lo que dijo el Guardián de la Memoria. Él sabía más que yo.

—Está bien… ¿por qué hiciste el hacha así de perfecta? —preguntó sabiendo que era la clave solo con pronunciar las palabras. Archy murmuró la respuesta avergonzado.

—Cuando Calandra nos lo pidió quise hacerla sentir orgullosa. Quería que viera el objeto más perfecto que pudiese fabricarse —respondió con sinceridad.

—Y lo es —dijo Brannon, aunque no había visto suficientes armas para poder afirmarlo.

—Archy, necesito que nos digas cómo eran tus hermanos Thierry y Jazmín. Tal vez nos ayude a identificar sus armas —pidió el guerrero.

—Thierry no es malo, pero está seguro de que todos debemos elegir y para elegir tiene que haber un camino correcto y otro erróneo. No le importa que se elija el equivocado siempre que se pueda elegir. Lo importante para él era el libre albedrío en el que todos eligiéramos nuestro camino.

—¿Y Jazmín? —preguntó Huz.

—Ella vivía para la naturaleza. Su fuerza es la vida y el crecer, enfrentarse a lo cambiante y el adaptarse a ello.

El grupo guardó silencio tratando de entender los acertijos no planteados por la voluntad de Archy.

—Elegir el camino erróneo… ¿cuál es el camino erróneo en los humanos? —preguntó Delwin.

—Por lo que he visto, todos —dijo el guerrero pensando en cómo el continente no hacía más que zozobrar—. Pero en las armas es muy

diferente… —Sonthorn se dispuso a registrar de nuevo bajo la mirada del grupo por completo. Su vista reparó en una espada especial que habían pasado por alto por completo. Al fin y al cabo, ¿qué hacía una espada de madera dentro de un arsenal? Elegirla para luchar sería estúpido—. Tómala, Huz.

El guerrero recogió el arma y se la tendió al semielfo, que le miró extrañado.

—¿Qué esperas que haga yo con…?

La espada de madera brilló cambiando de forma y color, alargándose y adquiriendo filo. Cuando el brillo se detuvo su hoja se había alargado hasta casi el tamaño de una espada larga, pero era fina y rápida.

—¡Por las Vetas Sagradas! —exclamó Delwin.

—¿Sientes algo especial? —preguntó Brannon.

—No, la verdad es que no. —Huz blandió la espada con torpeza —. Es demasiado larga para ser una corta y demasiado corta para ser una larga.

—Una elección sin duda inaceptable —dijo el guerrero. Había resuelto el primer enigma y ya tenían un nuevo arma con ellos—. Centrémonos en Jazmín. Ella adora la vida, el cambio, la adaptación. ¿Qué podría ser su arma? Recordad que buscamos un arco.

El grupo recogió todos los arcos de la sala y los situó en el centro frente a Huz. Este volvió a probar cada uno de ellos.

—Está claro que no es un arco. No va a cambiar para ser lo mismo —dijo el guerrero. *“Todo esto sería más fácil con Cerón…”,* pensó. Miró más allá de los arcones de armas, hacia las paredes donde una gran cantidad de lanzas y bastones se acumulaban—. ¿Qué es lo que cambia para ser un arco? ¿Qué es lo que adaptamos para construir uno?

—La madera —dijo Huz siguiendo el razonamiento del guerrero —. Son los árboles los que se transforman en armas.

Sonthorn asintió y examinó varias de las armas de madera frente a él. Alabardas, lanzas, ballestas… todas estaban terminadas, ya habían sido cambiadas.

—Salvo esta —dijo alargando el brazo y recogiendo un bastón de madera nudoso, uno que jamás podría servir para un arco. Medía aproximadamente un metro y medio, teniendo en su centro una espiral de cuerda anudada a lo largo de dos palmos—. Esta madera no sirve para arcos, ¿verdad?

—No, tiene muchos nudos y parece demasiado recia.

El guerrero le lanzó el arma al semielfo y en cuanto este sujetó la cuerda que rodeaba su centro comenzó a brillar con intensidad. Se alargó y la cuerda que lo cubría se tensó hasta sostener ambos extremos dándole forma de un arco. Cuando terminó de brillar, Huz descubrió entre sus manos un sencillo arco de madera, liviano y resistente pero sin el glamour que tenía el Hacha del Destierro.

—¡Las tenemos! —gritó Ericka disfrutando de haber conseguido su objetivo.

—No todas —recordó Beals.

—El arma de Calandra —dijo el drugano mirando a su alrededor sin tener la más mínima idea de qué buscar—. Archy, ¿tú qué dices?

El joven negó con la cabeza.

—No sé qué pudo hacer para su raza, ni siquiera sé qué son.

—¿Cómo es ella? —preguntó Brannon.

—Poderosa, muy poderosa.

—Y quizá ¿agresiva?

—De eso mucho. A ver, agresiva no, pero estalla muy rápido. Por eso no la iba a ver demasiado a menudo. Siempre tenía algo que reprocharme…

—No me digas… —dijo irónica Ericka.

—Sí. Recuerdo que una vez tuve que volver a construir una cordillera porque la destruyó a puñetazos.

—Tienes que estar de broma —dijo Delwin—. ¿Se puede hacer eso?

—Recuerda de quién estamos hablando —dijo Brannon—. ¿Qué más recuerdas de ella?

El guerrero dejó de escuchar pues ante él aparecía una idea descabellada.

“No puede ser un arma normal. Su raza jamás se ha visto, estoy seguro de que ellos tienen sus propias armas para su propias batallas. Tiene que ser algo diferente a todo lo que conocemos en el continente. Apostaría mi arma a que lo que buscamos no nos parece un arma siquiera. — Comenzó a caminar entre los baúles comprobando su contenido. Todo le resultaba familiar. Eran armas que había visto miles de veces en su vida”.

—Buscad algo que no parezca un arma —ordenó al grupo, que le miró sorprendido—. Raza diferente, armas únicas. Algo que no fuera a ser jamás un arma en el continente.

Se dispersaron sin encontrar nada novedoso.

—No hay nada —dijo Ericka.

—Algo tiene que haber —protestó el guerrero.

—¡Si no hay otra cosa que armas! —exclamó Huz—. Todas las he visto hasta yo en Firmantalas.

—Tiene que estar, seguid buscando —dijo Sonthorn cada vez más desesperado.

—Lo único que no parecen armas son estas cosas de aquí y se parecen más bien a lo que se usa para forjarlas —dijo Tansy levantando una bolsa de cuero con utensilios de reparación. Dio la vuelta a la bolsa y los dejó caer al suelo. Enterrados en medio de tenazas, alicates, punteros y martillos, había dos extraños objetos dorados. Pero no era un dorado proveniente del oro. El guerrero reconoció el color al instante, pues era el mismo tono que tenían las criaturas de su visión.

—Los Uldenhar…

Se acercó al montón de objetos y extrajo ambos. Los elevó ante sus ojos y buscó su forma o utilidad.

—Desde luego no parecen armas —dijo Ericka.

—Garras de escalada, pero extrañas —dijo Beals.

—Es verdad. Nosotros usamos algo así para escalar, como las

botas con clavos. Deja que te los coloque.

Ericka ayudó al guerrero a introducir las manos por dentro de cada uno de los dos objetos y los cerró sobre sus muñecas. Sin embargo, no se parecían demasiado ahora que las veía puestas.

—No se parece mucho, no —dijo Beals.

—Quizá sea por…

Un brillo dorado emergió de las muñecas del guerrero, estallando a su alrededor, empujando su consciencia lejos de sí mismo. Observó como la esfera de luz se extendía en el mundo de su mente en todas direcciones, alejándose de Hollfeld. Trató de resistirse, de volver dentro de sí para pasar desapercibido, pero la magia era demasiado fuerte.

El brillo golpeó dos sombras a su paso que inmediatamente lo descubrieron y giraron su ojo hacia él. Por suerte, volvió a tener el control de sí mismo y se replegó al instante. Volvió en sí y vio cómo la forma de ambos objetos se adaptó a sus manos y rodeó sus nudillos como si se tratara de una segunda piel.

—Pues igual sí que es verdad que destruyó montañas a puñetazos —dijo Delwin.

—¿Cómo puede adaptarse a ti si no eres de su raza? —preguntó Huz mirándolo de arriba abajo.

El guerrero se miró las manos cubiertas por la especie de guanteletes dorados y negó con la cabeza. Nada tenía sentido para él.

—No lo sé, pero espero que nos ayude. —El grupo guardó silencio, tan sorprendidos como el drugano de que su plan hubiese funcionado. Ahora tocaba la segunda parte, la más difícil: derrotar a Ágata y salvar a Ónice—. Porque el enemigo está cerca y ha puesto su ojo en Hollfeld.

MUCHAS GRACIAS

Gracias por haber permanecido al lado de mis personajes durante todas estas páginas. Tu apoyo y comentarios son bienvenidos y muy agradecidos. Tanto si has disfrutado como si tienes algo que aportar a nuevos lectores, déjalo en comentarios para que pueda mejorar como escritor y así ayude a otros posibles compradores.

Tengo 38 años y, aunque escribí esta historia hace mucho tiempo, he decidido revisarla y continuarla por fin. En los próximos meses iré añadiendo partes a la historia. A medida que continúo escribiendo comprendo la amplitud del mundo de Ergasth que estoy creando. Este es un territorio lleno de magia al que no he hecho más que asomarme aún. La historia principal avanza, pero a medida que dejo personajes atrás, sé que merecen un tratamiento especial, pues tienen demasiado que contarnos tanto de ellos mismos como de su mundo.

Pronto el lector descubrirá la vida de personajes tan especiales como Marit y muchos otros que aún no han aparecido y que estoy seguro de que querríais conocer. Mi intención es irlos incluyendo de forma intercalada en formato de novela corta (a no ser que su historia sea más larga) a medida que publico volúmenes de la historia principal. Eso si, ¡sin retrasarla! La historia de Sonthorn es larga y apasionante, no volveré a dejar colgados a mis lectores y fans.

SOBRE EL AUTOR

Como habrás podido imaginar, soy un autor particular. Las descripciones no me apasionan y trato de describir las escenas de mis libros a través de acciones de los personajes, sus gestos o su tono de voz. Tal vez es debido a que también soy escritor de guiones de cortos y largometrajes. Mi pasión por el cine va en paralelo con la literaria. Ejemplo de cortos serían Pinar Check, Correr, Poker de reinas, Pelotas fuera o Conspiranoia; o los largometrajes Sueños de papel o Adremiun (ambas sin comercializar aún).

Espero que hayas disfrutado de mi historia y te invito a continuar con más volúmenes de ella. Están disponibles todos ellos en Amazon. Mi intención no es hacerme rico, pero escribir es un trabajo muy duro que lleva muchísimas horas y debe estar remunerado acorde.

Puedes seguirme en las redes sociales en las que no me verás hacer spam, puedes añadirme sin preocuparte por ello. Responderé las dudas que no sean spoilers y siempre estaré disponible para una buena crítica.

@AntonioMonAutor en Twitter e Instagram

Por otro lado, si has conseguido este volumen de forma poco legítima, te agradezco que si te ha gustado y quieres seguir leyendo mis libros, deja buenos comentarios y valoraciones, habla de mi historia y podré continuar escribiendo.

Si te ha gustado la novela, ¡cuelga una foto tuya en Instagram o Twitter con la obra y etiquétame!

¡Muchas gracias por acompañarme!

DEJA TU COMENTARIO

No olvides dejar tu comentario, los escritores vivimos de las reseñas, son la única forma de que nuestro trabajo se conozca.